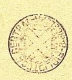
ERNESTO HELLO

EL SIGLO
LOS HOMBRES Y LAS IDEAS

PREFACIO DE
ENRIQUE LASSERRE

VERSIÓN CASTELLANA DE
LUIS PAEZ ALLENDE





EDITORIAL DIFUSION, S. A.
TUCUMAN 1859
BUENOS AIRES

Con las debidas licencias.

PREFACIO

Hace aproximadamente un cuarto de siglo, tuve un gran honor al escribir el prólogo del libro "El Hombre", de Ernesto Hello, autor hasta entonces desconocido por unos, combatido por otros, envidiado por muchos y apreciado solamente por un grupo intelectual entusiasta que hacía justicia a su genio.

Hello murió sin haber visto su gloria, pero ésta bien pronto se levantó sobre su tumba.

Si los contemporáneos permitieron que se extinguiera Ernesto Hello en el desaliento, la fama póstuma, como revancha, se presentó bien pronto para él, y en esto superó al mismo de Maistre. Apenas abandonó él este mundo, ya entró a formar parte de la pléyade de profundos pensadores y genios ilustres con que se honra la Humanidad.

La prensa ha saludado como un acontecimiento la reimpresión póstuma de "El Hombre" que hizo el editor Perrin. La reaparición de esas páginas magistrales ha tenido un éxito muy diferente al que tuvo la primera edición de esta obra. Un insigne escritor, José Serre, ha escrito un libro de gran valor, y cuyo interés no decae en ningún momento, sobre las obras, las doctrinas, la filosofía de Hello y sobre su vida.

Es en estas circunstancias que la esposa del extinto, después de reunir, con un cuidado piadoso, escritos diversos del Maestro desaparecido, me los hace llegar, reunidos en un volumen, a fin de que manifieste mi parecer sobre esta pu-

blicación póstuma intitulada: "El Siglo. Los Hombres y las Ideas".

Acabo de leer con grandísimo interés estas páginas tan vivientes, tan profundas, tan proféticas. Son ellas, bajo una forma espléndida, algo así como la encarnación del propio Hello, y muchas de ellas podrían llevar justamente este título: "Palabras de un Vidente". Representarían un admirable alegato contrario a esta otra ilustre obra: "Palabras de un Creyente", escrita en otra época por un genio extraviado, que cesó de creer.

Dejando a un lado uno o dos capítulos, en los cuales nuestro amigo fué para mí un juez demasiado parcial, considero que este volumen es la plena justificación de mis apreciaciones hechas en el prólogo de "El Hombre". Y si pretendiera hacer aquí un estudio sobre Hello, no podría dejar de repetirme, a menos, lo que sería todavía mejor, de copiar algunos párrafos significativos del libro de José Serre.

La obra que va a aparecer contiene, sobre los motivos más variados, sobre la religión, la filosofía, la política, las letras, las artes, la ciencia y sobre los hombres, el pensamiento de Hello. Será leída con placer, y meditada con fruto, por toda inteligencia elevada.

Diré también que me parece más accesible que "El Hombre" a un gran número de espíritus.

Esos motivos diversos, que son objeto de la mirada penetrante de Hello, se encuentran generalmente tratados con la brevedad que requiere un artículo sintético. El escritor ha debido, para expresar lo fundamental, condensar su pensamiento en todo momento, y evitar toda clase de digresiones. A causa de esto, se encuentra en cada una de sus tesis, una unidad, no más real, pero sí más aparente, una tonalidad más viva y una claridad mayor para la generalidad de los lectores.

He aquí por qué yo felicito a la esposa del escritor y aplaudo con entusiasmo la publicación de este volumen: "El Siglo". El me ha hecho pasar horas felices.

Conmigo se alegrarán también los selectos espíritus de nuestro tiempo. En este libro volverán a encontrar a Hello en su plenitud, y tal como fué desde su juventud hasta su último día de vida en la tierra. El se fué, pero no sin dejarnos sus tesoros. Gracias a la digna esposa del escritor, sus ideas se propagarán y quedarán a disposición de todos los que en esta triste época de egoísmo, de iniquidad, de mentira, de odio y de baja vulgaridad, sienten hambre y sed de justicia y de verdad, de caridad y de esplendor.

He aquí por qué hay que felicitar y mostrar agradecimiento una vez más a quien nos hace conocer estas páginas inolvidables.

ENRIQUE LASSERRE

PRIMERA PARTE

LAS IDEAS Y LAS COSAS

I

LA ACTUALIDAD

La búsqueda de novedades se ha convertido en una profesión. Esta profesión tiene sus fatigas. Tiene también su estación muerta. Muchos que consagraron su vida a pescar al vuelo en las calles los comentarios del día con oído atento a todos los rumores, siempre que fuesen intranscendentes, muchos, digo, se convirtieron de ese modo en viejos prematuros.

Ellos hacían todas las mañanas la cosecha de esos dichos y de esas novedades que corren por millares, para servirlas como alimento a cincuenta mil hambrientos. Pero la mayoría de ellos de ese modo envejecieron, y el oficio mismo va quedando un tanto envejecido.

Sin embargo, la actualidad los sobrevive. Existen muchas clases de actualidades.

He aquí una de ellas:

Dos mil doscientos cuatro años antes de Jesucristo, los hombres resolvieron construir una ciudad y en esa ciudad una torre, la cual tendría una altura tal que la haría tocar el cielo. Ellos quisieron así elevar un monumento eterno, y dejar una memoria eterna con él. El terreno era favorable; la tierra existía allí en forma inmejorable para hacer ladrillos y el material de consistencia podía asemejarse al cemento.

Parece que la industria existía ya y ayudaba a los hombres en esa empresa, por la cual alimentaban su orgullo, empresa original, monstruosa, imposible, si los hombres tuviesen el hábito de estudiarse, empresa al parecer fácil desde que no tienen tiempo para conocerse.

Cuando los hombres quieren justificar su orgullo, nada los detiene y todo los favorece; y por sobre todo, la industria.

Poseían ladrillos, poseían cemento, poseían seguramente los restos de una ciencia enorme; ellos poseían el haz gigantesco y poco deteriorado aún de los conocimientos antediluvianos. «Los hombres —decía de Maistre— no han llegado aún a saber por ellos mismos lo suficiente como para convertirse en culpables hasta ese grado». Poseían todavía algunos reflejos de esas luces misteriosas y santas, tan grandes que el abuso que se hizo de ellas fué un crimen digno de originar las razas salvajes. Poseían tradiciones plenas de secretos lo suficientemente elevados como para convertirse entre las manos de un malhechor en fuentes de atrocidad. Poseían recuerdos profundos, inmensos y recientes. Tenían la vecindad de Noé, la de Sem, Jafet y Cam; tenían casi la de Adán, pues la amplitud de la vida humana y las distancias entre las generaciones quitaban su prestigio a los siglos.

La génesis del mundo era cosa reciente, y en ese entonces se conversaba de él todavía como de un acontecimiento de familia.

Deberían existir en esa época recursos numerosos en el sentimiento de todas esas aglomeraciones. El hombre no se encontraba ni fatigado ni desalentado, la juventud constituía el estado de las cosas y las personas recibían de ella sus efectos.

Todos los ingredientes de la fuerza se encontraban bajo el dominio de los hijos de Adán.

Pero ellos cesaron de hablar la misma lengua y fué necesario abandonar la construcción.

Vino la dispersión porque ya no se entendían.

Fué en vano que los hombres hicieran obedecer sus instrumentos de conformidad a su ciencia; ellos dejaron de obedecerse entre sí: los albañiles no sabían qué hacer con sus brazos porque la inteligencia ya no entendía la palabra humana. Cada individuo, desde que se vió víctima de su propio espíritu, fué abandonado a un lenguaje propio.

El entendimiento de las inteligencias se hizo imposible porque había muerto la unanimidad en los corazones, la materia se volvió contra sus dominadores y la etimología

apareció en toda su realidad: los hombres no pudieron construir más porque dejaron de ser **edificantes.**

Nadie crea, empero, que esta historia sea ni de ayer ni de anteayer, esta historia es de hoy día. Ella es la sola realidad absolutamente actual.

2

Entre los que corren tras las novedades y las primicias, ¿por qué será que ninguno piensa en tan gran acontecimiento? ¿No es inexplicable que los que tienen la pasión ininterrumpida y contagiosa de relatar y de informar puedan atravesar el año de gracia en el cual vivimos, sin recordar la torre de Babel, aun cuando más no fuera para distraer a sus auditorios?

Desde hace trescientos años, ¿qué es la historia de la filosofía?, ¿qué es la historia de la literatura?, ¿qué es —abstracción hecha de la Religión—, qué es la historia de las religiones?

No es posible echar una mirada sobre cualquier parte del horizonte intelectual, sin encontrar la torre de Babel; quienquiera que desee marchar se ve atajado por toda clase de instrumentos abandonados sobre el campo de batalla por los obreros de la torre imposible.

Los hombres de Babel, ignorando asimismo que esa palabra quiere decir confusión, experimentan todas las consecuencias sumamente significativas de un tal fracaso necesario y eterno, pero ellos nunca acaban de aprender toda la enseñanza que sería necesario extraer de allí.

Con todo, cuanto más esta ciencia, de la cual ellos se encuentran orgullosos, ha reunido materiales, tanto más deberían admirarse por la imposibilidad en que se encuentran para construir en alguna parte, a pesar de la abundancia de los materiales y de los instrumentos, un monumento cualquiera. Cuanto más ricos en medios, tanto más deberían reflexionar sobre las consecuencias nefastas del resultado.

En el momento final, todos los conocimientos humanos se encuentran en una total derrota; se analiza el alma, pero

ya no se sabe si ella existe. Se sutiliza acerca de los accidentes, pero cuando se aproxima a las sustancias la razón se confunde, debilitada por el hábito de la duda, y los objetos se bambolean alrededor de nosotros, y el mundo vacila, como en el sueño o en el vértigo.

Se nos enseña que el mal ha habitado siempre en la tierra: y esto es muy cierto, después de la caída. Empero, una diferencia capital existe entre las enfermedades ordinarias del hombre y su actual agonía. En otras épocas, el bien se llamaba bien y el mal se llamaba mal. Esta distinción era una adquisición de la luz natural, prolongada y engrandecida, salvaguardada y aumentada, por un recuerdo de Pentecostés.

Hoy día, en el plano del mundo moral las fronteras tiemblan. El imperio del bien, el imperio del mal no se dibujan ya con nitidez; la confusión ha borrado los límites sagrados que protegían la conciencia contra la perversidad del juicio. La razón y la locura tienden también a ver confundidos sus respectivos dominios. El padre ya no habla la misma lengua que los hijos, la esposa ya no habla la misma lengua que el esposo. Los hermanos hablan y no se comprenden. El sistema métrico que mide al mundo de los cuerpos, no siendo aplicable al mundo de las almas, desde que éste rechazó la unidad doctrinal, desapareció como medida única. La discusión es necesariamente estéril, en cuanto ya no existe un idioma común. Las cantidades que no tienen una medida común se denominan inconmensurables entre sí.

A fuerza de confusión nos hemos convertido sobre la tierra nosotros, los hombres, en inconmensurables.

* * *

Entre las extravagancias que presenta Babel, he aquí una que vale la pena de ser señalada.

Todos los que han rechazado la autoridad de la Iglesia le reprochan su tiranía, y por una contradicción instructiva, son esos mismos que le reprochan estar muerta.

En general, cuando un tirano está muerto deja de ser peligroso. Pero se hace a la Iglesia ese doble y contradictorio reproche: de estar muerta desde hace ya varios siglos y de amordazar al siglo XIX.

Habría que entenderse.

Si ella está muerta, ya no os perjudicaría. Y si ella os perjudica es porque no está muerta. Mucho se ha hecho burla de quienes creían que la sociedad moderna iba a desentenderse de sus trabajos para escuchar la voz del Santo Padre y, sin embargo, esta sociedad moderna tan despreciativa y tan ocupada se jacta cuando ella pretende no escuchar. Cuando San Pedro habla, es posible insultarlo, pero no es posible tapar su voz. Esto sería el signo de un poder superior, pero nadie es lo suficientemente poderoso como para darse ese lujo.

¡Filósofos! ¡Filósofos! ¿Por qué, pues, disgustaros? ¿Cuál será la causa del universal estremecimiento de los hombres cuando Roma dice su palabra? La **Roma de la Loba reina materialmente**; en realidad, está muerta. Si alguien ordenase en su nombre, ese alguien no haría más que hacer reír, pues ella está muerta, definitivamente muerta. Vosotros pretendéis que la Roma de la Cruz esté muerta a su vez. Eso lo creéis; pues, cuando ella habla, ¿tendríais la suficiente lógica para reír?

El mundo está bastante viejo, y ha sepultado muchas cosas.

Instituciones, reinos, doctrinas, él está habituado a ver morir. Y cuando ve morir, por lo general, perdona. Cuando el paganismo se debatía entre los estertores de la muerte, Virgilio constataba esa muerte, y la constataba sin cólera. Ningún pensador desengañado le ha hecho el honor de un largo odio. Cuando una creencia perece, ella pasa sin más trámite al estado de curiosidad. No se la mira sino como a un animal muerto, y la furia es también extraña al sabio que la mira y estudia históricamente, como mira el naturalista que diseca el cadáver de un perro. Hay también un fenómeno profundo y revelador en este inmenso desprecio del espíritu humano que desprecia una doctrina muerta al grado de no tener ninguna prevención contra ella, aun cuando pareciera natural, respecto a ese noble ultrajado, perseguir con un odio eterno a quienquiera que lo ha seducido. Pero

un cierto desdén, más elevado que la venganza y más fuerte que ella, transportando su cólera a la calma del recuerdo, apacigua la humanidad.

La humanidad, cuando pasa ya la noche, se perdona las caídas hechas en las sombras, y el recuerdo de la oscuridad, en lugar de estallar en imprecaciones estériles, produce la tristeza fecunda del arrepentimiento con las suavidades de la acción de gracias.

¿Cómo entonces los revolucionarios, los librepensadores, cómo todos aquellos que aclaman la muerte del catolicismo, no hallan, cuando se sitúan frente a él, en su orgullo o en su creencia nueva, un poco de conmiseración y olvido?

Es que ese orgullo está tiznado y esa creencia nueva no existe. Ellos rinden un homenaje singular a esta fe de la cual reniegan, homenaje tanto más auténtico por ser inconsciente e involuntario. Ese homenaje consiste en la imposibilidad de vivir en paz sin ella. Nadie sabe cuánto de Fe contienen las cóleras de las cuales hacen objeto a la Iglesia.

¿Se justifican los gritos de rabia cuando es tan fácil desobedecer? ¿Será que no es muy fácil desobedecer y a la vez estar contento? Por una exigencia profunda y secreta, el sublevado no encuentra casi nunca satisfacción en la rebeldía. El quería imponer silencio a la voz soberana, y porque es soberana, esa voz lo perturba, lo persigue, le impide y turba su sueño.

El hombre que ha rechazado a la Iglesia no puede decir con voz tranquila: La Iglesia está muerta. El lo dice, pero con voz agitada, para agregar un momento después: La Iglesia me persigue.

Quien lo persigue no es la Iglesia, es la necesidad que tiene de ella. El la hace responsable de los gritos por medio de los cuales su espíritu la invoca.

Testigo de cargo contra sí mismo, él dirige contra el cristianismo una cólera variable, que cambia a cada instante de posición, pues la tierra se le abre, a cada instante, bajo sus pies.

La Iglesia lo perjudica como el recuerdo de un gran cariño abandonado. Que ella hable o enmudezca, se le reprocha alternativamente su palabra o su silencio, pues su palabra o su silencio encierran la misma acusación, y la más elocuente, la más terrible de las acusaciones, la acusación del amor traicionado.

El hombre puede embriagarse de sí mismo, pero él de ese modo no puede alimentarse.

El es tan pequeño que no se complace sino en sí mismo, pero es, a la vez, tan grande que no se satisface sino en Dios.

Si el rebelde se animase a descender hasta el fondo de sí mismo, él vería que busca, en su delirio, el más extraño e imposible de los consuelos, o sea la aprobación de la Iglesia traicionada.

Si su valentía lo permitiese, él le diría:

¿Por qué no consientes en renegar a tu sabiduría, asemejarte a mi demencia, y consagrarla con tu semejanza? Oh, verdad suave e inflexible, que yo odio con todas mis fuerzas porque eres suave e inflexible, ¿cuándo os convertirás, para calmarme, en discordante y furiosa como el error y como yo?

II

LA CIUDAD EN DONDE FALTA EL TIEMPO

Yo no tengo tiempo.
El no tiene tiempo.
Nosotros no tenemos tiempo.
Vosotros no tenéis tiempo.
He aquí el clamor de París. Todos conjugan el verbo:
No tener tiempo.

Es una palabra corta y que se pronuncia pronto. ¡Pero cuántas cosas esa pequeña palabra no supone! ¡Y cuántas cosas no impide!

París es el centro del mundo. Es necesario hablar de él. Para hablar de él, es necesario conocerlo. Pero para conocerlo bien, es necesario verlo a la distancia.

A veces, yo lo veo de cerca.

A veces, yo lo veo de lejos.

Yo no lo veo bien sino cuando lo veo de lejos.

¡Oh, verdad de la paradoja! Verdad desconocida como todas las verdades.

Yo me acuerdo que en mi juventud, la discusión literaria, la discusión intelectual, animaba, exaltaba los espíritus. Nuestros pensamientos eran ardientes y nuestras palabras tenían el fuego del entusiasmo.

Se me pide muchas veces que vierta sobre el papel mis recuerdos, y yo no resistiré probablemente mucho tiempo a ese consejo peligroso.

¡Cuántas ideas! ¡Cuántos sentimientos! ¡Cuántas miradas! ¡Cuántas pasiones! ¡Qué intensidad de trabajo yo he visto y he palpado!

¿Dónde se fué ese entusiasmo? En la actualidad los hombres, en su gran mayoría, se han convertido en hombres de negocios.

Mas, ¿qué es un hombre de negocios? Un hombre de negocios es aquel que no tiene tiempo.

Antes de condenar esta definición extraña, os pido reflexioneis un poco. En otra época el habitante de la Ciudad Luz era «el trabajador del espíritu, el hombre de letras».

En la actualidad, es a veces, o mejor casi siempre, «el hombre de negocios». Yo no digo: siempre. No quiero exagerar, no quiero mentir y la exageración según José De Maistre, es la mentira de las gentes honestas. De antemano yo hago excepción en favor de todos aquellos que quieren reclamar, pues esa reclamación merece, por sí sola, ser atendida al instante. Pero con todo, el parisién es a menudo un hombre de negocios, y quien no tiene tiempo ése es un hombre de negocios.

París presenta el aspecto de un hormiguero en donde cada hormiga conduce su carga. Se codean, se entrechocan, se hablan, mas no se ven.

Se está maniatado con la multitud de relaciones, con la multitud de personas, con la multitud de cosas, con la multitud de contradicciones, de choques, de dificultades, de contrariedades, con la multitud, también, de formalidades

que la urbanidad impone; todo eso es la ligazón, es la complicación. La multitud cambia a cada instante de costumbre y de forma, pero siempre es la multitud, multiplicada por la multitud.

Uno interroga a un hombre, a un amigo, a un hermano: la amistad es una ampliación de la hermandad.

Uno está colmado de ideas y de sentimientos sintiendo la necesidad de participarlos a los demás, por el interés de la obra común.

El tiene necesidad de vuestras ideas, vosotros de las suyas, y el intercambio sería indispensable.

Pero no se dispone de tiempo.

Los negocios están allí que lo reclaman, que lo acechan, que se abalanzan sobre él, que lo encadenan, que lo arrastran, ligado de pies y manos, hacia el cúbil en donde devoran a sus víctimas. Y entonces las palabras mueren antes de nacer; no mueren solamente en vuestros labios, sino también en vuestra alma. Pues el parisién, que tiene necesidad de entender, y a quien tú también tienen necesidad de oír, no tiene tiempo de escucharos.

El no tiene tiempo, palabra terrible ésta. Palabra que sería necesario sondear hasta sus más crueles profundidades.

No tiene tiempo de trabajar. No tiene tiempo de amar. Si algún importante personaje ignorado, que sería urgente descubrir, pasa a su lado, no tiene tiempo de darse cuenta de ello. El no tiene tiempo de obrar, pues obrar y correr no son dos verbos sinónimos.

El corre, corre, y corre. Distribuye, a derecha y a izquierda, una palabra, un apretón de manos, y su mirada distraída por el apresuramiento, no se fija en nadie.

Y bien. ¿Comprenderéis lo que se le escapa? ¿Sabéis vosotros lo que ignora? ¿Sabéis vosotros lo que desecha? ¿Sabéis lo que olvida? Entre otras cosas, y por sobre todo a París.

París, en su esencia, París en su realidad, le es ajeno en absoluto.

El ve las veredas de las avenidas.

El no ve a París.

Para ver, no creáis que la vista es suficiente. Para ver es necesario la atención. Y la atención exige tiempo, tranquilidad. Quien no tenga mucho tiempo no ve nada. El ojo no ve todo lo que lo impresiona.

Cuando vivo algún tiempo seguido en París ceso de verlo.

De lejos lo veo perfectamente. Es cierto que tengo bajo mi mano sus diarios, sus libros, sus correspondencias particulares y públicas, todos los rumores de sus conversaciones.

Yo lo evoco y él se presenta. Yo tengo en los ojos a París y su imagen.

De muy cerca, yo la olvido. Veo, sí, los fragmentos de que se compone; pero a ella misma ya no la veo.

Seguramente habréis constatado en vosotros mismos el siguiente fenómeno.

Pensáis en una persona. La estudiáis, la examináis. Con la pluma o con el pincel os disponéis a hacer su retrato. Si el retrato se encuentra ya hecho por ti o por algún otro, si está allí presente, bajo vuestros ojos, vosotros lo completáis por medio de las miradas que echáis sobre él.

Mirando uno se adueña; si vosotros termináis de hablar u os disponéis a hacerlo, la elocuencia tiembla sobre vuestros labios.

Entra una persona, y es la misma cuyo retrato está bajo vuestra mirada.

Sí, sí, es la misma, la que vosotros conocíais muy bien en cierto momento, la que era el objeto de vuestra mirada interna y externa de vuestra contemplación.

Ella entra, mas ella no **dispone de tiempo.** Vive en los negocios, se encuentra apresurada, tiene la brusquedad de la persona ocupada que un compromiso importuna y desarregla.

Escribe o recibe un telegrama. Se encuentra absorbida por un detalle.

Y bien, ¿qué os sucede? Os sucede que la perdéis de vista.

Su contacto precipitado e insignificante ha hecho perder la noción de ella misma, que en su hora teníais bien nítida. Estaba lejos y la habíais visto. Os toca y la olvidáis.

Y bien, esa misma persona es la ciudad de París.

Ella envía al mundo entero sus efluvios, buenos o malos. El universo está lleno de sus perfumes, de sus creaciones y de sus caprichos.

Es extremadamente locuaz y todos los días sus ferrocarriles transportan hacia todas las tierras habitadas, sus palabras sin número.

Ese diluvio de libros y periódicos cubre los valles y las montañas.

Y los valles y las montañas se ven penetrados, impregnados por el agua de ese diluvio.

Esa agua, fecunda para la vida y fecunda para la muerte, contiene y desparrama hacia todas las partes donde se extiende, todas las energías de la nube que la provoca.

El mundo entero es una placa fotográfica que reproduce los rasgos de París.

Y sobre esa placa París se ve. Pero en París mismo, París no se ve.

Ella no tiene tiempo de mostrarse. No tiene tiempo de hacerse entender.

Sobre el teatro en que vive, los actores hablan demasiado rápido.

En fin, París quita a su espectador el tiempo para observerla.

III

LA SOLA COSA NECESARIA

Hay circunstancias por las cuales el hombre entra en sí mismo, y a pesar de sí mismo; entonces él siente huir las utopías en las cuales había puesto su confianza. Siente la realidad severa; ella se le impone.

Pero el buen sentido está de tal modo perturbado que hasta las cosas tienen perdido su nombre.

¿Cuál es la utopía? ¿Cuál es la verdad? ¿Cuáles son las cosas objeto de los sueños? ¿Y cuáles las cosas del despertar?

Un día, una joven preparaba una refección para el huésped que había ido a descansar en su morada. «Maestro —le dice ella—, mi hermana no me ayuda», y el huésped le respondió: «Una sola cosa es necesaria». Marta comprendió, a lo menos en cierta medida, la palabra infinitamente profunda por la cual Jesucristo establecía la superioridad de María sobre ella. Marta comprendió, pero los siglos a quienes Dios hablaba, ésos no han comprendido hasta el presente.[1]

Los siglos han creído hasta el día de hoy que el Cristianismo era una especialidad de los que piensan en la otra vida, la especialidad de los místicos. Y el misticismo ha sido considerado como una de las formas del sueño, respetable tal vez, inútil con toda seguridad.

Y por esto, los siglos, que experimentan necesidades reales, prácticas, urgentes, han puesto su confianza en sus fuerzas y en sus habilidades.

2

Pero he aquí que los pueblos no saben ya cómo hacer frente a las dificultades innumerables de su actual situación.

Y, sin embargo, ellos han tenido todo lo que desearon. Ellos quisieron interrogar la materia, escrutarla, dominarla: ellos lo han hecho. En presencia de los problemas que plantea la vida de las naciones, ellos comprueban que la materia no los resuelve y los complica, por el contrario.

Sus descubrimientos no dan ninguna respuesta, su industria permanece muda. Las armas siembran la muerte por doquier; ningún instrumento de por sí es apto para dar la vida. Las naciones avanzan, levantando problemas, como los ejércitos en marcha levantan nubes de polvo, y, en esta noche que ellas han provocado, ellas mismas perdieron su ruta.

Estaba reservado al siglo XIX instalar alrededor del hombre las maravillas de la industria, ubicar al conquistador en medio de sus conquistas para decirle: «Tú has puesto tu confianza en tus invenciones, tú morirás en medio de ellas, morirás sobre ellas, morirás por ellas».

(1) El autor alude a San Lucas, X, 38.

En los siglos que precedieron, la humanidad había afrontado inconvenientes no fundamentales. En la actualidad ella experimenta un desastre universal, se agita en un laberinto, sin poder ordenar nada; todos sus esfuerzos, cualesquiera que sean, no tienen sino un resultado: ella se debate en el vacío.

Hasta el siglo presente, el hombre había sido probado con ciertas pasiones como el amor, el odio, los celos, la avaricia. En la actualidad nos ha nacido una sociedad y una literatura que constatan que la confusión ha ganado hasta las últimas parcelas del alma y alterado hasta el antiguo desorden. Detrás de las pasiones conocidas y nombradas, nosotros vemos volver de nuevo esta pasión, que no tenía ni nombre ni existencia en los siglos cristianos, y que los paganos llamaban «tœdium vitæ».

Mas, el disgusto de la vida no es otra cosa que una inmensa necesidad de Dios.

Mientras que la literatura no veía en las angustias nuevas del alma humana otra cosa que un medio de producir efectos nuevos, la sociedad evidenciaba por la realidad de sus crisis, la gravedad del mal.

Nuestro siglo ha sido hasta ahora el siglo de las conmociones terrestres.

Cada cosa se ha visto imposibilitada de conducirse a sí misma por sus propias luces. La ciencia se disfraza con el materialismo, el arte con el realismo. Llegado hasta allí, él toma sus lacras como adornos, y la conquista de una fosa como conquista de un trono.

La enfermedad que ha atacado al arte es la misma que ha atacado a la sociedad. La sociedad ha creído que se convertía en más real, porque ponía su confianza en las cosas de la materia.

Habiendo acometido el realismo a la sociedad, la sociedad ha caído en una utopía necia y a la vez espantosa: la salud por la industria.

El hombre moderno, porque había conseguido hacer servir la materia a nuevos usos, ha creído que, al tomar mil formas nuevas, tomaría la forma de un Salvador.

El ha tratado de soñador a quienes le hablaban de fe, esperanza, caridad y adoración.

El había creído que no era hombre práctico Aquel que había dicho: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura».

Por esto el hombre moderno se está envileciendo.

El ha abandonado la presa por la sombra. Ese sabio «positivo» no sabe todavía que lo que ha abandonado es el terreno de lo positivo.

El se ha servido de sus éxitos para hundirse en su utopía. Su sueño, habiéndose hecho cada vez más profundo, ha contribuido a que sus sueños sean cada vez más reales. Y de igual modo, por los hábitos de su vida interior, el hombre ha tratado de convertir el sueño en una realidad, y de la realidad ha pretendido hacer un sueño; pero la naturaleza de las cosas ha resistido; el sueño ha permanecido sueño, la realidad ha permanecido realidad.

Jesucristo ha permanecido lo que ha sido, es y será, la piedra angular del mundo y de los mundos.

El siempre será la necesidad universal. No se quiere saber nada de él, se dice que él es un sueño, pero él es la realidad, y nada puede arreglarse sin él.

3

La historia nos ha relatado los esfuerzos del hombre para salvarse haciendo abstracción de Dios. El hombre siempre ha ensayado inventar contra sus males un paliativo, en vez de un remedio.

Prefiere el paliativo al remedio, pues el paliativo viene de él, en tanto que el remedio viene de Dios.

Abandonando las cosas del espíritu a aquellos que él llama alucinados, el hombre se ha atrincherado en su dominio, creyendo su fortaleza inexpugnable. Sin embargo, los enemigos quedaron dentro. Y esa fortaleza tiene un nombre: torre de Babel. La división lo atacaba en el centro de su posición.

La sociedad, dividida contra ella misma, perecía.

Pero la verdad la acosaba, sin iluminarla, y el hombre moría sin comprender. El moría, y sus hijos continuando su obra morían también, abandonando Dios a las mujeres y pidiendo la salud a su destreza.

A fuerza de generosidad, ellos disculpaban a veces la debilidad de quienes iban a beber la vida en su fuente. Ellos reconocían a los alucinados ciertas cualidades de espíritu y de corazón, que se pueden estudiar a ratos perdidos; pero, volviendo pronto a los pensamientos serios, se daban de nuevo a los negocios. Después de haberlos distraído por algún tiempo, sus empresas se desmoronaban, igual que las de sus padres; como sus padres, morían sin comprender, y sus hijos, semejantes a ellos, intentaban un perfeccionamiento nuevo por medio de un instrumento cualquiera, atribuyendo los desastres del pasado a la infancia de la industria, a los balbuceos de los primeros ensayos.

Y ellos iban más lejos en su desprecio a los alucinados, pues iban también más lejos en su adoración a los industriales.

Con todo, he aquí que el siglo de las luces, según unos, el siglo estúpido, según otros, y ciertamente el que se jacta más de sabio entre los siglos y el más orgulloso de su ciencia, repite, él también, que no sabe otra cosa que evolucionar.

Por el lado que se lo mire, ya sea por su habilidad, por su industria, por sus negocios, ha hecho lo que ha podido, y más de lo que esperaba. El no entiende sino de cambio y evolución, y como ha adquirido el hábito de aclarar todo, él pretende aclarar su desesperación. Esa desesperación es muy cobarde y muy inútil.

4

Y porque la materia, lamentándose al pie del muro, interrogándose en lo íntimo, reconoce su impotencia, sólo hay un camino que la prudencia indica, y es el convertirse.

La necesidad suprema del espíritu, que es la justicia y

la verdad, es también la necesidad suprema de la vida. La necesidad de Jesucristo ha descendido del dominio de la contemplación para hacerse patente en los hechos. El Cristianismo no es ya solamente la necesidad moral suprema del mundo; se ha convertido también en su necesidad material. Y es tan imperiosa que podría decirse que es el único expediente.

Los paliativos están agotados, la enfermedad ha avanzado, un poco también a causa de ellos, y la verdad sola se hace imperiosa.

No existe para este mundo visible ni para el otro, dos Salvadores diferentes; no hay más que uno: es Aquel que hablaba, hace diez y nueve siglos, a Marta y María.

Cuando está en tierra, el marinero blasfema y se emborracha. Pero llega el día en que se embarca y en el momento de la despedida, una novia o una hermana, le cuelga al cuello la medalla de la Virgen, y cuando el viento sopla, él la tiene presente. La tempestad le dice con su terrible voz hasta qué punto es insuficiente la habilidad del capitán, y las frentes se descubren en medio de la maniobra.

Entre las ocupaciones más materiales, el más material de todos los peligros, le ha recordado la más espiritual, la más mística de todas las necesidades, la necesidad de la oración. El marinero, que en ciertos momentos bebía y juraba, se encuentra ahora de acuerdo con un carmelita que está en oración a mil leguas de allí.

El se vió introducido en el dominio del espíritu por la violencia material de los elementos desencadenados, y es posible que se vea elevado alto. Es posible que en un instante sobrepase a quienes en otro momento lo adoctrinaron; pues hay instantes que valen por siglos. Los silbidos del viento y la oscuridad causan terror; el navío es débil, el mar profundo y la eternidad desconocida.

Esa necesidad espiritual, que la tempestad revela a los navegantes, todo lo revela a todos en el día de hoy.

«Unum est necessarium». La sola cosa necesaria, la sola cosa que vosotros no queréis y declaráis abolida y risible, es aquella que todas las cosas piden como su principio, como su vínculo, como su luz; si no es escuchada, todo tiembla y vosotros moriréis.

IV

EL LIBERALISMO

Existe una clase de hombres que dan la impresión de creer que el mal es una cosa que es necesario usar, pero del cual hay que cuidarse de abusar; que el bien completo sería monótono y exclusivo; que el mal, tomado a pequeñas dosis y mezclado con el bien por una mano discreta y delicada, tiene sus ventajas y sus encantos.

En el orden de la religión, esta disposición del espíritu lleva al protestantismo. En el orden de la política, ella conduce al liberalismo.

El liberalismo piensa que la soberanía y la revolución son dos fuerzas igualmente legítimas y que se trata pura y simplemente, para triunfar de ambas, de conceder su parte a cada una.

Pues el liberalismo no se compromete ni con la Soberanía ni con la Revolución. El ama el temperamento que lleva a cada una de ellas.

El espera desarmar a Dios y a Satán, proporcionándoles una conciliación.

El liberalismo cree que el mal posee su dominio como se posee una heredad, y que, en ese dominio, el mal tiene sus derechos reales; que quitarle ese dominio, significaría violar un derecho; que es necesario, sí, marcar a esas propiedades ciertos límites a fin de que no invadan por completo los dominios del bien, pues esto ya sería ir demasiado lejos.

Todo error está fundado en una verdad que se deforma. El liberalismo ha falseado, desnaturalizado, corrompido, la noción del equilibrio.

Existen dos maneras de concebir el equilibrio; una puede llamarse la organización de la guerra; la otra, la organización de la paz. Todas las ideas y todos los hechos presentan, a quien los considera, un cierto número de elementos diversos: si uno de esos elementos devora a los otros, hay ruina y muerte, pues el equilibrio ha desaparecido por completo, y sin equilibrio no hay nada. El equilibrio, bueno o malo, determina una situación buena o mala; pero un cierto equilibrio es necesario siempre. Sin equilibrio no hay posibilidad de existir. Pero existen no ya dos maneras sino dos equilibrios, y he aquí cómo los concibo; he aquí ante todo cómo yo los nombro: el equilibrio de la paz, o sea la armonía; el equilibrio de la guerra, o sea la simetría.

Un padre de familia tiene tres hijos que se envidian y detestan; uno de ellos termina arruinando a sus hermanos o los aniquila; el equilibrio está completamente destruído; la familia tiende a desaparecer.

Un padre de familia tiene tres hijos, que se envidian y detestan. El padre no trata de reconciliarlos, pero trata de calmarlos. El no pretende extinguir el odio, pero pretende que no se acreciente, y asignarle límites para que no pase de ahí. El da a entender de tal modo que estará en el interés de sus hijos no estallar en rebeldías. Cada uno de ellos creerá, por ejemplo, que le corresponde unirse, o mejor coaligarse, en cierta medida, con uno de sus hermanos, a fin de que ambos encuentren en ese acercamiento una ayuda contra el tercero. Así cada uno de ellos tendrá necesidad del otro para precaverse del tercero; y la familia vivirá, si a eso se le llama vivir, en una precaución continua que impedirá ciertos desórdenes, sin otorgar nunca el orden. He aquí el equilibrio de la guerra. He aquí lo que a menudo se llama aquí abajo sabiduría. Esta sabiduría, parodia de la sabiduría, vive de cálculo y se desentiende del amor. Pero ni siquiera vive; lo que ella llama la vida, es un esfuerzo estéril para retardar la muerte. La sabiduría fundada sobre la habilidad y no sobre el amor, que pretende establecer, no la paz sino una división lo suficientemente prudente como para permanecer mucho tiempo tranquilo, esta sabiduría es el ideal que se propone habitualmente el error; gracias a esta prudencia, el error que remeda siempre, remeda en este caso la armonía que supone siempre la fuerza y la inteligencia. La fuerza verdadera doma la carne y la sangre bajo la obediencia gloriosa del espíritu. **Ella las somete a la libertad.** La fuerza falsa no doma ni la carne ni la sangre; pero sí las convida a dormir, en los momentos en los cuales ese sueño le conviene. Ella los arranca de la esclavitud del furor, para encadenarlas a la esclavitud del cálculo.

He aquí el liberalismo.

Un padre de familia tiene tres hijos que se envidian y detestan. Un día, él les muestra, en nombre de Dios vivo, el esplendor del amor: él les habla del monte Tabor. El les dice la verdad, pues no se contenta con ser bueno él y que sus hijos se emponzoñen con el pecado, y al oírlo sus hijos se arrodillan y lo abrazan.

He aquí hombres liberados; he aquí el equilibrio de la paz; he aquí la armonía, he aquí la sabiduría.

El equilibrio de la guerra era una concesión: el equilibrio de la paz es un gozo y una plenitud. El primero era un cierto compromiso firmado con la muerte.

El segundo es una entrada en la vida.

El equilibrio de la paz vive de esta alta creencia: todas las cosas son solidarias; afirma la unidad de la raza humana; afirma que lo que interesa a cada uno interesa a todos, que quien hiere a su hermano se hiere a sí mismo; afirma la unión y la solidaridad de los miembros viviendo unos por los otros, en vista de la organización única en la cual todos participan; afirma que es indispensable para amarse bien, amar a los otros como a uno mismo, y a todos en Dios, desde que en «El omnia constant», pues el equilibrio de la paz, es el catecismo.

El equilibrio de la guerra está fundado sobre esta baja suposición de que los miembros viven a expensas los uno de los otros, y que su ley es la hostilidad.

Cada uno debe tirar para sí la cobija, —yo empleo a propósito palabras indignas para esta cosa indigna—, y succionar la sangre de sus vecinos, cuidando de no acarrear la

muerte inmediata, para que los tribunales competentes no tengan pretexto de intervenir, y para que el juego pueda durar.

2

Yo he insistido sobre la naturaleza de esos dos equilibrios; pues en la religión, en la sociedad, en la ciencia, en el arte, en la política, esta división muy simple determina la verdad y determina el error.

El ateísmo, del cual Proudhon es la expresión más significativa, cree que Dios es el enemigo del hombre, y que llegará el momento, si es que no ha llegado ya, en que el hombre matará a su enemigo.

El panteísmo, del cual la India es la expresión más completa, cree que la creación es el enemigo necesario e irreconciliable de Dios, y que es necesario negarla en provecho de Dios; pues siendo ambos términos absolutamente contrarios, cuanto más vosotros afirmais a uno de ellos, tanto más resultará negado el otro.

El Cristianismo establece y afirma, entre el hombre y Dios, la unión.

El no teme disminuir el infinito por los grandes destinos que otorga a lo finito.

El error cree siempre que las verdades entre ellas se contradicen, a semejanza suya, que se contradice siempre y naturalmente.

La verdad propone con generosidad sus afirmaciones; ella es por sí misma su armonía y está segura de sí misma.

En filosofía el equilibrio falso lleva un nombre atrayente; se denomina: eclecticismo. El eclecticismo se caracteriza por ser un sistema que pretende otorgar a todos los sistemas, suficientes condiciones como para que los adeptos que los enseñan no se irriten contra él.

En filosofía, el equilibrio verdadero es la filosofía universal; es decir, la filosofía católica.

En el arte, la verdad y el error han sido presentados en un pie de igualdad. ¿No habéis asistido a la querella entre

clásicos y románticos? Los unos se apasionaban por el «buen sentido», los otros por la imaginación.

Ambos creían que esas dos potencias eran enemigas. Le hace violencia al hombre aceptar un todo integral, y él se refugia en la división, pues ésta se asemeja al pecado que él lleva en sí mismo.

El cisma es su refugio contra las invasiones solemnes de la unidad que eleva constantemente la voz en nuestras tinieblas: «admonet et magna testatur voce per umbram».

Aquí el equilibrio falso estuvo representado por un hombre admirablemente bien elegido. Se llamaba Casimiro Delavigne. El trató de apaciguar las dos escuelas por medio de un cierto número de concesiones.

El creía, como todos los mediocres de su talla, que las medias medidas calman siempre a alguien. El no comprendía que ellas irritan, a la vez, a quien las obtiene y a quien las acuerda: el primero las encuentra insuficientes, el segundo las encuentra excesivas. Nadie las encuentra justas. La concesión de la medida a medias es la parodia del acuerdo; el acuerdo supone la unión de las almas; la medida a medias supone la división de dos almas que tratan ambas de contradecirse un poco a propósito, a fin de acercarse un poco la una a la otra **en apariencia.**

Pues la media medida permanece en el dominio exterior de los hechos.

Ella no acerca los corazones; de aquí su impotencia.

El equilibrio verdadero afirma todos los elementos de lo real, y los afirma a todos en su plenitud; desde que ellos son los elementos de la misma verdad, se sostienen, se entreayudan en lugar de contradecirse; y cada prueba particular y cada acto particular por el cual resulta apoyada cada piedra del edificio, consolida toda la construcción. El equilibrio falso piensa que todos los elementos de una cuestión —para él no hay verdades, sólo hay cuestiones— se encuentran celosos unos de los otros, y que para tener éxito es preciso amalgamarlos un poco, a fin de obtener de ellos que consientan en ser vecinos; es necesario negar **un poco** a cada uno de ellos, en interés de los otros, que palidecerían si alguno aumentara.

San Pablo ha planteado la ley del equilibrio verdadero cuando dice: «Omnia in ipso constant». El hablaba del Pontífice (pontem faciem). Pero el equilibrio falso toma las diversidades por contradicciones. El olvida la ley del universo que es la de ser **uno y diverso** a la vez, sin que los planetas iluminados, perjudiquen al sol que los ilumina, ni el sol a los planetas.

3

Hacia cualquier lado que mire, hacia la filosofía, hacia la ciencia, hacia el arte, hacia la política, hacia la vida, me encuentro en presencia de este error singular, que quisiera apaciguar una verdad mediante el sacrificio de alguna otra verdad. ¿Ciertas personas no están acaso muy persuadidas de que los hombres geniales carecen de un juicio recto? Ellos chupan con la leche materna esta idea muy digna de la inteligencia que les es propia, pues el genio, que no es sino una forma superior de la armonía y que, bajo pena de muerte, tiene por base el equilibrio y el buen sentido, el genio, digo, se les aparece como un monstruo capaz de devorar todas las cualidades que ellos aman. Si esas personas tienen hijos en los cuales suponen que existe **demasiada imaginación**, se apresuran a hacer lo que llaman concesiones a los fueros de la pasión, es una especie de sacrificio que ofrecen a los dioses infernales, y cuando han apaciguado así a la divinidad enemiga, esperan que esos hijos volverán a la razón, que se les parece como una fuerza muerta, inconciliable con la vida, pero preferible a ella en sus cálculos cotidianos.

También suelen decir: mejor es que se conozca el mal antes y no después.

La sabiduría de esos hombres consiste en poner agua en su vino. Ellos aprecian esta frase que se les asemeja, y que rinde muy bien lo que se le quiere hacer rendir.

¿Qué significa esta otra frase: **Es necesario que la juventud se pase?** Significa que la juventud debe tener ciertos derechos y obedecer a ciertas leyes generales, y que es necesario, durante un tiempo más o menos largo, ponerse en contradicción con la eternidad, a causa de la edad que se tiene en el tiempo.

¿Sabéis lo que dice la verdad? Dice: **Es necesario que la juventud dure.** Ella impone la eternidad a la juventud de la eternidad; ella pone en los labios de un sacerdote de ochenta años, que dice la misa, la palabra de juventud aplicada a él. Por orden de la Iglesia el sacerdote de ochenta años habla a Dios de su juventud, y de su **«juventud gozosa».**

En política el equilibrio falso se llama el liberalismo. El liberalismo es una media medida que desearía suprimir suavemente la soberanía, disminuyendo un poco los inconvenientes de esta supresión.

El busca excusar, y nada aquí abajo puede excusarse. El liberalismo es el eclecticismo político: él detesta a la vez la juventud y la eternidad; su característica es la impotencia. El no espera nada grande ni de la parte de sus amigos ni de la parte de sus enemigos. Es escéptico. El dice como Atalía:

«Yo tengo mi Dios, a quien adoro; vosotros serviréis al vuestro»;

Pero ella agrega:

Ambos son dioses poderosos...

El liberalismo haría esta variante:

«Yo tengo mi Dios, a quien adoro, vosotros serviréis al vuestro».

Ambos son impotentes...

El liberalismo carece de aspiraciones; si las tuviese, las conduciría hacia la impotencia; pues desea ser sabio pero no divino. Mas, la impotencia es el último término de toda sabiduría que no es divina.

Todo esto no es una digresión; yo no he abandonado el liberalismo.

El liberalismo es la forma que toma el falso equilibrio, cuando el falso equilibrio habla de política.

El liberalismo es el eclecticismo de la política.

El pretende otorgar su parte a la Revolución, como el burgués en presencia de un hombre joven, concede su parte a la pasión. Pero la pasión es celosa. El fuego que ilumina y

el fuego que incendia, ambos son intolerantes; ellos no admiten, ni el uno ni el otro, la partición de la presa.

No hay aquí abajo más que un solo problema, y él ha sido resuelto sobre el Monte Sinaí; es el problema de la adoración.

La religión adora a Dios, y la Revolución adora al hombre.

La Revolución adora el furor del hombre.

El liberalismo adora la moderación del hombre. El joven que se extravía se adora a sí mismo en sus pasiones.

Más tarde, él se disciplina, sin convertirse, y se adora en sus hábitos egoístas que son los cadáveres de sus pasiones petrificadas.

Y el liberalismo se asemeja a la Revolución como los hábitos nos representan a las pasiones.

Desde hace ya muchos años, el problema social está planteado frente al mundo.

Los revolucionarios tratan de resolverlo, **por medio del hombre.** Ellos pretenden salvar el hombre por el hombre. Ellos pretenden que Dios les conceda la palabra y les permita hacer largas experiencias. Elías decía a los profetas de Baal: «Invocad a vuestros dioses. Veremos así si el fuego del cielo desciende sobre vuestro holocausto; yo hablaré a mi vez, e invocaré el nombre de mi Dios. Pero haced antes vuestra experiencia. **Facite primi».**

Hace ya más de cien años, los adoradores del hombre hacen la experiencia de las fuerzas de su Dios. Hace ya más de cien años, gritan hacia él; hace ya más de cien años, Elías se burla de ellos como se burlaba de los profetas de Baal, y les dice: **Clamate voce majore: Deus enim est, et forsitan loquitur, aut in diversario, aut in itinere, aut certe dormit, ut excitetur.**

En efecto, duerme el dios de la Revolución, él duerme, ese Dios que se llama hombre, y mientras la Revolución lo adora, él charla, viaja y duerme, mas no escucha. El hace justamente todo lo que hacían los dioses de los falsos profetas, y las palabras de Elías se aplican a él con una maravillosa exactitud. Sin embargo esos adoradores gritan todavía más fuerte, y se diría que pretenden despertar así a ese Dios somnoliento e impotente; pero no lo consiguen.

La experiencia tiene ya una larga duración, ella está cumplida, está agotada. Cada uno de los profetas de la Revolución ha tenido la palabra. Sus voces han sido tragadas por el vacío; por un vacío trágico las más de las veces; su dios no se ha despertado, el problema no ha sido resuelto. He aquí un hecho histórico que resume toda la historia: **El hombre no ha podido salvarse por sí mismo.** La experiencia está consumada.

Es hora de que Dios se muestre como Dios, (Ostende hodie quia tu es Deus) y nos indique, salvándonos, de qué parte viene la salud.

V

LAS TRES SOCIEDADES

Me parece que la sociedad humana puede presentarse bajo tres formas:

El estado salvaje;
El estado bárbaro;
El estado civilizado.

¿Qué es la sociedad salvaje? Esas dos palabras parecen excluirse. Sin embargo, el estado salvaje también es una sociedad. La sociedad se impone al hombre. Está escrita en su naturaleza. Ella no es facultativa, es obligatoria. Ella no es una virtud, pues es una necesidad. Los salvajes tienen, a la fuerza, vinculaciones entre ellos. Ellos forman, a pesar de ellos mismos, una sociedad monstruosa si se quiere; las leyes sociales son violadas, la esencia social es inviolable.

¿Qué será lo que caracteriza al estado salvaje? Es la fantasía del individuo, es la licencia absoluta otorgada a esa fantasía. En el estado salvaje, la sociedad, reducida a la mera agregación de los individuos, ya no protege, pues ciertamente ella lo protegía. El estado salvaje, analizado por de Mais-

tre, no es en manera alguna un comienzo, es una decadencia. No es una juventud, es una ancianidad. Y en esta ancianidad, la licencia se desborda por todos lados como se escapa el líquido de un vaso quebrado. El salvajismo es la decrepitud de la sociedad, y esta población decrépita carece entonces de la fuerza necesaria para luchar contra la fantasía de sus miembros, abandonándolos a su suerte, y las fantasías se multiplican las unas por las otras. Las bestias hacen todo lo que ellas quieren, pero se mantienen dentro de los límites de la naturaleza.

El salvaje hace todo lo que quiere, y se mantiene por la naturaleza.

Su fantasía no es combatida más que por la fantasía de los otros. Y entre esas dos fantasías, ¿quién decidirá? Seguramente la fuerza.

El más fuerte oprimirá al más débil, y la licencia del uno no se verá impedida más que por la licencia del otro, si este otro es el más fuerte.

Pasemos a la unidad bárbara.

¿Qué es la barbarie?

El estado bárbaro consiste, si no me equivoco, en el desenvolvimiento, arbitrario e injusto, de las fantasías de la comunidad.

El salvajismo es la licencia otorgado al individuo contra la comunidad.

La barbarie es la licencia otorgada a la comunidad contra el individuo.

La barbarie ahoga al individuo bajo el peso de la sociedad.

El salvajismo abandona al individuo a su fantasía personal, y lo dispensa de todo respeto a la sociedad.

La barbarie abandona la sociedad a su fantasía personal, y la dispensa de todo respeto al individuo.

Pues, sepámoslo bien, la sociedad tiene sus fantasías como el individuo y sus fantasías son más terribles, pues están más armadas.

El salvajismo está particularmente caracterizado por la licencia.

La barbarie está especialmente caracterizada por la esclavitud.

La esclavitud es la negación del derecho individual.

La licencia es la negación del derecho social.

El salvajismo es el asesinato de todos por cada uno.

La barbarie es el asesinato de cada uno por todos.

En el salvajismo, un individuo más fuerte oprime a otro individuo más débil.

En la barbarie, la comunidad es la más fuerte; es la comunidad la que aplasta a la persona.

La comunidad de las mujeres es uno de los caracteres de la barbarie.

El secuestro de las mujeres es uno de los caracteres del salvajismo.

La antigua Roma ha pasado por el salvajismo, antes de la llegada de los bárbaros. En la época del secuestro de las Sabinas, Roma tenía características salvajes.

En la época en la cual el Senado romano arroja a los pies del César la persona humana y le atribuye particularmente todas las mujeres, Roma fué bárbara.

La barbarie subleva al alma más profundamente que el salvajismo, porque la comunidad cuando ella se convierte en opresiva, es más terrible que el individuo. El salvaje que encuentra un salvaje más fuerte que él, está en una situación peligrosa.

Pero el hombre honesto ahogado por Tiberio, nos conmueve más íntimamente.

El salvajismo guarda la apariencia del capricho. La barbarie otorga al capricho las apariencias de la ley.

En el estado bárbaro, el capricho de la comunidad se oculta bajo la figura nobilísima de la ley.

La barbarie puede producir, como accidente, el salvajismo.

Calígula nombrando a su caballo cónsul es a la vez bárbaro y salvaje.

Como emperador y representante de la sociedad romana, comete un acto de barbarie.

Como individuo que tiene un capricho, comete un acto de salvajismo.

Pero es la barbarie la que lo caracteriza, pues Calígula era emperador y porque su fantasía, por pertenecer al dominio público, se ejercía bajo el imperio de las leyes.

Cuando la fantasía posee fuerza de ley, pertenece a la Historia.

¡La barbarie posee su historia! El salvajismo carece de ella.

El salvajismo puede producir la barbarie, desde que los individuos, buscando una protección los unos contra los otros, establecen una fuerza común, para invocarla contra la fuerza privada y particular.

La barbarie puede producir el salvajismo, en cuanto los individuos, oprimidos por aquel que tiene en su mano la fuerza común, rompen esta comunidad y buscan la justicia particular, como un refugio contra la voluntad que los aplasta a todos.

El salvajismo entre los civilizados es la anarquía. La lucha de cada uno contra todos, y de todos contra cada uno, es resonante. Ella conmueve la Historia.

En cuanto la sociedad habla, la Historia escribe.

Todas esas luchas, cuando engendran, engendran el estado civilizado.

¿Qué es la civilización?

La civilización es el ejercicio legítimo de las facultades del individuo, protegido, sancionado, consagrado por la sociedad inteligente.

El estado salvaje, es la furia.

El estado bárbaro, es la ruina.

La civilización, es el equilibrio.

Permitir, querer, favorecer, ordenar el desenvolvimiento de cada individuo sin perjuicio para su vecino, y sin perjuicio para la comunidad, tal es el problema social.

Sin perjuicio. Esta palabra no es suficiente.

El desenvolvimiento de cada uno debe hacerse en provecho de todos.

Al estado salvaje corresponde el recelo.

Al estado bárbaro el odio.

A la civilización, la caridad. Dentro del estado de civilización, el bien de cada uno acrecienta el bien de todos; los favores particulares también son gracias generales, porque es la justicia la que los distribuye.

En el estado salvaje, cada uno acepta el lugar que ha tomado por la fuerza.

En la sociedad civilizada, cada uno ocupa un lugar que es capaz de llenar, aquel que le está designado y que él mismo designa por sus aptitudes internas.

Este necio pensamiento:

No es posible contentar a todo el mundo y al propio padre.

Es digno del estado salvaje. En el estado salvaje lo que se hace por uno se hace en detrimento del otro. Lo que se otorga a Pedro es robado a Juan.

En el estado civilizado, lo que se hace en favor de uno agrada al otro y a todos. Los hombres se reconocen como miembros de un mismo cuerpo, a no ser que el egoísmo sea el signo de una época, y haga ver lo contrario.

Los cuidados otorgados al pie derecho jamás han excitado los celos del pie izquierdo. Tampoco excitan los celos de todo el cuerpo, que tiene necesidad del uno y del otro.

Si un miembro resulta herido, todo el cuerpo sufre y se precipita en socorro de tal miembro.

El interés del cuerpo entero advierte acerca de la necesidad de ser caritativo con el miembro herido. Si las verdades fuesen de igual modo palpables en el orden moral, como lo son en el orden material, los hombres se apresurarían a ir en socorro del hombre necesitado, con el mismo ardor y con la misma rapidez. Si todos los hombres se sintiesen miembros de un mismo cuerpo, el egoísmo bien entendido les ordenaría la caridad.

La enemistad es un sentimiento salvaje igualmente fatal para quien lo experimenta y para el que lo inspira.

La humanidad es un cuerpo. Ella forma una gran unidad, la civilización otorga la inteligencia de esta unidad y la caridad le da un fundamento sólido y sobrenatural.

En el estado salvaje, el poder social es nulo. En el estado bárbaro, es opresor.

En el estado civilizado, el poder es libertador y la consagración y la garantía de la sociedad. La Autoridad es la mano de la Fuerza suspendida sobre la inteligencia para protegerla contra sus enemigos.

La civilización es la paz de las fuerzas que combaten juntas por la justicia.

VI

NAPOLEON O LAS IRONIAS DE DIOS

¿Cuál será la característica del siglo diez y nueve? Una cierta ironía parece haber obtenido la presidencia de sus destinos.

Por lo general, en los ciclos regulares, la historia consigna hechos preparados, ordenados, conducidos y realizados por deseos, por imaginaciones, por sentimientos, por actos preparatorios.

Pero en el siglo nombrado, sucede lo contrario. Desde el momento que quiere una cosa, hace otra, y ésta es lo contrario precisamente de aquélla.

Desde el momento que anuncia un hecho, realiza otro, y éste es lo contrario de aquél.

Desde el momento que tiene un deseo, se precipita en sentido contrario, y su acción es absolutamente contraria a su atractivo.

Desde el momento que hace un proyecto, realiza otro proyecto contrario.

Desde hace cien años, la humanidad presenta ese espectáculo, y nadie ha insistido lo suficiente sobre él.

La filosofía del siglo diez y ocho era sentimental hasta el extremo.

Era una pastora de Wateau. Ella amaba los campos, los prados, la campaña, los ríos o más bien dicho los hilos de agua más que los ríos.

El dulce murmullo de los arroyos hacía las delicias de

su joven alma inocente. Ella no tenía en la boca más que palabras amorosas. Balbuceaba asimismo con mucho agrado el dulce nombre de la inocencia. Soñaba con la fraternidad. ¡Oh, como amaba todos los pueblos, esta filosofía! En cuanto dependiera de ella, jamás hubiera aplastado ni una mosca. El sufrimiento de un insecto, le hubiese arrancado lágrimas. No hubiera contemplado la angustia de una mariposa sin llorar a torrentes.

Todas esas sensiblerías no impidieron los crímenes de la Revolución. Y por el contrario, todas esas sensiblerías reunidas hicieron germinar el 93 como el botón hace germinar la rosa.

Se mataba por bondad, se pretendía matar al monstruo, se pretendía así evitar los crímenes.

Ved la literatura, ved la pintura, ved la poesía desde hace poco más de cien años; es una verdadera fiesta campestre. Juan Jacobo Rousseau, con lágrimas en los ojos, conducía la farándula. Rousseau se conmovía ante su propia bondad. El iba más lejos, y a veces se admiraba de su propia inocencia. El lloraba de amor cuando pensaba en sí mismo, y como siempre pensaba en sí mismo, sus lágrimas no cesaban de correr. Detrás de él, los pastores, falsificados o no, seguían el cortejo con aire compungido. Se bailaba llorando.

Por desgracia, ese numeroso enjambre de inocentes bellezas llegaba hasta el pie del cadalso, donde lo esperaba Robespierre.

Hay algo más curioso aún, y es que en los momentos más horribles, los sentimientos empalagosos continuaban inundando la literatura.

Marat ha escrito un libro. No adivinaréis seguramente el título de esta producción encantadora. Vosotros creeréis que se trata de algo sangriento.

La sola tapa del volumen tendría que ser ya una espantosa amenaza. Y bien, no. El hecho es éste. El monumento literario que nos ha dejado Marat lleva sobre su frontispicio estas cuatro palabras: **Una novela de amor.**

Ni Dios ni amo. El hombre está liberado. Sólo se debe a sí mismo. Los pueblos son hermanos. ¡Basta ya de guerras, basta ya de armas! ¡Abajo los tiranos! Filósofos llorones ce-

lebran la libertad, la fraternidad, la paz universal. Hay abrazos hasta ahogarse. Los ecos de la tierra no repetirán sino los besos de las naciones, echándose los brazos al cuello las unas a las otras.

¡Oh pastores! ¡Oh pastores! ¡Oh Pablo! ¡Oh Virginia!

De pronto un joven artillero bastante silencioso, toma Tolón, después Italia, después Francia, después Europa. La libertad y la fraternidad no solamente ya no reclaman, sino que ni se animan a elevar la voz. Todo el mundo se vuelve tímido. Revestido con la púrpura imperial, el joven artillero no se adormece, ni se hamaca, ni se calma, ni se detiene, ni se satisface. Se diría que su destino permanece aún por debajo de sus deseos. El tiene siempre el aire de estar descontento de su grandeza, como de un traje demasiado estrecho que lo molesta. La tierra permanece silenciosa ante él, como en presencia de Alejandro, y en ese silencio aterrorizado, una voz breve se deja oír que pronuncia estas frases cortas:

«Soldados, yo estoy contento de vosotros».

Los que no ven en Napoleón otra cosa que el hombre del campo de batalla y el hecho de la victoria, no tienen la vista muy larga.

Otro podría haber ganado igual número de batallas, sin adquirir su gloria.

Otro podría haber conquistado igual número de provincias, sin adquirir su prestigio.

El siglo diez y ocho estaba saturado de frases y teorías. Napoleón ha aparecido sobre la tierra como una realidad, como una potencia. Ha hablado poco. Ha obrado mucho, desmesuradamente.

A veces los hombres de acción aparecen pequeños. Ellos son hombres de negocios inferiores al ideal.

Napoleón ha reunido en él, el carácter de la precisión y el de la grandeza. La cosa exacta y la cosa grandiosa se han dado cita en él.

Yo no juzgo aquí sus actos, ese juicio me llevaría demasiado lejos. Yo constato la impresión que hizo sobre el mundo. El ha mostrado a los ojos de los hombres lo que

aquellas gentes, aludidas al principio, ven raramente: la actitud gigantesca.

Si yo trato mirar de frente el prestigio de ese hombre extraño, que parece predestinado por la lengua griega a cierta destrucción enorme, me parece que ese prestigio no reside en la fuerza del brazo de Napoleón, pues la sola fuerza es cosa brutal, y sí en yo no sé qué deseo, que no se satisface con el tiempo, y que ensombrece la frente del triunfador.

Napoleón no tiene nunca el aire satisfecho. Si hubiese estado alguna vez contento, resplandeciente, conforme, radiante, hubiese aparecido como más pequeño que sus victorias. Preocupado, tiene el aire de ser superior a ellas. El no parece nunca contento de sus realizaciones ni tampoco de sus soldados. La severidad de esa expresión sublime contiene yo no sé qué reproche dirigido a no sé quién. Pero existe ese reproche en su frente.

Existe inquietud; existe insatisfacción.

«Esta vieja Europa me aburre», decía él, según se cuenta, y volvía hacia el lado de Oriente su singular mirada, descontento seguramente de tropezar con algo que permanecía aún alejado de su potencia. Su campaña de Egipto le ha parecido el momento supremo de su vida. Extranjero en las Tullerías, se encontraba menos lejos de su rincón natal en medio de las tumbas de los Faraones.

Declaraba haber malogrado su misión en San Juan de Acre. Pretendió abrirse la puerta del Asia y tomar en seguida la Europa desde Oriente. Pero habiéndosele escapado de entre las manos el Asia, la extrañaba como un soberano que ha vivido intensamente sobre el trono, extraña el imperio perdido, y es quizás la nostalgia del Oriente perdido la que imprimió en la frente de Napoleón el rasgo sombrío y vago de un descontento inexplicado.

Su descontento es más invencible que sus armas. El triunfa sobre sus victorias.

Se diría que un poco Napoleón se ahoga sobre los tronos. El tiene el aspecto de águila enjaulada. El emperador europeo poseía todo lo que podía necesitar. Pero en el alma

de Napoleón, el soberano asiático que pudo ser, estaba, quizás, descontento.

Sus soldados creían adorar en él al general triunfante. Quizás estaban ellos dominados, sin saberlo, por una admiración totalmente inconsciente e incomprendida por los mismos que la experimentaban. Quizás estaban ellos dominados por el hombre que, si hubiese sido fiel a su tipo y a sí mismo, estaba encargado de llevar el peso de dos cetros, el Cetro de Oriente y el cetro de Occidente.

Quizás sus sentimientos, mucho más altos que sus inteligencias, saludaban un porvenir ignorado por ellos mismos. Quizás esa frente preocupada si hubiera sido más humilde y más divina, estaba destinada a la corona que ninguna mano humana ha tocado, la corona virgen, la corona del Asia. Quizás es esta posibilidad vagamente sentida, sin ser por eso la menos comprendida, la que conmovía el mundo con sacudimiento singular.

Quizás era esa emoción la que hacía llorar a los viejos soldados, cuando veían bajo el sol de Austerlitz la figura legendaria.

Si el prestigio de este nombre extraño hubiese dependido simplemente de la victoria, Waterloo habría disipado la aureola y la hubiera desprendido de su frente.

Waterloo quitó la victoria sin quitar la aureola. Santa Elena la enrojeció con los fuegos del trópico. El sauce llorón, la soledad, la majestad del desierto, las pampas del sol africano ocultándose en el mar africano, han puesto digno marco al retrato del hombre.

¿Estaré yo, sin pensarlo, haciendo su apología?

Lejos de eso. Ni siquiera se me pasó por la mente. Lady Macbeth, tratando de lavar su traje, débilmente manchado con la mancha indeleble, exclamaba: «Esto no se va». La sangre del duque de Enghien tampoco ella se va. ¡Y cuánta sangre agregada a esta gota de sangre!

Los reproches caen sobre esta memoria, copiosos como las gotas de las lluvias primaverales.

Ellos caen justos, enormes, irrefutables, monstruosos, como el personaje sobre el cual se acumulan.

Yo diría, si me lo pidierais, mucho mal, más de lo que

podríais imaginar, sobre nuestro personaje, y todo lo que yo diría sería perfectamente cierto, y la excomunión, que fulminó como los otros rayos la cabeza del gigante, tenía mil razones contra una de elegir aquella frente.

Y, con todo, el Papa que lo excomulgó lo quería. Y si el tiempo y el espacio me permitiesen recoger la espantosa acta de acusación que levanta la historia, ¿cuál sería mi conclusión?

Mi conclusión sería no tener ninguna.

Recordaré una frase de Lamartine:

«Dios lo ha juzgado, ¡silencio!»

Y recordaré otra frase de Víctor Hugo:

«Este hombre extraño conmovió la historia
Su fría justicia se ocultó bajo su gloria.»

(Yo no admito este último verso. Nunca es fría la justicia.)

Y recordaré una frase profunda de la crítica alemana sobre Hamlet:

«Tenemos aquí una ecuación irracional.»

Existen hombres, tal vez destinados a aterrorizar y confundir y a que se termine con un signo de interrogación el juicio que se trate de formular sobre ellos.

Lo que es absolutamente claro es la ironía monstruosa clavada en las postrimerías del siglo XVIII por el brazo de Napoleón.

VII

LA PRENSA

En la sociedad en la cual vivimos, la vida y la muerte, antiguamente revestidas con una más solemne vestimenta, han hallado el medio de entrar en nuestras casas sin ceremonias. Entran bajo la cubierta de **un impreso.**

La importancia de la Prensa es una de las raras cosas que es casi imposible exagerar. La prensa juega con nuestra sociedad como el viento juega con la hoja.

Así como la carne y la sangre son formadas por el pan material, el espíritu y el alma son formados por la Prensa, en el siglo que es el nuestro.

La multiplicación de la escritura representa admirablemente la multiplicación de los panes.

Pero de igual modo que ella multiplica los panes, multiplica también los venenos.

Los cuentos de Las Mil y Una Noches, nada representan al lado de las maravillas que la prensa realiza bajo nuestra mirada todos los días y todas las noches. Esos días y esas noches han sobrepasado la cifra de mil y una. En cierto modo esas maravillas han tenido la suerte de los astros del Firmamento, **asiduitate viluerunt**; el hábito las ha envilecido.

Sin embargo el hecho está presente; la Prensa alimenta al mundo: el hábito que disminuye nuestra capacidad de admiración, no disminuye la cosa admirable. Lo que escribe un hombre hace germinar la vida o la muerte en innumerables otros hombres, separados de él por el tiempo y el espacio, sometidos a él por su escritura multiplicada.

De aquí resulta un inmenso deber **para todos los hombres** creado por la Imprenta.

¿Cuál será este deber? Helo aquí:

Hacer llegar la vida a los demás hombres.

* * *

Ese deber, simple e inmenso, se encuentra en el número de los deberes desconocidos u olvidados.

Si tuviésemos raras veces la ocasión de llenarlo, lo llenaríamos seguramente con más conciencia.

La imprenta, si ella fuese costosísima o escasa, llenaría de admiración por su potencia; pero ella está tan propagada por todas partes, que se nos pasa desapercibida su importancia.

Ella colma en tal forma nuestras calles y nuestras casas, que nosotros no vemos ya más su seriedad.

Ese pan, desde que se ha hecho cotidiano, nos ha atado a su rutina pero ha perdido ante nuestros ojos su solemnidad.

La Prensa nos es en tal forma familiar que no vemos ya la vida o la muerte que lleva en sí, bajo las apariencias muy simples con que se ocultan a nuestros ojos.

Empero, ellas se esconden allí con tanto más realidad cuanto más insignificantes son las apariencias. Ellas penetran con tanto más profundidad cuanto son menores los inconvenientes que encuentran. **Distribuir los buenos libros:** estas palabras, demasiado simples para parecer grandes, se asemejan a un consejo burgués, dado por un catálogo.

Y sin embargo, no os equivoqueis, y pensad que esta frase demasiado simple, tiene como sinónimo esta otra:

Haced circular la vida en el Universo. No distribuir las palabras de la verdad, significa **interceptar la vida en el Universo.**

Con todo, y por tratarse de un pecado de omisión, las gentes honestas lo cometen a diario sin remordimiento.

El hombre asocia fácilmente la idea de inocencia y la idea de abstención; empero, existen abstenciones que son verdaderos crímenes.

A veces se mira una acción como ajena en absoluto.

Quizá llegará un día en que nos veremos forzados a reconocernos como sus autores.

Quizás el lector, que ha leído tantas y tantas pésimas cosas tenía necesidad del contraveneno que nosotros teníamos misión de procurarle. Quizás eras tú el que estaba encargado de reemplazar entre sus manos el veneno cotidiano, y quizás un escritor tenía necesidad de ese lector como ese lector tenía necesidad del escritor. Quizás reunidos, se habrían fortificado el uno por el otro, Quizás, separados, perecieron el uno lejos del otro.

Existen encuentros en tal forma útiles, en tal forma maravillosos, que se asemejan en este mundo a apariciones visibles de la Providencia. Existen personas que están encargadas de facilitar a otras personas esos encuentros providenciales. Aquí me refiero a los que controlan o favorecen la publicidad.

Los hombres que tienen la publicidad, los que la favo-

recen y los que la detienen, abren o cierran esos canales, por los cuales los desconocidos pueden acercarse los unos a los otros.

Un hombre acosado por la desesperación, blasfema y se da la muerte.

Otro hombre pasa por la calle, ve una reunión de personas, pregunta con una curiosidad indiferente qué es lo que pasa. «Nada, se le contesta, es un pobre desdichado que ha atentado contra su vida».

El peatón continúa su camino, y es quizás él quien ha cometido el crimen de esa muerte.

No exactamente el crimen, mas sí ha contribuído a que no se evitara.

Y sino decidme ¿no será quizás que le faltó un libro serio y verdadero, profundamente serio y profundamente bello, leído en esos momentos providenciales y decisivos, en los cuales el alma se angustia y se levanta, alternativa y fácilmente; no será quizás que de lo que tenía necesidad ese hombre era de un libro que tuviese la palabra que necesitaba en su tentación y desgracia?

Y ese libro no le llegó, y fuiste quizás tú, paseante inofensivo, fuistes quizás tú, el que estabas encargado de ponerle ese libro entre sus manos.

Los desconocidos se llaman, sin conocerse, en la gran noche de este mundo. Los hombres que se ocupan de la publicidad, son los órganos de esta gran voz misteriosa.

La voz de los que piden socorro en su ceguedad, se encuentra multiplicada o se ve extinguida, según aquella voluntad.

Si se viese el mundo invisible, se verían gritos, súplicas, manos tendidas; se oirían los gemidos de los pobres de la inteligencia, los gritos de los que mueren de hambre. Se oirían rugir las entrañas humanas. Todo ese mundo de los que imploran, desean el Pan, desean la palabra.

Existen panes para ese pueblo. Pero ese pueblo no los conoce. La imprenta está hecha para multiplicar esos panes. No para especular aunque sea a base de la destilación de veneno o propagando la necedad. Y vosotros, gentes honestas, hombres de bien, vosotros estáis encargados de alimentar también a esos hambrientos. Ellos están confiados a vuestros cuidados.

Vosotros creéis, quizás, que la propagación de los libros, de los diarios que no mienten, ni calumnian, ni corrompen, vosotros creéis quizás que esta propagación es un lujo. Vosotros os equivocáis; no es un lujo. Es una necesidad absoluta.

Vosotros que teméis el mal, temed también a ese mal horrible, el mal por omisión.

Vosotros tenéis una magistratura sublime, que es la justicia intelectual. Tenéis también una obligación sublime que es la caridad intelectual.

Ese pueblo clama, él tiene hambre.

Vosotros que tenéis la publicidad, y vosotros que podéis, por vuestra posición, por vuestra fortuna, ayudarla, desenvolverla, engrandecerla, vosotros, digo, tenéis el poder y el deber de multiplicar el pan. Y vosotros tenéis también la posibilidad de ocultarlo, y de hacerlo desaparecer. Y no tenéis la excusa de guardarlo para vosotros, pues no lo guardais ni para vosotros ni para nadie: vosotros lo sepultais.

Ah, si hacéis esto, si vosotros sepultais el pan, ocultais la luz al desdichado que no encuentra su camino. Vosotros arrebatais al que implora el pedazo de pan que salvaría su vida. Vosotros no entendeis esa súplica, porque el hambre intelectual no grita como el otro. El no tiene como el otro conciencia de su miseria. El no increpa, se calla, se alimenta con venenos.

Y la muchedumbre patalea sobre panes enterrados, cuya existencia ignora. Patalea y después ruge.

En todo tiempo, el hambre ha sido llamado pésimo consejero.

El aconseja destruir todo, los templos primero, después las casas.

Destruyendo le parece que devora.

El acumula ruinas, como si fuese a tragarlas. Si vosotros no dais pan, se tragarán venenos. Pues existen quienes prefieren los venenos a los tironeos del hambre.

Y si el veneno es intelectual es imposible creer que ellos no den a la larga sus resultados.

Si vosotros no dais pan, os devorarán a vosotros mismos.

Dar pan no es en manera alguna fomentar la miseria u la mendicidad.

Es por el contrario, hacer todo lo que redunde en el bien permanente del prójimo de cualquier naturaleza que sea.

Las verdades más evidentes poseen algo a la vez de paradoja y de lugar común.

He aquí una de esas verdades. Existen algunos hombres sobre la tierra que están encargados por la naturaleza de las cosas, en virtud de las circunstancias, por la posición que ocupan, de indicar a los demás hombres dónde están los panes que son necesarios para sostener la vida y reemplazar los venenos.

Ministro de la palabra social, tú presides la distribución del pan o la distribución del arsénico, la distribución de la luz o la distribución de las tinieblas.

En el nombre de Dios, sabed elegir.

VIII

APARIENCIAS Y REALIDADES

Consintamos en hacer una suposición.

Nos encontramos con un extraño, con un ignorante de las cosas de este mundo, y nos decidimos a mostrarle algunos de los espectáculos que se ofrecen a los ojos de los mortales.

Lo conducimos a un campo de batalla. ¡Qué horrible tumulto! El silbido de las balas y la explosión de las granadas. La confusión, los heridos, los moribundos. El sangriento desorden que Chateaubriand llamaba **la batahola de la muerte.**

El extranjero se dirige hacia nosotros y nos dice: «Yo no sabía lo que era el odio y acabo de conocerlo». ¡El odio! he aquí en efecto la invención de los hombres. Ellos no se encontraban lo suficientemente mortales y han acudido al odio para hacerlo aliado de la muerte.

Para calmar al viajero y completar su instrucción, deseo ponerle otros cuadros bajo sus ojos.

Lo conduzco a un salón del alto mundo. En lugar de los gritos y de las balas, él no encontrará allí sino saludos y sonrisas.

Es aquí que la cultura se muestra espléndida, es aquí que ella florece, es aquí que hay lucimiento dentro de la **conversación amable.**

En ese culto salón, no hay ni mujeres ni hombres y sí solamente señores y damas. Las palabras que se dirigen respiran la educación mas exquisita. Nadie acentúa más de lo debido sus palabras. Nadie se acalora con la conversación. Las opiniones que se manifiestan tratan de no herir a nadie, permaneciendo todas cerca del justo medio. Nadie es muy religioso: eso sería ir demasiado lejos. Nadie tampoco es muy irreligioso: eso sería ir demasiado lejos. Nadie demuestra tener mucha autoridad: eso sería poco elegante. Nadie es muy revolucionario: eso sería chocante.

Nadie demuestra una fe positiva: eso sería un poco atrasado. Empero se concede con buena voluntad protección a las creencias antiguas; pues su destrucción, entre las gentes del pueblo, no dejaría de significar graves inconvenientes, y más que todo si fuese completa esa destrucción, pues nada es necesario que sea completo. No es que se quiera que el pueblo deba conservar una fe precisa y viva. No, en manera alguna.

Pero se le desea voluntariamente un resto de confianza y un resto de temor. Es muy necesario que el pueblo espere ciertas recompensas para la otra vida, y tema ciertos castigos. Eso lo ayudará a soportar sus miserias en este mundo, y es necesario la prudencia en todo.

Mi amigo comienza a reconciliarse con los hombres. ¡Cuán amables son ellos! ¡Qué hermosa moderación! ¡Qué lejos nos vemos ahora del campo de batalla! Yo le pido a mi extranjero que se fije en un grupo de caballeros a la derecha, en un grupo de damas a la izquierda.

Los primeros hablan de política y de literatura. Se destacan dos particularmente que conversan animados. Yo no oigo muy bien todas sus palabras; miro y escucho desde un poco lejos, pero sé que se habla de escritores modernos. Se maldice a las personas fanáticas que creen todo lo que hay que creer. «Es necesario a veces, dice un señor, sacrificar generosamente las propias convicciones en favor de los otros y los intereses de la verdad en aras de la concordia». Esta frase obtiene un éxito casi unánime. Empero, sale un contradictor que se permite decir:

«¿Podrá obtenerse la concordia lejos de la verdad?».

Yo observo en los rostros como un gesto de sonrisa, y en ciertos ojos algo así como un relámpago frío. Diríase miradas de acero.

Y en el grupo de damas, ¿es que esas flores, esos diamantes, esas figuras elegantes y sonrientes, no excluyen toda idea de hostilidad o de venganza? Esos abanicos hábilmente manejados hacen saludos y signos; la educación más exquisita preside sus movimientos. Sus gestos ligeros ponen ciertos acentos sobre las palabras pronunciadas.

¿Y sería posible suponer que en estas palabras: **querida señora,** pronunciadas con cierto encanto, se oculte una impertinencia? No es posible creerlo, ¿verdad? Con una sola mirada esas elegantes se observan, se escrutan, adivinan, creen adivinar, dejan adivinar mil secretos. Pero, a menos de tener una larga y terrible experiencia de las cosas de este mundo, ¿cómo permitirse desconfiar a un ramo de flores? No estando ya herido con un dardo que ha atravesado y enfriado el corazón, ¿podrá pensarse que ese dardo puede estar ya ocultado allí? No, nunca una tal sospecha poseerá al noble espíritu de nuestro extranjero.

El personaje viajero, que acababa de quedar aterrorizado por los horrores del campo de batalla, se encuentra de nuevo serenado por estas gratas escenas de nuestra amable civilización.

El cree haber contemplado en su momento la acción espantosa del odio y que actualmente la amabilidad despliega sus encantos a su alrededor.

Y bien, si yo estuviera encargado de su instrucción cultural, si tuviera a mi cargo iniciarlo en nuestros negocios mundanos, he aquí lo que le diría: Vuestro error es radical. En la atmósfera de los campos de batalla ni un átomo de odio está mezclado. La guerra **muele** las naciones para **mezclarlas,** decía José de Maistre, pero este abrazo fogozo no tiene nada de común con la carencia de simpatía. Esos hombres que se degüellan estarán dispuestos en su hora a socorrerse, a ayudarse. Después de exponer la propia vida para distribuir la muerte, la seguirán exponiendo tal vez en su hora, por una intención contraria de la muerte. La palabra enemigo presenta aquí un sentido particular y misterioso. El enemigo, es aquel que está delante de vosotros. Vosotros sólo obedecéis combatiendo a un decreto que está fuera de vuestra comprensión. Vosotros obedecéis a un odio que no es el vuestro y que surge de más alto que vuestros sentimientos personales.

–Pero –interrumpe el extranjero– ¿dónde, pues, está el odio sino en quien da la muerte?

–¿Dónde está el odio? Quizás en ese salón en donde te cautivó la amabilidad y elegancia de nuestras costumbres; puede ser que esté en esas sonrisas, en esas finezas, en esas reticencias y sobre todo en esos **vacíos y aislamientos.** «Tú te enfadas, luego tú has errado» decía un antiguo.

Esta frase es tan falsa como célebre. El hombre que se enfada muchas veces tienen razón. Yo diría con más conocimientos: «Tú te enfadas, luego amas». El hombre que se disgusta es casi siempre un hombre de corazón. Es **la cólera del amor,** decía asimismo José de Maistre.

El hombre que discute con violencia, que persigue al adversario con sus acusaciones, que quiere a toda costa tomar la trinchera, convertir, persuadir, ése está pleno de ternura. El furor aparente que él testimonia contra ti no es otra cosa que un deseo vehemente de asimilarse a ti y de conducirte con él a las regiones de la paz y de la victoria.

Si tú lo rechazas de plano, él terminará en el silencio; entonces sí que no amará más. En las discusiones de los hombres bien educados, aquel que llega a acalorarse es el

mismo a quien se acusa de odiar; con todo, es él quien más ama.

El que observa una discreción perfecta, el que no deja escapar una sola palabra que vaya contra la prudencia y el cálculo, el que permanece irreprochable en las expresiones y en las apariencias, ése es muchas veces el que no ama.

El otro se daba, éste se reserva y parece bondadoso porque es indiferente. El odio no es una violencia; es más que todo una reticencia. No es un ardor, es una frialdad. Es una cantidad negativa; no es un transporte, es una abstención.

Quien ama, habla, lo mismo que quien cree. «Yo he creído, y es por eso que he hablado». El que no ama, no habla. Quien vive de su odio vive de su silencio.

Ciertas expresiones imperceptibles colocadas en la mirada o en el gesto son semejantes a las acentuaciones del silencio: ellas indican y miden allí dónde falta la caridad hasta qué grado bajo cero ha llegado la frialdad de la separación. Pues éste es el nombre del odio.

El no es persecución, reproche o furor: él es la separación.

IX

CONTEMPLATIVOS Y ALIENADOS

El liberalismo austriaco, por la voz de Frendemblalt, señala para desprecio del **mundo a los ociosos y holgazanes que llevan una vida contemplativa en los conventos.**

No es una palabra aislada y perdida. Todos los países del mundo tienen sus ecos para repetirla.

Otra publicación nos dice que hasta la **última de las Religiosas sea devuelta a su verdadera vocación de mujer y de madre.**

De ese modo, en nombre de la libertad, se pide que esta última Religiosa sea arrastrada de los cabellos y colocada en alguna parte a la fuerza. Los contemplativos son

tratados ya como criminales, ya como locos; y esas dos acusaciones no son más que una en el fondo. Es el mismo espíritu el que habla, y es la misma cosa la que se quiere significar con esas palabras.

En una carta del doctor Eugenio Semerié, a Monseñor Dupanloup, la identidad absoluta de la teología y de la locura está doctrinalmente planteada como tesis.

«Existe, dice el tal doctor, entre la manera de razonar de los teólogos y la de los alienados una semejanza tal, que, volverse loco, **es caer en teología:** son las mismas teorías sostenidas de la misma manera».

Volverse loco es... ¡caer en teología! He aquí la fórmula dada.

Ella es clara, franca, simple, completa. Vale la pena que nos detengamos en ella breves momentos.

Esta frase podría convertirse, en virtud de la luz de los contrastes, en motivo de un bello libro en donde aparecieran la locura y la teología como los dos términos de la contradicción más absoluta que pueda existir en este mundo. Para comprenderla por nuestra parte, sólo tenemos que abrir los ojos.

Uno de los caracteres de la locura es el capricho.

Cada loco tiene una locura propia que no se asemeja casi a la locura del vecino. La locura es eminentemente fantástica, olvidadiza de todo principio general y regulador, se precipita con la cabeza baja hacia la meta donde la lleva el instinto individual, el instinto variable, enfermizo, que ha reemplazado para ella a la verdad y a la salud.

Ese instinto varía hasta el infinito, y cada demente tiene el suyo. El que propusiera a un hospicio y a todos los hospicios del mundo abrazar una forma común, una locura parecida, la misma locura formulando los símbolos de esta locura y tratando de que se acepten en forma universal, ese tal no pasaría de ser otra cosa que él mismo un loco más.

Y el carácter propio de la teología, es la unidad de la fe, es la ortodoxia.

Recorred de un extremo al otro, la historia de los con-

templativos. Encontraréis allí sabios, ignorantes, hombres, religiosas, esposas, vírgenes, eruditos, letrados, y a través de la más perfecta diversidad de naturalezas, de caracteres y de condiciones, encontraréis, repito, la más perfecta unidad de doctrina.

Encontraréis, por tanto, la cosa más perfectamente, más radicalmente, más necesariamente incompatible con la locura, y yo no sé cómo un hombre de buena fe y cuerdo puede escapar a la irresistible evidencia de esta incompatibilidad.

Segundo caracter de la locura: el orgullo.

El orgullo no es solamente una de las circunstancias accidentales de la locura, quizás nos muestra de ella su esencia. Acontecida la catástrofe paradisíaca, el hombre fué inducido a creerse Dios. El creyó que estaba en la posibilidad de ser y de crear un Dios. La idolatría, dice la Escritura, es el principio y el fin de los males. Ella está ciertamente con la locura, en una relación íntima, y quizás no sea posible encontrar un solo loco, a pesar de los extremos degenerados a que por una terrible compensación conduce con frecuencia tan triste enfermedad, que no se considere como Dios en un cierto rincón de su espíritu.

Un visitante recorría una casa de locos. Encontró un hombre instruído y amable, colmado de cumplidos y de buen sentido, que le hizo los honores de esa triste morada. Ese **cicerone** explicó todo con detalles, instruyendo al visitante y describiéndole las características de cada una de las manías que se aparecían ante sus ojos. El extraño creía haber trabado amistad con uno de los médicos del establecimiento o con algún guardián inteligente.

La visita se estaba por terminar cuando se presentó un último enfermo. «¿En qué consiste la locura de éste?», preguntó el visitante. «¡Oh, pobre hombre —respondió el guía con un aire de compasión profunda—; él cree ser Dios Padre! Pero yo, que soy Dios Hijo, sé muy bien a que atenerme».

Esta respuesta de un demente ordinariamente lúcido da luz tal vez sobre el carácter general y el tipo de la locura. Cada loco se cree Dios y en otra forma que su vecino. Pero se cree siempre Dios en alguna forma. El hombre caído se precipita como un animal hacia la cosa que en el día de su Caída, le fué prometido por la Serpiente.

La razón y la fe son las dos riendas que lo sujetan, y cuando él se desentiende de ellas, nada lo puede detener.

El orgullo es una locura sujetada. La locura es un orgullo que ha roto sus ligaduras.

¿Y no son contemplativos cristianos los hombres más humildes del mundo?

Un San Francisco de Asís, cuando se proclamaba el más ínfimo de los hombres, seguramente lo hacía porque en su santidad sublime conocía el corazón humano, y sabía que los juicios de Dios son diferentes a los nuestros, y en su bondad estaba seguramente convencido que si los demás hubiesen vivido su realidad podían muy bien haber sido mejores que él, y que de haber vivido él la realidad ajena, ¿quién le aseguraba que no podía haber sido peor? Cuanto más los contemplativos viven allegados a la familiaridad divina y consumidos por sagradas llamas, tanto más comprenden la distancia infinita que los separa de Dios.

Los santos son los únicos hombres que saben hasta qué grado el hombre no es Dios. El infinito de la distancia, ocultado por la locura, ocultado a medias por el orgullo ordinario, resplandece ante sus ojos. Ellos viven en las antípodas del orgullo, en las antípodas de la locura, iluminados por la humildad sobre la realidad de las cosas.

¿Qué representa muchas veces el amor a la gloria, al dinero, al placer? Representa la idolatría y el desconocimiento de las miserias del corazón humano y de la condición de desterrado que tiene el mismo ser humano. Todo eso tiene mucho también de orgullo.

En fin, he aquí un tercer carácter de la locura: el peligro. Toda locura aun inofensiva, es la amenaza de una catástrofe. Examinad a esas enfermedades nerviosas a las cuales el materialismo quisiera asimilar el éxtasis de los santos. Esas enfermedades de no existir una curación que es rara y difícil, no se detiene en mitad de camino. Ellas se encaminan por lo general hacia una liquidación penosa. Ellas

revelan habitualmente por una catástrofe sorpresiva, el secreto de su naturaleza.

¿Y no es acaso característica de la santidad la prudencia? Los santos son los más sabios entre los hombres. Donoso Cortez decía que si él tuviera un negocio humano muy complicado, muy delicado, consultaría un teólogo y que entre los teólogos elegiría el más contemplativo.

Esa palabra tiene una profunda enseñanza.

Si Santa Teresa hubiese sido tal como el racionalismo y el materialismo hubieran querido que fuera, y nos la pintan, hubiera acumulado errores sobre errores y locuras sobre locuras. Pero lo cierto es que fué muy hábil, fina, prudente a la vez que llena de celo, y hombre de negocios como no lo hubo jamás.

El árbol se conoce por sus frutos. Si en vez de ser santa, ella hubiese sido loca, el Monte Carmelo, en lugar de producir muchos frutos y flores hubiera desaparecido bajo una avalancha de catástrofes.

¿Será posible encontrar en la historia un loco que haya sido fundador?

El que toma a los santos por locos está obligado a creer en la existencia de un ejército sublime de locos que se ponen de acuerdo entre ellos sobre los puntos más elevados y más delicados de la doctrina, en un ejército innumerable de locos ortodoxos, humildes, buenos, pacíficos, prudentes, sabios, reservados y discretos.

Habrá que creer en la existencia de alienados que poseen el don de consejo, que preveen y desbaratan los peligros, en locos obedientes, en locos modestos, en locos bienhechores, que han pensado, dicho, hecho las grandes cosas de las cuales vive la humanidad, en locos que en lugar de ir hacia catástrofes reveladoras, terminan su vida pura, sabia, útil, fuerte y severa, con una muerte tranquila, sublime, luminosa y fecunda.

La locura es subversiva, la santidad es edificante. Ella ha llegado a otorgar a esta última palabra un sentido que no tenía y que ha hecho olvidar el otro.

El materialista, que confundió lastimosamente ese sentido de comprensión del creyente de todo a la luz de la fe con la aberración del demente de confundir todo alrededor de su idea fija o manía, está obligado por tanto a abandonar tan perfectamente y tan absolutamente los postulados del buen sentido, de la razón y de la ciencia como los de la fe y del cristianismo.

Está obligado a negar la historia y la fisiología, como también la teología, la lógica, está obligado a cerrar los ojos a todas las luces, y a renegar a la vez y para siempre todas las evidencias.

Está obligado a despedirse de los principios elementales del sentido común y a admitir el absurdo, en su afán de rechazar lo sobrenatural.

X

LOS GRANDES HOMBRES

Existe sobre la tierra una clase de personas dignas de una compasión y de una caridad muy particular, y que sin embargo a nadie, tanto como a ellos se les niega esa compasión y esa caridad: es la clase de aquellos comúnmente llamados los grandes Hombres.

Los grandes Hombres son Pobres de una clase particular, más pobres que los otros Pobres.

Un pobre es aquel que padece necesidad. Un hombre es tanto más pobre cuanto más padece necesidades. Los pájaros no atesoran títulos del Estado; pero no por eso ellos son pobres, porque no padecen necesidades, y porque encuentran, ante sus alas extendidas, en todas partes una mesa tendida y fácilmente y sin previsión satisfacen sus necesidades.

El hombre es la más pobre de las criaturas. El hombre está colmado de necesidades. El hombre multiplica sus necesidades.

Pero al lado del gran Hombre no hay Pobre que se le pueda comparar.

El gran Hombre tiene, ante todo, todas las necesidades del hombre común, y él las siente más profundamente que nadie.

Después, él tiene otras necesidades, que son a la vez más elevadas y exigentes, que gritan más alto y se escuchan menos, porque no son comprendidas, siendo las imploraciones que se hacen en su favor casi siempre rechazadas, porque la Inteligencia del público es impenetrable a los gritos que esas necesidades lanzan.

Si Cristóbal Colón hubiese ido de puerta en puerta, implorando el Pan ordinario, el Pan que es necesario a todos, a los grandes Hombres y a los que no lo son, hubiese sido seguramente mejor escuchado. Pero él mendigaba su pan propio: él necesitaba barcos para descubrir a América. Ese y no otro era su Pan. Otorgadnos hoy día Nuestro Pan Cotidiano. ¡El Nuestro! No el del vecino, el Nuestro, el que necesitamos propiamente nosotros.

Verdaderamente el Pan de los grandes Hombres es infinitamente más raro que el Pan de los hombres comunes. Y es por esto que los grandes Hombres son pobres, con una pobreza humana ordinaria, pues tienen todas las necesidades de los hombres, y pobres por una pobreza que les es peculiar por los deseos gigantescos e invisibles, en virtud de los cuales ellos son lo que son, vale decir, grandes Hombres.

Lo que representa, en realidad, en efecto, ese Pobre, que se conoce con el significativo nombre de gran Hombre, es eso lo que trataré de contestar.

Cuando, en una circunstancia solemne, un soberano envía un embajador a otro soberano, a ese embajador le está confiado un secreto que no debe decir a nadie más que al soberano en persona.

Cuando en una circunstancia solemne, Dios envía un hombre solemne a la Humanidad, a ese hombre le está confiada una misiva, un secreto. La diferencia es que, aquí, el secreto se llama Misterio, y es en virtud de ese Misterio que el gran Hombre es lo que es.

Los hombres vulgares apoyan toda su importancia en los actos que ejecutan.

Sin esos actos, ellos no serían absolutamente nada. A veces se elevan sobre esos actos como sobre un tablado y atraen las miradas de la muchedumbre. Ellos viven de sus actos; los explotan. Hacen sonar el bombo y pueden llegar a hacer bastante ruido.

Pero por ellos mismos carecen de consistencia. Esos fantasmas pronto se esfumarán. Ellos aparecen siempre superiores al lugar que ocupan y a los resultados que han llegado a obtener. Resultan así aplastados bajo sus obras. Cuando esas obras están terminadas, sus autores se vuelven a encontrar en su primitiva y propia insignificancia. El accidente que los habrá elevado los anula. La ocasión de ser alguien una vez pasada, esos hombres ya no representan nada.

El gran Hombre, por el contrario, es superior a sus actos. La emoción que su nombre produce es más inmortal que los accidentes de su Historia.

Esa emoción es hija del Misterio que él oculta.

El Misterio es su capital, su título y su Nombre.

He aquí por qué el gran Hombre es muy difícil para juzgar. He aquí por qué él es muchas veces un signo de contradicción. Es que obra en virtud de algo que los demás no conocen.

Los hombres normales pueden hacerle mil reproches, verdaderos o falsos, justos o injustos. Pero deben guardar siempre en presencia de los mismos el respeto que exige la presencia del gran Desconocido. De otra manera, ellos se comprometen mucho más que lo que podrían comprometer a aquel que pretenden alcanzar.

El gran Hombre escapa a sus golpes y mucho más resultarán ellos mismos heridos gravemente.

* * *

Los hombres comunes y particularmente pequeños experimentan un cierto atractivo, un cierto placer atacando a los grandes Hombres. Existe mucho despecho y venganza en aquel placer.

Esos ataques tienen por lo general una cierta aceptación. Pero no os engañéis por eso.

Ese éxito es debido más que todo a la Persona del hombre injuriado.

La curiosidad que se vincula a él, contribuye al pequeño renombre de quien lo ataca. Pero esta pequeña fama será corta, y cuando ya haya pasado el que injurió, el Hombre, el gran Hombre permanecerá de pie invencible fijo sobre su roca inmortal, y su pequeño enemigo llevará la marca de las heridas que pretendió hacerle.

Las balas que le estaban destinadas no llegan hasta su frente bien alta. Ellas caen sobre quien las lanzó.

Naturalmente, yo no pretendo abolir la crítica histórica, el examen serio de los actos y de la vida de los grandes hombres. Ella tiene el derecho y el deber de hacerlos rendir cuentas. Pero es necesario que tome en consideración el elemento **engañoso,** que es su elemento. Es necesario que ella se ponga a la altura del Misterio al cual aspira aproximarse.

Los contemporáneos de los grandes Hombres les dirigen a veces reproches justos y las más de las veces reproches que parecen justos.

¿Qué les falta a aquéllos para hacer honor a la justicia? Les falta la total comprensión de la Idea en virtud de la cual el gran Hombre es lo que es. Critican sus actos uno a uno. No ven los que los une y los inspira.

Generalmente los hombres pequeños critican al gran Hombre por no haber hecho lo que ellos mismos, hombres vulgares, habrían hecho en su lugar.

El gran Hombre, en efecto, si hubiese obrado como ellos, hombres pequeños, habría evitado mil faltas que quizás ha cometido.

Gran Hombre, ha tenido mil defectos. Si hubiese obrado como los hombres comunes, quizás sólo uno tendría en lugar de mil. **Pero ese solo defecto hubiese sido precisamente el no ser un gran Hombre.**

Seguramente recordareis ese célebre jumento que llegó a tener todas las cualidades pero que se murió, y que tenía un solo inconveniente: el de estar muerto.

El gran Hombre a ser tal como los hombres pequeños lo desean, no tendría más que un inconveniente: el de asemejárseles.

Si Cristóbal Colón hubiese sido menos **obstinado,** por cierto que no hubiese descubierto América.

Yo oigo desde aquí los consejos que debió recibir.

«Pero amigo mío, sed un poco más razonable. Sed como uno de nosotros.

«¿Por qué nadar contra la corriente? ¿Por qué no eres como todo el mundo?

«¿Es ese el ejemplo que os hemos dado? ¿Es que se ha dicho alguna vez que vuestros hermanos, parientes, amigos, camaradas, vuestros tíos, vuestros abuelos, se hayan lanzado en plena mar, sin saber a dónde iban? ¡He aquí a pesar de todo, hasta dónde puede llevar la Presunción de un hombre!»

Hay muchos misterios en esta palabra: ¡Justicia! ¡Y cuán necesario sería haber pesado las montañas para juzgar a aquel que tal vez las conduce sobre sus espaldas!

El secreto de Cristóbal Colón era quizás el Equilibrio.

El Antiguo continente le imponía la búsqueda del Nuevo continente.

XI

LOS OBREROS DE BABEL

Alguien preguntó a un campesino:

–¿Ha visto usted a París?

–No, –respondió el hombre de campo–. Fuí una vez allí, es cierto, pero las casas me impidieron ver la ciudad.

Quien sabe si esta ingenuidad, no encierra una cierta profundidad. Las casas nos impiden a veces ver la ciudad.

Los detalles impiden ver el conjunto. A un animal microscópico, que pasara su corta vida entre dos piedras de una casa, esas piedras le impedirían ver la casa.

En la ciudad intelectual, ¿no se produce acaso un profundo fenómeno casi semejante? Considerad al mundo intelectual como una ciudad inmensa. Para apreciar cada edificio en todo su valor, para verlo en su lugar, para determinar su rol y su aspecto en el plan general, sería necesario, ante todo, haber echado sobre la Ciudad una vista de conjunto.

Si tú te dejaras absorber por un detalle, ese detalle te impediría ver la ciudad.

¿No es acaso esto lo que acontece todos los días alrededor nuestro? Nunca se discutió tanto. Nunca la luz ha surgido menos del choque de las opiniones.

Es que sin duda alguna, para entenderse, ante todo, es necesario hablar la misma lengua. Eso es elemental. Pero hay que recordarlo; pues, verdades, las más elementales están olvidadas.

Y por eso los hombres que tratan los problemas se hablan y no se entienden, porque cada uno habla en lenguaje personal; y los otros responden también en su lenguaje personal.

Nada es tan nuevo sobre la tierra como las antiguas verdades de la Escritura. Ellas son siempre nuevas porque son eternas. El relato de la Escritura tan verdaderamente histórico, es, al mismo tiempo, tan simbólico, que después de haber relatado un hecho pasado, relata allí mismo una cantidad inmensa de hechos futuros. Relatar y profetizar, no se hallan allí como dos esfuerzos distintos.

Esos dos actos, lejos de contradecirse o perjudicarse son las expresiones esenciales de la fuerza que la anima. El relato es histórico; por tanto hace conocer el pasado. Pero como es a la vez divino, como está inspirado, encuentra el porvenir en su camino, sin tener el aspecto de pensar para nada en él. Lo encuentra, porque se pasea en los Dominios de la eternidad, en donde el pasado, el presente y el porvenir, se mezclan sin confundirse.

La palabra que encierra la Escritura tiene vibraciones profundas y extrañas y ecos singulares.

Tan lejos conduce que entre los ecos que ella despierta, existen sonidos que parecen venir de una región desconocida.

No es posible saber bien en qué peñasco se detuvo la palabra divina, pero es bien perceptible que el peñasco ha producido un eco.

2

Ahora bien; entre esos relatos históricos y proféticos, el de la Torre de Babel no es uno de los menos impresionantes. Los hombres desean elevar un monumento haciendo abstracción de Dios, esta tentativa arquitectónica, fué sin duda una de las primeras tentativas que el hombre hizo apartando a Dios del Arte. Pues la arquitectura constituyó sin duda uno de los primeros intentos y una de las primeras iniciativas del arte en la tierrra. Ciertamente la criatura humana quiso hacer abstracción de Dios en el arte, y Dios se concretó a que quedara abandonada a sus propias fuerzas.

Y no hubo necesidad de que el rayo cayera del cielo sobre la Torre de Babel.

Fué suficiente dejar solos a los constructores para ver si seguían de acuerdo y como no se pusieron de acuerdo, fué necesario que se dispersaran.

Si yo recorro las páginas de la historia de la guerra humana, guerra inmensa, variada, multiforme, si hecho una mirada a los anales de ese libro gigantesco, en cada página y en cada línea yo leo la historia de la Torre de Babel.

Si supiera pintar, si quisiera enriquecer con ilustraciones una historia universal, yo podría pintar en cada acontecimiento, el hecho de la Escritura que representa ese acontecimiento en el lenguaje divino, y pienso que uno de los dibujos que tentaría más a menudo mi lápiz, sería la Torre de Babel.

Los obreros que la construían no se podían dar cuenta sin duda del rol que representaban en la historia universal.

Representaban un rol inmenso, el rol de aquellos que representan a la humanidad que se desentiende de Dios.

Y el desenlace de su trabajo tiene un significado tan grande que sería indispensable allí leer, estudiar, comprender; sería necesario profundizar toda la historia desde esa época hasta la nuestra, para comprender lo que ellos hicieron. Tampoco ellos lo sabían. No comprendieron la lección y nuestro siglo, que la repite a su vez, como los obreros de Babel, no la comprenden mucho más que ellos.

3

Hace ya algunos años, el mundo literario se dividió en dos campos que se declararon en guerra. Es de creer que en esa época, alejada ya, a los hombres no les apremiaba el tiempo como ahora y tenían la suficiente tranquilidad como para entregarse vivamente a controversias intelectuales.

Tiempos idos son esos; pero nada nos impide consagrarles un recuerdo. Y bien; los clásicos y los románticos, con motivo de las reglas del arte, provocaron batallas encarnizadas. ¿Tiene reglas el arte? ¿No las tiene? ¿Es o no necesario un arte poético? ¿El capricho es la única verdad y el único justificativo del escritor? ¿Debe adorarse a la fantasía? ¿Hay que concretarse a las reglas escritas?

Hay que diferenciar la palabra: regla, de la palabra: ley.

La regla, tal como lo han comprendido personas de criterio estrecho y corto, llegaba a ser opresiva y arbitraria. Era necesario, me parece, veintisiete reglas para que una tragedia fuera perfecta, y esta absurda nomenclatura de convenciones insignificantes estaba reñida con la inspiración. Pero, como nadie se entendía, se olvidó señalar que si la regla, como lo pretenden ciertos retóricos, es estéril y pueril, la ley, que es la expresión de la naturaleza de las cosas, rige el arte lo mismo que la vida. De ese modo, los románticos, que tenían razón contra ciertas reglas, erraban contra la ley.

Los clásicos confundían la Regla y la ley. Los románticos confundían la fantasía y la Inspiración. El amor desorbitado a la Inspiración los conducía a un amor perdido por la Fantasía.

Empero, la Fantasía no se asemeja mucho más a la Inspiración que la Regla a la Ley. Existe aun entre esas palabras y esas cosas una proporción interesante. La Fantasía es arbitraria como la Regla. La Inspiración es fecunda como la Ley. De esa manera, los románticos, huyendo de lo arbitrario bajo el nombre de la Regla, recaían y adoraban a lo arbitrario bajo el nombre de la Fantasía.

Y nadie tuvo la idea bien simple de decir a todo el mundo: ¿de qué estamos hablando?

4

La palabra: Libertad, que resonó entonces dentro del mundo literario, también ha resonado, siempre, en el mundo social. La Libertad, que es uno de los atributos del hombre, ha sido siempre el motivo de sus discordias, y el propósito o el pretexto de sus acciones. Abrid la historia. Contemplad a la vieja Roma; interrogad los ecos del Monte Aventino, mirad por el lado de Esparta; acordaos de las Termópilas y de las narraciones que han aburrido o divertido vuestra infancia, según vuestro carácter o la forma de esos estudios.

En todas partes encontrareis el nombre de la libertad. Pero toda esa batalla histórica que resonó alrededor de esa palabra y la tuvo por eje ha, quizás, olvidado hacernos saber y saber ella misma cuál en el sentido de ese vocablo. Esa palabra importante y terrible se escucha en todos los labios, pero ninguno trata de definirla.

Existen en este mundo grandes malentendidos, y una inmensa cantidad de combatientes podrían dirigirse la pregunta que hizo Napoleón 1° al Emperador de Rusia, cuando se enfrentó con Alejandro después de la batalla de Eylau:

«Majestad, ¿podría decirme la causa de nuestra guerra?»

En las relaciones de la vida privada, yo creo que muchas enemistades se extinguirían, y que muchas de ellas se convertirían en amistades, si las partes interesadas, en lugar de encerrarse en su silencio hostil, consintiesen a mostrarse el corazón con palabras de comprensión y bondad.

Cuando se carece de un alimento sano se come cualquier cosa que se presente.

La parte de los malentendidos es inmensa en la vida privada: el silencio es el guardián del odio o del resentimiento. Es él quien alimenta a esos dos monstruos en la caverna sin aire y sin luz en la cual viven conjuntamente los tres.

Pues el silencio los acompaña. Si la explicación quiere imponerse, partiendo ella de un corazón hostil, muere a flor de labio, pues la caridad es el principio de la actividad y de la palabra humana. Pero si la explicación parte de un corazón bien dispuesto, el sol aparece, los fantasmas se desvanecen.

La cuestión del matrimonio, tan vivamente y tan contradictoriamente discutida en esta hora de crisis, ¿no estará oscurecida y entenebrecida por el malentendido que la rodea? Los unos, hablando del matrimonio, hablan de un sacramento; los otros, de un contrato civil. ¿Podrán entenderse alguna vez, si las mismas palabras para ellos no representan las mismas cosas? La multiplicación de las lenguas tuvo como consecuencia, en los días de Babel, una confusión material que fué seguida de la dispersión de los pueblos. Confusión y dispersión son dos palabras casi sinónimas; sin embargo, la confusión es más que todo la causa, y la dispersión es más que todo el efecto. Y reconozcamos que todo lo que ocurría en esas primeras edades del mundo, ocurría en estado simbólico.

Eran acontecimientos materiales y proféticos que anunciaban el porvenir.

La confusión y la dispersión materiales de los obreros de Babel anunciaban la confusión y dispersión de todos aquellos que, en el porvenir, iban a pretender trabajar sin entenderse.

La profecía se ha confirmado plenamente: la Escritura se ha puesto de manifiesto, fiel a sus amenazas. Investigad la historia; en todas partes en donde la confusión de las lenguas interviene espiritualmente, dondequiera que sea que las palabras dejen de representar las mismas cosas, la Torre de Babel paraliza todo trabajo. Ella aspira a llevar hasta

el cielo, para hablar como Bossuet, el magnífico testimonio de nuestra nada; pero los obreros se ven paralizados y se dispersan, menos fuertes que el malentendido que los indispone.

Bárbaro es quien no entiende la lengua de los otros: es éste el sentido propio de la palabra bárbaro. Exilado entre los pueblos bárbaros, Ovidio se proclamaba él mismo bárbaro, porque sólo él hablaba su lengua.

Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli.

Aquí yo soy el bárbaro, decía él, pues nadie me comprende.

De esa manera, el hombre de genio es bárbaro para los hombres vulgares, en medio de los cuales está como exilado.

El no es comprendido por ellos porque los sobrepasa. Ellos no son entendidos por él porque están muy por debajo de él.

Lo incomprensible está encima de las inteligencias cercanas.

Lo ininteligible está debajo.

Los que hablan desde lo alto resultan incomprensibles para los que están abajo.

Los que hablan desde abajo resultan ininteligibles para los que están arriba.

¿Qué se necesitará para llegar a entenderse? Se necesitará esta cosa que los ángeles cantaban en la venida del Señor.

¡Se necesitará la Buena Voluntad!

XII

LA PENTECOSTES

La palabra: Babel, rememora la palabra: Pentecostés, y la lógica, igual que que la época en que estamos, y el ciclo esclesiástico, me conduce a la Pentecostés.

En la Pentecostés recibieron el don de lenguas quienes

pretendían construir un monumento sin Dios, contra Dios, lejos de Dios.

En la Pentecostés recibieron el don de lenguas quienes se disponían a construir, con Dios, en Dios, para Dios, ese monumento que se llama la Iglesia.

Yo me doy bien cuenta de lo que significa esto. Saber o no saber una lengua, es en sí un asunto del conocimiento. En apariencia el amor no tiene nada que hacer con esta noción. La lingüística no tiene necesidad de ser ante todo acto del corazón.

Con todo, es la fiesta del Amor al mismo tiempo que la fiesta de las lenguas. En el relato de la Pentecostés, igual que en el relato de Babel, la Escritura nos narra el hecho histórico, históricamente verdadero, y significa el hecho simbólico, simbólicamente verdadero.

El don material de lenguas era necesario a los Apóstoles que tenían que emplearlo con un uso tan rápido y magnífico.

Pero lo que yo deseo constatar aquí, y que me parece olvidado, es que el don simbólico de lenguas, el don de saber hablar a los hombres, para ser entendido, es sobre todo un don del Amor.

Imaginad a un hombre que reuniese en él todos los conocimientos imaginables, que supiera materialmente todas las lenguas que se hablan y que nunca se hablaron, con todos sus matices y con todos sus modismos; añadid a ese mismo hombre, como un manto de púrpura, un conocimiento profundizado de todas las ciencias humanas.

Esa persona podrá hablar a todos en su lenguaje; a los franceses en lengua francesa, a los ingleses en lengua inglesa, etc. etc., a los pastores con vocabulario rústico, a los soberanos en lengua majestuosa, a los sabios con lenguaje sabio, empero, nadie lo comprendería, y tampoco él comprendería a nadie; sería la Torre de Babel, que ese bien dotado trataría de construir con sus interlocutores, y nadie se entendería. Sus auditores le huirán, y la dispersión será necesariamente el final de todo.

Es que entre esos dones inmensos con que vosotros lo dotasteis, faltó uno que era céntrico, vosotros olvidásteis dotarlo con el Amor. Y todas sus facultades se verán heridas de muerte. Y todas las ramas de su gran árbol científico se secarán.

La inteligencia elige las palabras por medio de las cuales es indispensable conmover el aire para que llegue a los oídos, pero es el Amor el que las hace llegar al alma.

Es el Amor el que posee la llave del tabernáculo.

La ciencia, desde hace cincuenta años, ha hecho esfuerzos lucidos, numerosos, magníficos, tratando de acercar a los pueblos.

Esta llave que abre y que cierra, esta llave que no puede ser reemplazada por nada, esta llave no está en la mano de la ciencia.

La ciencia prepara la mano que debe apretar esta llave, pero no es su propia mano.

* * *

Imaginaos ahora que, en un salón, en pleno siglo XVIII, algún profeta anunciara el ferrocarril. Me refiero a uno de esos salones en donde se reunían los espíritus cultivados, (¡qué poca cosa, en el fondo, representa eso de espiritual, culto, cuando se trata de algo ajeno al Espíritu!) Suponed, pues, a los espíritus cultivados del siglo XVIII reunidos en un salón. Alguien anuncia que llegará el día en que el vapor arrastrará toda clase de vehículos, y no se concreta a eso sólo, pues también entra en detalles.

¿Os imaginais con cuántas burlas sería recibido ese profeta? ¿Os imaginais la risa de los **filósofos**?

¿Os imaginais todos los insultos de los cuales los hombres **cultos** habrían hecho blanco al hombre del **Espíritu**?

Los hombres sabios habrían acumulado las objeciones, por el placer de objetar, que es el placer del sabio. ¡Cuánto se habrían divertido! ¡Cuán fácil les habría resultado la burla! ¡Con qué neutralidad se presentaría ésta, ligera y con

gracia, en todos los labios! ¿Y las montañas? Sería la pregunta de un filósofo. ¿Qué hareis con las montañas, cuando las encontreis en vuestro camino?

—Se la atravesará, —sería la respuesta del profeta.

¿Os imaginais la risa del auditorio?

—Habrán sido horadadas con anterioridad —contestaría el Profeta—. Cuando esté por pasar el vapor, encontrarán huecos en las montañas. Recorrería rutas subterráneas que los hombres le habrán trazado con el sudor de sus frentes. El vapor avanza, y las montañas desaparecen y quedan muy atrás. El hombre dirá a las montañas: «Viene el vapor, retiraos vosotras; él no se detiene».

De ese modo hubiera hablado el Profeta, y yo me imagino el cuadro que presentaría ese salón del siglo XVIII en el cual situé la profecía.

Hasta el presente, muy lejos resonarían las risas contenidas, las risas sonoras, las sonrisas. ¿Veis a las damas ocultar el rostro detrás de sus abanicos? ¿Veis a los filósofos ayudándolas a reír y pavoneándose ante sus ojos, a expensas del profeta? ¿No los veis rivalizar con sus agudezas y lucirse con tiros de buenas palabras? Eso es lo que agradará a las damas, las cuales mucho se divierten con ese juego. Hay risas sin recato. Se ha pasado la tertulia gratamente. Es un loco el que ha hecho los gastos para que todo el mundo se divierta.

Pero a todo le llega su hora, y también a los ferrocarriles. Un aproximamiento enorme ha vencido las distancias. Es posible ir, en pocas horas, de un lugar a otro de Europa, y hablar las distintas lenguas de esos pueblos, sus lenguas maternales en el propio territorio de ellos.

Un paso inmenso se ha dado, en el orden material, en favor del entendimiento universal. Una de las piedras de la Torre de Babel se ha desprendido, parece que ahora sí se hace posible una construcción. Parece que ahora sí la división ha sufrido una derrota.

Y volvamos al siglo XVIII y entremos al mismo salón en que estábamos antes. El profeta tiene la palabra. Anuncia el telégrafo y el teléfono. El rayo, declara él, hará vuestras comunicaciones. Vosotros querréis decir una palabra que llegue hasta el otro extremo de Europa: el rayo no podrá negarse.

Vosotros le diréis: «Id y él irá, detente y él se detendrá». Ahora habla, y él hablará.

¡Cuán ligero conduce el telégrafo eléctrico al rayo! ¡Cuán rápido es! ¡Cuán dócil!

Es entonces que las risas llegan en el salón del siglo XVIII a convertirse en poco menos que ataques de epilepsia. Hay asombro festivo, no es posible soportar más. Nunca hubo diversión mayor. Ha sido la fiesta del espíritu.

Y sin embargo el telégrafo eléctrico se convirtió en una realidad tan clara que ella pronto dejará de ser admirada. La cosa resulta tan conocida que se convierte en vulgar.

Pronto la admiración cesa de existir. ¡Es bien limitada nuestra capacidad de admiración!

Y si el Profeta que yo he imaginado se hubiese acordado de predecir la fotografía, si hubiese anunciado a esas damas, hace cien o doscientos años, su retrato hecho por la luz, entonces sí que la risa hubiese llegado a ser verdaderamente homérica.

Y sin embargo la fotografía ha aparecido y la luz ha hecho su trabajo. Ella ha revelado la irradiación universal de los cuerpos.

Ha mostrado que es suficiente una placa preparada para recoger y guardar esa irradiación. La irradiación no se fija en todas partes, pero está en todas partes, pues si no existiese en todo lugar, no se fijaría en ninguno.

De ese modo, el acercamiento de los cuerpos resulta magníficamente demostrado por la ciencia; el acercamiento de las palabras, resulta magníficamente resuelto; el acercamiento de las inteligencias, resulta magníficamente preparado.

Y bien, ¿qué es lo que sucedió? Sucedió que a pesar del conjunto de instrumentos asombrosos, los hombres no sólo no se entienden más que antes, sino que como nunca se comprenden menos y los obreros de Babel no se entienden ni se ponen de acuerdo.

Y cuando otros descubrimientos, mil veces más prodigiosos, hayan embriagado de esplendor nuestra inteligencia y nuestra vida social, nada impedirá que sin la existencia de otros factores de orden diferente, permanezcamos igualmente confusos, igualmente extraños, igualmente lejos los unos de los otros como lo estamos hoy día.

Todo prepara la obra, pero la caridad sólo la realiza. Es el amor el que hace hablar, es el amor el que hace entender. Fuera de él, no hay más que sordos y mudos.

Yo acabo de decir que nosotros permanecemos frente a frente pero lejos los unos de los otros. La palabra hace brotar de mis labios otra: **el prójimo.**

La lengua cristiana tiene bellezas que se olvidan.

¿Habéis acaso oído nombrar muchas veces a esa palabra con sentido verdadero, la cual se emplea sin pensar mucho en ella? ¡El prójimo! A los ojos del cristianismo, cualquier hombre, el que vemos por primera vez, es nuestro prójimo. Prójimo próximo. Por el contrario, en el lenguaje pagano, cuán lejos está de nosotros.

Tomad a un hombre rico y poderoso y a un pobre harapiento que se presenta delante de él. ¡Qué distancia enorme entre esos dos hombres, si ellos son paganos! ¡Cómo se preocupa el que está orgulloso, indiferente, despreciativo o rabioso, en marcar por el gesto, por la palabra y por el acento la distancia que hay, ante sus ojos, entre él mismo, que es todo, y el otro que nada es!

El hombre trata al hombre como extraño. No sabe cuán semejantes son en sentido absoluto. Lo desprecia y se está despreciando a sí mismo. Demos gracias si sabe su nombre. El ama a esos términos vagos y generales que aumentan las distancias.

Mas, si esos dos hombres son cristianos, cada uno es el prójimo del otro.

He aquí la reconciliación que sobrepasa a las fuerzas de la ciencia, que desafía al vapor y a la electricidad.

He aquí la Pentecostés.

XIII

LA NECEDAD

Existen muchas necedades y muchos necios dignos de estudio. Las necedades son originales y numerosas.

Sin embargo, si se mira al mundo, se comprueba que el espíritu que se ofrece primero a vuestra mirada, es el espíritu positivo. Nunca, en ninguna época, el hombre ha calculado tanto su interés positivo. Nunca el hombre miró la vida con una intención tan prosaica y tan realista.

Los apasionamientos de antes, los apasionamientos de la poesía y de la elocuencia, son despreciados como cosas de antaño. Esas cosas ya cumplieron su rol.

El hombre moderno, el hombre joven moderno, y llegaría a decir el niño moderno, no son más que calculadores que sólo tiene en vista la utilidad.

El joven de hoy día cuenta y pesa y mide. Es muy difícil que él se dé a alguna causa con nobleza. El entusiasmo se le aparece como una antigua imprudencia, sobrepasada en la actualidad.

El temería escuchar a esta voz que arrastraba antes al mundo, pero que en la actualidad carece ya de fuerza hasta para arrastrar a un colegial.

La admiración está pasada de moda. Es un traje que ya no se usa. Todo se determina por cálculos. La cifra es la reina del mundo. Yo digo: la cifra; yo no digo: el número. Pues, el número, es la ley matemática.

Ella es espiritual, y por eso puede llegar a entusiasmar. La cifra es la aplicación del número al espíritu utilitario y a los detalles de la vida.

Esa joven que en el baile anotaba ella misma en su carnet a los compañeros de danza por medio de la cifra de sus fortunas, y calculaba sobre esa cifra el grado de amabilidad que era necesario emplear con cada uno, esta niña representaba bastante bien a muchos sectores de la sociedad actual.

Y bien, ¿por qué será entonces, que, en este mundo, que se cree razonable porque es frío; por qué, pues, en este mundo, sumiso a los cálculos de la cifra, la necedad tiene tanta parte en su vida?

Ah, ¿queréis saber la razón? No es a pesar de esta frialdad, es a causa de esta frialdad que la necedad se queda con la mejor parte en este mundo.

El sentimiento humano toma su revancha. Se le ha apartado, comprimido, despreciado, aplastado bajo la ironía y la cifra. Se lo tenía por muerto.

El estaba sólo herido.

Se lo borró, se lo desarmó, y como no supo ya su camino, tomó el camino de la Necedad, de la Locura.

Lo más sabio que existe en el mundo es el Entusiasmo.

Lo más peligroso que existe, es la Frialdad. Bajo la frialdad duermen las llamas mal extinguidas que tienen despertares inesperados. Y como el sueño era enfermizo, el despertar, también él, es una enfermedad.

La mediocridad tiene la pasión del nivelamiento. Ella pasea el mismo cuchillo sobre todas las cabezas, a la misma altura. Y si una cabeza se eleva, esta cabeza se ve cortada. Sólo hay una ley en el código de la mediocridad, pero esa ley no admite excepciones.

Es la prohibición de sobresalir.

El hombre mediocre dice que estima ante todo el buen sentido. Pero, ¿sabéis vosotros lo que él entiende por buen sentido? El entiende por esa palabra la negación de toda grandeza. El hombre mediocre no levanta nunca la cabeza, excepto en una ocasión.

El mira desde lo alto las grandes cabezas, para burlarse de ellas. Pero como a la naturaleza de las cosas repugna y hace resistencia ese nivelamiento, la invencible desigualdad, la invencible irregularidad, que es la ley de toda criatura, protesta e impone su revancha.

Solamente que estando falseado el sentimiento de la grandeza, en lugar de una belleza, resulta una enfermedad que estalla, y es ésta: **La manía de grandezas.**

Entre las necedades de la hora actual, ninguna tan características como la que se clasifica bajo esta denominación: «La manía de las grandezas.»

La manía de las grandezas es la necesidad de crecer, la necesidad de ser algo, necesidad que se ha querido matar, y que sólo resultó herida, y que desvanecida por el golpe que recibió, se levanta tambaleante y emprende de nuevo su camino por la vía de la Locura.

El hombre no vive solamente de pan: él vive de anhelos.

Quitadle las aspiraciones sanas, y lo veréis entregarse a las aspiraciones locas. La aspiración es la respiración de su alma. Aspira como respira.

Y cuando la respiración verdadera se ve obstaculizada, solicita a otra respiración el aire que le pide su pecho.

La aspiración legítima hacia la grandeza sana habiendo estado suspendida desde la juventud por la mediocridad que nivela todo y por la avaricia que calcula todo, el hombre es urgido por la grandeza falsa y loca de sus aspiraciones extraviadas.

No siéndole posible proyectarlas hacia la nada, las proyecta hacia lo absurdo, las proyecta hacia el delirio.

No siéndole posible igualar a todo el mundo, inventa distinciones insensatas.

Entre los desgraciados que perdieron la razón, encontrareis a cada paso a unos que se creen reyes, a otros que se creen dioses. Encontrareis a cada instante al **salvador del mundo.**

Y habrá quien se crea Dios Padre; otro Dios Hijo, cada uno tiene su especialidad. Cada uno hace cosas grandiosas, y posee todo lo que posee en cantidades monstruosas. Es la irregularidad que existe en la verdadera armonía y que toma su revancha, cabalgando, extraviada, sobre el lomo de la Locura.

Es el sentimiento de grandeza que ha perdido su equilibrio y su cabeza y que se abalanza, como herido, exasperado, furioso, atropellando todo en su carrera.

La mediocridad nada quiere saber del sentimiento religioso, como si se tratara de algo que amenaza a la razón pública. El hombre mediocre, sumiso ante Voltaire, es rebelde ante toda creencia: su divisa es el grito de Joad: «Valiente nada más que contra Dios».

Si tú crees en alguna cosa con energía, el hombre mediocre piensa que no tardareis en volveros loco.

El se enternece de antemano ante vuestra desgracia y exclama: «A pesar de todo es bueno».

Igualad, hombre mediocre, seguid igualando. Hombre verdadero, no temáis, por lo menos, de este lado.

La más elevada y segura salvaguarda que posee la razón es la creencia. La creencia satisface la adoración sin extraviarla. Mas, cuando el hombre no sabe ya dónde hallar a Dios, es posible, que en un mal momento, él se crea el mismo Dios.

No me toméis por enemigo de la razón. Ella existe y yo la reconozco. Yo la veo y la proclamo. Ella posee una existencia real, natural, personal y distinta. Pero diré algo que me parece hermoso.

Por elevada que sea, tiene necesidad de estar protegida por una creencia más alta que ella. Cuanto más la razón es sumisa, tanto más es grande. Cuanto más es rebelde, tanto más es pequeña. Y, en fin, cuando se encabrita, se hiere.

Ella tiene su existencia aparte y puede, en teoría, vivir aislada. Pero, tened cuidado, en la práctica, de la Razón que se adora a sí misma.

Ella, en tal caso, está muy cerca de proclamarse diosa, y cuando ha llegado hasta aquí, ¡acordaos de la Revolución!

XIV

LAS HORAS DE CRISIS Y LA HORA ACTUAL

Me parece que una de las características del momento presente es la esterilidad de la discusión.

Mil ejércitos enfrentados los unos a los otros, se hacen mil reproches los unos a los otros y eso es en realidad, una reyerta. El viejo concepto de la guerra, que no se aplica ya a la guerra material, conviene mejor a la guerra intelectual.

La guerra material se hace desde lejos; los combatientes casi no se ven, no hay ni riña ni confusión.

Pero la guerra intelectual merece ese nombre, con mayor razón quizás que antes; en la guerra intelectual, tal cual se la practica en la actualidad, todo el mundo ataca y nadie se defiende. Ya no se trata de convencer; la esperanza de persuadir no anima ya a la palabra.

El hombre que perora habla para sí mismo y habla a sus amigos. Se afirma a sí mismo y a ellos las creencias verdaderas o falsas que él sostiene. Pero no habla realmente a sus enemigos, y si parece que los habla es siempre a sus amigos que dirige en realidad su palabra. El habla a sus enemigos o a sus amigos para excitarlos; pero en realidad no dirige sus discursos a los enemigos, pues no tiene ninguna esperanza y muchas veces ningún deseo de convencerlos.

La discusión sería estéril, y todo el mundo está convencido de ello. ¿Y eso por qué? Porque falta un fondo común. La discusión sólo puede dar un salto positivo, si los adversarios, divididos acerca de una cuestión particular, se ven unidos en el terreno de verdades más generales. Si ese acuerdo existe, entonces sí es posible, a partir de entonces, el acuerdo sobre el punto particular que divide a los hombres reunidos en alguna parte.

Si algún acuerdo existe, hay un punto de apoyo, y era sólo un punto de apoyo el que pedía Arquímides para levantar el mundo.

Pero hoy día, ¿qué es lo que sucede? Los hombres divi-

didos sobre las cuestiones que discuten no pueden hallar ninguna base común que les sirva de apoyo. El terreno de las verdades generales ha sido socavado a semejanza del terreno de las verdades particulares. El punto de unión ha desaparecido. Ninguna verdad está asegurada contra la negación. El sacudimiento terrestre ha llegado hasta el mismo centro del mundo. Ya no puede hallarse un lugar seguro para reunión desde donde sería posible partir para marchar reunidos. No solamente no existe ya dirección común. Los hombres ya no hablan la misma lengua y lanzan sin ton ni son en el espacio palabras que no representan ya las mismas ideas.

No partiendo de ningún principio común, ellos no pueden llegar a ninguna conclusión común.

La negación dirigida contra todo a la vez, hace que la afirmación no halle ni refugio, ni resguardo, ni reposo en ninguna parte.

Falta el punto de apoyo, y nadie levanta nada.

Y es por eso que en los momentos de crisis, lo más importante que hay, y yo llego a decir lo más urgente, es entonces y siempre, la necesidad de remontarse a los principios, la necesidad de exponer los principios, la necesidad de revelar los principios, pues ellos están tan profundamente olvidados que cuantas veces se hablan de ellos, por antiguos que sean, por eternos que sean, hay un descubrimiento, hay una revelación en realidad.

En relación a ellos, la repetición se asemeja a una revelación.

Cuanto más los principios son elevados, tanto más ellos parecen al vulgo extraño a las realidades cotidianas, extraños a la práctica, inútiles y envejecidos.

Cuanto más los principios son elevados, tanto más el vulgo cree que es necesario confiarlos en alguna escuela de filosofía, tanto más él los cree inútiles para su conducta y a sus habilidades cotidianas.

El vulgo cree que los grandes principios eternos son absolutamente inútiles a su felicidad de todos los días.

El vulgo cree que los grandes principios eternos son

buenos para distraer durante los días de paz y tranquilidad a algunos doctores ataviados con singulares bonetes que argumentan los unos en presencia de los otros.

El vulgo cree que en los momentos de crisis, en presencia de los importantes negocios y de las importantes necesidades de la vida, hay que olvidar a los principios, que no sirven para nada, y recurrir a los **expedientes** que sirven para todo.

Y bien, he aquí la posición más absoluta y completamente contraria a la verdad.

Los principios eternos, las verdades primordiales, son la actividad suprema de los días de crisis y de peligro. Ellos poseen el secreto de la salud. La salud está allí, no en otra parte.

Los hombres tienen el hábito de decirse los unos a los otros: «¿Qué le importa a mi vida práctica tal o cual cuestión de teología? ¿Qué le importa a mi vida práctica tal o cual definición de la Iglesia relacionada con la metafísica?».

«¿Qué le importa, dices tú, verdad? Y bien, es lo mismo que si dijeras: ¿qué importa tener Santos o egoístas?».

Yo no pretendo en modo alguno negar las verdades naturales, que la razón afirma y proclama. Pero el hombre y en particular el hombre confundido, el hombre en las horas de crisis, tiene necesidad hasta para comprender dichas verdades, el socorro mil veces práctico de las verdades fundamentales de las verdades sobrenaturales. El hombre no está gobernado por la lógica. Para sostenerlo, y hasta en el propio nivel de la razón, la razón no le es suficiente por lo general. No hay ninguna exageración al decir que la fe es indispensable para mantener prácticamente al hombre a la altura de las verdades que enseña la razón.

Podrá ser que repliqueis en presencia de las verdades eternas: «¿Qué relación tendrá eso con mis dificultades presentes?» Y os asemejareis de ese modo a un hombre que en una gran escasez decía: «Nada me importa de la luz, del calor y del trigo. Lo que sí me interesa es tener pan».

Desgraciado, ¿no veis que es con la luz, el calor y el trigo que se hace el pan? Las ondas de sol que caen sobre

la cosecha dorada no se parecen ciertamente a un pedazo de pan.

Y sin embargo, ¿qué otra cosa es un pedazo de pan, sino un rayo de sol endurecido dentro de la materia terrestre por el trabajo del hombre?

Lo mismo en el orden moral, las más elevadas verdades, las más profundas, las más sutiles no se asemejan, es cierto, a un trozo de pan, y sin embargo, son ellas las que lo otorgan, son ellas las que lo multiplican. La multiplicación de los panes es particularmente su secreto.

Y cuanto más las verdades son elevadas, tanto más su acción es profunda y penetra en las entrañas de la humanidad.

¿Podrá creerse que las masas humanas han agotado alguna vez el Evangelio? Ciertamente no; cada una de las palabras que él contiene podría ser meditada durante muchas vidas humanas, sin encontrarse agotada jamás.

Sin embargo, es propiamente la acción de ese Evangelio sobre las masas la que ha otorgado a los pueblos lo que la historia relata. ¿Estudian las masas a San Dionisio, San Atanasio, San Agustín, Santo Tomás? Ciertamente, no. Sin embargo es desde lo alto de esos grandes hombres que ha caído sobre las masas ignorantes esta lluvia de verdades que permitió levantar tantas cosechas doradas.

¿Han leído las masas, desde Spinosa, todas las elucubraciones metafísicas del error? Ciertamente, no. Sin embargo, son esas mismas elucubraciones metafísicas las que se traducen en actos, cuantas veces el mal se cometió en alguna parte.

Un ladrón os roba vuestra cartera. Tú no piensas casi en los grandes principios eternos. Corres solamente a la casa del comisario de policía. Tienes razón al buscar al comisario de policía. Pero es el olvido de las verdades eternas lo que sería necesario ante todo acusar.

Los principios secundarios no tienen más que aplicaciones limitadas.

Las verdades primordiales tienen aplicaciones universales.

Cuanto más una verdad es primordial, tanto más es práctica. Tanto más es **esencial,** pues ella es útil en presencia **de los accidentes.** Y cuanto más los accidentes son terribles, tanto más necesario es el llamado hacia las verdades más esenciales, más elevadas, más trascendentales.

Tal libro, que es la obra de un pensador y que se tiene olvidado por lo mismo que es la obra de un pensador, contenía quizás la solución de mil dificultades prácticas, contra las cuales se choca vanamente, porque se mira desde abajo, en lugar de contemplar desde lo alto.

Hoy día, exactamente como en los tiempos de David, la salud viene de la montaña.

XV

LOS HEROES DE LA IGLESIA

La Iglesia tiene su vida exterior: ella lleva el peso de las complicaciones del mundo; ella sostiene con todas las personas y todas las cosas una relación universal. Piensa en todo; extiende sobre todas las esferas su mirada eternamente libre. Ora el mundo le reprocha no ocuparse lo suficiente de él, ora la de ocuparse demasiado. Ora le reprocha de estar separada y ser egoísta, ora la de ser activa e invasora. Ora le aconseja abandonar la tierra para no pensar sino en el cielo; ora le reprocha abandonar el cielo para no ocuparse sino de la tierra. La Iglesia en lugar de discutir se desenvuelve, y su respuesta es la de vivir su vida.

La Iglesia tiene también su vida interior, plena de misterio. Si su vida exterior lleva el signo de las cosas múltiples, hallándose mezclada en el choque de las cosas con la intención de salvar a los hombres, y si la voluntad de amor hacia todas las criaturas la lleva a codearse con todas, tiene también su vida interior, caracterizada por el vínculo de la unidad y por el santuario del recogimiento.

Las naciones llevan por lo general una vida superficial. Los acontecimientos que agitan la superficie de las cosas son a sus ojos grandes acontecimientos. La Iglesia lleva una vida profunda, y los grandes acontecimientos son a sus ojos los acontecimientos del fondo del alma.

Imaginaos a un grupo de mujeres en la orilla del Océano que miran los navíos entrar y salir de la rada. Ellas miran con curiosidad las insignias y los cañones. He aquí las muchedumbres humanas. Imaginaos a otra persona trepada en una roca solitaria y llevando su mirada hacia el corazón del mar para pedir al Océano los secretos de su calma o los secretos de sus furias, pues esta mujer es madre, y sus hijos están en un débil barco, lejos a veces, y sus vidas dependen de los movimientos de las olas. No es por curiosidad que esta madre espía al Océano; es por profundidad y por amor.

Esta mujer nos representaría en alguna forma a la Iglesia.

Esta vida interior se manifiesta espontáneamente, libremente, sin audacia y sin miedo, lejos tanto de la insolencia como de la timidez.

2

Las naciones se renuevan; hacen bien en moverse. Pero ellas ignoran el sentido del movimiento que las agita. Miran a la materia, como miran las reinas a una esclava; la interrogan, la desmenuzan, la explotan, se aprovechan de ella, la hermosean, la atormentan, la ennoblecen o la degradan; se diría casi que la asombran por el partido que sacan de ella. Ellas hacen muy bien en extender sobre el globo su mano conquistadora e industrial; pero hacen muy mal en ignorar el fin a que están destinados los medios que les son otorgados.

La política apasiona; los intereses más diversos, los más complicados, los más contradictorios, se entrechocan sobre la superficie del mundo; las pasiones del presente, su concupiscencia y su orgullo, aumentan su desprecio por todo lo que no sea ellas mismas, y parecen prometer un eterno olvido de las personas y las cosas ya idas.

Se diría que la civilización actual espera enterrar la historia bajo los esplendores que ella inaugura.

Sin embargo, la Iglesia eleva la voz que enseña: medita profundamente; busca en sus recuerdos el nombre de una pobre campesina que vivió en un pequeño pueblo, que murió allí, desconocida para el mundo, apartada por su familia. La Iglesia vuelve su mirada hacia esa aldea de Pibrac con el fin de estudiar la vida de una niña con un cuidado, con una atención, con una profundidad que los eruditos no pueden imaginarse. Nunca historiador alguno, hijo de la Sorbona, examinó la vida de un soberano o de una nación, como la Iglesia ha examinado la vida de esta campesina.

La pobre campesina se creía sola cuando se arrodillaba, con su rosario en la mano, al pie de las cruces levantadas al borde de los caminos de su parroquia. Empero, alguien estaba allí, espiándola. Cuando abandonaba un instante su rebaño, para ir a la iglesia de Pibrac, plantando su rueca en medio de las ovejas que la esperaban, creía no tener otro testigo que los ángeles, y contaba con su discreción. Sin embargo, Pedro, que lleva el peso y la solicitud de todas sus criaturas, Pedro la ha visto: él la ha seguido, ha interrogado los más secretos movimientos que existieron en ella; él ha contado los latidos de su corazón. Después ha elevado la voz que enseña al mundo: la campesina se llamará Santa Germana y todas las naciones la proclamarán Bienaventurada.

Su conmovedora potencia de canonizar y de arrodillar los pueblos ante un altar, el nombre de un mendigo o de una campesina, esta potencia es una peculiaridad tan particular de la Iglesia católica, que sus enemigos, lógicamente, tendrían que estar sorprendidos. Aun cuando ellos se reuniesen todos y combinasen sus esfuerzos y eligiesen el nombre más ilustre, el más deslumbrante, el más popular, el más predispuesto a todos los triunfos, que lo eligiesen y ensayasen es-

cribir ante ese nombre propio este adjetivo: ¡Santo! Esa empresa moriría antes de nacer.

La Iglesia hace Santos con una autoridad tan simple, que el mundo olvida ya admirarse. Hace santos como se usa del derecho, como se obedece a la cosa juzgada. Dispone de la gloria, y no pide ninguna complacencia a los tiempos, ni a los lugares, ni a las circunstancias.

Ella toma a sus héroes en donde los encuentra. Aquí el teatro del drama era Pibrac, cuyo nombre era desconocido a excepción de Germana de Pibrac. Los testigos del drama eran los carneros que cuidaba la pastora: la ausencia total de rastros obliga a la mirada del historiador a las más dificultosas búsquedas.

La Iglesia, en presencia de esta pastora, no estudia con una mirada rápida, ni distraída, ni superficial, ni tampoco curiosa. Su estudio es una contemplación. Ella estudia con un respeto inmenso; y cuando sus ojos de Virgen, sus ojos de Madre, sus ojos de Reina, continuamente abiertos sobre los destinos del mundo, sin haber perdido de vista ningún rincón del globo, han leído en el cielo y sobre la tierra todo aquello que es necesario leer para conocer a fondo a la pastora ya ida, la Iglesia eleva la voz, y en todo lugar en donde es conocido el nombre de Jesucristo, se conoce el nombre de Germana Cousin, y en todo lugar en donde arde una lámpara ante el Santísimo Sacramento, hay labios que pronuncian el nombre de la pequeña pastora.

Ella no sabía leer y fué despreciada; pero el Vicario de Dios sí supo leer y la colocó sobre los altares, y las rodillas de los sabios, tocan el polvo de la tierra, en presencia de sus reliquias.

Hace algunos años, mientras la tierra, dando vueltas y vueltas, buscaba inútilmente como siempre el signo de sus destinos, Pedro elevó la voz, ¿para afirmar qué? Fué, apartándose con una distancia infinita del mundo y de sus miradas, a buscar la cosa más extraña a las preocupaciones políticas de las naciones. El grabó con caracteres indelebles el nombre de la Virgen Inmaculada sobre el mármol que nada olvida. Y uno de los caracteres más impresionantes de esta decisión, es la oportunidad. Los pueblos, que nada pensaban en eso, la provocaron, a su pesar. Las acciones del mundo visible sobre el mundo invisible son misteriosas y profundas. ¿Cuáles serán las reacciones? Es Dios quien responderá.

XVI

SAN PEDRO Y SAN PABLO

Para designar al hombre, las diversas lenguas sólo tienen una palabra; la lengua latina tiene dos: **homo** y **vir.** Esas dos palabras expresan dos cosas absolutamente contradictorias. La primera significa la debilidad, la segunda la fuerza. Sus etimologías acentúan la oposición de ambos vocablos. **Homo** viene de **humus,** tierra; **vir** viene de **vis,** fuerza. La materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, están, pues, designados por esos dos nombres. El cuerpo y el alma forman al hombre; **Homo** y **vir** están unidos en la lengua latina.

San Pedro y San Pablo son inseparables en el vocabulario cristiano. Unidos en la misma tumba dentro de la basílica del mundo, están también unidos por su fe, unidos por su culto, unidos en las fórmulas y en los pensamientos, unidos en las oraciones y unidos en los anatemas.

Existen amenazas que llevan la maldición de San Pedro y San Pablo, existen creencias que se guarecen bajo la autoridad de San Pedro y San Pablo.

Existen oraciones que arrodillan al género humano a los pies de San Pedro y San Pablo.

El género humano se reconoce pecador ante su presencia, y recita el «Confiteor». Esta palabra universal y tan frecuente, que tan bien se aplica al hombre; esta palabra de la miseria que se acusa o de la confianza que implora, esta oración que se llama «Confiteor», une dos veces los nombres de Pedro y Pablo; la primera vez, el hombre se reconoce culpable ante ellos, la segunda vez, levanta su cabeza hacia ellos para rectificarse y para continuar.

Y por casualidad, ¿no será que la palabra hombre, **homo**, se aplica mejor a San Pedro, y la palabra hombre, **vir**, a San Pablo?

* * *

Está bien claro que esos dos hombres son las dos columnas del templo, y que ambos se vieron extraviados. Pero yo diría que San Pedro representa el extravío de la debilidad y San Pablo, el extravío de la fuerza.

Hay dos bien distintos San Pedro: el San Pedro del Evangelio, el que había antes de la Pentecostés y el San Pedro de los hechos de los Apóstoles, el San Pedro posterior a la Pentecostés.

Si examinamos el San Pedro del Evangelio, y es a él que tenemos que mirar en este momento, lo vemos colmado de desfallecimientos. Sus tres célebres negaciones parecen ser el mejor símbolo de la debilidad humana. Para mejor representar esta debilidad, San Pedro terminaba de hacer una declaración de fidelidad y fuerza.

«Aun cuando todos os abandonaran, yo jamás lo haré», exclama él.

Y un instante después lo traiciona. ¿Y delante de quién?

Delante de una sirvienta de mesón. Aquel que se llamaba Pedro y que va a ser la piedra sobre la cual será elevado el templo, Pedro mismo se encuentra en presencia de una sirvienta de mesón, y es ésta quien hace temblar de miedo a este otro. Ella ni siquiera tiene necesidad de recurrir a la amenaza para atemorizarlo. No hace más que interrogarlo. No se toma ni siquiera el trabajo de tomar una actitud amenazante. Sólo hace una pregunta, y es suficiente para que Pedro reniegue. Si él sólo hubiese renegado una vez, la debilidad no se hubiera manifestado con plenitud. Se alegaría que hubo aturdimiento.

Reniega tres veces y con juramento. El juramento, que era importuno, aparece allí como algo innecesario. Se diría que quiere tomar como testigo de su renegación al mismo a quien reniega. Se diría que quiere dar a su palabra aires de violencia como para disimular mejor la inmensa debilidad de su acto. La imprecación con la cual acompaña a su cobardía hace recordar las jactancias del miedo. Quiere tener aire irritado, para ocultar su temblor.

Se diría que la palabra **Ecce homo** pronunciada sobre su maestro despierta un eco que habla de San Pedro y que repite: **Ecce homo.**

Pedro, antes de esa noche, aparecía ya como severamente amonestado.

Pedro corta la oreja al criado del gran sacerdote, y Jesucristo cura esta oreja cortada.

El criado del gran sacerdote, ¿no representará quizás al pueblo judío? Esta oreja cortada por San Pedro ¿no representará quizás el endurecimiento y la sordidez del pueblo elegido? Esta curación de la oreja cortada, ¿no representará la vuelta de los judíos y su fidelidad futura?

Como quiera que sea, San Pedro estaba antes de la Pentecostés, pleno de debilidad. Y por ser débil, era a menudo excesivo. Este hombre, tan verdaderamente **homo**, se vió convertido en la piedra angular del templo.

* * *

En cuanto a San Pablo, hace el efecto de ser el hombre, en el otro sentido del vocablo, el **hombre vir.** ¡Cuánta fuerza! ¡Cuánta energía! ¡Qué persistencia en esta energía! El no es enérgico en determinados momentos, de tanto en tanto, accidentalmente. Posee una energía regular y permanente; posee la fuerza que no se desmiente. Siempre es el mismo. El es, si así se puede decir, de una sola pieza. Cumple sus enormes trabajos sin desfallecimientos. Y antes de esos trabajos, había sido también un Fariseo sin desfallecimientos.

Su conversión fué simple y grandiosa, como su persona, instantánea y absoluta.

El había conservado con una complacencia cruel, prendas de los que lapidaron a San Sebastián.

Respiraba amenazas y castigos, cuando se vió herido por el rayo de la justicia en el camino de Damasco.

Pablo, antes del rayo, no había tenido piedad para nadie.

Pablo, después del rayo, fué duro para sí mismo. Si al-

guna vez hubo alguien que habiendo puesto la mano en el arado no miró para atrás, ese alguien fué él.

Avanza y se apresura como bala de cañón. Está íntegro en todo lo que hace. Nada hace a medias; él no es el hombre de las medidas a medias. Su conversión como su persona, tiene las formas del trueno.

Los Magos, que eran astrónomos, fueron atraídos a la Cuna de Belén, por una estrella.

San Agustín, el literato, fué atraído por un libro.

San Pablo, el hombre de fuego, fué volteado por el rayo.

Y, en el mismo instante que era desmontado. «¿Qué queréis que haga?» dice él.

No pierde ni un instante. Va a los hechos.

¿Qué debo hacer? Se adelanta al golpe del rayo, y pide saber lo qué debe hacer.

¡Hacer! ¡Cuántas cosas en efecto este hombre tenía que hacer! Tenía que crear en todas partes iglesias y los cuidados de todas las iglesias debían recaer sobre él. A él estaba destinado llevar el Evangelio a la Arabia, a Celeucia, a Chipre, a Pamfilia, a Licaonia, a Siria, a Frigia, a Italia, a Mysia y a todas partes; no se sabe dónde él se detuvo, si en Jerusalén, en Roma o en otra parte, podrá ser en Francia, podrá ser en España; tenía que entrevistarse con Pedro, porque eso lo consideraba como uno de sus deberes; tenía que llorar con los afligidos; se daba todo a todos para ganar todas las almas; tenía que verse flagelado, lapidado, aprisionado; tenía que sobrellevar diversos naufragios, tenía que verse encadenado, a él estaba destinado pasar una noche y un día en medio de las olas, sobre un despojo de navío; tenía que verse transportado hasta el tercer cielo.

Tenía que llenar el mundo con el cristianismo naciente, tenía que consolidar la Iglesia, tenía a los siglos futuros que esperaban sus palabras y sus acciones, tenía que escribir sus epístolas y que informar al mundo, tenía que rogar, tenía que vivir, tenía que morir. El estaba en su perfecto derecho al preguntar qué tenía que hacer, y la respuesta valía la pena de ser escuchada.

* * *

David dijo a Salomón: **Esto vir**, sed hombre.

Parece que San Pablo hizo de esta frase su divisa. Pero para ser hombre hasta tal grado y **vir** de esta manera, es necesario ser otra cosa que un hombre y San Pablo declara que no era él quien vivía en él.

Su indomable energía ciertamente no venía de él, no era él quien había construído alrededor de su pecho un tal abrigo de bronce.

El desfallecimiento, que ocupa un cierto lugar en la vida humana, y también en la vida de los Santos, parece que no tuvo cabida en la vida de San Pablo.

Absolutamente hostil o absolutamente dedicado, él no conoce los términos medios.

Después de dos años de haber llegado a Roma, las cadenas de San Pablo fueron cortadas. Llegó allí por haber apelado al César. Ganó la causa ante éste, quizás desde que tuvo la primera entrevista. Antes de morir mártir, predicó durante un largo tiempo y libremente. San Pablo había visto a Nerón.

La historia no ha conservado el relato de esta entrevista.

¿Quién puede imaginarse a San Pablo y Nerón frente a frente? ¡Qué acercamiento! ¡Qué confrontación! Lástima que esta audiencia no haya tentado el pincel de ningún pintor. Me parece que el efecto podía ser soberbio. Esos dos hombres, cuyos nombres están en las dos extremidades del horizonte, se vieron físicamente el uno cerca del otro. La mirada de Nerón y la mirada de San Pablo se entrecruzaron.

El hombre que incendió a Roma para divertirse y el hombre que quiso hacerse anatema por los hombres, esas criaturas se enfrentaron y sus miradas se encontraron.

Nerón está muerto. San Pedro y San Pablo viven eternamente. La fecha del 29 de junio los vincula invenciblemente a la invencible memoria de la Iglesia católica.

XVII

ANIVERSARIOS

El mes de diciembre es un mes excepcional por sus fiestas y sus aniversarios. El 8 de diciembre, de por sí muy grande, conmemora el día en que fué canonizado San Benito Labre.

El 25 de diciembre conmemora aquél desde el cual se cuentan los siglos. Pues a pesar de todo, no hay que olvidar que el mundo, que execra al cristianismo, extrae de ese cristianismo execrado todas las proezas que utiliza a su vez contra él.

San Labre vivió en el siglo XVIII, y en tanto que era cristiano, es muy natural entonces que la fecha de su vida esté señalada en el calendario cristiano y encuentre su lugar en la era cristiana.

¿Y Voltaire? ¿Y Rousseau? ¿No tendrían que inaugurar ellos una era nueva, la era filosófica? Si ellos han desterrado del mundo las supersticiones, y han abierto los nuevos destinos del género humano, ¿esos nuevos destinos no tendrían que otorgarles la gloria de inaugurar nuevas fechas y de fundar una nueva época? Su siglo debería llamarse el siglo primero, y el nuestro sería en tal caso el segundo.

Si yo fuera filósofo, en el sentido **actual** de este término, fecharía mis libros, y las cartas así: siglo II. Yo aspiraría a afirmar de ese modo que desde Voltaire y Rousseau comienza una nueva era.

Y bien. Nadie tiene esta audacia. Los amigos del siglo XVIII continúan llamándolo siglo XVIII.

Ellos cuentan el tiempo, como nosotros, con siglos a partir de ese cristianismo que creen haber doblegado, y el siglo XVIII, en lugar de inaugurar una nueva era, ocupa su modesto lugar en la era cristiana.

¡Gran vergüenza para el sabio tendría que ser fechar con el nombre de lo que reniega y que le habla de esa era cristiana, a la cual se pretendió declarar caduca y ya terminada!

Todos los enemigos del cristianismo han tenido esta misión de contribuir con sus piedras para el templo inmortal que ellos pretendieron destruir.

Nuestro siglo, que quisiera en su orgullo y en su **humildad**, originarse en Voltaire, no pretende llamarse el siglo II; se llama, a pesar suyo, el siglo XIX; es una manera esta como cualquier otra de arrodillarse ante las cosas inmortales, y esta genuflexión es tanto más solemne cuanto más involuntaria.

Se aleja este siglo orgulloso, titubeando como un hombre ebrio, hablando siempre de la razón y no sabiendo la razón de nada; y si tú le preguntas a dónde se dirige, no podría nunca responder.

Avanza sin saber dónde va, y si tiene algún secreto, él mismo lo ignora.

Su secreto existe; pero está escrito con caracteres misteriosos en la lengua de los santos, y nadie más que ellos podrían descifrarlos.

Hablé en otra ocasión de San Benito José Labre, no repetiré hoy lo ya dicho. Pero el aniversario del día en el cual fué colocado sobre los altares, me da motivo para escribir y comentar con brevedad esa palabra extraña y secreta: **La canonización.**

Tratándose de santos, el mundo se siente inmediatamente tocado por un sentimiento particular y completamente especial. Este sentimiento tiene tanto de odio como de desprecio. El, tan mediocre en todas las cosas, no odia con mediocridad. El, tan moderado, llega a verse poseído de furor; él, tan triste, se pone a reír.

Y esta misma risa, la risa que él prodigó a Benito José Labre, no lo convierte en infiel a su tristeza habitual. Todo lo contrario; cuanto más ríe el mundo, tanto más es triste. Si pudiese llorar, su tristeza disminuiría.

No hay que confundir el mundo con la tierra, con la humanidad. La tierra está rescatada; el mundo fué maldecido, y el Evangelio contiene contra él este singular anatema: «Yo no ruego en favor del mundo».

El mundo es esta tierra deshecha sobre la cual no cae la lluvia de la oración.

El mundo parece estar representado por el suelo de Israel durante la esterilidad obtenida por Elías.

El mundo reprocha a los santos ser locos.

Los santos no afirman lo contrario, y el cristianismo, que habla de la locura de la cruz, no se escandaliza por ese lenguaje.

Pero hay que entenderse, aun cuando el mundo no entienda nada.

La locura, en el sentido vulgar de la palabra, excluye la sabiduría. M. de la Palisse, a quien yo estimo tanto, no lo desmentiría.

Mas he aquí la cuestión sobre la cual pido se fije la atención de los pensadores; he aquí el centro luminoso en donde se muestra y resplandece la divinidad del cristianismo: en la esfera de la santidad, la locura y la sabiduría, lejos de excluirse, crecen solidarias y en las mismas proporciones.

El mundo habla siempre de su razón, y con toda su razón, él no sabe lo que dice y se precipita, con los ojos en tierra, hacia esas catástrofes hacia las cuales los pueblos se arrojan los unos después de los otros, como toros embravecidos por el trapo rojo. El mundo es racionalista e insensato. Lo contrario le sucede a los santos.

Cuanto más ellos son locos, tanto más son sabios y razonables. La locura no es otra cosa que la trascendencia de la sabiduría elevada tan alto que los hombres la perdieron de vista.

Contemplada desde abajo, es la locura; contemplada desde lo alto, es la suprema sabiduría.

La locura vulgar, aquella que se encuentra en las calles, tiene por característica la esterilidad. Ella no llega a nada.

La locura de los santos tiene por especialidad ser fecunda. Contemplad a San Francisco de Asís, el más insensato quizás, entre ellos, para nuestros sabios. ¿Cuál es el fundador de imperio que ha construído tanto como él? El ha dejado a su paso por la tierra, un rastro indeleble. El ha construído una construcción sólida; él no hizo más que golpear la tierra, y la tierra produjo hombres y los monumentos aparecieron por doquier.

La locura vulgar, la locura humana, pierde el sentido de la realidad y el sentido y medida de las cosas.

Por el contrario, en el ciclo de los santos, cuanto más elementos son, tanto más conservan la noción precisa de las verdades humanas de todo orden y de toda especie.

Si un loco vulgar os interpela, querrá imponeros su locura. Os aconsejará imitarle. Se propondrá a vosotros como un modelo.

El loco vulgar es imperioso, dominante, exclusivista.

Interpelad por el contrario a San Labre o a cualquier santo, entre aquellos que el mundo llama locos. Vosotros os vereis sorprendidos ante todo por la prudencia y sabiduría que preside sus consejos. El no os mostrará en un principio las alturas y las glorias de su alma transformada; él os hablará el lenguaje más apropiado a vuestra debilidad. El no se propondrá a vuestra imitación, todo lo contrario: os disuadirá de todos los excesos. No os impondrá el estado de perfección que es el suyo. Os aconsejará solamente la perfección del estado que es el vuestro. Tomará la medida de vuestras fuerzas, la medida de todas las cosas. Y comprobaréis con sorpresa, que él conoce los negocios humanos mil veces mejor que lo que los podrían conocer aquellos que los hacen. El conoce al mundo mil veces mejor que los hombres del mundo. El prejuicio pretende que los santos sean soñadores, perdidos entre las nubes, ignorantes respecto a todas las cosas.

Lo contrario es lo verdadero. Los santos beben en las fuentes mismas de la luz claridades que penetran hasta los rincones más oscuros de la tierra y más olvidados.

Si yo tuviese necesidad del más práctico consejo relativo al más difícil negocio y más enredado, y llegara a mis oídos que uno de los San Antonio ha reaparecido en los desiertos de Oriente, es a él que yo me dirigiría para consultarlo.

El Santo es el hombre práctico por excelencia, pues está en relación con el Acto puro.

El Santo es el sabio por excelencia, pues posee inteli-

gencias en la ciudad de la luz. Esta ciudad lo ha hecho partícipe muchas veces de algunos de sus secretos.

Para conocer bien un negocio, es necesario dominarlo, en lugar de estar dominado por él.

Por él está dominado el hombre vulgar; pero el justo lo domina. Dominar, es poseer.

Todos los hombres de buen sentido no son santos; pero todos los santos son hombres de buen sentido.

Su buen sentido está en medio de sus cualidades sublimes, como el nadador en medio del océano. Buscadlo, y lo encontraréis.

¿Y dónde está el santo? Sólo la Iglesia lo sabe.

Es una de sus prerrogativas más magníficas esta de descubrirlo y proclamarlo; es uno de sus caracteres más sagrados este de poder SOLA ilustrar el nombre de un hombre con esta ilustración sobrehumana, universal, incomunicable.

XVIII

LA CUARESMA

Es curioso comprobar hasta qué punto la misma idea, presentada en dos momentos diferentes, puede producir dos efectos contrarios.

Una mañana Pedro se levanta y dice: Yo me siento ligeramente indispuesto; no tomaré nada por la mañana. Tomaré algún alimento más tarde.

El almorzará poco y más tarde; es esta una buena precaución. El estómago se encuentra fatigado. Démosle algún reposo.

El mismo día Juan se levanta y dice: Yo me siento ligeramente indispuesto, pero deseo ayunar.

La familia se escandaliza; hay reconvención y alguien dice: ¡Cómo! ¡Estar enfermo y pretender ayunar! Ved hasta dónde lleva el fanatismo.

Sin embargo, Pedro y Juan han hecho absolutamente el mismo acto: cada uno de ellos ha postergado el almuerzo.

Yo quiero decir dos palabras sobre la Cuaresma.

El calendario nos señala la fecha. El estado higiénico del género humano le otorga también una actualidad.

El reino vegetal da motivos para que se hable mucho de él. Posee sus partidarios. La sociedad de los vegetarianos lo ha adoptado como alimento único. Muchas preocupaciones médicas parecen coincidir en este momento con la ley religiosa y darle la razón. Solamente que aquéllos van mucho más lejos que ésta.

La especie humana está físicamente debilitada. Quizás los hombres se han ocupado menos de mejorar la propia raza que la raza equina.

Como quiera que sea, lo cierto es que nos debilitamos. Este debilitamiento ha contribuído a que el consumo de la carne haya aumentado enormemente entre los civilizados.

Se ha creído encontrar en ella el remedio contra la anemia. Y he aquí que actualmente numerosos higienistas señalan el abuso de la carne como causa de anemia.

Otros higienistas llegan mucho más lejos. Ellos han tomado, o han recibido, para el caso es lo mismo, el nombre de vegetarianos. Los tales llegan a excluir totalmente la carne en la alimentación humana. Ellos no hace mucho tiempo, han dado un gran banquete al cual la carne no ha sido invitada.

Está en la naturaleza de los sistemas el llevar las cosas hasta el extremo.

* * *

Yo me encuentro lejos de querer tratar la cuestión científica. Yo me encuentro lejos de querer hablaros sobre el ácido úrico, que el abuso de la carne provoca en la sangre, y que puede acarrear después la horrible legión de las enfermedades reumáticas.

Yo me concretaré a constatar que la Iglesia limita, sin exclusión alguna, el uso de la carne. La Iglesia no se coloca,

directamente y especialmente, en el terreno higiénico. La Iglesia no invoca razones de índole médica.

Empero, por el solo hecho de ser la verdad central, ella se encuentra colocada, sin proponérselo, sobre todos los terrenos a la vez. La Iglesia no os habla directamente de vuestra salud, y aparentemente para nada se ocupa de ella. Sin embargo se ocupa de ella, desde el momento que se preocupa por todo. Estando en el centro de las cosas, sus ordenanzas se irradian hacia todas las direcciones. Las leyes físicas y las leyes morales se entrelazan por los más sólidos vínculos y más misteriosos; de manera que la Iglesia, que no parece ocupada más que de vuestra alma, vela sobre vuestro cuerpo mil veces mejor que lo que pueden decir las apariencias. La Cuaresma, fijaos bien, se encuentra precisamente en una cierta época del año en la cual la carne tendría que ser controlada desde el punto de vista higiénico. ¿Quién puede calcular en qué medida una alimentación vegetal puede invalidar en ese justo momento, los elementos de dolor que el invierno acumula?

Los trapistas viven muchos años. Si la muerte llega hasta los últimos rincones, violando todas las consignas y si la escolta que montaba guardia en la puerta del Louvre no salvó a los reyes, una cierta guardia apostada en la puerta de la Trapa, sí la defiende, según se dice, e impide que entren ciertas enfermedades crónicas, reumáticas, gotosas... El día en que las armonías del mundo moral se nos hicieran patentes, nuestros ojos verían extraños espectáculos.

Las cosas que se vinculan, como la Cuaresma, a las instituciones primordiales, nunca sirven para un solo fin. Además del fin directo que contemplan directamente, alcanzan mil otros de los cuales no nos hablan. Ellas son imperativas. Ellas no dan explicaciones.

Ellas no dan todas sus razones de ser y de obrar. Pero cuando se las desordena, cuando se las viola, se desordena y se violan mil leyes físicas, que se encuentran agrupadas todas a su alrededor, y que las vengan muchas veces, cuando resulta atacado el centro alrededor del cual gravitaban.

Las cosas de institución divina llevan la marca de lo real en su naturaleza misma, y la marca de la tierra, en sus conveniencias. Ellas son adecuadas a la naturaleza humana y se adaptan maravillosamente, ya sea a sus exigencias, ya a sus debilidades. La verdad, tan absoluta en sus principios, es elástica en sus aplicaciones. Ella conoce al hombre, y sabe mejor que nadie, qué adaptaciones hay que hacer cuando se dirige a él.

¿Que si yo sé que los vegetarianos otorgan dispensas?

Sí sé que la Iglesia las otorga. Las leyes misteriosas que ella indica han sido bebidas en las fuentes de la vida.

Pero si os encontrais legítimamente fuera de la ley general, ella os dispensará por sí misma. Entre todos sus secretos se encuentra el secreto de la debilidad humana. Generalmente los que se apartan de esa benévola ley general **caen en la severidad**. Tenemos que reconocer que existen también los ayunos forzados cuando la escasez extiende su mano descarnada y fría y cuando cunde el pavor que el espectro del hambre produce.

* * *

Es muy interesante señalar el contraste interno que existe entre el Carnaval y la Cuaresma. Se encuentran juntos y no por eso se oponen menos.

Yo caracterizaría gustoso este contraste por una palabra.

El carnaval, es lo que enmascara.

La cuaresma, es lo que quita la máscara.

El carnaval disfraza al hombre de héroe o de payaso.

La cuaresma invita al hombre a considerarse en su intimidad tal cual es.

Mas para mí es indudable que todo hombre que quita su máscara y se mira, tal cual es, encuentra en él estas cuatro cosas:

Un niño, un ignorante, un enfermo y un culpable.

Niño, tiene necesidad de un padre; ignorante, tiene necesidad de un doctor; enfermo, tiene necesidad de un médico; culpable, tiene necesidad de un juez.

Mas, he aquí al sacerdote en su tipo ideal: padre, médico, doctor y juez. ¡Y qué juez! El juez que perdona. He aquí el juez que necesita el hombre.

* * *

El alma humana tiene dos necesidades que parecen contradecirse, pero que no se contradicen en modo alguno, como no se contradicen el flujo y el reflujo del Océano: la necesidad de expansión y la necesidad de concentración.

El alma tiene necesidad de darse, después tiene necesidad de replegarse sobre ella misma, y de sorber en la fuente interior, en el silencio ardiente del pensamiento solitario, el agua viva que llevará a los demás, cuando ella misma se vea colmada.

Aquí también encontramos la armonía del mundo moral y del mundo físico. En el orden material, como en el orden espiritual, la expansión que sigue está en proporción a la concentración que precede.

Cuanto más el vapor ha sido concentrado, tanto más su expansión es poderosa. Cuanto más el alma ha recibido en el retiro, tanto más es magnífica en la acción.

El Océano tiene su flujo y su reflujo; la sangre tiene su flujo y su reflujo; ella se encuentra en el corazón y se precipita en las venas. Ella se rejuvenece en el corazón, que es el lugar de su retiro.

Esa necesidad se ve raramente satisfecha en el mundo actual, pero ella sin embargo persiste.

En otros tiempos, cuando se hablaba del retiro se entendía por él la salud.

El hombre de vida interior se llamaba el hombre de corazón: **homo cordis.** El hábito pernicioso se asemeja a la velocidad adquirida, en el sentido que no impone al hombre ningún esfuerzo, ningún trabajo, ningún comienzo. Todo comienzo representa un esfuerzo.

Empezar una cosa es tenerla ya hecha a medias. El hábito y la velocidad adquirida dicen al hombre: déjate llevar.

Su recogimiento interior es una fuerza que se opone a

la velocidad adquirida del hábito. La velocidad adquirida del hábito se frena en el recogimiento como el Océano en la playa.

El hombre que se deja llevar por el hábito, pierde de vista su propia persona. Pero de improviso, en la época del año en la cual la naturaleza se concentra para su resurrección anual, en la época en que la vegetación va a revestirse con su manto pascual, la Iglesia, espejo en mano, se presenta bruscamente al hombre, en el recodo del camino, le arranca sus oropeles, y le dice: Mírate, mírate tal cual eres: la hora de la mentira ha pasado.

Esta brusca intervención saca de quicio al hombre. El se detiene un poco aturdido; fastidiado, se resiste. Se exaspera y grita.

Pero una vez que ha gritado, escucha un poco.

El grita que se atenta contra su libertad, que impera el oscurantismo, que no debe haber superstición, y después, recién, se da cuenta que se le entrega su libertad perdida.

El no comprende todo lo que la Iglesia le dice, pues ha olvidado el lenguaje cristiano que es, sin embargo, su lengua materna; pero se detiene a fin de escuchar, y con esto ya se tiene ganado algo.

Esta detención paraliza la velocidad adquirida del hábito que lo llevaba de caída en caída.

El hombre que se ha detenido y concentrado, aun cuando sea por un instante, está menos próximo a una nueva caída.

La velocidad adquirida, al paralizarse, le ha otorgado fuerza contra ella misma.

De igual modo, un cuerpo, detenido en su caída, no vuelve a tomar de inmediato la velocidad que antes llevaba.

Si cae de nuevo, toma a poco nueva velocidad, pero la primera vió perdidos sus derechos.

Este retiro, aconsejado por la Iglesia, se encuentra en una evidente armonía con las leyes de la creación, con las leyes del hombre, con las leyes del corazón del hombre. Su naturaleza física tiene necesidad de recogimiento. Yo diría

a propósito del carnaval: la risa es un accidente que acompaña a una relación deformada.

Yo diría, a propósito de la Cuaresma: Existe en la naturaleza humana otro accidente; éste se produce cuando las relaciones de los hombres entre ellos y de las cosas entre ellas, son restablecidas y sentidas.

El pasado, el porvenir, el recuerdo, la esperanza, producen este último accidente.

El tiene un nombre conocido por todos los hombres: todos conocen el nombre de las lágrimas.

XIX

LOS SANTOS ANGELES

Hay muchas maneras de pronunciar y de entender esta palabra: la Fe. Hay la Fe muerta y hay la Fe vivificante. La Fe muerta se alimenta de fórmulas.

La Fe viva arrastra con ella la Realidad que es su dominio.

Muchos, entre los católicos, fieles y creyentes, creen en virtud de su Fe en los Santos del Paraíso.

Mucho más raros son aquéllos que creen con Fe viva en los Angeles.

La mayor parte de los hombres no creen en los Angeles: algunos les otorgan el triste y frío honor de una Fe muerta.

Una cierta disposición de espíritu reina sobre la tierra que consiste en mirar el mundo de los Angeles como un sueño, como una imaginación, como una fantasía, como un juego poético, en el sentido ligero, falso y engañador de esta última palabra.

Se cree más en los Santos por cuanto han habitado la tierra; y los hombres creen en la tierra. Los Santos, teniendo una Realidad histórica, visible, exterior, se imponen, en cierto sentido, a la atención de los hombres. Pero los Angeles, cuya historia es celeste, son los objetos de nuestras continuas distracciones. Los habitantes de la tierra consideran voluntariamente a los habitantes del cielo como si tuvieran una existencia nebulosa y precaria, y como no dignos de tener un lugar serio en el pensamiento de un hombre serio, de un hombre de negocios que habla en prosa. Este modo, a menudo involuntario e inconveniente de considerar las cosas, es radicalmente contrario a la Fe.

* * *

Los Santos observan, frente a ese mundo invisible, una disposición absolutamente diferente.

Los Santos aman a los Angeles con amor de caridad activo y personal; nadie cree tanto en ellos como ellos; pues el Amor tiene tanto de maravilloso que hace creer en la existencia de aquel en que se piensa. El amor de los Santos es tan cálido, tan sincero y tan vivificante, que nos hace sentir la vida en el lugar donde se concentra y en el lugar adonde lleva.

Leed la Vida de los Santos: veréis allí que ellos mezclaban Angeles en los detalles de su existencia, de sus negocios, de sus preocupaciones, de sus conversaciones.

La conversación de ellos estaba en los cielos, San Pablo desea que eso sea así, y los Angeles deben tener un gran lugar en la práctica humana de esta palabra inspirada.

El lenguaje del Amor es, dice San Bernardo, un lenguaje bárbaro para los que no aman.

Ciertamente es el lenguaje desprovisto de amor el que es bárbaro en realidad.

Los hombres que no aman se resecan y aplastan bajo el peso del vacío.

Los Santos viven, serios y livianos como el Amor, dentro de la familiaridad del mundo invisible.

El rol de los Angeles es inmenso en la vida de los Santos, inmenso en la Escritura.

En la historia de Balaam, el rol del Angel es en tal forma bello que se pretendió creerlo soberanamente ridículo en el siglo dieciocho.

¿Qui est Deus? El nombre de San Miguel es un grito que los comentarios lo hacen palidecer.

Yo lo entrego sin debilitarlo a las almas capaces de contenerlo.

¿Cuándo será la oportunidad de invocar el nombre de Gabriel, Fuerza de Dios, si nosotros no lo invocamos en este día y en esta hora? ¿Y quién será el que tendría que invocar el nombre de Rafael, Curación que viene de Dios, si no somos nosotros los que lo invocamos?

La Escritura Santa parece llamarnos, parece convocarnos alrededor del ángel Rafael; ella invita nuestros ruegos para que se dirijan hacia él, y he aquí en qué forma lo hace.

Ella acumula en el libro de Tobías los Abismos de desgracia y los Abismos de dicha, y nos advierte que es Rafael el que toma de la mano, en las más tristes circunstancias, a toda esta célebre familia de Tobías, y que la conduce de la mano al pleno bienestar y a los esplendores de la Dicha.

Parece que la dicha sea su dominio. Parece que las cosas de la Dicha, las circunstancias, los accidentes de la Dicha, le están confiadas directamente.

Parece que el ángel Rafael sea el ministro del Señor en la cámara de la Dicha.

Y como es imposible saber hasta qué grado el alma humana tiene necesidad de Dicha, es imposible saber con cuanto ímpetu, ella se lanzaría hacia el ángel Rafael, si creyera, con una Fe viviente, en su existencia, en su acción, en su influencia, en su eficacia.

Los hombres hablan a menudo del azar. Es necesario reemplazar esa palabra sacrílega con el nombre del ángel Rafael.

La familia Tobías estaba agotada por pruebas crueles de la condición humana.

La Escritura nos muestra al viejo sepultado en las tinieblas de la ceguera, y en una tristeza tan profunda como ella.

Su desgracia no queda ahí, pues hay que separarlo de su hijo. El joven parte y su viaje será un viaje de negocios.

¡Qué triste necesidad la de tener que dejar un padre triste, ciego y viejo, para ir hasta muy lejos, con motivo de negocios, y a un país desconocido!

¡Cómo se imponía la invocación al ángel Rafael! ¡Y helo aquí!

El joven Tobías, hijo del ciego, —ciego él también frente a su destino que se va a cumplir por la intervención de un Angel—, Tobías va a obedecer a su guía desconocido, y porque él se dispone a obedecer, va a posar su planta donde sea necesario.

Todo oscurece el horizonte.

El pez que se dispone a devorar al hijo, suministra, por el contrario, una sustancia preciosa que prepara la curación del padre.

El libro de Tobías está calculado para poner al descubierto la mano providente de Dios.

El mismo matrimonio del joven encierra mil amenazas. La tumba parece que está abierta a su lado.

Ese matrimonio que parece encerrar una nueva desgracia para el viejo padre surge triste como la muerte misma.

Pero el ángel Rafael está allí.

Las tristezas se desvanecen como las nieblas ante la salida del sol.

El viaje del hombre joven consigue los resultados que se buscaban; y además consigue mil otros que no se buscaban y que van a hacer la dicha de la familia entera.

¿Quién podrá calcular las catástrofes que se engendran unas a otras, cuando el hombre ha despreciado o rechazado la Inspiración Angélica?

¿Y qué mirada podrá seguir la serie de los fecundos esplendores que las inspiraciones angélicas fielmente y sucesivamente escuchadas, irradian sobre la tierra y en los cielos?

Somos en tal forma viajeros que el ángel Rafael parece especialmente designado para estar cerca de nosotros y para que nosotros lo invoquemos.

Ya desde las carpas levantadas por los Patriarcas, se sabe que el hombre es un viajero, y es un lugar común repetirlo, recordarlo, proclamarlo.

Pero en nuestro siglo, esta verdad, a pesar de ser tan verdadera, necesita rejuvenecerse.

El siglo XIX es un ejército en marcha.

Toda vida es un viaje. Nadie está en su propia casa. Todo alojamiento es sólo accidental. La hora de la partida suena sin cesar.

Nosotros estamos todos amenazados por las fauces abiertas de un monstruo.

¡Oh Rafael, obligad al monstruo a suministrarnos el aceite que nos sanará!

¡Oh Rafael, conducidnos hacia todos aquellos que nosotros esperamos, hacia todos aquellos que nos esperan!

Rafael, Angel de los Encuentros, conducidnos de la mano hacia todos aquellos que nos buscan.

¡Que cada uno de nuestros movimientos, y cada uno de sus movimientos, estén guiados por vuestra luz, transfigurados por vuestra Dicha! ¡Angel conductor de Tobías, presentad a aquel que os contempla sin velos la oración que se eleva en este momento hacia ti! ¡Sobrecargados y divididos por las separaciones y los aplastamientos de la guerra, yo siento la necesidad de invocar y de pedir el socorro de vuestras alas, a fin de no ser extraño al dominio de la Dicha, o sea a los negocios de la patria verdadera!

¡Acordaos de los débiles, tú que eres fuerte, tú que te encuentras instalado por encima del trueno en las regiones siempre serenas, pacíficas y luminosas de la gloria admirable y resplandeciente!

XX

SAN CRISTOBAL

La figura de San Cristóbal es una figura aparte, y no hay otra parecida en el martirologio.

La historia y la leyenda, que se distinguen ordinariamente tan bien, se confunden en la mayor parte de los hechos de su vida. El estudio que a él se relaciona no se asemeja a ningún otro; pero ese estudio es singularmente fecundo desde el punto de vista del simbolismo.

San Cristóbal ha existido, muchas iglesias en el mundo cristiano le han sido consagradas.

Su fiesta se celebra; sus reliquias se adoran. Pero los contornos de su historia flotan en una neblina que no se ha disipado.

Su muerte es más conocida que su vida. Se vió perseguido bajo el emperador Decio.

Dos cortesanas fueron introducidas en su prisión. El vencido no fué él; fueron ellas vencidas. Nicelle y Aquilina abrazaron su fe y alcanzaron la palma del martirio. El báculo de San Cristóbal plantado en tierra, floreció maravillosamente. Su palabra, plantada en el corazón de dos cortesanas, floreció también. Los frutos rojos del martirio ilustraron este tallo ingrato.

La historia de los mártires ofrece esta particularidad, aquellos que se encontraban garantizados contra otros instrumentos de suplicio como la rueda, el fuego, la lapidación, morían por la espada. La espada era el último recurso de los verdugos fatigados. Cuando ya no sabían cómo atormentar a un mártir muy resistente, le cortaban la cabeza. Esto es lo que sucedió con San Cristóbal. Su última plegaria repercutió en toda la Edad Media.

El recomendó a la misericordia divina a todos aquellos que se encomendaran a él, y pidió que su nombre no fuera invocado en vano.

Yo no voy a tratar de hacer un trabajo imposible de separación entre la leyenda y la historia de San Cristóbal. Me concretaré a buscar el sentido filosófico de los hechos contenidos, a propósito de él, en un libro muy poco conocido en la actualidad: «La leyenda dorada».

Este libro, que carece de autoridad histórica, contiene mil referencias interesantes sobre personas y muchas cosas misteriosas.

¿Cuál es, según la tradición, el carácter, el signo, la peculiaridad de San Cristóbal?

Es la fuerza.

Su conversión estuvo fundada en la aspiración a la fuerza, y su santidad en la posesión de la fuerza.

Se dice que era Cananeo y que se llamó en un principio

Reprobus, el reprobado. Mas, este hombre que se creía reprobado, no aceptó la reprobación y se dedicó a la búsqueda de la fuerza. El buscaba sin duda una potencia superior a todo para pedirle la liberación, hacia la cual el peso del anatema lo hacía aspirar y le hacía sentir su necesidad. Históricamente, yo no afirmo nada. Filosóficamente encuentro todo esto muy bello.

El oye hablar de un rey, el más poderoso de la tierra, y se dispone a encontrarlo.

Un juglar llega, un saltimbanqui cualquiera, que canta, y que, en su canción nombra al diablo.

Cuando el nombre maldito es pronunciado, el rey se inquieta y hace el signo de la Cruz.

–¿Qué os pasa? –le dice San Cristóbal.

–Absolutamente nada.

–Pero, ¿por qué esa inquietud?

–Por nada, os repito.

Insistencia de San Cristóbal, negativa del rey.

–Si no respondéis –dice San Cristóbal–, yo os abandono.

–Y bien –dijo el Rey–, cuando yo oigo nombrar al diablo, tengo temor, y hago el signo de la cruz para sustraerme a su poder.

–¿Teméis al diablo? ¡Será, luego, que es más poderoso que vos! –exclama Cristóbal, y él corre en búsqueda del más poderoso. Corre, corre buscando al diablo a través del mundo. En medio de un bosque, un personaje sombrío, se acerca y le dice:

–¿A quién buscas?

–Busco al Señor Diablo, para ser su servidor, porque es el más fuerte.

–Yo soy aquel a quien tú buscas –responde el desconocido.

Y he aquí a Cristóbal o mejor a Reprobus, que se cree dichoso como sirviente del diablo. El sigue, obedece; es el modelo de los esclavos. Pero de pronto, marchando juntos, ellos encuentran una cruz. El diablo hace un rodeo.

–Se diría que tienes miedo –dice Cristóbal.

–Sigamos pronto –replica el diablo.

–Pero en fin, ¿por qué esa vuelta?

El diablo, que conocía a su hombre, no tenía ningún interés en explicarse, pero a ello se vió obligado. La inquietud de la fuerza hacía susceptible a Cristóbal.

El diablo reconoce que evita la cruz.

–Pero entonces, tú no eres el más poderoso, tú tienes terror, yo te abandono.

Pero ¿qué significa la cruz? ¿Dónde está el Cristo? ¿Qué hay que hacer en favor de ese nuevo señor?

Cristóbal encuentra un ermitaño y le plantea esas cuestiones.

–Hay que ayunar –dice el ermitaño.

–¿Ayunar yo? –responde Cristóbal–. ¡Imposible! Indica otra cosa.

–Y bien –dice el ermitaño–. ¿Ves allí ese río correntoso?

–Sí, lo veo.

–Quienes pretenden pasarlo perecen en medio de las aguas. Instálate en su borde. Tú transportarás a los viajeros desde una orilla hasta la otra.

Sed el servidor de todo el mundo y verás al fuerte de los fuertes, al Rey de los reyes, tú verás a Cristo Jesús.

–Muy bien –dice Cristóbal, y se instala en el borde del río, toma una pértiga como bastón, y como era gigante, las aguas no lo tapaban, y ayudándose con la vara transportaba los viajeros.

Después de la búsqueda de la fuerza, el ejercicio de la fuerza. San Cristóbal es especialmente invocado por los viajeros contra la debilidad física y los elementos. Hay una gran realidad bajo esta leyenda.

Así transcurría su vida. El, el fuerte, estaba al servicio de todo el mundo. Si nosotros no estamos aquí en plena realidad, nos encontramos muy cerca de la realidad.

Se respira, en lo que sigue, el aire que se respira alrededor de todas las cosas divinas. La pintura y la escultura han reproducido infinidad de veces, el hecho que voy a narrar, y el instinto del arte es respetable.

Cristóbal dormía en su choza. Una voz de niño lo despierta:

—¡Cristóbal, llévame!

El fiel Cristóbal corre a su servicio. Pero busca en vano. No hay nadie en la orilla.

Vuelve a su morada. La voz se deja oír de nuevo:

—¡Cristóbal, llévame!

Cristóbal corre y busca. Nadie en la orilla. Cristóbal entra de nuevo.

Tercer llamado de la voz:

—¡Cristóbal, llévame!

Cristóbal hubiera podido desalentarse, creer en una burla, etc. Pero él era el servidor de todos, el hombre de buena voluntad y el servidor no sabe más que obedecer.

Cristóbal corre por tercera vez, y esta última vez, ve un niño que lo llamaba.

Cristóbal acomoda al niño sobre sus hombros y se dispone a cruzar el río. Pero el peso del niño aumenta. El agua del río sube, se agita, y el peso del niño sigue aumentando.

Cristóbal avanza siempre, y el peso del niño aumenta siempre. El gigante se ve aplastado por el niño, y sumergido en las ondas que se siguen hinchando. Se diría un océano en el cual se acaba de arrojar un mundo.

Las olas se hinchan bajo el peso de la masa que acaban de recibir.

En el último momento de la lucha y el más terrible, Cristóbal, haciendo un supremo esfuerzo, toca la otra orilla.

Deposita en tierra al niño y exclama:

—Se diría que he cargado al mundo sobre mis hombros.

—Cristóbal —responde el niño—, tú has llevado más que el mundo, tú has llevado al creador de los mundos.

¡Cuánto significado en esta leyenda! San Cristóbal declara que él no es apto para aquello que se le pide en un principio.

El espera que su vocación tenga la condescendencia de mostrársele más de acuerdo a su naturaleza.

No aspira más que a la fuerza. Transportará a los hombres de una orilla a la otra, y entre sus pasajeros encontrará a Jesucristo.

Transportar a Jesucristo, ¿qué quiere decir?

Se simbolizan aquí muchas cosas, sobre todo si se recuerda que Colón era otro Cristóbal; él pasó a Jesucristo de una orilla a la otra y estuvo a punto de morir mil veces bajo el peso de tamaña carga.

Cristóbal es un nombre terrible. Ser porta-Cristo, es llevar en sí el misterio mismo, todos los misterios en un misterio, particularmente el misterio viviente de la historia.

Cuando los otros pasajeros lo llamaban, Cristóbal los veía, pero cuando le tocó el turno al niño muy pesado, él buscó muchas veces de dónde venía la voz.

XXI

UN SANTO

Y bien; sí, en la actualidad. Ahora, en el estado en que se encuentra el mundo, la Iglesia va a celebrar una fiesta. ¿Y queréis saber qué fiesta? Ella va a hacer una nueva canonización. Y no canonizará un hombre cuya vida humana haya resplandecido de algún modo, lo cual lo justificaría ante ciertos ojos humanos. Ella canoniza a Benito José Labre.

¿Será posible hacerle al mundo un desafío más audaz?

Nunca recibió el respeto humano un desafío más significativo.

En pleno siglo diez y ocho, ¡oh pastores de Wateau! ¡oh columpios de Fragonard!; el género humano creía reunirse para despedir al cristianismo y decirle un adiós que esperaba iba a ser eterno. Sí, verdaderamente la pintura estaba representada por Fragonard y la ciencia por Buffon, y la poesía trágica por Voltaire, y la poesía épica por Voltaire también. Sí, el genio épico estaba representado por «La Henriada». «¡La Henriada!».

«Duisqu'il faut l'appeler par son nom,
Capable d'enrichir en un jour l'Acheron.»

El hombre muere de tedio, dice M. de Buffon.

Si eso aconteció, la lectura de «La Henriada» debe haber hecho sus víctimas. Si alguien lee «La Henriada» no puede decirse que los sacrificios humanos estén realmente abolidos

en las Galias. Se iba en peregrinación a ver en Ferney a M. de Voltaire, y hubo un peregrino que acercándose a él, exclamó: ¡Yo os saludo, luz del mundo!

* * *

Mientras ese peregrino exclamaba: ¡Luz del mundo! hablando a M. de Voltaire, otro peregrino se dirigía, de pueblo en pueblo, a pie, hacia la tumba de los apóstoles cumpliendo una peregrinación que duró hasta su muerte.

Este era un pobre tal, que daba horror. Era tan pobre, que representaba en él a todos los pobres y ese nombre de Pobre, aplicado a él, bien puede representarse por una mayúscula. El pedía hospitalidad en el lugar que lo tomaba la noche.

Se detuvo, según se dice, en una casa habitada por la familia Vianney. Eran los antepasados de Juan Bautista Vianney que fué posteriormente cura de Ars, y cuya canonización, se trata asimismo de hacer efectiva, en estos momentos. Yo no la anticipo, pues la Iglesia es la que decide, pero es cierto que la cuestión está planteada. Parece que Benito José Labre durmió en el lecho que sirvió más tarde para que durmiera Juan Bautista Vianney. ¡Qué queréis! Existen encuentros de los cuales yo no soy responsable.

¿Vosotros me pediréis quizás os diga qué cosa extraordinaria hizo Benito José Labre durante su vida?

Esa es precisamente la pregunta que yo iba a tener el honor de dirigiros. Desde el punto de vista católico, ha rogado; pero desde el punto de vista extra católico, no ha hecho nada, exactamente nada. No ha sido ni gran filósofo como San Agustín, ni gran teólogo como Santo Tomás, ni gran orador como San Bernardo.

No ha dejado ni un libro, ni un acto humano apreciable. Ha vivido en las iglesias o en las puertas de las iglesias, o en los caminos, o en la morada de los pobres, más pobres todavía que él, y rodeado de una obscuridad en tal forma impenetrable, que solamente la mirada de la Iglesia era lo suficientemente perspicaz para penetrarla.

* * *

El siglo diez y ocho estaba lleno de personajes y de cosas resplandecientes. Un mundo se desplomaba; se buscaba bajo las ruinas, para ver asomar otro diferente. Había controversias; había luchas; se demolía y quienes demolían no se entendían entre ellos. Voltaire y Rousseau dirigían a veces su cólera el uno contra el otro, pero si ellos no estaban unidos, por lo menos estaban coaligados, y la común intención de **aplastar al infame** colmaba sus almas y sus vidas. ¡Cuánto ruido, en esa hora, en el mundo civilizado! La enciclopedia ponía sobre todas las cabezas su pie que se creía para siempre vencedor. Los antiguos nombres parecían olvidados, y los nombres nuevos aspiraban a resplandecer para siempre, solos e inmortales, sobre un mundo nuevo.

Sin embargo, el prestigio de Voltaire en tal forma ha disminuido después de los progresos que la crítica ha hecho, que casi nada se admira ahora esta poesía que encantó al último siglo. El que se sintiera lo suficientemente joven, como para admirar todavía a «Mahoma» y a «Meropea», tendrá empero que reconocerlo. ¿Y habrá alguien que pretenda hacer la defensa de los Comentarios sobre Corneille y sobre Pascal? El único prestigio, pues, que queda de Voltaire, se funda en haber combatido a Cristo; es haber pretendido **aplastar al infame.** Pero quitadle esta aureola y decidme qué queda de Voltaire poeta, de Voltaire crítico.

Mientras ese nombre que ha llenado la Europa, mientras el nombre de Voltaire desciende día a día, he aquí otro que sube, y este otro es el nombre de Benito José Labre.

¿Cuál es la causa de que yo conozca ese nombre? ¿Cómo se explica que vosotros lo conozcais? Vosotros os extrañais quizás un poco. Pero tened cuidado. Vosotros no os extrañais lo suficiente.

Imaginaos a alguien mostrando, hace cien años, a los enciclopedistas, a Benito José Labre hecho un guiñapo, en Roma, sobre las escaleras de una iglesia. ¡Qué desprecio! ¡Qué risa! Esa mirada, atravesando el espacio, hubiera seguramente divertido mucho a los hombres de entonces. Pero suponed la misma mirada, atravesando el tiempo, como el espacio, y mostrando a los mismos hombres la Iglesia uni-

versal en una fiesta universal, colocando sobre los altares a Labre, y colocando sobre su nombre glorificado, este epíteto incomunicable que sólo la Iglesia ha dado y dará, el epíteto admirable de Santo.

* * *

¿Se explica de algún modo que yo escriba estas líneas a propósito de este hombre, y que este escrito tenga una actualidad? Sí, porque es una actualidad. Y no habrá quizás dentro de muy poco tiempo ni un solo diario, que se permita ignorar este nombre, tan infinitamente oscuro hasta hace muy poco tiempo, el nombre de Benito José Labre. Y aun los que quisieran burlarse de él, esos mismos tendrán que soportarlo como una **actualidad.** Ellos podrán reír, pero no podrán ignorar. Ese nombre llegará a resonar en las cinco partes del mundo.

Yo pido una explicación. ¡Cuántos hombres no han pasado sobre la tierra sin dejar rastro alguno! Este pasa también tan desconocido como los más desconocidos, no deja nada después de su muerte que suministre la menor explicación humana de una reputación cualquiera, y he aquí que el mundo entero conoce su nombre para siempre.

Se podrá decir: ¿Su pobreza habrá conmovido el espíritu de sus contemporáneos? En modo alguno. No son los pobres los que menos abundan sobre la tierra, y la inmensa mayoría de entre ellos no deja ningún rastro en la historia.

¿Se podrá hablar de entusiasmos? ¿Pero habréis visto alguna vez a los hombres entusiasmarse de pronto, todos a la vez, ante un pobre, muerto hace cien años, y que los vivientes actuales ni vieron ni conocieron?

Vosotros conoceis seguramente el estado de la Iglesia católica y la muchedumbre de sus preocupaciones actuales. Y bien; en medio de esta tormenta, ni uno sólo de sus hijos muertos hace cien años, c hace mil años, se le escapa de su memoria invencible o inspirada. El tiempo y el espacio no cuentan ante sus miradas. Encontrando, como dice Bossuet, su serenidad en la altura, ella mira hacia todos lados

a la vez, y al encontrar a Benito José Labre, se ocupa de él con tanta solicitud, con tanto ardor, con tanta solemnidad como si fuese el único santo del mundo, como si ella no tuviese otro pensamiento que él.

¿Se puede concebir que un hombre se arrodille ante el cadáver de Rousseau para invocarlo? Jamás.

Yo digo cadáver y nadie podría corregirme para decir: reliquias.

Las reliquias de Rousseau: jamás.

La lengua humana se niega a ello. No es posible hacerle decir todo lo que se quiera. Posee sus secretos el lenguaje humano.

Tomad al más pagano de los paganos, y tratad de hacerle decir: San Juliano el Apóstata. Esa palabra allí es imposible pronunciar.

Existió, en los tiempos modernos, un hombre que fué admirado y adorado. La tierra hizo silencio ante él, y su sombra ha cubierto su siglo. Fué Napoleón; la humanidad dice: Napoleón el Grande.

Pero tratad de decir San Napoleón. Imposible; el lenguaje humano se rehusa a ello.

* * *

Sin embargo, y por orden de la Iglesia, ahora se dirá: San Benito José Labre. Y la lengua humana no se rehusará. La lengua humana obedecerá y trescientos sesenta prelados y príncipes de la Iglesia han hecho anunciar su llegada a Roma. Y llegan, desde todas partes del mundo, para celebrar el triunfo del más desconocido de los mendigos.

Y esos trescientos sesenta prelados, colmados de grandes preocupaciones, de responsabilidades y de solicitudes, se ponen en viaje, se congregan y se ponen de acuerdo, para engrandecer la solemnidad de los honores rendidos a ese mendigo.

Me parece que esta serenidad augusta merece inspirar algunas reflexiones.

¿No es acaso necesario que la Iglesia posea una vida

misteriosa, sobrenatural, para conservar esa calma y esa audacia?

Mientras que la adoración al becerro de oro parece convertirse en una nueva religión, la Iglesia elige para canonizarlo al hombre que llevó una vida de pobreza hasta excesos inverosímiles. ¿La oportunidad de esta canonización no tiene ella misma algo de realmente divino? ¿La contradicción inmensa que existe entre San Labre y el estado actual de los hombres no significa para el mundo una lección ejemplar?

¿No se muestra la Iglesia católica depositaria de secretos profundos, cuando presenta con pompa inusitada ante el asombro del mundo, a ese Labre que el mundo desprecia tanto por lo que él representa, y que la Iglesia glorifica sin ocultarse?

¿No prueba la Iglesia católica por eso mismo que ella posee una vida propia, una vida superior, independiente de las circunstancias?

Y si esta explicación no os convence, yo os pido me deis otra. Yo digo a todos los hombres, a todos los escritores, a todos los diarios desde los más conservadores hasta los más radicales, quieran explicarme este hecho:

¿A qué se deberá, entonces, que ellos conozcan hoy día el nombre de Benito José Labre?

XXII

LA REALIDAD

1

No es sin emoción que tomo por primera vez la pluma para dirigirme al público del Nuevo Mundo.[1]

Me parece que Cristóbal Colón me contempla desde lo alto, rememora el día en que el grito de ¡Tierra! ¡Tierra!, retumbó en su navío.

(1) Colaboración aparecida en 1881 en un diario americano

¡Cristóbal Colón! Ese nombre despierta en mí recuerdos intensos y profundos; ese nombre ha acompañado todas las grandes esperanzas de mi vida. Jamás pensé sin una emoción conmiserativa en su descubrimiento de un Nuevo Mundo. Jamás los esfuerzos de Cristóbal Colón, su Genio, su Inspiración, su Descubrimiento Ideal, que precedió desde muy lejos a su descubrimiento real, las incomprensiones que sufrió, el esplendor invencible de su grandiosa idea fija, su gloria tardía, pero enorme, jamás, repito, esta historia magnífica ha encontrado un oyente más interesado y más atento que yo.

De esa manera, al tocar yo por primera vez tierra americana, —la toco con mi espíritu—, me parece que tiene para mí, no solamente esperanzas, sino también recuerdos. Me parece que sobre esta tierra, no me siento extranjero.

En esta hora terrible en que tomo mi pluma, quisiera que mi primera palabra, pronunciada en América, fuese una palabra útil.

Esta hora terrible se asemeja al caos.

En el caos que precedió a la creación, «las Tinieblas, dice el Espíritu Santo, llenaban los abismos». Me parece que la Eterna Verdad podría repetir hoy día la misma palabra.

En el caos contemporáneo, las Tinieblas están en presencia del Abismo. Pero el primer día de la creación vió surgir la luz.

Es de ella que yo quisiera hablar en este momento.

Dios dijo: Que la Luz sea, y la Luz se hizo.

Esta iluminación hecha de repente, es distribuída por los soles, y sigue, lo mismo que ellos, una marcha que no cambia.

En otros términos, existen leyes.

La ley es una Palabra.

Y como nos interesa conocer cómo debemos comportarnos a su respecto, como nos interesa poder contar con la salida del sol, la Ley es una promesa que nos es hecha. La Ley es una Palabra dada.

La Ciencia ha escuchado la Palabra dada, y ha dicho al género humano: puedes confiar en ella.

La Ciencia tiene confianza en la Palabra de la cual se considera depositaria: ella predice la marcha de los mundos.

Ella dijo: Tal planeta se presentará en tal lugar del cielo, en tal día, en tal hora, en tal minuto, en tal segundo.

Y el planeta fué fiel a la cita.

La Ley de la creación se verifica sin fallas.

La Palabra del Padre se ejecuta con todo el esplendor de la fidelidad, con toda la magnificencia de la exactitud.

La Creación es la palabra del Padre.

La Ciencia es el comentario de esta Palabra.

La Ciencia llega hasta adivinar los planetas que ni siquiera ha visto, pues tiene confianza en la Palabra del Padre, en la Palabra dada.

Y los planetas, adivinados primero, se aparecen después diciendo: «Henos aquí».

De ese modo rinden un magnífico testimonio en favor de la Palabra del Padre.

2

La humanidad cae. La segunda persona de la Santa Trinidad se encarna. El Verbo de Dios se hace carne. ¿Qué nos enseña?

«Todo lo que pidiéreis a mi Padre, en mi nombre, os será dado; para que de ese modo el Padre sea glorificado por intermedio del Hijo».

«Pedid y recibiréis. Buscad y encontraréis. Golpead y se os abrirá».

«Si tenéis fe, todo es posible para quien cree»

Sería necesario citar todo el Evangelio para citar todas las Palabras que prometen a la oración un poder omnipotente.

He aquí una Palabra dada, una ley enunciada.

Es imposible que la Palabra del Hijo sea inferior a la Palabra del Padre. San Pedro nos habla de la hora en que Lucifer se levantará. María, la Santa Virgen, es llamada Estrella del Mar.

Si los astros del Padre tienen la fidelidad como decoro, ¿podrá suceder que los astros del Hijo sean ajenos a esta ley de la luz?

Si las luces creadas, que no son más que sombras, poseen la gloria de ser fieles, ¿cómo la luz divina, en su carrera a través de los cielos más sagrados, faltaría a la cita? Cada letra del Evangelio es un mundo. ¿Podría acontecer que ese mundo no apareciese en el cielo de los Espíritus, de acuerdo a la Palabra dada por los labios de donde ha salido?

No es posible creerlo.

Empero, he aquí entre la Creación y la Redención una diferencia.

El hombre no ha intervenido en la creación. Interviene, sí, en las cosas de la Redención.

Nada impide que el sol se levante y se ponga, pues el hombre para nada interviene.

Pero en el mundo de la oración, el hombre interviene.

¿En qué forma le corresponde intervenir?

Contemplemos la Ley de los astros.

¿En qué forma se manifiesta?

¿En virtud de qué Ley se ejecuta el movimiento de los cielos?

En virtud de la gravitación. Los movimientos están en relación con los pesos. Los cuerpos obran los unos sobre los otros en razón directa de sus masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias.

Lo que la Ciencia denomina «fuerza de atracción» debe ser llamado «Ley de la atracción». De acuerdo a lo que señala el P. Ventura, las fuerzas no son otra cosa que Leyes. Pues no hay fuerzas necesariamente inherentes a la materia. Las fuerzas son las leyes que una voluntad superior impone a esta materia.

La pesadez preside los movimientos de los mundos.

Ella vigila el cumplimiento de las promesas del creador. Ella hace cumplir la Palabra dada.

Si busco ahora, en el orden moral, la ley que corresponde a la gravitación, encuentro las sublimes palabras de San Agustín:

«Mi amor es mi peso».

El Amor es, en el mundo moral, lo que la Gravitación en el mundo físico.

En el mundo físico y sideral, es la Gravitación la que está encargada de hacer ejecutar las palabras del Padre.

¿No será entonces el Amor el que está encargado de hacer ejecutar las palabras del Hijo? ¿No será el Amor, el ministro de la Redención, en el Departamento de la potencia?

Y si nos falta el peso, pensemos entonces que es el Amor el que nos falta.

Consultad la historia de los Santos. No son por lo general los más grandes doctores los que se ganan la palma de los grandes taumaturgos.

Los más grandes taumaturgos son habitualmente los que están imbuídos de ese espíritu que San Pablo denominaba la locura de la cruz.

Son los más pasionales los que llevan más lejos sus conquistas.

Podemos leer en la vida de San Vicente Ferrer que tocaba la «campana de los milagros», y que la muchedumbre de enfermos acudía para ser curada.

Tocar la campana de los milagros, es precisamente anunciar, con una precisión magnífica, que la Palabra del Evangelio: «Pedid y recibiréis», se verificará tal día, en tal hora y en tal punto del horizonte terrestre.

Me parece que la Fe, tan perfectamente unida a la Caridad en los santos, otorga peso a las palabras que pone en su boca.

Tal palabra, que no se toma en cuenta en la boca de un hombre común, tiene peso en la boca de un santo.

La lengua humana, con su profundidad intrínseca, ¿no nos dice de un hombre sin consistencia, que habla con «liviandad»? «Liviano». Habla con liviandad; en otros términos, su palabra no **pesa** nada.

En tanto que los cielos narran la gloria de Dios, escuchemos su enseñanza. Enseñan que la Fe y el Amor están encargados, como la gravitación, de ejecutar las palabras y las promesas del Creador.

XXIII

EL MISTERIO

Se confunde muchas veces dos palabras que, en lugar de significar dos cosas semejantes, representan dos contrarias. He aquí a estas dos palabras, cuya confusión ahuyenta la luz:

La primera es lo Incomprensible.

La segunda es lo Ininteligible.

Lo incomprensible está por encima de lo ininteligible; lo ininteligible está por debajo de lo incomprensible.

Lo Incomprensible, es el Misterio.

Lo Ininteligible, es el Absurdo.

Lo Incomprensible, demasiado grande para nuestra condición humana, no puede entrar, penetrar totalmente en nuestra inteligencia, a causa de su dimensión y sobre todo, si nos referimos al Infinito, que sobrepasa toda dimensión.

Lo Ininteligible, por el contrario, no penetra en nuestro Espíritu, porque nuestro Espíritu es demasiado grande, o mejor dicho, demasiado verdadero para él. Lo Ininteligible no puede ser asimilado por nosotros, porque no hay en él Verdad, y nuestro Espíritu está hecho para asimilar la verdad, a lo menos en una cierta medida.

Nuestra Inteligencia es una Fuerza que se aplica al Ser.

Cuando se trata del Ser absoluto, Inmenso, Infinito, la vocación de nuestra Inteligencia es una Abdicación sublime, que, lejos de ser una muerte, una restricción, una disminución, es, por el contrario, el más fecundo Acto, el más activo, el más vivificante, el más soberano que ella puede hacer. La Inteligencia es una Fuerza que se ejerce sobre

un cierto dominio. Por abajo de ese dominio, ella no tiene nada que hacer, y he aquí lo Ininteligible. Por encima, ella se enfrenta contra un Dominio, es el Dominio reservado, y he aquí lo Incomprensible.

Lo Incomprensible, es la cosa que no se abraza.

Lo Ininteligible es la cosa en la cual no puede leerse.

La Etimología de esas dos palabras establece muy bien sus diferencias.

Lo Ininteligible, es lo que no presenta al ojo del Espíritu carácter alguno (Non legere intus).

Lo Incomprensible, es aquello al que nadie le da vuelta (Non comprehendere).

El hombre que se subleva contra lo Incomprensible cae habitualmente en lo Ininteligible: es ese un castigo que casi nunca falla.

La Inteligencia, que se exaspera en presencia de lo Incomprensible, recibe este castigo y esta humillación, la de doblegarse y rendirse bajo lo Ininteligible.

El que rechaza el Misterio, cae en la Superstición.

Mas, la Superstición es hostil al Espíritu y lo hace morir.

El Misterio es el amigo de la Inteligencia: él la alimenta y la refecciona.

La exalta en vez de aplastarla. En tanto que la Superstición la aplasta en vez de exaltarla.

Lo Incomprensible es el Misterio; él está más allá de la Inteligencia; lo Ininteligible, es la negación de los sentidos, él está más acá.

En el dominio de lo Ininteligible, es la Inteligencia la que está en defecto respecto a su objeto.

El hombre no marcha siempre en la llanura, en donde la Inteligencia ve claro y lo conduce tranquilamente. Llega el momento en que bordea los abismos de lo Ininteligible, o que se eleva hacia las cumbres de lo Incomprensible.

La embriaguez le abre el abismo en el cual la Inteligencia lo pierde.

El éxtasis le abre la montaña en donde la Inteligencia abdica en la gloria.

El Misterio responde a una de las necesidades más profundas de la naturaleza humana: la necesidad de la adoración.

El hombre no adora aquello que comprende completamente, y tiene razón, pues lo que comprende completamente no es lo Infinito, y la adoración busca lo Infinito, como la Brújula busca el Polo.

El hombre tiene sed de Misterio, porque tiene sed de Infinito. Es esta sed de infinito la que lleva las almas superiores a recorrer la ruta que no se termina. Ellas se lanzan hacia el descubrimiento, con la sublime certeza de que jamás descubrirán todo. Siendo el Infinito el objeto de la búsqueda, excede siempre todo descubrimiento. El aumenta la sed al mismo tiempo que la satisface.

«¡Ni hambre, ni saciedad!» escribe San Agustín, y agrega: «yo no sé cómo designar este estado que deseo; pero Dios puede satisfacer a quienes ni siquiera pueden expresarse, siempre que ellos crean y esperen».

San Agustín tiene razón. ¡Ni hambre, ni saciedad! He aquí el deseo del hombre.

Si comprendiera todo, tendríamos la saciedad. Si no comprendiera nada, tendríamos el hambre.

La Verdad, que ora levanta, ora baja los velos, los protege contra el hambre, por la Revelación, y contra la saciedad por el Misterio.

Elías sobre la cumbre del Horeb vió la tempestad, el Temblor de la tierra y el Rayo.

Pero, cuando pasó la brisa ligera, Elías se cubrió la cabeza con su manto; él reconoció que se aproximaba el Señor: El Misterio estaba allí.

Los Serafines que vió Isaías junto al tronco del Señor, se cubrían el rostro con un par de sus alas. Ellos tenían seis alas: sus seis alas se dividían las funciones de transportarlos y de cubrirlos. Su vuelo y su velo tenían el mismo agente, el mismo instrumento, o sea alas, muchas alas, siempre alas. El vuelo empleaba un par; el velo empleaba dos pares. Las alas que los exaltaban en los abismos de la luz, los protegían también. Los velos constituídos por alas son velos gloriosos como el vuelo que los acompañaba. Para volar y para velarse ellos tenía necesidad de alas, no de otra cosa.

¡Oh, Luz Desconocida, cerca de la cual los ardores del sol que desciende son como manchas, lo mismo que los esplendores del sol que se levanta!

¡Oh, Luz Desconocida, tú das la saciedad a la sed que no implora!

Existen momentos en los cuales el Silencio mismo retrocede, como retrocedió antes la Palabra. El silencio llama entonces en socorro de su desconsuelo a las lágrimas.

¡Oh, Luz sin sombras, oh Luz Inmaculada! ¡En ti halla su consuelo la sed que no habla! ¡En ti halla su consuelo ese Silencio que llama a las lágrimas en su socorro! ¡En ti hallan su consuelo las lágrimas que acuden en socorro del Silencio!

Sin ti ¿qué sería el hombre? ¿En qué se convertiría el hombre, si estuviera reducido a explorar tristemente su dominio limitado?

¡Oh, Luz indefectible, tú eres la Promesa y tú eres la Liberación!

Oh, Luz Eterna, intentando sólo llegar hasta ti, franqueamos al mundo y a los mundos: devoramos el Espacio; devoramos la inmensidad para encontrar en un más allá algo. Nosotros tratamos los Soles, tratamos las Nebulosas, como el árabe trata la brizna de hierba, cuando sube en su caballo y se lanza en persecución del desierto; cuando se lanza, ardiente y fogoso, ansioso de soledad y de arrebato.

Eso hace el Deseo, cuando se precipita sobre su Presa Infinita; eso hace el Deseo y con razón. El tendrá el honor de morir de sed sobre la arena del Desierto, ante su corcel bañado en sudor y jadeante, sin poder llegar al término de su carrera, y la sed que le dará la muerte, le dará al mismo instante la vida: porque estamos ante el Deseo.

Es insaciable, el objeto de su adoración está más allá de él.

¡Y tú, oh Luz Eterna, que habitáis el cielo de los cielos, tú habitáis también el centro de los centros, y lo Intimo de los Intimos!

Vuestro Santuario es elevado; vuestro santuario es profundo.

XXIV

DEJAD A LOS MUERTOS ENTERRAR A SUS MUERTOS

«Dejad a los Muertos enterrar a sus muertos», dice la Verdad eterna.

Esta palabra crece cuando se la mira, y en la medida en que se la mira.

En un principio, es posible extrañarse de que fuera necesario prevenir a los hombres contra la pasión de la muerte.

Empero, con la reflexión y particularmente con la reflexión profunda, se da uno cuenta que el hombre se aficiona a las cosas de la muerte, porque ellas son la obra propicia de sus manos.

«Quien pone su mano en el arado, y vuelve su mirada atrás, ese no es digno del Reino de Dios», ha dicho la misma Verdad. Y esta Palabra se asemeja a la otra Palabra. ¿La mirada hacia atrás es un placer? No, habitualmente. Esa mirada es triste y blanda. Y sin embargo ella ejerce sobre el hombre una atracción extraña. Esa mirada lo retrasa en los cementerios y lo lleva a enterrar a los muertos y a enterrarse con ellos.

Existe, para ciertas naturalezas, una tentación extraña, pero real, que las lleva a enterrarse con la mortaja de los muertos y a compartir su tumba.

Esta tentación inexplicable tiene su explicación en el atractivo del hombre hacia sí mismo. ¿Qué hace quien mira hacia atrás? **El se busca a sí mismo** en el pasado, en lugar de buscar en el porvenir las cosas eternas. El se busca en el pasado, como en su propiedad, y se complace con todo lo que se refiere a él, hasta con las lágrimas.

La tristeza no deja de tener su encanto para él, pues su tristeza le pertenece. Y lo que está delante de él, cuando pone su mano en el arado, es el Reino de Dios; eso sería la Dicha, pero él tiene temor a todo eso, porque no es propiamente su reino, y no se le asemeja a él, hombre triste y limitado.

El hombre se ata a su límite, hasta cuando su límite es su desgracia, pues su desgracia le pertenece; es el **yo** quien reivindica su propiedad.

El hombre halla gusto en **su casa.** Y bien, la tumba es para el hombre una **casa propia.**

Hay afición a la Tumba.

La recomendación de no enterrarse en vida y de dejar las tumbas a los muertos, es una de las recomendaciones más importantes y más osadas que se puedan hacer. Eso no significa condenar la caridad para con los muertos y los cuidados del hogar, sino que se condena cualquier preocupación con preferencia a la de la salvación.

El hombre tiene mucho mérito al romper sus cadenas, cuando es él mismo el que se las ha forjado. No son únicamente los lazos delicados, blandos y sentimentales lo que son difíciles de romper; son también las cadenas de hierro y de plomo. Todo aquello que hemos arrastrado con nosotros durante mucho tiempo, cerca de nosotros, detrás de nosotros, se vincula, se «pega» a nuestra persona; esas cosas se convierten en nuestras, y todo lo que se relaciona con nosotros, todo lo que nos pertenece, aun cuando sea el mismo tedio, requiere para ser separado de nosotros, un golpe de Espada. Atarse a una cosa, no es sólo encontrarla buena, es, sí, estar clavado a ella desde hace mucho tiempo.

El esclavo desprecia la libertad.

¡Oh naturaleza humana! el peso bajo el cual tú sucumbes, es el peso de ti misma, y a ese peso, que tú no eres capaz de llevar, a fuerza de ser débil, tú eres capaz de adorar a fuerza de ser ciega.

¡Oh, criatura humana! el hábito es siempre más fuerte sobre ti que las Pasiones. A este hábito, aun cuando sea tedioso, tú te atas, porque es **tu** hábito; tú te atas a todas tus modalidades, y también a tu desgracia, cuando tu desgracia es tu propia obra.

¡Oh, criatura humana, tu Suplicio se te convierte en Idolo, siempre que tu Suplicio sea tu propia obra!

Cuando pretenden inundarte los resplandores de la dicha verdadera, tienes miradas de conmiseración para las tristezas del Pasado, ya que esas tristezas eran las tuyas. Cuando el manto de Púrpura, que es el don de Dios, se te ofrece, tú acaricias con tus manos temblorosas los despojos deshechos de la antigua mortaja. El manto de púrpura te asombra, porque a él no estabas habituado; la mortaja no te molestaba.

Ella era la obra de tus manos. Y la mano soberana, cuando se aparece para salvarte, te da miedo porque esa mano no es la tuya.

¿Qué es lo que vería el que viera hasta el fondo de nuestra miseria?

El hombre tiene el hábito de quejarse y el hábito de enorgullecerse.

Esos dos hábitos parecen contradictorios.

Pero el hombre, que sabe tan pocas cosas, sabe sin embargo conciliarlos.

Esta tendida al hábito, al tedio, a la muerte misma, en cuanto es la Producción del hombre, esta atadura es una de las formas más sutiles y que pasa más desapercibida del amor propio. Santa Catalina de Génova decía que el amor propio es un verdadero odio, y esta observación es muy profunda.

El amor propio es la búsqueda de sí. La búsqueda de sí mismo lleva a todas las complicaciones, conduce a todos los laberintos. El amor propio está lejos de constituir el interés legítimo que se refiere al nombre.

El abandono de sí simplifica todo. Por el contrario, la búsqueda de sí mismo lleva a todas las complicaciones, conduce a todos los laberintos.

Cuando un hombre se olvida, estad seguros que él acaba de encontrarse.

En cuanto un hombre nos parece liberado del amor propio, tenemos, aún a pesar nuestro, una confianza extraordinaria en sus palabras.

Y es porque él se nos aparece próximo a la morada de la Luz. Siendo el amor propio, entre la luz y nosotros, una cosa opaca que se interpone, el hombre que aparece libre

de él, nos hace el efecto de haber apartado una cortina y lo interrogamos voluntariamente.

El amor propio arruina y divide. El hombre que se nos aparece liberado de él, nos hace el efecto de estar menos alejado que los demás de la morada principal de la Unidad.

El amor propio ciega a los que aman la luz, paraliza a los que aman la acción, pervierte a los que aman la bondad, engaña a los que aman la Inteligencia. Las construcciones ya elevadas se desploman, cuando el amor propio se desliza, por una hendidura, entre dos piedras.

Todos hemos sido testigos de semejantes catástrofes. El amor propio detiene e impide la «edificación», en el sentido estricto de esta palabra. El amor propio destruye los monumentos. Arrasa los Templos y los Palacios. Con estilo oriental, yo lo denominaría el Padre de las Ruinas.

Ruinas morales, ruinas intelectuales, ruinas de amistad, ruinas de instituciones, y en cuanto veáis cualquier clase de ruinas, buscad el principio y hallaréis el amor propio.

Nadie como él sabe distanciar las personas y las cosas mejor unidas.

Es él que socava los cimientos; es él que separa, es él que enfría. Los ardores más santos se hielan, cuando él se interpone entre ellos.

El amor propio está bajo la protección del hábito. También los hombres, habituados a él, lo miran no como un accidente, ni como una caída, ni como una privación, sino como una condición natural y primitiva de toda organización. El hábito es el guardián del mal; también los hombres dominados por el hábito, que son generalmente los hombres del amor propio, llegan pronto al convencimiento de que el mal es una realidad y el bien sólo un sueño.

Y es por eso que ellos se enquistan en su nada; no aman la intervención divina, niegan el milagro, y aún llegan a detestarlo. Ellos lo miran como la intrusión indiscreta del Ser, en el Dominio que les pertenece, en el dominio que les es querido, a título de propiedad, en el dominio de su propia nada.

Por lo general, esas personas tampoco aman mucho las grandezas naturales.

El genio les es sospechoso, como una potencia que no respeta los hábitos.

Esa despreciable **nada** que es su patrimonio y el sello de su raza, les parece cosa sagrada; ellos inmolan, bostezando, sobre el altar de la nada, todas las energías del Ser, que quisiera acercarse a ellos.

En los hombres del hábito y del amor propio, si se pretende hacer penetrar en sus almas un rayo de luz, se constata que el obstáculo es tanto más invencible, tanto más infranqueable, cuanto más leve, más pequeño, más superficial, más miserable.

Si un hombre está cerca de asesinar a otro, y vosotros podéis hablarlo, quizás le haréis comprender y también sentir su crimen.

Pero decidle a una determinada mujer acostumbrada a ciertos hábitos, que hay prejuicios sociales injustificados, que el color de las cintas de su sombrero no es lo más importante que hay en el mundo, y jamás la convenceréis; jamás ella comprendería, al escucharos, su insignificancia y la naturaleza de su vanidad. Esa nada de que hablamos es aquí impenetrable.

La vanidad es más impenetrable que el crimen. El crimen se espanta de su propio horror; la vanidad no advierte nada, porque está protegida por el hábito. El hábito es una máscara que le oculta su fealdad.

Si yo he unido, en este estudio psicológico, la muerte, el amor propio y el hábito, es que he querido destacar la identidad de su esencia, señalada por tantas apariencias diversas.

Existen faltas y errores que se muestran en tal forma, que la atención, aun la más vulgar, pronto los descubre. El amor propio, por el contrario, se hace amar, hasta por los mismos a quienes asesina. El obra como ciertos venenos dulces.

El amor propio es la coraza con la ayuda de la cual el hombre se escuda contra la luz.

Quien quisiera verse en posesión de la luz, sin renunciar al amor propio, se asemejaría al pájaro dentro del huevo, que deseara ver el día, sin romper la cáscara.

XXV

LA FE

Alguien decía:

—Nosotros no nos servimos lo suficiente de la Fe.

Es muy cierto que sacamos poco partido de ella. Muchos de entre nosotros tenemos una fe sin energía, que se alimenta más que todo de fórmulas. Pocos de entre nosotros poseen la fe vivificante, y es de esta fe vivificante que deseo hablar algo en estos momentos.

El espíritu humano posee mediocridades naturales. Es atraído por las cosas intermedias. El **sí** y el **no** le causan ambos temor.

Dirigid a un cristiano esta pregunta:

¿Jesucristo ha dicho la verdad?

Evidentemente sí.

Y continúas diciéndole al cristiano:

«Jesucristo ha dicho la verdad: Mas, Jesucristo ha dicho:

»Todo lo que vosotros pidiéreis a mi Padre en mi nombre os será concedido.

»Todo lo que me pidiéreis en mi nombre, os lo concederé.

»Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.

»Si llegáis a creer, todo será posible a quien cree.

»Y vosotros llegáis a esta conclusión: Jesucristo ha dicho la verdad; mas Jesucristo dijo todo eso, luego todo eso es verdadero. Todo es posible a quien cree».

Todo eso es claro; ¿verdad?

El cristiano se verá indeciso. Dirá: **sí**, con un aire tímido. No cree en la consecuencia con la misma fe que en el principio. Retrocede, duda.

El no transporta las montañas.

Muchos tienen confianza en las palabras que prometen otra vida diferente, con sus recompensas y sus castigos.

Y esos mismos no creen con una fe viviente, en la potencia de la oración en este mundo de abajo.

San Bernardo, hacía esta advertencia a sus religiosos: «Vosotros creéis firmemente, les decía, en las promesas relativas al otro mundo. Vosotros creéis menos en las promesas relativas a este mundo. Y, sin embargo, es la misma boca la que ha dicho las cosas que vosotros creéis firmemente, y las cosas que vosotros casi no creéis».

Muchos de entre nosotros pueden decirse a sí mismo lo que San Bernardo decía a sus amigos.

No existe, entre tal palabra del Evangelio, y tal otra palabra, una diferencia de veracidad, una diferencia de certeza.

Las palabras del Evangelio no son unas más y otras menos ciertas.

Las **aproximaciones** no existen en esta región. Una palabra siempre igual a sí misma, no puede ser base sino de la misma garantía, de la misma invariabilidad.

Si participáis de los sacramentos de la Iglesia, si participáis del bautismo, de la penitencia, de la Eucaristía, si conserváis vuestro lugar en la comunión de los Santos, es en virtud de las palabras de Jesucristo que ha instituído esos sacramentos.

Y es la misma palabra la que ha dicho con igual acento: «Todo lo que vosotros pidiéreis en mi nombre os será concedido».

«Todo es posible a quien cree».

Yo desafío a quienquiera que sea, a que encuentre cualquier razón que sea, para fundar cualquier diferencia entre esta palabra y otra palabra del mismo Evangelio.

Cuando los hombres pretenden declarar dudosa una cosa dudosa, dicen vulgarmente o proverbialmente: «Eso no es cosa que está en la Biblia».

Y como es imposible, en presencia de una tal afirmación que sale de unos tales labios, alegar o ligereza o exageración, se impone absolutamente aceptarla como una verdad que posee el mismo valor que todas las demás.

Entre las palabras que salieron de los labios de Jesucristo, muchas no fueron recogidas de una manera oficial. Muchas no fueron certificadas por la voz encargada de transmitir a la posteridad los ecos del Verbo Eterno, y que habló sobre esta tierra.

Si existiera, en la verdad absoluta, **el más y el menos**, el más estaría en favor de las palabras oficialmente repetidas por la Iglesia Universal desde el comienzo de los siglos.

Y la palabra a que aludíamos está en ese conjunto. Ella está en el número de las palabras oficiales.

Ella fué pronunciada, y además ha sido escrita. Consta por escrito y permanece escrita, para ser repetida con toda la autoridad que emana del Evangelio. No es solamente una confidencia hecha a algunos privilegiados. Es la promesa auténtica, auténticamente hecha y dada al género humano.

«Todo lo que pidiéreis a mi Padre, en mi nombre, os será otorgado».

Mas, esta palabra está entre las palabras pronunciadas hace diez y ocho siglos, en Judea, y es una de las que el Santo Espíritu ha elegido para que sea repetida en todos los hogares a donde llegue una edición del Evangelio. Está en el número de esas palabras que se pronuncian en el Evangelio de la misa, entre Pascua y Ascensión.

Cada sacerdote, sin exceptuar uno solo, las pronuncia en el altar, y entre el pueblo de pie, en la iglesia, no hay un hombre que no las haya leído en el Evangelio, que nos las haya oído pronunciar en el lugar Santo, y que no se haya levantado para escucharlas atentamente, solemnemente y devotamente. El acto de levantarse durante el Evangelio, significa la disposición de confesar públicamente la verdad que se va a decir. Es un testimonio rendido.

Y si ni aun en un lugar humano, no se rinde en vano un testimonio cualquiera, en una ceremonia humana, ¿qué decir del testimonio que se rinde en la Iglesia, en el lugar consagrado, bajo las bóvedas consagradas, cerca de la Cátedra de la verdad, en presencia del altar, en presencia de la hostia santa? Y es propiamente este testimonio que todos sin excepción debemos rendir al oír aquella palabra, en presencia del cielo y de la tierra, cuando nos levantamos para escuchar la lectura del Evangelio, y al sacerdote que dice:

«Todo lo que pidiéreis a mi Padre, en mi nombre, os lo concederá».

Y el momento de esta profesión de fe no está aislado en la vida cristiana. Todo acto de la vida rinde el mismo testimonio si pertenece a la vida cristiana, al indivisible cristianismo.

Todo hombre, por el sólo hecho que no renegado el Evangelio, por el sólo hecho de aceptar el título de cristiano, afirma esta palabra que permanece por los siglos de los siglos indestructible. Todo es posible a quien cree.

No hay ninguna puerta para escapar, ninguna hendidura en ninguna de las murallas.

Es imposible, y de una imposibilidad absoluta siendo verdadero el Evangelio, que esa palabra no sea verdadera.

«Todo lo que pidiéreis a mi Padre, en mi nombre, os lo concederá».

Esta palabra sintetiza en ella todas las realidades y todas las solemnidades.

No solamente está colocada entre las palabras que se pronuncian en el altar, durante el acto del sacrificio, en presencia del cielo, en presencia de la tierra, en presencia del infierno que tiene que temblar, en presencia del pueblo que está atento, y que está allí, de pie, rindiendo el testimonio de su fe; sino que, fuera de todo eso, fuera de la verdad que posee a semejanza de las otras palabras del Evangelio, tiene una importancia práctica excepcional, pues en ella está el secreto de la potencia.

La potencia es el objeto a que tiende el deseo. Y esta palabra nos indica en qué condiciones la potencia nos es otorgada.

La potencia es el eje alrededor del cual giran los mundos. Y he aquí una palabra alrededor de la cual gira la potencia.

«Todo es posible para quien cree.»

Esta palabra incide sobre la Fe.

No se trata, pues, de enviarla a la eternidad, ya que en la eternidad se habrá desvanecido la Fe.

La Fe y la Esperanza habrán sido los magníficos socorros de la ruta recorrida.

La Caridad resplandece sola, en el presente sin fin de la Eternidad. Las palabras que se refieren a la Fe se refieren asimismo a la tierra, al tiempo presente, porque en la tierra está el dominio de la Fe. «Todo es posible para quien cree». Esta palabra es el viático del tiempo. Es la gloria de la Fe. Es la luz que luce en las tinieblas. Es la práctica de **hoy**.

Es la práctica de este **hoy** que pide su pan cotidiano. Es el secreto de la vida, pues el justo vive de la Fe.

Ella implora con fuertes gritos el Amén que hace culminar todo. Amén, Amén, Amén.

XXVI

LA JUSTICIA

La Defensa social se encuentra, desde hace algún tiempo, en situación excepcional que es bueno precisar. En todos los tiempos, la defensa de la sociedad no fué otra cosa que la consecuencia y el corolario de la defensa de la Religión.

Pero hoy más que nunca, esta verdad se hace patente. Lo que pudiera constituir en otra época el objeto de una demostración filosófica es, en el presente, un hecho de experiencia. Lo que estaba antes relegado al dominio de la Teoría y captado por los Pensadores, es en la actualidad un hecho práctico y nadie podrá alegar que le está permitido ignorarlo.

Todo se vincula y mueve dentro de la Religión. **Omnia in Religione moventur.**

Las cuestiones literarias, políticas, sociales, que antes parecían tener una existencia separada, demuestran en la actualidad que carecen de ella. Poseen, sí, la distinción que asegura a cada una la individualidad. Pero no pueden dejar de reconocer que no tienen vida, realidad, importancia,

más que por sus vinculaciones con la cuestión religiosa, que domina y penetra al mundo entero.

Las cuestiones sociales y políticas ya no soportan más ser tratadas separadamente. La experiencia está hecha. La Historia habla. Ellas dependen evidentemente de la Fe que se tiene, o de la Fe que no se tiene.

Dependen también de la economía, y ante las miradas cortas esta relación aparece desmesuradamente agrandada, pero si bien se vinculan con la economía, dependen por sobre todo, y con relaciones profundas aunque menos perceptibles, de la Fe que se tiene, o de la Fe que no se tiene.

Sus enemigos lo saben, y aquí también volvemos a encontrar a los hijos de las tinieblas, armados con su prudencia. Ellos lo saben; y no se desgastan en luchas locales. No pierden su tiempo con el ataque aislado contra tal o cual punto, contra tal o cual detalle.

No, no; ellos apuntan al corazón, atacan los centros estratégicos.

Atacan a la Religión en su conjunto, en su vida universal, en su totalidad.

Organizan contra los Escritores religiosos, baluartes de la Fe en favor de las masas, la conspiración del silencio, y vosotros, conservadores, ¿qué habéis hecho en su favor? Vosotros los ayudáis, pero los ayudáis con vuestra frialdad a que como oro en el crisol se prueben pero sobre todo a que se desalienten.

Vuestros Escritores han consagrado su vida a la más ruda de las tareas. Navegan contra viento y contra la marea. Trabajan, agotados, sin estímulos y sin victoria. No despliegan todas sus fuerzas, porque no alcanzan todo el éxito que sería menester. Luchan contra el mundo, contra el siglo, contra sus enemigos que son también los vuestros, contra el entusiasmo de sus enemigos, contra la indiferencia encarnizada de sus amigos.

¡Oh, la indiferencia! ¡Crimen de los crímenes! ¡Forma monstruosa y oculta del Homicidio!

Vuestros enemigos hacen alrededor de vuestros Escritores, alrededor de vuestros defensores, la conspiración del silencio, y vosotros que mereceríais comprender el deber

sagrado que significa contribuir a que en todas partes se oiga la voz de la salud, vosotros la ahogáis con vuestra indiferencia, lo mismo que vuestros enemigos con su silencio calculado.

Vosotros tenéis el aire de temer que vuestros enemigos no sean suficientes para aplastar a vuestros defensores, pues creéis que os comprometen, porque también comprometen los defensores. Vosotros os unís a vuestros adversarios. Aquellos que llevan por vosotros la palabra tienen ya sobre su cabeza la hostilidad del mundo. Vosotros teméis que ese peso no sea suficiente para ahogarlos.

Vosotros añadís, como sobrecarga, el peso de vuestra indiferencia, de esa indiferencia que, sola, es más pesada que el mundo. Pues la indiferencia es el vacío, y el vacío es lo más irresistible que existe.

Vuestra indiferencia es lo que ha helado la sangre en las venas de los hombres de genio. Ella es posible que los haya probado y hasta engrandecido, pero es más posible aún que haya disminuído su genio, disminuído el patrimonio de la Humanidad, al disminuir los grandes Escritores.

Milton ha dicho: «Quien mata a un hombre no mata más que un hombre. Quien mata un libro, mata una idea, y serán necesarios siglos a la Humanidad para reparar su crimen».

Se puede ir más lejos que Milton. Los siglos no indemnizarán nada. El hombre, que ha muerto asesinado por la indiferencia, lleva consigo su secreto a la tumba; pues su secreto, para hacerse público, necesitaba su genio. Era él quien debía decirlo, y no otro.

Un Escritor puede tener sucesores; él no tiene reemplazante. Su desalentamiento es un crimen que no se puede expiar, y sería suficiente él sólo para probar la eternidad del Infierno. A un crimen sin remedio, corresponde un castigo sin fin.

Yo agrego que este Homicidio, cometido por la indiferencia, cometido por la omisión, por la omisión de aquellos que nada sostienen, yo agrego que este homicidio no se diferencia en nada del otro. Cuando vosotros asesináis al Escritor, si el Escritor lo es de raza, sabed que asesináis también al hombre. Vosotros le abreviáis sus días de los cuales responderéis ante Dios. Vosotros lo asesináis con una igual realidad y precisión que sirviendoos del puñal.

Vosotros no veis su sangre correr; pero ella corre.

Ella corre, os digo yo, y es la sangre de Abel. Ella clamará desde el fondo de la tierra. Nada apagará esa terrible voz.

* * *

Mirad a los enemigos de la Iglesia. ¡Cuántos triunfos les son preparados!

Como Voltaire y Rousseau, Víctor Hugo fué exaltado por los partidarios hasta el grado de poder dar todo lo que su naturaleza podía dar.

Se vió así multiplicado por la admiración. La indulgencia con que sus defectos fueron considerados le permitió lanzarse con la máxima actividad hacia todas las direcciones a que lo llevaba el viento, y por ese medio, no perder ninguna de las fuerzas que existían en él.

¿Y Renán? Evidentemente sus esperanzas se vieron colmadas por la acogida inusitada que tuvo por parte de sus admiradores. Su ligero talento, caracterizado por sutilezas y matices, no parecía hecho para una suerte semejante. Pero él atacó a la Iglesia, y fué elevado hasta las nubes. Fué la cuña que pretendió herir al árbol de dónde procedía.

El seguramente se admiró de su gran éxito, y al comparar la suerte que tuvo, con la suerte que hubiera tenido, si hubiera permanecido fiel. Esta comparación es terriblemente significativa.

Lectores conservadores, lectores católicos, yo os lo aseguro en verdad. Vosotros tenéis, entre vuestros Escritores, hombres de talla más alta que Renán y los que se le parecen.

Vosotros tenéis todo lo necesario para vencerlos, para desenmascararlos, para reducirlos a la impotencia. Vosotros tenéis todo lo necesario para confundirlos, para desautorizarlos, para reducirlos a la nada. Pero vosotros no los habéis confundido; habéis olvidado a vuestros amigos, a vues-

tros defensores, quienes han aplastado a Renán, en principio y en derecho; no lo han aplastado en los hechos, porque los habéis abandonado. Vosotros no habéis puesto en evidencia a los mejores de vuestra familia. Vencido en teoría, Renán resultó vencedor en los hechos, y se jactó y felicitó posiblemente de haber elegido como amigos a quienes distribuyen los triunfos.

Yo soy un convencido que la mayor parte de los hombres superiores, en el orden del mal, han dado todo lo que ellos podían dar, sostenidos, alentados, vivificados por sus amigos.

Yo soy un convencido que la mayor parte de los hombres superiores, en el orden del bien, han muerto de tristeza, asesinados por la indiferencia de sus amigos.

Y este crimen tiene como castigo, la disminución de la verdad entre los hombres, el caos de las sociedades humanas, las revoluciones, las guerras, las ruinas, las desesperaciones, el triunfo de la injusticia, todos los demás crímenes y todas las demás desgracias de que está colmada la humanidad actual.

Todos los crímenes, todas las desgracias, todas las plagas conocidas son las consecuencias y los castigos de ese crimen infinito y que pasa inadvertido.

Dios mío, yo quisiera tener una voz como no ha habido otra en la tierra para hacer que entren en las mentalidades obtusas estas verdades, y para hacerlas oír en lo íntimo de cada alma, desde un extremo hasta el otro del mundo. Y quisiera poder dar a intuir las grandezas del mundo invisible, y mostrar a cada hombre, a cada nación, el secreto de los efectos y de las causas profundas. Yo quisiera mostrar lo que hay en un hombre, que tuvo la misión de decir la verdad, y cuya palabra muere en el desaliento. Yo quisiera poder abrir el corazón de la Historia y pedirle el secreto de las catástrofes inexplicadas. Existen, en efecto, catástrofes en tal forma extrañas que se asemejan a un silencio horrible.

Se diría que es el Silencio de la palabra Eterna que se niega a favorecer la vida en la criatura. Se diría que es el

retroceso del sol que se niega a iluminar al mundo. Es el triunfo de las tinieblas, es la confusión de las tinieblas, es el poder de las tinieblas, de que nos habla la Escritura.

Quién sabe si esas catástrofes inexplicadas, si esas interrupciones en la claridad de la historia, quién sabe si esos silencios terribles, conteniendo diluvios de sangre y de fuego, no son los ecos, los efectos, las semejanzas y los castigos de los silencios a los cuales son a veces condenados sobre la tierra quienes tienen en depósito a la verdad y la misión de anunciarla a los hombres. La verdad pesa sobre dichos personajes con peso terrible; pero ellos pesan también sobre el género humano y el género humano, que los abandona, los venga por sí mismo precipitándose en los abismos de los cuales tenía que estar preservado por aquellos a quienes mata.

¡Y todo esto pasa inadvertido!

Como los posesos que se abalanzan ora sobre el agua, ora sobre el fuego, el género humano, cuando ha cometido uno de esos grandes crímenes, cuando redujo al silencio la palabra de la verdad, el género humano, poseído por la furia, se despedaza las entrañas. Dominado por el vértigo, busca un abismo, ávido de castigarse y de vengar a su víctima. El se abre las venas, el abre las cataratas de fuego ávido de verse allí tragado. El se burla de uno de sus mayores, y entonces, según la palabra de la Escritura, los cuervos de los torrentes le arrancan los ojos, y se precipita en todas las oscuridades, en todos los abismos, en todas las muertes, en todos los suplicios. Se diría que tiene hambre y sed de los castigos del Infierno.

¡Y todo esto pasa inadvertido!

* * *

Airaos y no pecad, dice la Escritura.

¡Oh santidad desconocida! ¡Oh santidad de la indignación! ¿No serás tú por ventura quien tendrá la antorcha en la noche fúnebre en la cual se agita la Historia del mundo? ¡Oh santidad de las grandes cóleras, tú eres la más olvidada de todas las santidades posibles, y los menos hu-

manos ni siquiera te conciben! ¡Has de ser tú, virgen de los abismos, quien tengas los secretos de las conmociones de la tierra! Tú conoces por qué el rayo estalla, por qué el suelo terrestre se entreabre bajo los pies del hombre. Tú conoces, antes que el hermano y la hermana de Moisés, de qué naturaleza era la grandeza de Moisés.

Y tú sabes asimismo que quien recibe al Profeta en calidad de Profeta, recibe la recompensa del Profeta.

Pero todo eso pasa inadvertido.

¡Inadvertido! ¡Palabra terrible! Palabra que contiene la explicación de la más terrible de las palabras.

«Yo tuve hambre y no me disteis de comer, yo tuve sed y no me disteis de beber, etc.»

Y los condenados responderán:

«Señor, ¿cuándo nosotros os vimos hambriento? ¿Y cuándo os vimos sediento?» (San Matías XXV).

Ellos nos dicen: «¿Cuándo tuvisteis hambre? ¿Cuándo tuvisteis sed?»

Sino: «¿Cuándo ha sido que nosotros **os vimos** hambriento?»

«Vimos.» Ellos habrán visto, pues, por sí mismos el hambre y la sed de Jesucristo representada en el hambre y la sed de nuestro prójimo. No será eso, pues, una historia que se les habrá relatado. Eso será un espectáculo que habrán tenido, ellos mismos, bajo sus ojos.

Ellos habrán visto, por sí mismos, con sus ojos, ese hambre y esa sed. Empero, ellos no la habrán **reconocido.**

Mas, entre esas hambres y esas sed de Jesucristo hay que incluir el hambre y la sed del Pensador, del Orador, del Escritor, que tiene hambre y sed de dar, y que muere, si no da. Y es necesario incluir al mismo tiempo el hambre y la sed del pueblo, o de la parte del pueblo que tiene hambre y sed de recibir, y que muere, si no recibe.

De modo que la publicidad legítima, otorgada justamente, colma en lo alto y en lo bajo, el hambre y la sed de Jesucristo.

Y la indiferencia, que cierra en lo bajo las fuentes de la vida, será la que diga en el postrer día:

Señor: ¿cuándo fué que nosotros os **vimos** tener hambre y sed? La indiferencia que cierra las fuentes, pasa, sin verla, al lado de la sed de Jesucristo.

Con todo, ella la ve, ella la oye, y no la reconoce, porque ella no ama, pues: AMAR ES ADIVINAR.

XXVII

EL SENTIDO DE LA PALABRA: LIBERTAD

Existe una palabra que caracteriza al siglo actual. Ese siglo nació de esa palabra. El nació en 1789. Vivió, y como todo, después murió. Posteriormente, pretendió hacer con la misma palabra ensayos de resurrección. El consiguió nacer y morir, pero lo que no consiguió es resucitar.

Esa palabra, que se asemeja a las fórmulas mágicas del antiguo Oriente, ha levantado los pueblos contra los soberanos, y las naciones contra las naciones, es la misma palabra la que, en los días de tempestad, atraviesa los palacios y los templos. Es la misma palabra la que, no hace mucho, sublevaba a los estudiantes contra sus profesores. Es la misma palabra la que agitan escritores y artistas.

Es la misma palabra la que inspira a Madame Paule Minck a llamar a su hijo Lucifer Vercingetorix. Es la misma palabra la que subleva a los niños, a las mujeres y a los pueblos, precipitándolos a todos hacia los azares desconocidos de una emancipación que promete la grandeza y la felicidad sin definirlas.

Esa palabra mágica y misteriosa, es la palabra LIBERTAD.

«¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» decía, en el momento de morir, una de las víctimas más ilustres del 93.

Esa palabra, grandiosa por sí misma, espanta cuando se la pronuncia. ¿Por qué será? Ella debería, al parecer, confortar.

Está consagrada por la Escritura. La Libertad está pro-

metida como compañera misma del Espíritu de Dios. Allí donde está el espíritu de Dios, allí también se encuentra la libertad. **Ubi espiritus ibi libertas.**

Y sin embargo, esa palabra, que significa y promete todos los bienes, esa palabra significada al fin del **Pater** por los labios de todos los fieles desde hace diez y ocho siglos, esa palabra que es la reclamación misma de la felicidad: «Líbranos del mal», esa palabra espanta, aterroriza, y cuantos la pronuncian tienen el aire de tener en sus labios «La Marsellesa».

Yo cito al Evangelio, cito la Escritura, cito a «La Marsellesa», nombro a Madame Paule Minck, pronuncio los nombres que ella pretendió dar a su hijo. ¡Cuánta confusión! ¡Qué torre de Babel! Y es que precisamente la palabra aludida, la palabra **libertad,** es la que desde hace cien años (yo podría decir desde el comienzo del mundo), me concreto a decir desde hace cien años, hasta el nacimiento de ese niño al que se desea llamar Lucifer, precisamente la palabra libertad es la que ha provocado la confusión más profunda en la palabra y en la acción humanas.

Se la pronuncia sin descanso; se la pronuncia siempre; de la mañana a la tarde y de la tarde a la mañana. Es tema cotidiano de la conversación, del periódico y del libro.

Solamente que pocos se han tomado el trabajo de definirla. Cada uno que la ha empleado le ha dado un sentido diferente; y es por eso que por sí sola, ha construido la torre de Babel.

¿Qué quiere decir la palabra: libertad?

Se ha pretendido que ella significa, **licencia para cometer el mal.**

En tanto que significa: **licencia para hacer el bien.**

Muchas matanzas, desde hace cien años, se deben a que no se ha hecho una tal distribución; la palabra licencia viene de la palabra licet: ella significa permitido.

La licencia de hacer el mal, es la licencia en perjuicio de cualquiera. Pues el mal es opresor por naturaleza.

La licencia dada a Juan para que oprima a Santiago, hará la esclavitud de Santiago, y más que todo hará la esclavitud de Juan, pues todo hombre que comete el mal se hace esclavo del mal que comete.

La licencia para hacer el bien, es la licencia dada a Juan para liberar a Santiago, para cuidarlo, para instruirlo, para alimentarlo y vestirlo. Es la libertad de Santiago, y al mismo tiempo la libertad de Juan, pues quien libera, doblemente libre es él mismo.

La confusión en esta materia es tan profunda que la autoridad y la libertad aparecen como enemigas. Empero se trata de dos amigas absolutamente inseparables.

Porque se pretendió que la fortaleza de una de ellas llegaba a ir en desmedro de la otra, se atentó contra ambas cuando se quiso atentar contra una de ellas.

La Soberanía o la Autoridad, que para el caso es lo mismo, es la condición necesária, absolutamente necesaria, infinita y rigurosamente necesaria de la libertad.

Esta lucha de pueblos en favor de la Libertad, de gobiernos en favor de la Autoridad, viene como mil otras desgracias, de esta confusión, viene en virtud de esta ignorancia en que se vive acerca de la libertad.

Sin autoridad Juan oprime a Santiago, si es más fuerte que él, y tenemos el estado salvaje. El más fuerte oprime al más débil, he aquí el salvajismo que es la tiranía absoluta, o mejor, —los extremos se tocan—, la anarquía absoluta.

O también la comunidad oprime al individuo, y tenemos entonces la barbarie, que es otra forma de la esclavitud.

El gobierno es el proveedor, el guardián, el padre y el consagrador de la libertad. Es él quien debe proteger al débil contra el fuerte; es él quien debe otorgar a cada uno la libertad de desenvolverse plenamente por sí mismo, sin perjudicar la libertad de su vecino. Es el gobierno el que debe protegerlos a ambos contra las tentaciones de dentro, y los ataques de fuera. Es el gobierno el que protege la libertad contra la opresión de cada uno, que es el salvajismo, y contra la opresión de todos, que es la barbarie. Es el go-

bierno el que fundamenta la libertad, vale decir, la civilización.

Pues sólo hay tres sociedades posibles: salvajismo, barbarie, civilización.

¿Por qué Madame Minck desea llamar a su hijo Lucifer? Porque ella cree que Lucifer es el representante de la libertad. En el sentido primordial de la palabra ella tendría cierta razón. Lucifer quiere decir: Porta Luz.

Pero el Lucifer actual, el Lucifer caído, es precisamente el Opresor por autonomasia. El es el que convence que hay libertad para hacer el mal.

Esta distinción tan simple, de la libertad verdadera y de la libertad falsa, me parece de una tan grande importancia como su simplicidad.

La libertad de hacer el mal produce la confusión, el caos, la anarquía, el salvajismo y la barbarie.

La libertad de hacer el bien engendra la civilización.

¿Qué es la Justicia? Es el obstáculo para la libertad del mal.

¿Qué es la persecución? Es el obstáculo para la libertad del bien.

Me parece que hasta un niño comprendería esta verdad tan profunda y tan evidente, y si los hombres quisieran entenderse, la faz del siglo cambiaría.

La libertad y la autoridad se abrazarían.

La paz sería un hecho.

Yo quisiera que el mundo entero leyera este escrito y me concediera la gracia de prestarme un minuto de atención.

Dad a esta verdad, la décima parte del tiempo y la atención que vosotros concedéis a un caballo que corre para ganar un premio, y la faz del siglo se vería cambiada.

XXVIII

LA BARCA DE PEDRO

Echad una mirada sobre el mapa del mundo. La creación parece querer retornar al caos. Se diría que hace hacia él no sé qué esfuerzo desesperado.

El caos parece que también se ha convertido en la aspiración de los pueblos. ¿Cómo describirlo? El caos es, por su misma naturaleza, indescriptible.

Y por eso, repitámoslo una vez, el hombre de la Torre que los hombre quisieron construir en los comienzos del mundo, y en la cual se empleó el esfuerzo de los gigantes, el hombre de esa Torre, podría mejor que ninguna otra palabra, caracterizar el mundo. Babel es ese nombre. Convenzámonos y repitámoslo, Babel, que quiere decir Confusión, podría servir mejor que ningún otro título para la historia del siglo.

Todo está mezclado, todo está confundido, todo el mundo grita y gesticula, nadie habla ni se entiende. Los combatientes no poseen la misma lengua.

Los que se creen hermanos no se comprenden más entre ellos que con sus enemigos.

¿Tienen el derecho de llamarse hermanos, o de llamarse enemigos?

¿Se sabe acaso dónde está el hermano? ¿Se sabe dónde está el enemigo? Se combate en la oscuridad, como en esos combates de la Ilíada. En esa oscuridad nadie entiende ni se ve. Se habla en lengua extraña y los gritos mismos que saben por lo general hacerse comprender por todos los hombres, los gritos que son más significativos que las mismas palabras, más indeterminados que los términos del lenguaje articulado, los gritos han perdido su significación. ¿Es la queja? ¿Es la cólera? ¿Es la desesperación? Los gemidos se asemejan a amenazas, las amenazas parecen gemidos. Prestad atención a los ruidos del campo de batalla.

Yo escucho, y no distingo nada. Si a pesar de todo mi

atención se fija por sobre las convulsiones de los heridos y los gritos que desgarran el aire, creo percibir el silbido del odio, y el odio dominante, es el odio de los pueblos contra la Iglesia.

Separados en todos los campos, los combatientes se coaligan quizás todos en esta ocasión.

Orgullosos de su civilización, los hombres se sirven de ella para odiar con más ciencia y habilidad a la Iglesia que les ha facilitado esa civilización y también les sirve para matarse con más ciencia y habilidad.

Allí donde la Iglesia no ha hecho todavía su obra, la civilización no existe.

La Cristiandad tiene el derecho de llamar bárbaro a todo lo que está fuera de ella. Cuando la Iglesia lleva la civilización a cualquier parte, reparte como simiente la sangre de sus mártires.

Los pueblos bárbaros odian a la Iglesia que llega para otorgarles al precio de su sangre, la dádiva de la civilización, en el orden temporal. Después, cuando la civilización dada por la Iglesia está afirmada, cuando él ha producido flores y frutos en abundancia, experimentan la ley del ingrato y comienzan a odiar a la Iglesia y a decirle: «Yo no te debo nada».

En la hora presente, y para que esta verdad sea más evidente, nosotros tenemos precisamente bajo los ojos a Su Santidad el Soberano Pontífice León XIII en cuya humana y augusta persona la Iglesia y la civilización parecen mostrar su armonía con una evidencia particular.

León XIII representa esta evidencia a fin de que los pueblos vean.

León XIII parece el llamado a apoyar la mano de los hombres sobre la Iglesia a fin de que los hombres reconozcan y saluden en ella a la Madre y Guardiana de la civilización.

Pero el hombre escucha poco para continuar en su ceguedad hasta que la catástrofe lo despierta de su sueño.

La elocuencia como la poesía, han perdido sus derechos sobre la naturaleza humana. Habléis o no habléis, el auditorio, si fuera permitida esta palabra, está decidido de antemano contra vosotros.

¡Los auditores! Es necesario en adelante designar por ese vocablo a quienes están allí para escuchar pero que no escuchan en modo alguno.

La lengua toma participación en el común extravío del sentido común. Ella se ve confundida, lo mismo que él.

El espíritu humano funciona contra el cristianismo, lo mismo que una máquina de guerra.

Todos sus golpes llevan a eso.

Renán ha sido mil veces refutado, mil veces hemos puesto de manifiesto sus errores, y sin embargo no se los ha visto. Se lo escucha, no se nos escucha; mil veces lo hemos vencido, y en el hecho no está vencido.

Es en vano que lo hayamos perseguido y revolcado en el terreno de la ciencia del arte, de la crítica, de la historia, de la filosofía y de la metafísica. Lo hemos perseguido y revolcado en derecho y en principio, mas no en los hechos. En los hechos está todavía de pie y habla aún. Habla con el acento vencedor de un hombre que habla solo y que triunfa sin combatir; sus adversarios son a sus ojos como si no existieran; él tiene por nosotros esa piedad desdeñosa y casi protectora que tiene contra el mismo cristianismo.

Pues nuestros adversarios han abandonado el tono de la cólera para tomar el del desprecio.

Después han cambiado el tono del desprecio por el tono de la conmiseración; y cuando la conmiseración no les ha sido suficiente, llegan casi a tomar el acento de la benevolencia, de esa benevolencia que se tiene en favor de los desgraciados.

Lo que yo digo de Renán se aplica a muchos otros. Ellos hablan en la muchedumbre. Nosotros hablamos en el desierto.

La muchedumbre tiene para ellos los aplausos de todas las manos reunidas.

El desierto es mudo; sus ecos mismos parecen adormecidos.

Mirad la Europa, mirad el Asia, el Africa, América, y las islas de Oceanía.

Sus divisiones innumerables parecen apaciguarse en un

odio común, el odio al Cristianismo. Nuestros enemigos se proclaman vencedores.

Y en realidad, ¿qué es lo que sucede?

He aquí a lo que yo quería llegar: una sola cosa es clara en apariencia: la victoria de ellos. Una sola cosa es clara en realidad: la inmortalidad de la Iglesia que ellos atacan. Y una voz secreta, una voz íntima más fuerte, más potente, más formidable que todas sus voces reunidas, les dice al oído:

La tempestad os arrastrará, y cuando os haya arrastrado, una barca flotará y el Océano la conducirá, tranquila y triunfante, sobre sus olas apaciguadas: esa será la barca de Pedro.

XXIX

CADUCIDAD Y JUVENTUD

No hay nada tan evidente en este mundo, como el hastío que él causa a sus amigos. Les impone duramente esta dura penitencia del hastío. El tedio hace sentir cada día más su pesadez e intensidad.

Hace algunos años, las luchas políticas tenían un cierto éxito. Entretenían aún bastante agradablemente la conversación de las personas desocupadas. Despertaban todavía en el ánimo de sus lectores viejas y cálidas simpatías, viejas antipatías: las disensiones que alimentaban tenían todavía la fuerza para estallar.

El eco conservaba la fuerza para hacer repetir las últimas sílabas de sus discursos. Esos estallidos eran estériles; pero las galerías se divertían todavía un poco.

¡Cuánto han cambiado los tiempos! Las galerías actualmente se aburren soberanamente. En eso consiste tal vez la sola novedad un poco instructiva digna de hacer conocer a los innumerables espectadores de la comedia humana. Señores, ¡tened cuidado! ¡Vosotros ya no os divertís!

Estaban allí esos espectadores, inclinados hacia el recinto; esperaban con una curiosidad cada vez más desfraudada, cada vez más desilusionada, la entrada de los grandes actores. Después ese auditorio, antes infatigable, se ha arrellanado en los sillones, y es necesario para despertarlo por un momento, que un gesto violento le haga advertir que se está en el espectáculo, y no en el lecho.

Hemos visto tantas cosas que nuestras miradas languidecieron.

Todo se ha envejecido, y sobre todo los jóvenes. Todo está gastado hasta la médula, sobre todo las actualidades.

Existe en el mundo su silencio desprovisto de solemnidad. Ya no es el silencio de la espera, es el silencio de la fatiga.

Las novedades de ayer y las de hoy tienen, tanto las unas como las otras, la misma vacuidad, la misma exageración, la misma semejanza hastiadora.

Un ministro cae. Cualquiera que sea, la Bolsa sube.

Dos o tres días después aparece un nuevo ministerio. Cualesquiera que sea, la Bolsa sube.

El nuevo ministerio pronto está envejecido: él cae; la Bolsa baja.

¡Pero, no dudeis! Al cabo de dos o tres días, un nuevo ministerio está nombrado; la Bolsa sube.

Sin embargo, he aquí una cosa que no se asemeja a todas las demás. El soberano Pontífice eleva la voz. ¿Qué orden va a dar?

¡Una orden extraña! La orden de ponerse de rodillas.

Y de un extremo al otro del mundo, millones de hombres se ponen de rodillas.

Esta orden no tiene sanción. Vosotros tenéis la plena libertad de poneros de rodillas o no. No hay ni multa ni prisión. Y millones de hombres se ponen de rodillas.

Y esta genuflexión no es solamente un hecho exterior.

Esos millones de hombres han recibido una invitación y ellos la cumplen.

Y no se trata de cumplir una formalidad; se trata de rogar, de rogar realmente.

Es el alma misma, el fondo del alma la que recibió la orden. Es el alma misma la que debe obedecer.

Luis Veuillot me decía un día:

«Yo soy orgulloso, pero mi orgullo tiene exigencias; me impone que me arrodille».

Es una obediencia absolutamente libre y absolutamente interior, la más impresionante de las obediencias.

Esta obediencia, que abre tantos labios con el fin de recitar el rosario, no tiene, como la obediencia guerrera del campo de batalla, la admiración inmediata del género humano. Hasta se llega a decir que puede ser un motivo de burla. Pero la burla le es absolutamente indiferente.

Ella pide, invoca y ruega también por los que se burlan.

La burla es una vieja cosa enmohecida.

Desde Voltaire, no ha hecho ningún progreso. La burla está gastada, la obediencia no.

La burla está envejecida, la obediencia es aún lo más joven que hay aquí abajo. En el comienzo de la misa, un sacerdote, aun cuando tuviera cien años, habla de su juventud, y de su juventud gozosa.

Ya sea que os burleis o no, a la voz del soberano Pontífice, millones de hombres doblan sus rodillas.

Yo propondría gustosamente a los hombres inteligentes que meditasen esta palabra: arrodillarse.

Imaginaos a un personaje que ordenara a los hombres, en su propio nombre, arrodillarse.

Un hombre puede decir a otros hombres: Haceos matar por mí.

El no puede decirles: Arrodillaos.

La genuflexión tiene mucho de sagrado, mucho de inviolable.

Ella no se concede a muchos. No se concede sino a uno solo.

Ella es la adoración, o de lo contrario es idolatría.

Toda rodilla se inclinará ante mí, dice el Señor, por la voz de Isaías.

Y San Pablo habla de las rodillas que se inclinan en el cielo, en la tierra y en el infierno.

San Pablo es esclavo de las palabras.

La genuflexión, significando para él la obediencia, la aplica a los ángeles y a los demonios que no tienen cuerpo, con la misma sinceridad que si no lo tuvieran.

Y por la amplitud grandiosa que él da a esa palabra, nosotros vemos qué importancia da a la cosa.

La genuflexión propiamente dicha no pertenece más que al hombre. Por una metáfora extraordinaria, San Pablo aplica ese don a los ángeles. Y por una metáfora doblemente extraordinaria, aplica ese don a los demonios. El significa de esa manera que los demonios también obedecen a pesar de ellos mismos. Se ven así condenados a la perpetua obediencia. Su sublevación es una esclavitud. Ella ejecuta los propósitos que combate.

Sobre la genuflexión aplicada propiamente al hombre, y metafóricamente a toda criatura, el Deán Gaume ha escrito un libro pleno de documentos que no es lo suficientemente conocido.

El muestra a la genuflexión como la ley primordial de las criaturas. Ley fatal, dice él, ley fatal en realidad, pues las creaturas están destinadas a la adoración como creaturas que son y dependientes del Ser que las creó; ellas sólo tienen el poder de elegir y también de elegir mal el objeto de su culto. Pero no pueden independizarse de todo culto, y los ídolos ven postrarse ante ellos a todos los que se niegan a prosternarse ante Dios. En todos los tiempos y en todos los lugares, la genuflexión ha sido la costumbre universal e inmortal del género humano. El ruega como él respira. Eso es así y no puede ser de otro modo. La antigüedad pagana y la antigüedad cristiana están de acuerdo para proclamar esta ley, singular y universal, de la genuflexión.

El Deán Gaume ha puesto de manifiesto los acentos de ese concierto extraño, en el cual se oye la voz pagana de Plinio y la voz cristiana de Ruperto.

Los suplicantes tocan sus rodillas, dice Plinio; extienden las manos hacia ellos; los adoran. Los invocan tal vez porque allí está el principio de la vitalidad.

Un antiguo comentarista de Virgilio, de nombre Servio, dice que la frente pertenece al genio, la mano derecha a la fe, las rodillas a la misericordia.

El hombre dobla sus rodillas desde su nacimiento.

Tal vez desde antes de su nacimiento.

Según el sabio Ruperto, la palabra **genu,** rodilla, procede de la palabra **gena,** mejilla.

Según él, el niño es de tal modo engendrado, de tal modo acomodado en el seno materno, que sus rodillas tocan sus mejillas y sus ojos.

El primer uso que hace de sus ojos, es para llorar.

De ese modo la genuflexión y las lágrimas nos significan o por lo menos nos recuerdan en su lenguaje, la formación y el nacimiento del hombre.

De ese modo la oración, por su actitud misma, recordaría al Creador, el origen, la miseria, la debilidad, las necesidades profundas de la creatura que implora.

Mientras todo se gasta, la oración jamás se gasta. Y nosotros en oportunidades manifiestas somos advertidos, por la voz soberana, de su urgencia excepcional.

XXX

LOS PRINCIPIOS

Los siglos se suceden los unos a los otros y no se parecen nunca.

Cada siglo está caracterizado por una amenaza especial, por una amenaza que es la suya, y que se agrega a la masa confusa de peligros a través de los cuales marcha la humanidad como viajero perdido en la noche en medio de un bosque.

Avanza, como pobre género humano que es, viendo cómo se hacen cada vez más densas las tinieblas alrededor de sus pasos, a la vez temerosos y temerarios.

Se asemeja a un caminante medroso, pero a la vez jactancioso, y que silba a cada paso falso que da para disimularse mejor a sí mismo los terrores de que se ve acometido.

En la hora presente, es tal la obscuridad de las tinieblas,

que no es posible encontrar ninguna claridad en ninguno de los cuatro horizontes, ni hallar diferencias en esas espesuras.

Innumerables peligros accidentales se agregan a ese peligro terrible representado por la misma vida humana.

Entre esos peligros yo elijo uno en este momento, y creo que en él están contenidos todos los demás: ese peligro es la **indiferencia relativa a los principios.**

¿No oís acaso todos los días repetir: Para qué sirven las abstracciones? Nos encontramos en el siglo de la práctica.

¿Para qué sirven los dogmas? Somos en la actualidad hombres positivos.

Los principios han hecho un cielo. Tienen la palabra los hechos, los acontecimientos. Somos personas de negocios. Estamos lejos de ser soñadores».

Ese lenguaje, que inspira directamente el infierno, penetra en el corazón de los hombres y nosotros lo vemos a cada paso nacer, como flor, sobre sus labios.

Y, entre los apóstoles de esta indiferencia, se encuentran muchos que se dicen conservadores y que se colocan ellos mismos en la categoría de las personas **equilibradas** y bien pensantes.

En la boca de esos sabios, todo lo que es elevado lleva el nombre de abstracción. Todas las verdades primordiales, esenciales, eternas, no son otra cosa que abstracciones.

Cuando pretenden condenar a muerte a una verdad cualquiera, demasiada alta para ellos, la declararan abstracta, y cuando pronuncian esa palabra, no insisten más.

Si vosotros tomáis la defensa de las realidades absolutas, de los dogmas inmutables, quedaréis catalogados de inmediato en la categoría de los líricos soñadores.

Vosotros caeréis en el mismo disfavor que la verdad, si osáis defenderla. Para ser agradable a esos sabios, la práctica debe olvidar los principios de **expedientes.**

* * *

Los apóstoles de este error no son gigantescos, y sin embargo el error propagado es enorme, envolvente, multiforme, desmesurado.

Para su refutación total, yo propondré simplemente la lectura de la historia universal.

¿Qué nos muestra la historia universal?

La historia universal nos muestra los pueblos marchando bajo la protección de las verdades más universales, más altas, más **abstractas** o durmiendo bajo la sombra de los errores, más sutiles y metafísicos.

Y dígaseme ¿quién ha adormecido a la China? Es el filósofo Confucio. ¿Quién ha adormecido a la India? El misterioso Buda. ¿Quién ha levantado las catedrales de piedra y de granito bajo las bóvedas de las cuales se han arrodillado las generaciones creyentes?

Es la más elevada de las filosofías. La filosofía de San Dionisio, de San Agustín y de Santo Tomás.

Santo Tomás, ese pensador tan severo, tan poco popular por la forma de su lenguaje; ese doctor tan elevado, tan profundo, tan abstracto a los ojos de los hombres, ha edificado un monumento más inmortal que el bronce, a la sombra del cual muchas generaciones han vivido, obrado, combatido y rogado, creído, esperado, amado y triunfado.

Voltaire, creía bromear. ¿Prepararía el noventa y tres? Entre su risa y las lágrimas que iban a correr, él no creyó que hubiera relación. Entre sus chanzas y el cadalso, él no pensó que hubiera vinculación. El derribaba las cabezas intelectualmente, y el cuchillo de la guillotina las iba a segar de otra manera. El hacía objeto de burla al altar, sin advertir que demolía a la vez las iglesias, los palacios y las casas.

No tenía conciencia del temblor de tierra que preparaba.

* * *

¿Cuál es la metafísica más subversiva que existe en el mundo? Nuestro siglo la ha visto germinar en el cerebro de Kant y en el de Hegel. El trascendentalismo parecía hecho para seducir a los pueblos. Y en realidad los pueblos no han

leído ni a Kant, ni a Hegel directamente. **La crítica de la razón pura** es un libro que no se halla en todas las manos. Francia, por un carácter especial, parecía especialmente garantida contra las asperezas de ese sistema. La naturaleza de sus ideas, la serenidad de sus formas, parecían convertir esas concepciones alemanas en algo totalmente inaccesible al espíritu francés; y sin embargo Francia, que jamás ha leído a Kant, se encuentra, a su pesar, penetrada por el espíritu del filósofo de Koenigsberg.

Francia hizo filosofía alemana, como el culto burgués hace literatura, sin saberlo.

¿Y queréis la prueba?

¿Qué dice en substancia la filosofía alemana heterodoxa?

Yo la resumo y aclaro en cuanto sea posible. Ella limita la certeza humana al plano de un conocimiento subjetivo, o sea relativo, particular, incierto.

Lo subjetivo, esa es nuestra impresión.

En los objetos, estaría la verdad absoluta, en su esencia propia, la cual permanecería siendo para nosotros desconocida, extraña, inaccesible.

Nosotros sólo conoceríamos el fenómeno, o sea la cosa aparente.

El Noumeno o sea la cosa en sí misma, sería a nuestro respecto una incógnita absoluta.

Y bien; esta teoría tan extraña al espíritu francés, ha perfectamente penetrado el sentimiento y la práctica de nuestros contemporáneos.

¿Y acaso no oímos, acaso no leemos palabras que nos representa esto o algo semejante?

«¡La verdad! ¿Qué es la verdad? Para mí, es mi opinión; y para vosotros, la vuestra.»

¡Eso recorre las calles! y bien, lo que recorre las calles, es la filosofía de Kant. Quien considere a la verdad como una opinión, ese es, a no dudarlo, discípulo de Kant.

La muchedumbre humana, que no sabe casi nada, y que sobre todo ignora la metafísica, está imbuída de los errores metafísicos de algunos hombres de quienes ignora hasta el nombre.

La muchedumbre es una nación invadida por conquistadores que no conoce.

Son los principios los que mueven al mundo, y el mundo ignora la causa de su movimiento.

La más ligera negación religiosa se traduce en catástrofes materiales y espantosas.

Tú niegas el dogma: te crees en el dominio de las teorías sin consecuencias; la sangre va a correr; te espantarán los efectos; y con todo no veréis las causas.

He aquí la actualidad, más interesante que las carreras de caballos. Ciego y desgraciado el que no la vea.

XXXI

SOBRE LA CARICATURA

¿Cómo se explica el estado de un hombre que se pone a trabajar para hacer una caricatura?

Esa persona sabe dibujar, bien o mal; pero, en fin, dibuja. Hace una caricatura.

Podría hacer otra cosa: podría al menos intentar otra cosa. ¿Qué lo decide a hacer caricaturas?

El hombre tiene hambre y sed de belleza.

Ora como instinto, ora como sentimiento, ora como pasión, ora como principio, el amor a la belleza lo impulsa, aun contra su voluntad, hacia todas las más distintas direcciones. La belleza es su pan, y el célebre grito: **Panem et circenses,** muestra que la sociedad pagana, como toda sociedad humana, exigía belleza. Creía encontrarla en el circo, pero su inmenso error traslucía en el fondo una necesidad real. Como condición de vida, el hombre pone a la belleza en el mismo rango que el pan.

Hasta aquí la explicación se aleja, en vez de acercarse. Si el hombre ama la belleza, ¿cómo halla gusto en la caricatura?

El hombre ama la belleza; tiene necesidad de admiración; pero puede llegar y llega por una especie de descenso intelectual y moral, a la impotencia de admirar. Entonces la facultad de admirar, volviéndose contra sí misma, se convierte en burla. Para hacer recaer sobre los demás el peso de su impotencia, el hombre trata de humillar, lo que él no es digno de contemplar. No pudiendo satisfacer la necesidad de su corazón, en lugar de volverse hacia él para convertirlo, se dirige a las personas y a las cosas de fuera.

Se asemeja a un hombre que viéndose imposibilitado de beber y comer, se burlara del pan y del vino.

Pues el hombre no puede permanecer neutral frente a sus necesidades. O las satisface, o las deforma, o las combate. Pero lo que no puede es hacer abstracción de ellas. Es necesario que sufra su yugo o que intente contra ellas una revolución violenta.

El instinto de conservación es ciertamente uno de los gritos más imperiosos de toda criatura. Todo lo que ha nacido, desea vivir. Sin embargo, el hombre inventó el suicidio.

Después de su caída, una cierta ira empuja al hombre a insultar en ciertos momentos, todo lo que quiere, todo lo que ama, todo lo que adora.

En esos momentos, el hombre, que quiere a la vida, a la belleza, corteja a la muerte y corteja a la fealdad.

Cuando se contempla la historia, se constata que lo sublime provoca en el ánimo del hombre dos necesidades absolutamente contradictorias, o mejor una necesidad y un placer; la necesidad de admirar y el placer de humillar.

Si un drama magnífico apareciera en uno de nuestros teatros, habría en el término de quince días cincuenta parodias.

La parodia es la revancha del fracaso.

El realismo no es sino la negación del arte, según lo tiene establecido el Padre Félix. Pero la negación no conforma al hombre. Le es necesario la parodia.

El arte es la manifestación sensible del ideal. El arte se inspira en lo real y le da forma según las leyes de la belleza.

El realismo, que es la negación del arte, olvida al ideal, no sólo imita servilmente sino también degrada lo real. Pero, y por debajo del realismo, he aquí que llega a la caricatura que deforma lo real, siguiendo los caprichos de la fealdad.

El arte no encuentra lo real bastante puro y le confiere, en la medida de sus fuerzas, lo que le falta para ser idealmente bello.

La caricatura no encuentra lo real lo bastante impuro y le confiere en la medida de sus fuerzas, lo que le falta para ser idealmente feo.

La caricatura es, pues, la falsificación del arte.

Como el arte, ella emplea lo real para sus fines, como el arte se niega a servilmente imitarlo.

Sólo que en vez de informarlo, lo deforma; en vez de hacerlo más verdadero lo hace absolutamente falso.

Como el arte, la caricatura selecciona dentro de lo real. Empero, esas son dos selecciones contrarias: el arte reduce la realidad a su tipo; la caricatura reduce la realidad a su decadencia. El arte espiritualiza la materia, sin substraerle su substancia material; la caricatura materializa el espíritu, conservando siempre en interés de la verosimilitud, los atributos que le reconoce.

Empero, también la caricatura sirve para algo, por ejemplo, para hacer resplandecer la belleza por el contraste. Es también la ironía en el dibujo.

La pasión de denigrar encuentra en la caricatura la satisfacción más fácil y cómoda. De aquí que sea tan usada en la sátira, en la política y en la impiedad. La palabra exige siempre un cierto esfuerzo. Para burlarse es necesario buscar en cualquier parte los elementos de la burla. Es necesario la sombra de una razón, de un pretexto o, al menos, de una ocasión. Hay siempre un desgaste cualquiera, un esfuerzo, una búsqueda, y este desgaste de espíritu puede relativamente ser muy grande.

Pero el caricaturista, que, en vez de hablar, dibuja, no tiene necesidad, para burlarse, de ningún pretexto. Todo el mundo tiene una figura, por lo tanto, puede, en cualquier momento, burlarse de todo el mundo.

Y cuanto más el motivo de la caricatura es grandioso o sagrado, tanto más fácil resulta.

Como toda degradación, la caricatura tiene su enseñanza. Enseña la grandeza del arte que debe transfigurar, y la corrupción del arte que quiere desfigurar.

He aquí un hecho que yo, para terminar, voy a señalar sin comentario.

Hay un artista que ha leído la Biblia. Habiendo entrevisto a través de la majestad de los siglos, a través de la majestad antigua, la majestad humana, la majestad real, la majestad divina de la Escritura; habiendo entrevisto, entre los recuerdos más importantes de la humanidad, las figuras que representan a Jesús y María, las figuras de Adán y de Eva, de José y Judit, esta lectura inspiró a este artista el pensamiento de representar esos personajes de la antigüedad, erizados de pelos, con cuerpos, cabezas y actitudes y gestos de monos.

Habiendo realizado su proyecto, el artista no ocultó las obras que la lectura de la Santa Escritura le había inspirado. Las expuso en una de las galerías más concurridas de París. Estuvieron allí, expuestos a todas las miradas. El pueblo cristiano, rescatado por la sangre del Calvario, desfilaba, y no sólo desfilaba sino también se solazaba en ese local.

XXXII

HAMLET EN OPERA

¡Hamlet en ópera! Si la naturaleza de las cosas gritase cuando se le hace violencia, se hubiera escuchado un grito partir de cualquier parte. ¿Por qué será que el pensamiento de darle a Hamlet acompañamiento musical subleva el sentido común? No carece de interés decirlo con pocas palabras.

La música es expansiva, no por accidente, sino por naturaleza, y también por esencia. Su esencia es una expansión. Desde este punto de vista, tiene con las lágrimas una magnífica semejanza.

La música es una expansión, un desbordamiento, un transporte. Participa de la llama, ¡tiene algo del incienso, y su peso la eleva hacia el cielo! Ella tiene el amor como carácter y el gozo como patria. Su tristeza, que a veces es inmensa, no constituye excepción a esta última ley.

Los Salmos de la penitencia pueden cantarse, porque el dolor que expresan se desprende sobre un inmenso fondo de gozo. La tristeza implora la alegría, la presiona y la produce.

El **Credo** puede cantarse, porque no es solamente la exposición de una doctrina; también indica el motivo del gozo, proclama la Buena Nueva como realidad superesencial.

Mas, ¿qué representa Hamlet? Hamlet, es el esfuerzo de la concentración; es la obra maestra de la tristeza; es la tristeza, que, en vez de vencerse y precipitarse hacia el gozo, se repliega sobre sí misma, pesada, opaca, sofocante y devorante.

Hamlet, es lo que hay de más implacable en el silencio; es la dureza del corazón, y lo que hay de más invenciblemente negro en esa dureza. Es un carbón que se extingue, y que no quiere verse convertido en diamante. La palabra misma abandona a Hamlet para dejarlo librado sin defensa a las crueldades de su ensueño.

Si este hombre, sordo y casi mudo, es contrario ya a la palabra, ¿en qué grado será incapaz de música?

Se ha dicho algunas veces que Hamlet es esencialmente hombre. Se ha calumniado al hombre. Colocado entre el cielo y el infierno, el hombre en su ordinaria naturaleza, en su manifestación habitual, tiene luminosidades y aspiraciones, frescuras y luces, juventudes y esperanzas que ayudan la atracción superior, y que el poeta inglés duramente ha negado a su triste héroe. Lo ha confinado en las regiones bajas, que parecen profundas porque son sofocantes.

Hamlet está confinado en el mundo de los vivos. Por eso, sólo encuentra consuelo con los muertos. Sus anhelos lo conducen al recinto de las tumbas, no para rogar, sino para soñar. Tratad de imaginarlo arrodillado en los cementerios que mucho ama; no lo podréis hacer. No se lo puede imaginar sino de pie, en la actitud orgullosa de una interrogación estéril.

Ese hombre, interroga a cada momento, pero su pregunta fría permanece y debe permanecer sin respuesta.

Si fuese posible concebir a Hamlet arrodillado, podría concebirse el canto en sus labios; pues, en este caso, su dolor aspiraría a un consuelo, y su alma se dirigiría a lo alto. Pero porque él se encuentra condenado a estar siempre de pie, Hamlet está condenado a ignorar el canto, a ignorar la plegaria, y el decreto que lo condena es justo en verdad.

Se han escrito volúmenes sobre Hamlet, volúmenes sobre Shakespeare; con todo, está aceptado que la última palabra no ha sido dicha, y que no podía serlo. Esta puerta no podía ser abierta más que por la llave que todo lo abre.

Hay que poseer la noción del infierno, tal como el cristianismo, que posee el secreto de todos los abismos, puede sólo otorgarlo, para conocer el verdadero hombre que hay en Shakespeare.

Todos esos dramas no son más que un solo drama, y la atracción del abismo que se abre en lo bajo es la fuerza que pone en movimiento ese drama único y completo. Existen todavía los escombros de una gigantesca naturaleza, pero esta naturaleza ha perdido sus derechos sobre el gozo y sobre la música.

¿Dónde, pues, podría ir él a buscar la armonía o las lágrimas, ese mixtificado altivo y seco para quien los muertos parecen todavía vivos, y los vivos parecen ya muertos?

En su vida interior, parodia el recogimiento; en su vida exterior, la justicia; en ambas, la profundidad. Pero no se engaña el ojo clarividente del amor. Hamlet no tiene derecho sobre la música, y la música lo sabe bien, ella, que está hecha para consolar.

Si Hamlet no canta, ¿quién, pues, cantará en ese drama? ¿Será la reina?

Tampoco a ella le está permitido ni siquiera soñar en eso.

El arrepentimiento puede cantar pero no el remordimiento.

Entre el arrepentimiento y el remordimiento la distancia es infinita, pues el arrepentimiento espera y el remordimiento no espera.

El arrepentimiento cree en el perdón; el remordimiento cree en la pérdida irreparable, y cada uno de ellos es llevado hacia la dirección que elige.

El que, en lugar de darse al arrepentimiento, se entrega al remordimiento, niega el perdón a un hombre, y ese hombre es uno mismo. Quien niega un perdón implorado, parece abandonar a ese prójimo al remordimiento, y quien perdona lo entrega al arrepentimiento.

La antigüedad está saturada de remordimiento; por eso cantaba poco.

El arrepentimiento es una melodía que canta la gloria de Dios bajo la figura de la misericordia.

Si Hamlet y la Reina están destinados al silencio, ¿será entonces Ofelia la que cantará?

Ella menos que ninguno, si hasta eso se pudiera llegar. No queda en ella ni un resto de la pureza necesaria para producir la armonía. Ofelia es fría como la locura, y corrompida como la tristeza. Si Hamlet fuese el prototipo del varón joven, Ofelia lo sería de la niña joven; pero es lo contrario lo verdadero. El corazón heroico y el corazón virginal son ignorados por el mundo de lo bajo; en ese drama tenebroso, el hombre es degradado y la mujer marchita.

Shakespeare se goza con la desesperación y se goza con la obscenidad. La desesperación es su trabajo, la obscenidad su reposo. Se explaya en la obscenidad que llena sus pequeñas escenas, con las violencias de la desesperación que llenan sus grandes escenas.

Ciertas palabras sublimes, ciertas escenas profundamente humanas se ven solitarias entre esos dos monstruos y muy pronto ahogadas por ellos.

Entre los más irreconciliables enemigos que puedan existir en el mundo, hay que citar la música y la grosería. A ésta no se la ha visto en la ópera. La ópera, que tiene tantos defectos, jamás fué grosera.

La desesperación y la obscenidad no se asemejan en apariencia, y no se invocan lógicamente; pero en los hechos se invocan, porque son dos emanaciones de lo bajo.

Pocas obras, en esta tierra, han tenido, en el grado de Hamlet, el poder de despertar eco.

Existe algo gigantesco y real en la naturaleza de Shakespeare. Pero como el orgulloso de la antigüedad, camina sobre cuatro patas, y su ojo mira a la tierra. Mas, los pájaros cantan pero los cuadrúpedos no.

XXXIII

LA HISTORIA, LA LEYENDA, EL CUENTO, LA NOVELA

La narración tiene cien mil formas. Ha sido siempre, en toda época, uno de los hábitos, una de las necesidades, una de las alegrías de la humanidad.

Es imposible imaginar a un pueblo que, en su infancia o en su juventud, no haya contado entre los goces de su vida, narraciones, hechas o escuchadas. Y lo que es verdadero en los pueblos, lo es también en los individuos. Imagínaos a un niño que no haya sido deleitado, hamacado, adormecido, despertado con algún cuento.

Seguramente ese niño tendría que sufrir durante toda su vida, las consecuencias de esa ausencia. El cuento, que tiene un tan gran rol en la vida de un niño, no lo tiene menos en la vida de un hombre.

Sólo que aquí presenta otro carácter. Quizás aquí, como sucede casi siempre, encontremos tres formas a la cosa que nos ocupa, y tres faces en su historia.

Está ante todo la Parábola que se denomina también Leyenda.

Es ésta, yo creo, la primera forma de la narración.

La Parábola puede tener y tiene de ordinario una forma históricamente verdadera. La Parábola tiene su punto de partida en la realidad.

Sólo que ese punto de partida real, ese hecho inicial se encuentra olvidado. El hecho quizás prosaico y vulgar, es olvidado, ahogado en la poesía de la parábola. El hecho desaparece ante la enseñanza que ha surgido. El hecho se desvanece ante la cosa que representa. La narración hace olvidar su cuerpo para dejar que no se piense más que en su alma. Los personajes ordinariamente auténticos en el origen, desvanecen ante las ideas que los sostienen, pierden su límite individual, y se convierten en símbolos, en tipos generales.

La Leyenda, vecina de la párabola, se diferencia de ella en cuanto es menos verdadera.

En la Leyenda el hecho primitivo está sensiblemente alterado. Esta alteración puede llegar hasta la falsificación completa. Si la Leyenda es presentada como verdadera cuando no lo es, puede engañar muy profundamente una sociedad todavía joven, y el error que se origina de ese modo puede prolongarse de generaciones a generaciones, pues este error se presenta bajo una forma simpática.

Después de la Parábola viene el Cuento.

La Parábola tenía muy pocos detalles.

El Cuento tiene muchos más. El Cuento se asemeja a la Parábola y no difiere casi de ella más que por el tono y la extensión. Tiene por lo común más incidentes, y tiene siempre mucha más extensión. La Parábola es de una extrema simplicidad; presenta las cosas por su cumbre, y no se detiene en describirlas. La Leyenda tiene su carácter general e histórico; se ocupa, por ejemplo, del nacimiento de un pueblo y de sus destinos; toma a Rómulo y Remo desde el momento de la loba y los conduce hasta el instante de la tempestad. Alimentados por una loba, y desapareciendo en medio de una tempestad, Rómulo es un personaje perfectamente adaptado al estilo de la Leyenda; pero lo que lo hace perfecto en este género, es su calidad de fundador de Roma.

Gracias a esta grandiosa fundación, la leyenda que se vincula a él como individuo resplandece sobre él como fundador. Individuo, sería el motivo de un Cuento; fundador, es el motivo de una Leyenda. Yo no juzgo en modo alguno

la verdad histórica en que se basa este Cuento o esta Leyenda.

Importante desde el punto de vista de la crítica histórica, la realidad más o menos auténtica del hecho inicial, no constituye ese el objeto presente de nuestro examen.

Un mismo personaje puede ser el objeto o el tema de un trabajo histórico, de un Cuento o de una Leyenda.

Y los mismos hechos pueden servir a esas tres narraciones.

En general, el tema se ubica en épocas muy alejadas. Se ubica en Oriente, lejos de nosotros. La distancia en el tiempo y la distancia en el espacio ayudan mucho al Cuento y a la Leyenda. La Historia toma de todas partes sus temas. Pero me parece que la diferencia de géneros puede resultar más sensible e interesantemente esclarecida, si, por ejemplo, un personaje adaptado a la Historia, al Cuento y a la Leyenda, fuera posible encontrarlo cerca nuestro.

Ese personaje existe y se llama Napoleón. La Historia en tal caso está sembrada de dificultades. Hace indispensable una imparcialidad perfecta; sería necesario una crítica lo bastante segura y lo bastante alta como para verificar escrupulosamente los detalles, y para no perder jamás de vista a los conjuntos. Sería necesario una mirada de águila y una mirada de lince. Esa obra no ha sido hecha todavía.

La Historia no ha dicho sobre este hombre su última palabra: los defensores y los acusadores han pronunciado muchas palabras. Chateaubriand ha visto mucho más alto que los demás, y con todo no hizo más que plantear el asunto. Es necesario para un tal veredicto **considerandos** dignos de él. Esos considerandos no han sido aún redactados y el acusado permanece en su banco. Espera todavía su sentencia.

El Cuento no tendría necesidad de dar un juicio. El se apoderaría de Napoleón como individuo y llenaría su cometido si tuviera la suerte de darnos su fisonomía.

La Leyenda se ha apoderado ya de él, y, cosa sorprendente, ni siquiera ha esperado que muriera. Nunca la Leyenda se apresuró tanto para lanzarse sobre su presa. La Le-

yenda lo ha devorado estando vivo. Lo ha considerado no en sí mismo sino en sus relaciones con las naciones. La Leyenda hace poco caso de la exactitud histórica; se le pide solamente una verdad espiritual poéticamente enunciada. Me atrevo a decir que **la leyenda tiene como sinceridad a la emoción.**

Un viejo soldado preferiría la Leyenda a la Historia.

Un hombre político preferiría la Historia a la Leyenda.

El Poeta las admiraría a ambas.

Después de la Leyenda, viene la Novela. Cuando la sociedad ha envejecido mucho, ama la Novela.

La Novela es la pasión de las sociedades viejas.

Existen excepciones. Pero, si considero la palabra en su acepción más general, la Novela relata hechos que inventa. No se abalanza, como la Leyenda, sobre la humanidad, para cantar los orígenes y las grandezas de las naciones. No se lanza, como el Cuento, sobre el hombre, para estudiar al individuo en su profundidad, en su alma, en su conciencia. Se lanza sobre las diferentes personas y circunstancias múltiples, para agruparlas de un modo curioso e interesante. Y, lo repito, existen excepciones. Pero si miro la Novela vulgar, el amontonamiento de aventuras me parece ser su peligro principal y su buscado escollo.

Me saldría del tema y de los límites y de las dimensiones del escrito, que sobre el tema propuse hacer, si entrara a estudiar la Novela actual en todos sus efectos morales. Yo hablo aquí del género literario y del carácter intelectual.

La Novela es mucho más fácil que el Cuento, porque es mucho menos exigente y exige por lo tanto menos gastos. Su ideal, cuando alguno tiene, es mucho menos elevado, y el campo que cultiva es mucho menos extenso. Es mucho menos exigente acerca de la elección de los alimentos que presenta al público; y su peligro es demasiado conocido para que yo insista aquí mucho sobre él.

Las novelas son innumerables y la razón de esta multitud se desprende, como una consecuencia, de los principios que se acaban de plantear.

Si los cuentos son más raros, es porque suponen siempre en el espíritu de quien los cultiva, una intención rara también, me refiero a la intención de asociar constantemente un tipo a un individuo, un ideal a un hecho.

Hay pocas montañas muy altas sobre el globo, y la esfera del cuento es restringida por su misma elevación.

Cerca de la cuna de los pueblos, hay leyendas. Cerca de la cuna de los niños, hay cuentos.

El placer de narrar y de oír narrar, no abandona nunca al hombre; en tanto dura la infancia. Pero ese placer varía y se hace más exigente.

El niño no es difícil de contentar. Es necesario darle hechos extravagantes, y un poco de temor al conjunto. El niño no tiene ningún gusto en la simplicidad. Si el niño se convierte en hombre, (lo que por otra parte es muy raro) le serán necesarios hechos sustanciales.

¿Y qué hace la sustancia de un hecho sino la idea que lleva en él?

Es entonces, en la madurez de la edad, que los hombres y los pueblos tienen necesidad del arte. Para encontrar la calma, alejados de los negocios que hacen al hombre inquieto y mudo a la vez, tenemos necesidad de ir a respirar el buen aire del dominio de la Palabra.

Pues la **Palabra** y la **Parábola** se expresan casi por el mismo vocablo.

Más tarde, cuando llega la hora de la decrepitud, los individuos y los pueblos reclaman, como los niños, hechos sin medida; pero esos no son hechos de la misma naturaleza. Les son necesarios otros condimentos. La decrepitud es inferior a la infancia y no tiene a su favor socorros humanos en el porvenir.

XXXIV

EL HOMBRE O EL ODIO

Entre las cosas del mundo que prosperan más aquí abajo, está la erudición.

Entre los siete pecados capitales, el que reina menos, es la pereza. Hay que hacer justicia a todo el mundo; París trabaja enormemente. Absorbido en el mundo terrestre, París hace inmensos esfuerzos para arrancarle uno a uno sus secretos. Si la ciencia hubiera seguido las directivas de Bossuet, si no hubiera olvidado al amor, París amaría mucho.

París ha lanzado sobre la historia miradas tan inusitadamente investigadoras que los pasados siglos nos son a veces más conocidos que el siglo presente.

La historia ha encontrado el medio no solamente de descubrir el pasado, sino también de animar el paisaje y de hacer revivir los personajes.

Existen personas dentro del París actual que han cambiado de siglo, como como se cambia de clima. Otros han vencido al espacio; éstos han vencido al tiempo. Habiendo cambiado de época, han conseguido no solamente mostrarnos las cosas ya pasadas sino también hacernos respirar el aire que circulaba alrededor de esos personajes. Agustín Thierry, si hubiese sido fiel a su destino, nos hubiera hecho, en esta dirección, raros e importantes servicios. Michelet lo mismo. Thierry, olvidándose de sí mismo y de toda cosa presente, hubiera llevado al pasado una mirada minuciosa e imparcial.

Se hubiera visto contemporáneo de los primitivos reyes de Francia y nos hubiera hecho asistir a la formación de los imperios, como el periódico de hoy día nos hace asistir a los acontecimientos de ayer.

Hubiera olvidado sinceramente los siglos que lo separaban de Felipe Augusto, y nos hubiera mostrado a la Iglesia gestando a las naciones, como si el hecho fuera de ayer.

Nos hubiera hecho el presente de la historia antigua con la prestancia con que se rinden honores en la casa propia.

Michelet, por el contrario, hubiera juzgado todo lo que estuvo en la posibilidad de ver desde cerca.

Ese egoísmo de la mirada que no es el del corazón, hubiera tenido de su parte una grandeza mezclada con ternura. Hubiera visto todo a la luz del siglo XIX transfigurado.

Algo profético hubiera quizás asomado al pasado. Thierry nos hubiera mostrado el trabajo subterráneo de las formaciones; Michelet nos hubiera hecho asistir a los coronamientos de las alturas.

El primero nos hubiera mostrado los basamentos de los terrenos, el segundo las cumbres de las montañas, tal vez no la cumbre más alta pero sí las que la siguen.

La historia literaria no ha sido menos estudiosa que la historia política Desde las rapsodias griegas hasta las epopeyas francesas, ¡cuántos campos desmontados!

Muchos planetas desconocidos se han descubierto, y se ha hecho surgir a la luz literaturas desconocidas. Un ejército de trabajadores se ha lanzado sobre la edad media.

Hace doscientos años, hace cien años, se creía que la edad media no había hecho nada.

El inmenso trabajo intelectual y moral que ha hecho la humanidad desde el siglo VI hasta el siglo XVI se ha desprendido poco a poco de la sombra negra que lo ocultaba. Como un viajero que llega en la noche a una ciudad desconocida descubriese allí con las primeras luces del alba una inmensa catedral gótica, con sus torres y campanarios, el siglo XIX se ha dado cuenta con admiración de la existencia de grandes monumentos de solidez nunca vista que surgían de la noche, y de que era ya tiempo de descubrirlos.

El siglo XVIII creía que el salir de la antigüedad para entrar en la edad media, el hombre había salido de una ciudad magnífica, populosa, viviente, iluminada y resplandeciente, para entrar en un bosque oscuro y tétrico en donde no existían ni la vida ni el movimiento.

Hemos creído en eso mucho tiempo; gracias a Dios, ya no creemos.

La literatura antigua ha sido juzgada mejor porque tuvo la suerte de ser conocida mejor.

Antes el teatro griego era ignorado y adorado. El perdió en la misma hora esas dos posiciones.

Falta mucho para que las ilusiones con que nos engañaba la antigüedad del todo se disipen.

Sin embargo, la obra está cumpliéndose. El estudio de la ciudad romana ha hecho casi imposible que se repitan las nostalgias que antes inspiraba Bruto a los filósofos, y el microscopio con que Alemania ha enfocado la lengua griega, si llegó a inducir a algunos a la adoración, no dejó de advertir a muchos de buena fe.

Goethe recitaba su oración ante una estatua de Júpiter, pero esta monstruosidad se ha vuelto contra sí misma, y el nombre de Júpiter, se ha convertido, gracias a ella en más ridículo.

Esta adoración era muy adecuada para matar de un golpe al hombre y al Dios. Pero una clase de hombres ha sido absolutamente excluída de la gran inquisición que la ciencia ha hecho sobre la historia.

Es la clase de los santos, de los escritores ascéticos, de los místicos ortodoxos.

El hombre desea conocer todas las riquezas humanas y es necesario aprobarlo, alentarlo en esta búsqueda, que sería justa si no fuera exclusivista; pero pretende olvidar las riquezas divinas, y esto sería inexplicable si el secreto del odio no se hubiera desenmascarado.

En presencia de los tesoros divinos que la Iglesia posee y a los que no se quiere mirar, el odio, sacando fuerzas de su naturaleza, se acomoda el manto de la indiferencia, pues la indiferencia es la obra maestra del odio.

Entre los canonizados, entre los beatificados, entre los héroes de la lengua y de la acción cristiana, existen algunos que están entre los más grandes poetas del mundo.

Se ha pretendido hacer objeto de burla a la bienaventurada Angela de Foligno; pero cuando un escritor, de entre los que se hacen escuchar, la ha comparado a Dante, y ha admirado en ella al gran poeta, los burlones más empecinados se han visto defraudados.

Prefirieron entonces hablar de otra cosa.

¿Por qué, pues, los grandes hombres de la luz y de la caridad, los grandes hombres de la actividad, si las alas de la paloma los ha tocado de muy cerca, se han visto exceptuados de la curiosidad actual?

¿Por qué, por lo menos a título de grandes poetas, no tienen su lugar en el banquete de la historia y de la literatura?

Es que el instinto del odio advierte a quienes odian que hay en esos grandes olvidados algo superior a toda superioridad, algo más grande que la gloria, y más divino que la música. Es la presencia de lo sobrenatural cristiano, que, a los ojos de la crítica racionalista, los pone fuera de la ley.

El odio no tuvo jamás la mirada del águila, pero cuando crece hasta la indiferencia, llega a tener la mirada del lince: es de raza felina. El odio reconoce a sus enemigos, aún desde lejos. Se apercibe del misticismo verdadero como el caballo siente el olor del león.

Como éste, no reflexiona ni ve; lo hace por instinto; como éste, se encabrita, como éste tiene temor, y como éste resopla.

Hay aquí una maravilla para constatar.

Tratándose de un falso místico, de un iluminado heterodoxo, al instante el odio lo mira, lo reconoce como uno de sus amigos y lo adopta. Viene de la tierra del engaño, es pues su compatriota. El místico tiene también su lugar entre los amores del odio. Pero este amor, clarividente como el verdadero, no se alucina nunca con el verdadero misticismo.

Podría existir un bello libro intitulado: **Historia del Odio**, y en ese libro un bello capítulo: **El odio es Infalible**.

Los hombres del odio no son teologantes. No han aprendido, científicamente, a distinguir el verdadero del falso místico.

Pero su instinto reemplaza al estudio, el instinto de su renegamiento dirige su simpatía hacia el extraviado y su cólera hacia el fiel.

El extraviado le parece grande; el fiel insensato.

La curiosidad es una de las leyes que rigen la crítica

racionalista; pero esta ley es frágil como vidrio, cuando se trata de un gran poeta muy cristiano.

El odio sabe pasar sin mirar. Prefiere no ver las cualidades naturales que admiraba en otra parte. Siempre que consigue su propósito de condenar al olvido las bellezas sobrenaturales, está contento, y a ese precio, todo le es satisfactorio, hasta la ignorancia, que detesta en toda otra ocasión.

La ignorancia, siempre y en todo lugar, le disgusta y le da vergüenza. Se avergonzaría de ignorar, allí donde sólo el hombre está en juego, el más mínimo detalle. Pero, tratándose de las operaciones divinas, el odio llega a estar orgulloso de su ignorancia, y se adorna con su vergüenza. Se avergonzaría él de saber. Da vuelta la cabeza. Todo lo que admiraría estando en otra parte como poesía, lo rechaza aquí como fanatismo, y lo rechaza sin mirar y su cólera se cubre con las apariencias del desdén.

No es imposible encontrar algunos hombres del siglo XIX, que poseen casi la totalidad de los conocimientos humanos. Pero, de pronto, mientras hablaban o escribían, se ve que hay en ellos una lengua, un vacío, un pozo.

Es que se aproximaban cosas divinas e ignoraban hasta los primeros elementos de esta ciencia. Su ignorancia parece sobrenatural como el tema que tiene por objeto. No es ignorancia pura, es ceguedad. Sus luces naturales y generales ponen de relieve esta ceguera particular.

A fuerza de ser profunda, singular y puesta de relieve por las luces vecinas, esta ignorancia que ha tapado sus ojos, nos habla de un odio secreto, que ante todo se adivina, que se ve después y que en seguida se comprende.

Mas este odio, un poco más tarde, es instructivo, en cuanto posee el don del discernimiento místico, y cuando la herejía se trueca en amor y admira sin dilación.

Y es porque Dios no está allí.

Si pasa al lado de un santo, se vuelve colérico, e insulta sin titubear

El rinde un homenaje a su pesar y a su manera.

El insulta: es que Dios está allí.

XXXV

EL TALENTO Y EL GENIO

¡Talento y genio! Esas son las palabras muy dignas de estudiar y diferenciar. No se trata de entregarse a una disputa de vocablos. Se trata de esclarecer y profundizar dos ideas, que, si resultaran iluminadas, iluminarían al mismo instante la crítica literaria, histórica y filosófica.

Los hombres de talento y los hombres de genio son de dos ejércitos diferentes, a menudo en guerra el uno contra el otro.

El primero es numeroso, si considera la historia del mundo. El segundo tiene pocos soldados, y a menudo esos raros soldados se encuentran desarmados.

Y sin embargo, sin duda alguna, un hombre de genio vale lo que valen millares de hombres de talento juntos.

La confusión de los unos con los otros dificulta la crítica. La distinción bien hecha entre los unos y los otros ayudaría a la justicia a esclarecer el arte, la ciencia y la vida.

El talento y el genio, que se diferencian en numerosos aspectos, difieren muy esencialmente sobre este punto: el talento es una especialidad, el genio es una superioridad general.

Un hombre posee el sentimiento del arte en un grado tal de elevación y profundidad, que la concepción de lo bello se eleva en él a la altura del genio. Paseará su mirada de águila sobre todas las cumbres del arte.

Podrá concebir la pintura, penetrarla, animarla, profundizarla; podrá dar al pintor más hábil consejos inspirados y sin embargo no sabrá manejar un lápiz. Pero el espíritu del arte le habrá participado sus secretos.

Será el más grande de los críticos. Escribirá genialmente. El genio es un torrente que se desborda y fertiliza todas las comarcas.

El tanlento, por el contrario, permanece allí donde está. El músico más consumado podrá permanecer, si sólo posee

talento, completamente extraño a las cosas de la pintura y a las cosas de la palabra.

El talento se aplica a una cosa y se circunscribe a ella.

El genio se sobreeleva sobre todas.

He aquí por qué el talento está, frente a los hombres, en una posición tan cómoda.

Produce una meritoria obra que brilla. En seguida él hace sus demostraciones. Exhibe sus certificados.

El genio, por el contrario, obliga a los hombres a descubrirlo. Mas, para adivinar, hay que amar, y por lo general los hombres detestan al hombre de genio.

El genio no se prueba por una obra exterior. El genio puede fracasar en algunos aspectos.

Se revela íntimamente y magníficamente a los ojos dignos de él, a los ojos hechos para verlo.

Público en sus manifestaciones, y destinado al esplendor visible, es sin embargo muy reservado en su altura, y muy íntimo en su profundidad. Lo que se ve de él es poca cosa. Su gloria le viene de lo interno. Yo encuentro en un libro nuevo algunas referencias y algunas apreciaciones sobre el genio y el talento. Ese libro, debido a la pluma de Jeanniard Du Dot, escritor católico y literato erudito, contiene mucha erudición y mucha meditación.

Yo estoy muy lejos de admitir todas sus conclusiones literarias, y todos los recursos de sus críticas. Pero su libro, recomendado y precedido por una carta del Obispo de Nantes, es un libro serio y digno de atención. Es el resultado, dice el propio autor, de largos años de estudio, y yo voluntariamente lo creo.

«En el siglo XII, nos dice, se acostumbraba a tomar indistintamente las palabras **Talento, Genio** y también **Espíritu**. Boilean encontraba genio en Saint-Amant, y Luis XV denominaba a Fenelón «un bello espíritu quimérico».

La observación es exacta. Esas palabras sólo se han diferenciado más tarde en su capítulo sobre la Inspiración, du Dot interroga a los demás y se interroga él mismo acerca del genio. ¿Qué es el genio?

Yo lo critico, ante todo, por no haber despreciado como lo merece la definición célebre e insensata de Buffón.

«El Genio, dice Buffón, es una larga paciencia.»

Du Dot denomina a ésta una «semi-verdad». Es simplemente un absurdo.

Es el capricho de un hombre o mejor de un señor que no ha comprendido jamás lo que era eso del genio, y que, por una jugarreta del destino se encontró en ese propio momento en la antípoda de la verdad.

Yo creo sinceramente que el señor Buffón hablando del genio como el ciego de los colores ha dicho lo primero que se le vino al pensamiento.

Pero yo admiro que haya podido alcanzar de un solo golpe una contraverdad tan directa, tan absoluta.

Y yo admiro asimismo la ingenuidad de los hombres que se repiten tales frases los unos a los otros, con un aire de respeto por el hecho que han sido dichas por Buffón.

La paciencia es perfectamente y absolutamente el polo opuesto del genio.

El genio es un cierto golpe de ala, y un cierto golpe de vista. Es un golpe de vista fijo sobre un relámpago, y sumergido en un abismo.

Es una intuición que tiene por carácter precisamente ser superior a las leyes del tiempo.

Lo que él ve en un relámpago es precisamente lo que no verán jamás los hombres pacientes, mientras duran los siglos. La lentitud lo mata, la espera es para él un mortífero veneno.

Hablar de paciencia a propósito del genio, es un error que llega al colmo y uno no se imagina cómo se ha podido caer en él.

Sería casi igual que obligar a un pavo a convertirse en águila, y hacerlo creer que a fuerza de tiempo el pavo llegará a convertirse en lo otro.

Pero vosotros os engañáis de muchas maneras a la vez. El pavo, que no tiene la posibilidad de convertirse en águila, también del deseo carece.

Y, porque esa palabra de deseo cae bajo mi pluma, agregaré que el deseo es una de las fuerzas que más se parece al genio.

Tal vez en alguna parte esas dos palabras son sinónimas.
Tal vez el deseo es el genio en potencia.
Tal vez el genio es el deseo en acto.

En cuanto se trata de definir al genio, M. Du Dot cita la definición de José María Chenier, y propone una él mismo.

La de Chenier, es ésta:

El genio es una **razón sublime.**

Sin caer en lo contrario absoluto de una verdad, José María Chenier no ha sido del todo feliz.

El Genio y la Razón son dos criaturas no contradictorias, pero sí absolutamente diferentes entre sí.

El genio tiene golpes de ala que la razón no conoce, y la razón podría progresar mucho tiempo, sin alcanzar, si se encuentra sola, ni realizar, ni siquiera comprender al genio. El Padre Faber ha coronado uno de sus libros con estas dos líneas.

La raison san cesse raisonne.
Et n'a jamais guéri personne.

El genio, él, no tiene por hábito precisamente proceder por deducción, ve, no ve, pero cuando ve es de golpe.

Para apreciar en su verdadero valor la frase de Buffón, hay que imaginar a Napoleón en un campo de batalla, con su catalejo en la mano.

La situación es crítica, hay que decidir en un instante una maniobra que será decisiva. Una cierta inquietud se ha apoderado del estado mayor.

¿Dónde está el emperador? ¿Cuáles son las órdenes? En un segundo, Napoleón ve y ordena. La batalla está ganada.

El ha tenido una larga paciencia, dirá Buffón.

Un orador entusiasma y conmueve a toda una asamblea que se estremece con cada palabra suya o con cada mirada.

El ha tenido una larga paciencia, dirá Buffón.

En fin, Du Dot propone asimismo su propia definición.

La suya nos dice que el genio es una aptitud para la inspiración, que se convierte en algo natural, aumentando a su vez este hábito la misma inspiración.

No teniendo el hábito nada que ver con la inspiración, M. du Dot habría estado más feliz si se hubiera concretado a la primera parte de su larga definición: el genio es una aptitud hacia la inspiración.

Reducida a estos términos la definición, vale mucho más que la otra que cita.

El genio es, en efecto, una predisposición para la inspiración. Integramente el genio no está aquí; pero queda así comprendido mucho de lo que hay en él.

El genio es una mayor conciencia de toda realidad, es una mayor vida, es una mayor deleitación y es también un mayor dolor.

Es una sublimación de nuestras potencias vitales que de instintivas y mecánicas se convierten en libres y espirituales.

«Quien no posee el genio sino accidentalmente no es propiamente un hombre de genio», dice M. Du Dot, pero el hábito, cuando se habla del genio, es un extraño que ni merece ser nombrado.

Uno de los caracteres del genio es de ser extremado en todas las cosas. Es violento por naturaleza e intolerante por esencia.

No posee ese don precioso de amar en un pie de igualdad a todas las personas y a todas las cosas. No posee la prudencia que consiste en mantenerse en el medio de todos los sentimientos y de todos los pensamientos. No posee el equilibrio de la indiferencia. ¡Oh, la indiferencia! ¡Cuán equilibrista es ella! ¡Cuán imparcial es entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal!

El genio está armado con una parcialidad terrible, como espada de dos filos.

No solamente ama el bien, sino que por sobre todo odia el mal.

Esta segunda gloria le es inherente como la primera. Yo insisto, odia el mal, y este santo odio es el coronamiento de su amor.

Una de las mejores maneras, no de definir, pero sí de hacer adivinar el hombre de genio, serían estas palabras: «Es lo contrario del hombre mediocre».

Tal vez una definición completa del genio es imposible, pues el genio está por encima de las fórmulas.

Su nombre es su nombre y no soporta otros. Su nombre es el genio, su atmósfera es la gloria.

Ninguna paráfrasis equivale a su nombre, ninguna atmósfera reemplaza a su atmósfera.

Es contrario a dejarse encerrar en una definición. Rompe los marcos. Es el Sansón del mundo de los espíritus; y cuando vosotros creéis haberlo circunscripto, hace lo que el héroe israelita: transporta sobre sí, hacia la montaña, las puertas de su prisión.

XXXVI

LOS DEBERES DE LA CRITICA

El siglo XIX, como casi todos los orgullosos, se atribuye méritos imaginarios y olvida los méritos reales. Está orgulloso de los errores que proclama, y casi olvidadizo de las verdades que sabe, embriagado con sus falsas grandezas, trata a sus grandezas ciertas como cosas sin importancia.

Y entre esas grandezas ciertas que parece hasta ahora despreciar, hay que contar la alta crítica literaria.

El ha renovado, y la ha renovado en tal grado, que desde hace ya un tiempo, se diría que no desea ahora reconocerla.

Acosado por el peso de sus ocupaciones y sobre todo de sus preocupaciones (pues son éstas más que aquéllas las que acosan), parece haber olvidado a la crítica, su hija gloriosa, y es urgente reparar tamaño error.

La crítica histórica ha nacido hace sesenta años. Antes se relataba la historia, hoy día se la interpreta.

Se la interpreta, bien o mal, pero en fin, se la interpreta.

Antes la historia se concretaba a ser la nomenclatura de las dinastías, la narración de las batallas y la constatación de las fechas.

Hoy la historia no se concreta a narrar; comenta. No se detiene en los acontecimientos. Busca las causas, los efectos. Busca las vinculaciones entre las ideas y los hechos.

Un trabajo y un adelanto análogos se han cumplido en la crítica literaria. Antes, ella se dirigía a las palabras y los procedimientos. Distinguía el género **simple**, el género **temperado** y el género sublime.

Para ella, el sublime, en vez de ser una inspiración, es un procedimiento.

En la actualidad, la crítica literaria, en el libro, busca la idea, y, en el escritor, el hombre.

En el hombre estudia el medio social que lo ha hecho nacer o morir, que lo ha alentado o que ha sofocado sus aptitudes.

Por todo esto, tiene sus vinculaciones con la nueva crítica histórica y filosófica.

Crítica literaria, crítica histórica y crítica filosófica buscan actualmente los principios que deben regirlas.

Buscan a esos principios en el dominio de la verdad o en el dominio del error.

Se los piden a la fe o se los piden a la incredulidad. Pero, en definitiva, los buscan en alguna parte.

La crítica a que nos referimos aquí, es la aplicación de los principios a la literatura.

Esta alta concepción de la palabra escrita era poco conocida por la antigüedad clásica.

La antigüedad amaba mucho el drama y el arte, pero no razonaba casi sobre ellos.

Yo exceptúo a Platón, que poseía el genio oriental y el genio moderno.

Platón tiene la contemplación que caracteriza a los orientales y tiene la ciencia que caracteriza a los tiempos en que vivimos.

Si bien no tenía nuestros conocimientos especiales, tenía nuestras disposiciones científicas.

Como el Oriente, Platón contempla. Como un moderno, él SE contempla.

A partir de él, la antigüedad, hasta cuando hacía grandes obras, no tenía la gran mirada científica y sintética que

las juzga, que las examina, que las compara entre sí. La antigüedad tuvo a veces la experiencia del genio, pero sólo raras veces llegó a tener la conciencia.

Pero, sin remontar hasta ella, si hablamos del último siglo, nos veremos sorprendidos por el campo que ofrece para nuestros descubrimientos.

Ese campo no será tal vez ni extenso ni bello, pero profundamente curioso, y útilmente instructivo.

Encontraremos allí la ausencia absoluta de principios.

Se conoce generalmente un poco, (yo digo un poco) que el siglo XVIII carecía de principios filosóficos y religiosos. Pero se ignora por completo hasta qué punto carecía de principios literarios, porque se ignora, por completo, hasta qué punto los principios literarios están vinculados a los principios filosóficos.

Voltaire, bajo este aspecto, es tan interesante como ignorado. Hemos permitido que se nos diga que Voltaire es un gran crítico literario.

Ese prejuicio pide ser ya destruído; contiene un error maléfico. Esta destrucción nos mostraría hasta qué grado era aplanada la cabeza de los enciclopedistas. Ella alentaría la crítica mostrándole qué camino tiene ya recorrido desde hace cien años.

En general, los Volterianos no ven con buenos ojos que se les cite a Voltaire. Hace ya mucho que tengo esta experiencia, tan divertida como instructiva. Los Volterianos desean que se deje tranquilo a Voltaire en la niebla lejana de su vieja admiración. La idolatría tiene sus debilidades; prefiere arrodillarse sin mirar al ídolo, porque a veces el ídolo muy lejos está de ser bello.

Las rodillas allí se acomodan; los ojos allí no se acomodan.

Cuando el hombre es incrédulo y rebelde, es extraño cómo sus rodilla se acomodan fácilmente frente a un ídolo cualquiera. Se precipitan por sí mismas hacia la tierra, esas pobres rodillas, que quieren descansar en alguna parte. Pero son desgraciados los ojos del orador si su mirada enfrenta la cara del ídolo. Es por esto que las citas de Voltaire molestan a los Volterianos.

Es sin embargo una incomodidad saludable para ellos y para los demás, por lo cual es bueno, para ellos y para nosotros, presentarlas a veces.

No han de saber seguramente los volterianos lo que el escritor pensaba sobre los motivos que hacen a los grandes artistas. Escuchemos a Voltaire traicionar uno de sus secretos:

«Mandeville, dice él, cree que sin la envidia las artes serían mediocremente cultivadas, y que Rafael no hubiera sido tan gran pintor si no hubiera estado celoso de la gloria de Miguel Angel. Mandeville ha tomado quizás la emulación por la envidia. Quizás también la emulación no es otra cosa que una envidia que se mantiene en los límites de la decencia.»

Yo admiro esa sutileza por la cual Voltaire quiere aparentar que combate una opinión vergonzosa para adherirse casi del todo a ella dos líneas más adelante. Yo admiro en este momento la justicia que ha castigado a este hombre obligándolo a traicionarse y a revelarnos su secreto.

¿Qué alma tendrá, ese crítico, que ha podido confundir el transporte de la inspiración con el frío cálculo de la envidia, o si preferís, de la emulación?

La felicidad del gran artista es admirar a otro gran artista. Se complementan el uno con el otro.

El signo del gran artista es el gozo participado. Pero, para Voltaire, no sucedía lo mismo, y yo agradezco que haya tenido la ingenuidad de decírnoslo. Su inspiración en él era la envidia, contenida tal vez en los límites de la decencia y calificada como emulación.

Voltaire cita la soberbia definición de lo bello que da Platón: lo bello es el bien, y la cita para burlarse de ella.

Y tiene la audacia de agregar:

«Interrogad al diablo; os dirá que lo bello es un par de cuernos, cuatro garras y una cola. Consultad en fin a los filósofos: ellos os responderán con galimatías».

Me detengo, no queriendo continuar la cita, por respeto hacia el lector; no deseo que escuchéis a Voltaire que hace entrar en escena el sapo y le hace decir lo que piensa de lo bello. Ya habéis oído lo que diría el diablo, y con eso basta.

¡He aquí qué concepción de la belleza tenía el hombre que representa la poesía a los ojos del siglo XVIII!

He aquí la crítica en su crepúsculo, he aquí a Voltaire. La crítica del siglo XVIII no consideraba otra cosa que las palabras. La crítica del siglo XIX considera las cosas. Es un gran progreso; pero no es un progreso suficiente.

Falta actualmente que la crítica considere las ideas.

La crítica de Voltaire disminuye las personas y las cosas que toca.

La crítica actual constata el estado de las personas y cosas que toca. Falta actualmente que ella eleve a las personas y a las cosas que le corresponderá tocar. Tal es, yo creo, su esencia; tal es su espíritu; tal es el propósito que debe tener en vista.

¿Cuál es el camino que conduce allí? ¿Cuál es el procedimiento? ¿Cuál la ruta?

Todo hombre tiene su hábito.

Pero todo hombre tiene su tipo.

El hábito es a menudo deforme; pero el tipo es siempre bello.

La crítica se limita ordinariamente a examinar al hombre tal cual es, a constatar sus hábitos.

Me parece que debe aspirar a elevarse más alto. Debe buscar el tipo del hombre que estudia. Debe mostrárselo.

Si el hombre estudiado permanece fiel a la línea recta, debe constatarlo con gozo. Si el hombre que estudia se ha extraviado, debe ella decirle: He aquí el camino que habéis seguido, y **he aquí el camino que teníais que haber seguido.** La crítica debe estudiar la enfermedad del autor que analiza, a fin de descubrir la naturaleza del remedio. La crítica debe estudiar al hombre, no solamente en la caída que ha tenido, sino también en la ascensión que tenía que haber hecho. Debe estudiar al escritor tal cual es, y mostrarlo como debió ser. No debe solamente constatar, debe rectificar.

En general, el hombre cae en la dirección la más directamente contraria a aquella en que debió ascender.

El hombre que más estaba hecho para amar, si se extravía, si cae, se vuelve capaz de un odio excepcional.

Cada hombre, cada escritor, tiene cerca de él una montaña que lo espera y un abismo que lo amenaza.

Si ha caído en ese abismo, la crítica debe decirle: tú has caído; pero debe también mostrarle con el dedo la montaña y decirle: Acuérdate; mira; todavía es tiempo. El espíritu tiene su caridad como el corazón. Su crítica debe vivir a la vez de justicia y de caridad. La justicia advierte, la caridad levanta.

XXXVII

LA EVOLUCION DEL ARTE

Yo constaté antes la evolución de la crítica. Ocupada en el siglo último de palabras, de detalles, de puntos y comas, se ha elevado gradualmente. Su mirada más amplia abraza más cosas; considera al hombre, al medio social, las costumbres, las naciones, las creencias.

Tiende a estudiar las ideas en sí mismas, a interrogar, en el escritor estudiado, la verdad que él ha servido o que debió servir, el error que ha adoptado y al que debió combatir.

Es muy curioso y altamente instructivo estudiar los movimientos del Arte y de la literatura creadora durante los dos últimos siglos.

El Arte y la crítica han realizado dos movimientos contrarios.

El Arte y la literatura tenían en vista antes al ideal. Podrá ser que lo consideraron en forma falsa, pero nunca lo olvidaron.

Recorred el poema lírico, el poema dramático, el poema épico, la novela.

Encontraréis siempre el autor en persecución de un ideal. Los siglos pasados en su esfuerzo artístico y literario, han aspirado a la poesía.

Esta poesía ha sido ya verdadera, ya falsa. A menudo

los escritores han tomado lo abstracto por el ideal y lo enfático por lo sublime. A menudo, en su amor hacia el héroe, olvidaron al **hombre**. En su amor a la elegancia olvidaron la sencillez. A menudo, en su amor a la distinción olvidaron la realidad.

Pero, siempre, cualquiera fuese el éxito de sus esfuerzos, esos esfuerzos se dirigían hacia una concepción cualquiera de la belleza y de la poesía.

¿Qué hizo el diez y nueve? Se elevó contra este antiguo hábito vinculado con la naturaleza misma del Arte, con su vida y su esencia. Por primera vez desde que el mundo fué hecho, él se atrevió a decir: Lo bello es lo feo.

Y se largó a buscar sus tipos con abstracción de la belleza.

La revolución que se operó hace cincuenta años, y que tomó el nombre de romanticismo, rompió las fórmulas que se llamaban las reglas y que aprisionaban al Arte; en esto, tuvo toda la razón del mundo. Pero ha violado toda la vida misma del Arte, que es persecución inmortal de lo bello, y en esto ha errado plenamente.

Después de haber suprimido las reglas arbitrarias, suprimió las leyes esenciales.

Queriendo violar las **reglas,** ha terminado por violarlas **regularmente,** y ha instituído una regla nueva, que es la violación misma de las reglas precedentes.

Antes, la literatura no se atrevía a llamar las cosas por su nombre, en el temor de que ese nombre no fuera noble. Pero, en su revolución, la literatura se ha jactado de llamar a las cosas por su nombre menos noble, a fin de acentuar su libertad nueva.

Se portó como un colegial, que, en lugar de salir simplemente del colegio, rompiera la puerta con el riesgo de herirse y ensangrentarse, a fin de probar bien que salió de allí.

Antes, la literatura se atrevía a nombrar los becerros, y no se atrevía a nombrar las vacas. La literatura en revolución ha nombrado continuamente a las vacas y ya se atreve a nombrar los becerros.

De ese modo, se convertía en cautiva en virtud de su

misma libertad. Los esfuerzos que hacía hacia su independencia le construían una prisión. Pero, como esta prisión era la obra de sus manos, la tomaba por un teatro, a veces por un palacio, a veces hasta por un templo.

Sin embargo, el romanticismo había desplazado al ideal; no lo había suprimido.

Su ideal era la fantasía, en favor de la cual había reemplazado las antiguas convenciones del Arte.

La fantasía consiste en la ausencia de leyes. Es infiel por esencia; el romanticismo ha sido fiel a la infidelidad que adoraba.

La naturaleza está caída. El Arte debe aprovecharse de ella teniendo como mira volverla a levantar, y marchar con ella, hacia la conquista de lo bello.

El romanticismo, que se vincula y asemeja en esto a un error esencial del liberalismo, toma la naturaleza como modelo, en lugar de tomarla como instrumento.

Olvidó el ideal verdadero, pero no dejó de elegir otro ideal; adoró su capricho. La imaginación fué su caballo de batalla; y en el esfuerzo que hizo hacia la realidad, sólo fué su propia fantasía que alcanzó. Quiso representar la naturaleza, pero la naturaleza, que, por otra parte, era, por él poco estudiada, se le deslizó entre las manos, y nada le quedó entre sus dedos.

La imaginación, que se adora a sí misma, reemplazó a la realidad, como antes había reemplazado al ideal. Ella se adora bajo formas extravagantes.

Se adora en lo **grotesco.** Víctor Hugo tomó en serio lo grotesco y lo cantó con una pompa digna de mejor objeto. Jamás lo grotesco se vió ensalzado en forma igual.

Debió verse sorprendido por las ovaciones con que era cubierto.

Pero ese pobre grotesco terminó por desaparecer en el aturdimiento de su triunfo, y al romanticismo sucedió el naturalismo.

¡Admirad la lógica de las cosas! Se había hecho abdicar al ideal; la revolución literaria, pretendiendo adorar a la naturaleza, se había adorado a sí misma. Se había colocado

la diadema sobre la cabeza, y como un esclavo que corre para creerse libre, la fantasía hacía primores.

Pero he aquí que la naturaleza reclama la corona que se le había prometido.

Ella dijo al romanticismo: no es a mí que tú adoras; te adoras a ti mismo. Yo quiero a mi vez ser festejada realmente, personalmente.

He aquí que el naturalismo sucede al romanticismo. Zola dice a Víctor Hugo: «Apártate de allí, pues yo me coloco.»

Los hombres no siempre son lógicos; pero obedecen siempre a la lógica que los conduce sin iluminarlos.

Víctor Hugo, esencialmente poeta, estaba perseguido, aun a pesar suyo, por el ideal.

Su ideal, era su **yo.** Pero su yo gigantesco le daba deslumbramientos. La naturaleza estaba ahogada en ese sueño bordado de oro, en donde flameaba día y noche el **yo** de Víctor Hugo.

Zola, esencialmente prosista, no se ve atormentado por ninguna visión.

El no busca ni ideal ni su persona misma. Pinta lo que ve.

La belleza, en la mansión del Arte, se ha convertido en una extraña. El Arte se espanta de no oir hablar ya de ella.

En la concepción antigua, el Arte elevaba los ojos.

En la concepción romática, el Arte miraba hacia adelante. ¿Y qué veía?

¿La naturaleza? En manera alguna. Se veía a sí mismo exteriorizado. Veía su campo de carrera.

Se contemplaba a sí mismo. Se adoraba en su proyección. El hombre veía la naturaleza a través de su pensamiento. Muy pocas veces la pinta como ELLA es. Habitualmente la pinta como EL es. Mas, siendo un sistema, el romanticismo no veía la naturaleza a través de las reglas, o si queréis a través de los caprichos de ese sistema intolerante.

El genio del maestro no impidió esta intolerancia y no se vió impedido por ella. Hugo, enorme como era, vió enormes todas las cosas.

La enormidad fué la ley de su mirada porque era el carácter de su personalidad.

El Arte, en su naturaleza propia, había como consecuencia levantado los ojos. Con el romanticismo miró delante de sí mismo y se vió en el espejo que había colocado allí.

En la concepción naturalista el Arte miró hacia abajo.

El romanticismo había hecho la proclamación de los derechos de la naturaleza, pero no pasó de los discursos.

Con el naturalismo, la naturaleza reivindica el imperio, realmente y en verdad.

Zola hizo suya la palabra que Víctor Hugo había lanzado.

De ese modo, en tanto que la crítica se elevaba hacia las cosas espirituales, el Arte se inclinaba hacia las cosas materiales.

Antes, la novela estaba llena de esos sucesos extraños, inverosímiles, que dieron origen a la palabra **novelesco.**

Desde Balzac, los personajes de la novela son aquellos a quienes uno encuentra todos los días en la calle. Los caballeros que libertaban antes a las princesas cautivas fueron reemplazados por hombres de negocios.

Las pasiones son calculadoras; ahora las novelas evitan ante todo ser novelescas.

En cuanto a los personajes de Zola, casi no se encuentran en las calles. Es necesario buscarlos en sus madrigueras y en las sentinas.

Realizar el ideal e idealizar lo real, tal es la función del arte.

No debe perder nunca de vista ni uno ni otro de esos dos **elementos,** sin los cuales él deja de ser lo que debe ser.

Vigilar la misión de ese gran servidor, alentar al Arte o rectificarlo, llamar la atención de los hombres sobre sus elevaciones o desfallecimientos, tal es la función de la crítica.

La crítica, a pesar de todos sus titubeos y de todos sus errores, parece **tomar conciencia** de sí misma.

El Arte, en igual época, si miro una muy gran parte de sus manifestaciones, parece **perder conciencia** de sí mismo.

Esa contradicción tiene algo de singular y extraño.

Los hombres combaten en la noche. A menudo el Arte y la crítica entran en pugna sin verse. Yo desearía que por

esa doble mirada dirigida hacia él y hacia ella resulta iluminado algo el campo de batalla.

Yo conversaba un día con un pintor naturalista en el lugar mismo en donde sus obras estaban expuestas y reunidas. A propósito de una figura singularmente fea, en la cual brillaban grandes cualidades de ejecución realista, dije al artista:

—¿Por qué elegisteis ese modelo? ¿Habéis encontrado a eso bello?

—¡Bello! —me replicó el pintor—, ¿qué significa eso? ¿Habéis visto jamás lo bello? Es lo mismo que si me vinierais a hablar de Dios.

Lo habéis oído. Yo no digo más.

XXXVIII

LOS DIARIOS

Dos cosas caracterizan a la sociedad actual: la curiosidad y la precipitación. Ella quiere saber y no tiene tiempo para estudiar.

¿Qué desea saber? ¿Está ávida de ciencia? No. Está ávida de hechos. Desea saber lo que pasa. Está ansiosa de acontecimiento y como se encuentra tan apresurada como curiosa, no tiene el tiempo necesario para reflexionar sobre esos acontecimientos cotidianos, actuales, devoradores, que la preocupan sin iluminarla.

De esas dos cualidades constitutivas: curiosidad, precipitación, ¿qué resulta? Resulta la voluntad de leer y el rechazo de estudiar metódicamente.

Antes, pocas personas leían. Pero los que leían, leían para estudiar. Se leía para instruirse y para instruir a los demás.

En la actualidad, todo el mundo lee, y todo el mundo lee para estar al corriente de los hombres, de las cosas y de los hechos cotidianos.

De allí la importancia nueva, capital, inmensa, del periódico.

El diario es el signo característico de la sociedad moderna.

La curiosidad lleva a la lectura.

La precipitación descarta las largas lecturas. De esta manera, el libro, el libro literario y científico, tiende día a día a perder su antigua popularidad. Cuanto más duda la muchedumbre, más lee, si bien tanto menos lee libros y tanto más lee diarios.

Esa tendencia tiene consecuencias incalculables.

El diario, en efecto, responde a las dos necesidades de la muchedumbre; ella quiere saber y saber rápido.

El diario le enseña lo que pasa y satisface su curiosidad.

El diario se lo enseña en pocas palabras, y satisface su precipitación.

El periódico llega a menudo; eso es lo que necesitan los hombres modernos.

Se desean las novedades frecuentemente repetidas. Se desea saborear la sucesión de los hechos. Se desean las últimas novedades y se desea al mismo tiempo que todas esas noticias sucesivas lleguen y no fatiguen, y lleguen a la propia casa, bajo una forma fácil y ligera, accesible materialmente y accesible intelectualmente.

El diario responde muy bien a todas esas exigencias. Es frecuente, es rápido, no pesa. Circula solo. Tiene pies. Tiene alas. Busca a las personas en sus domicilios. Las instruye en la propia casa, bien o mal, pero las instruye. Les da noticias, y al darles noticias las instruye con más realidad que si expusiera ideas sin relatar los hechos. Con el diario, las ideas penetran empujadas por los hechos, y por ese medio, penetran más profundamente en el lector.

El diario es el compañero de la casa en que penetra. Más que el consejero es el amigo íntimo. Es el consejero práctico y cotidiano, y la teoría verdadera o falsa que llega con él, se convierte en íntima de la casa en donde llega como amiga.

El libro hablaba a los hombres de lejos, como un profesor con birrete. El diario habla a los hombres de muy cerca,

como un amigo que llega a comer con vosotros, y cuya conversación es tanto más interesante cuanto menos estirada.

Así se explica el éxito del periódico.

De este éxito resultan dos grandes deberes: un gran deber para el diario; un gran deber para los lectores.

El gran deber del diario, es de ser realmente el amigo, y el amigo sincero y esclarecido de sus lectores.

El gran deber de los lectores, es querer a su amigo.

Pues, fijaos bien, se desea siempre ser querido por los amigos. Pero casi nunca se piensa en quererlos uno.

Como lo decía un día con bastante exactitud Alfonso Karr, todos desean tener un amigo; casi nadie piensa ser un amigo.

El diario, para ser el amigo del lector, debe llevarle, con todas las noticias mejores, la luz que debe iluminarlo. La luz que viene del buen diario es menos sospechosa que la que viene del libro.

El libro parece querer imponer el sistema de su autor.

El diario parece querer solamente hacer llegar a vosotros la enseñanza que surge de los hechos cotidianos.

El diario tiene esa potencia que viene de la familiaridad. Pero, cuanto más potente es, tanto más se ve obligado a poner su autoridad al servicio de las ideas grandes y verdaderas. Es necesario que haga a las ideas un lugar al lado de los hechos. Es necesario que ilumine y aliente todas las nobles aspiraciones de los lectores y de los escritores. Es necesario que se abra para todo lo grande y cierre su puerta a todo lo mezquino. Pero es necesario absolutamente que sus lectores consideren como deberes sagrados sus deberes hacia él.

Es acerca de esto que yo obligaría a los conservadores a meditar la palabra del Evangelio relativa a los hijos de las tinieblas, a menudo más sabios en el arreglo de sus negocios que los hijos de la luz, en el ejercicio de sus deberes.

Si los conservadores quieren interrogar acerca de esta cuestión a la propia conciencia, les dará tal vez una respuesta interesante. Esta respuesta yo no estoy encargado ni de hacerla, ni de prejuzgarla. Ella debe ser cosa del lector, no del escritor. Pero yo no puedo impedirme de constatar que existen en la sociedad civilizada, deberes de diferentes especies. Tenemos deberes privados y deberes públicos.

Los hombres de conciencia se preocupan vivamente de los deberes privados. Se preocupan, sobre todo, de no infringir las leyes y de no hacer las cosas prohibidas.

¿Pero se preocupan igualmente, con el mismo interés, de los deberes públicos?

He aquí la cuestión que yo me limito a plantear. La respuesta sólo puede venir de ellos.

Cuanto más avanzan los siglos, tanto más el hombre es un ser público. Hace alrededor de doscientos años, pocos hombres en una nación eran hombres públicos. La inmensa mayoría vivía en las cosas privadas e íntimas, escribiendo poco, leyendo poco. Las relaciones personales eran generalmente íntimas y limitadas. Los ejércitos, en el orden militar, eran poco numerosos. Los ejércitos que combatían el combate doctrinal, los ejércitos del pensamiento y de la pluma, casi no existían, y sólo había uno que otro combatiente aislado. El género humano miraba y escuchaba.

En la actualidad, todo el mundo está en el campo de batalla. Los ejércitos militares, en los grandes Estados y hasta en algunos pequeños, cuentan en sus filas a toda la juventud. Todos los jóvenes de casi todas las naciones son soldados. El mismo fenómeno se produce en el orden civil y moral. Un número inmenso de hombres tiene la pluma en la mano. No siempre las contiendas se deciden en los campos de batalla. Unos escriben, los demás leen.

Antes, los que leían estudiaban con docilidad y para instruirse. Ahora, todos leen con encarnizamiento, para juzgar. El combate es universal, ya no hay espectadores. Sólo hay actores. Todo el mundo tiene un rol. Todos los artilleros están listos frente a sus piezas. Un nuevo estado de cosas impone nuevos deberes.

La sociedad en que vivimos, obliga a todos los hombres a manifestarse, a pronunciarse. Son soldados involuntarios. Y bien; frente a la prensa, yo creo que un deber inmenso y sagrado se impone a todos los hombres.

Una cierta prensa que sólo hace especulación con las ganancias, que se vende al mejor postor, ha quedado convertida en un negocio como otro cualquiera, y porque adula las pasiones tiene, por eso mismo, un gusto estragado. Atrae los ojos por medio de colores vivos que ostenta. Excita mil concupiscencias. Por ese medio, atrae la atención de su público desorientado.

La buena prensa, sobria y severa por naturaleza, pone un veto a los elementos vergonzosos, que son todos, en nuestros días, elementos de éxito. Se prohibe mil pinturas y mil intemperancias que atraen a los hombres vulgares y débiles. Sólo le quedan los espíritus elevados que aman lo verdadero, el bien; sólo le quedan los que han conservado el gusto por las cosas bellas, y a menudo las cosas bellas son cosas que están un poco veladas y tienen necesidad de atención para ser admiradas.

Es necesario, pues, que ese público inteligente comprenda y sienta que está encargado de amar, sostener, favorecer, alentar la prensa sana, fuerte y severa, con igual o más fervor que el otro público alienta su propia prensa. Es necesario que cada hombre inteligente se sienta el combatiente de una gran batalla que crece día a día. Es necesario que nadie se desinterese de la gran lucha moral en la que nos hallamos todos comprometidos, por el hecho involuntario de nuestro nacimiento, del cual no hemos elegido su momento. Por el hecho de haber nacido y de saber leer, nos encontramos en el campo de batalla de la prensa cotidiana.

La indiferencia no está permitida. La indiferencia no es posible. Cada uno elige necesariamente sus lecturas. Si la elección no está hecha en favor de la verdad, se peca contra la verdad.

Los escritores que han puesto su pluma al servicio de lo verdadero, tienen en este mundo una ruda tarea. Numerosos son sus sacrificios, numerosos deben ser sus estímulos.

El lector de una obra liviana puede leer livianamente. El lector de una obra seria, de un diario serio, debe leer con seriedad. Los hombres capaces deben tratar de alcanzar el honor de sostener a aquellos que sostienen la verdad, de defender a los que la defienden, de combatir en favor de los que combaten por ella.

Empero, si el rol del escritor es difícil, si exige una valentía activa y cotidiana, el rol del lector es simple y fácil. Pero, por simple que sea, es absolutamente indispensable. El lector debe hacer llegar aliento de vida al escritor. Debe animarlo con el gesto y con la voz. Debe extender la esfera de acción en que el escritor actúa. Debe agrandar el campo en que el escritor trabaja. Debe hacer el aire más sonoro, más trasmitente alrededor del escritor. Debe, multiplicando el auditorio, multiplicar los frutos de la palabra.

Una bella página está escrita.

¿A quién es debida esta bella inspiración? A ti, quizás, lector, que no debes dudar de ello. Tú has, tal vez, alentado en otra ocasión al hombre que estaba encargado de llevar la palabra a tu presencia, en tu favor y en favor de la verdad. Ese estímulo vuelve hacia ti, hoy, bajo la forma de una inspiración soberbia de la cual resultas así el instigador. La llama que has alumbrado, te ilumina ahora más ardiente y más gloriosa.

Si hubieras despreciado en otra ocasión, el noble y gran deber de suministrar leña a la llama que quiere iluminarte, esa llama habría muerto de inanición, y ella no volvería hoy hacia ti orgullosa y brillante, a participarte con esplendidez la vida que en su momento tú le diste.

Toda vida es un intercambio.

La vida universal es un intercambio universal. El reino vegetal y el reino animal se comunican entre sí el aire respirable, o sea la vida.

Se impone que cada uno dé, se impone que cada uno reciba. Es necesario que todos se sientan responsables de todos los demás. Es necesario que las pasiones que pueden sostener en otras partes a otros hombres, y de los cuales yo constato sus esfuerzos, es necesario que esas pasiones sean reemplazadas, en nuestro campo, por el ardor de la verdad, por la autoridad de la justicia, por la magnificencia de la solidaridad.

XXXIX

EL DEFECTO DE LA CORAZA

La ciencia, en el siglo XIX, ha trabajado enormemente, ha descubierto enormemente. Yo me cuidaré bien de empequeñecer esos descubrimientos, pero creo muy importante constatar su naturaleza.

Esos descubrimientos tienen un carácter general, el carácter de una preparación. No tienen nunca, **nunca**, el carácter de un resultado.

Tienden casi todos a la supresión de las distancias. Operan un movimiento hacia la unidad física. Y jamás, **jamás**, la división entre los hombres fué más acentuada, más manifiesta, más aguda, más resonante.

El vapor y la electricidad hacen lo que pueden para reunirnos, y jamás nos hemos visto más íntimamente, más profundamente desgarrados.

El microscopio y el telescopio hacen maravillas. La ruta de los planetas y la gota de agua, campo de batalla de millones de insectos invisibles, nos han entregado sus secretos. Gracias al vidrio, el hombre ve lo que sus ojos no son capaces de distinguir. El triunfa sobre lo infinitamente grande y sobre lo infinitamente pequeño. El ve, dice José de Maistre, él ve el amor y el odio de los seres. ¿Y qué diría de Maistre si viviera hoy día? ¿Qué diría en presencia de los microbios, de su influencia, de su acción, de sus secretos descubiertos? Admiraría sin duda las preparaciones, pero su mirada permanecería absorta ante la exigüidad de los resultados.

La descomposición de los rayos de las estrellas presenta al hombre inverosímiles nociones sobre los cuerpos celestes.

Pero la ciencia, tan formidable, tan audaz, tan orgullosa ante las distancias enormes que mide, que constata, que menciona y suprime, la ciencia se detiene temblorosa y confusa ante un constipado, ante una alteración, grande o pequeña, de nuestros tejidos o de nuestros órganos.

La ciencia discute acerca de los microbios, y yo la felicito y le demuestro mi agradecimiento.

Pero el hombre sigue muriendo de tifus.

¡Extraña ironía! El hombre visita al hombre y lo habla. El ferrocarril suprime las distancias, acerca los cuerpos; el teléfono acerca las voces. Y el hombre toca al hombre para maltratarlo, y el hombre se codea con el hombre para odiarlo desde más cerca. Los hombres se abrazan, pero es para ahogarse.

La ciencia facilita y precipita las aglomeraciones humanas, pero es impotente para reconciliar a dos enemigos, y también y más que todo, a dos amigos.

Los instrumentos de muerte son multiplicados y perfeccionados mil veces más que los instrumentos de vida. El arte de matar tiene mil veces más seguridades de éxito que el arte de curar. La verdadera emulación, la verdadera fraternidad, está en la fraternidad de las artillerías. La artillería puede hacer abstracción del cristianismo; de aquí que su prosperidad sea sincera.

Empero, la fraternidad, fuera del cristianismo, es una palabra que oculta una trampa. Fuera del cristianismo, la fraternidad es simplemente la cosa que se reclama de los demás. En lugar de ser un don, es una exigencia. Es el furor del egoísmo que clama. ¿Y qué clamará él? Clama: «¡Entregaos, entregaos! ¡Adoradme, o de lo contrario os mato!»

La salud y la certeza, esas grandes exigencias de la salud humana, no son potencias sumisas. Su conquista no está hecha. La ciencia no las tiene en sus manos.

Yo no pretendo decir que la ciencia pierde su tiempo, pues nada es inútil y todo descubrimiento tiene una utilidad cualquiera.

Sin embargo, lo útil tiene sus grados. Hay exigencias más o menos imperiosas, y entre las más imperiosas la salud y la certeza tienen preponderancia. Mas la ciencia me parece tanto más orgullosa cuanto su objeto está más alejado. Ella me parece tanto menos asegurada, tanto más indecisa cuanto su objeto está más cercano, es más actual, más palpitante, vi-

viente, imperioso. Cuanto más el socorro es necesario, urgente, tanto más se hace desear.

Es más útil socorrer a un hombre, que descubrir una estrella.

Es más fácil descubrir una estrella que socorrer a un hombre.

Se diría que la importancia práctica de un descubrimiento es un obstáculo para su realización.

Es más fácil descubrir planetas que verdaderos remedios (remedios que no maten), y microbios que tesoros.

La ciencia es más curiosa que fecunda, más sutil que saludable, más ingeniosa que potente. Este es el hecho. ¿Cómo se explica? Aquí se presenta en mi camino ese gran explorador de causas, José de Maistre.

«Observad –dice él– una bella ley de la Providencia. Desde los tiempos primitivos, a los que no me refiero en este momento, ella no ha otorgado la física experimental sino a los cristianos... La física de los antiguos es casi nula, pues no solamente ellos no daban importancia real a las experiencias físicas, sino que llegaban a despreciarlas y aun las vinculaban a yo no sé qué ligera idea de impiedad. Cuando toda Europa fué cristiana, cuando la teología tomó un lugar primordial en la enseñanza, el género humano, encontrándose así preparado, las ciencias naturales le fueron otorgadas.»

Si el espacio lo permitiera, yo encontraría en José de Maistre y sobre todo en la naturaleza de las cosas mil pruebas de esta verdad: las ciencias son rayos, la religión es el centro. La religión católica ha dado a los hombres el permiso negado a los paganos, el permiso de escrutar la naturaleza. El cristianismo ha entregado el mundo a las disputas de los hombres; y ha guardado las llaves de la vida y de la muerte.

De ese modo, la ciencia separada, la ciencia hostil o indiferente podrá ser investigadora; ella no podrá ser vivificante. Es necesario que Prometeo acepte la redención. Es necesario que la ciencia respire en su aire respirable, que es el del santuario. ¿Qué veríamos si ella se retemplase en sus fuentes, que son las fuentes de la vida, si se sumergiese en el cristianismo, para refrescarse en la potencia?

XL

EL SENTIDO DE LA PALABRA «LAICO»

Hablar francés es una gran cosa. La lengua es una soberana cuyas leyes no se dejan violar impunemente.

Yo os desafío gustoso a que no abrís un libro, un diario, a que no echáis una mirada sobre un papel cualquiera, en esta misma hora, sin encontrar en todas partes la palabra: laico. Esa palabra ha invadido los discursos. Se la emplea oportunamente e inoportunamente; está a flor de labios, orgullosa y terrible, armada con el prestigio que le da la moda. La moda es una falsa divinidad que tiene entre sus garras un falso rayo, un rayo de cartón. La vemos escoltada, rodeada por otras palabras actuales como ella: Lo laico está escoltado a menudo por lo gratuito y lo obligatorio. Llega así, entonces, armada con el poder de las frases hechas, consagradas, también ellas, en el santuario de la moda.

Ora la veamos sola, ora en compañía, la palabra laico está usada **actualmente**, en los casos múltiples de su floración actual, con un cierto sentido exclusivo. Significa: extraño a la religión, y como extraño quiere decir enemigo, hostil a la religión (**hostis**, en latín, significa extranjero y enemigo), por lo que es evidente que la palabra **laico** pasa insensiblemente de la indiferencia a la hostilidad, y, por extensión, llega muy lejos. En su uso actual significa irreligioso, impío, ateo. El hábito actual la lleva hasta el ateísmo.

Ahora hablemos francés.

En realidad, ¿qué significa, en la lengua francesa, el estado laico? Es el estado del **fiel** que no pertenece ni a las órdenes religiosas ni al sacerdocio. El laico es el **fiel** que pertenece al cristianismo por la fe, por el amor, el fiel que cree lo que cree la glesia, y que está unido a ella.

El sacerdocio no constituye en modo alguno, por él solo, la sociedad religiosa. Suponer lo contrario obliga a ser un puro absurdo. Tratad de imaginaros una religión en la cual

todo el mundo sea sacerdote. No es posible. El Sacerdote dirige la familia religiosa. Por sí solo no la constituye.

Dios dividió el gobierno de su pueblo entre Moisés y Aarón. Moisés es el laico. ¿Es que por eso encontraréis en Moisés un aire de impiedad? Es el **fiel** por excelencia y el **laico** por excelencia. Yo remontaré, si queréis, hasta Abraham, y descenderé en la historia, llegando hasta donde queráis, y en cualquier lugar que me detenga, encontraré la innumerable legión de los laicos santos y canonizados.

Y ved dónde va a triunfar la palabra laico en su acepción verdadera, gramatical e histórica.

El venerable Tauler ha dejado una huella profunda en la historia religiosa de la edad media. Tal era la potencia oratoria de ese predicador prodigioso, que sus oyentes, conmovidos hasta la médula de los huesos, permanecían a veces absortos y como privados de sentimientos, después de sus discursos. La profundidad de ese recogimiento tomaba la apariencia del desvanecimiento y casi de la muerte.

Y bien. Tauler era el discípulo de un laico, muy célebre en la historia de la edad media, y que no se conoce en dicha época más que con el nombre de: **El laico.** Sólo es conocido como el **laico,** y esta dignidad de laico, de fiel laico, ha calificado en tal forma su verdadero nombre que lo ha reemplazado por completo.

¿Me podré imaginar yo la sorpresa de Tauler y de su maestro si una visión profética les hubiese mostrado la palabra laico, en el sentido que ha tomado hoy día?

Se diría que, en el presente momento, la sociedad laica es una sociedad sin Dios.

La sociedad laica es simplemente la sociedad de los fieles, no formando parte del sacerdocio, y unidos entre ellos por una fe común.

No despreciemos la realidad de la lógica. Quiere ser respetada y tiene razón: ella es respetable. Sus determinaciones no son caprichos. Pertenecen a la naturaleza de las cosas. Las cosas están ocultas bajo las palabras, como la savia bajo la corteza, y cuando se viola la lengua que las encubre, las cosas gritan desde el fondo de su retiro.

Quienes, para eliminar el elemento religioso, desean introducir en todas partes lo laico, se asemejan íntegramente a los hombres que queriendo eliminar el elemento militar introdujeran en todas partes soldados.

Imaginaos a un revolucionario que usara un lenguaje como éste:

–Yo reniego del régimen militar. Nada de mariscales. Nada de generales. ¡Abajo los oficiales! ¡Abajo el ejército! Todo el mundo será soldado.

Una objeción se eleva, tímida como la evidencia; ¡pues, es tímida, la pobre evidencia! Una objeción se eleva:

–Pero, señores, los soldados forman parte del ejército; constituyen su substancia.

–Callaos –responde el revolucionario–. ¡Basta de régimen militar! ¡Basta de ejército! ¡Sólo soldados! ¡Basta de religión! ¡Sólo laicos!

La lengua humana no habla sin ton ni son. Es necesario contar con ella como potencia. Las palabras significan siempre algo. Si toda lengua tiene derecho al respeto, la lengua francesa lo tiene de un modo excepcional.

Es la hija legítima de las grandes lenguas antiguas, de las lenguas universales. Es ella misma, en cierto sentido, una lengua universal. Tiene suficientes y sagrados derechos para el respeto universal, y nadie la viola impunemente. Nadie la viola sin llevar la confusión a sus ideas, a los problemas y a la historia del género humano.

El siglo XVIII, que ha separado todas las cosas, ha imaginado que el laico era el enemigo del sacerdote. Y sus consecuencias funestas perduran todavía. Y a este propósito, yo haré resaltar asimismo la habilidad de los hijos de las tinieblas.

Nuestros enemigos nos atacan radicalmente, por el fondo de las cosas. Apuntan al corazón; saben que allí se distribuyen los golpes mortales. Los conservadores, por el contrario, están inclinados, a menudo, a creer que el centro principal del combate es el detalle. No siempre ven que en cualquier ocasión, que en cualquier lucha, en cualquier crisis, lo principal que hay es el principio.

Salvado el principio, la aplicación local vendrá sola.

Voltaire ha volteado la sociedad cristiana y aún toda la sociedad humana. ¿Cómo lo hizo? ¿Es que por casualidad ha atacado violentamente a los gobernantes y a los gobiernos? En manera alguna. Ha sido el más dócil de los sirvientes y el más solícito de los aduladores. Voltaire jamás ha pronunciado una sola palabra contra los poderes establecidos. Solamente, él ha socavado los principios sobre los cuales reposa toda sociedad bien establecida, y la sociedad se ha desmoronado. Si Voltaire hubiese empleado su vida en luchar contra algo concreto, su nombre bien pronto hubiese quedado olvidado. Pero él atacó a la misma fe cristiana y la sociedad se ha sentido tocada y herida en su principio de vida.

En el comienzo de este siglo, José de Maistre exponía con profundidad y magnificencia extraordinaria las más altas verdades del orden universal. ¿Qué acogida ha tenido por parte de los elementos conservadores? Sus libros no encontraban editores y él personalmente tiritaba, en San Petersburgo, sin capa. Sus libros, que todos debieron disputarse el honor de hacerlos conocer en el mundo entero, no parecían ni tan importantes, ni tan interesantes, ni tan actuales, como el menor acontecimiento de esa época agitada.

Empero, si los conservadores hubieran recibido como se merecía a las «Veladas de San Petersburgo», ¿quién duda que se hubieran visto recompensados con liberalidad al cabo de sesenta años?

Si los creyentes hubieran recibido a de Maistre como los incrédulos han recibido a Voltaire, las cosas hubieran pasado de otro modo. De Maistre era un laico.

Esos dos hombres merecen, como tipos y como enseñanza, ser mirados desde el punto de vista de la urgencia del deber.

XLI

DINASTIA Y DINAMITA

Sí, ciertamente, esas dos palabras tienen la misma etimología. Esta flor única y doble se encuentra en el jardín de las raíces griegas. La misma palabra griega que significa potencia, da origen, en la lengua castellana, a **dinastía** y **dinamita.** No se puede dejar de ver las vinculaciones de esas dos palabras, y mucho se podría decir sobre ellas. Pero tenemos que ser breves.

Es curioso, interesante e instructivo, seguir a través de las épocas y las lenguas, las variaciones de una misma palabra. Porque también las palabras tienen su historia.

La potencia y la fuerza son cosas que dominan el mundo; son también ideas que lo llenan.

Potencia, que se deriva del griego δυναμις, llega al castellano bajo la forma de dinastía y dinamita, y **virtus** se llamaba en latín. **Virtus,** para Roma, era la fuerza, vale decir, la **virtud** por excelencia. Roma adoraba a la fuerza. Alimentada por la loba, tenía como ideal a Júpiter Tonante. Roma constituía para sí misma su propio ídolo, y su ídolo era el hombre. **Vir** y **virtus,** en el fondo son lo mismo. **Virtus** viene de **vir.** La fuerza, en latín, deriva del hombre. **Virtus** es la palabra **vis** o la palabra **vir** que se alarga.

Júpiter Tonante, patrón de Roma, es la fuerza que decreta. Roma comprendió que el decretar es uno de los atributos de la fuerza. Roma adoraba la fijeza y la claridad.



Vir es la fuerza interior. **Virtus** es la fuerza puesta en acción. Para los romanos, la acción tenía por característica el coraje. **Virtus** significa más que todo el coraje militar.

Pero he aquí que las cosas cambian. La lengua va a cambiar con ellas.

«Yo siento una virtud salir de mí.»

La virtud significa entonces la fuerza taumatúrgica, y más en general, la santidad. La virtud queda significando la correspondencia entre el hombre y la gracia. Las virtudes heroicas van a caracterizar los procesos de canonización.

Ellas van a tomar así un sentido absolutamente nuevo. Van a representar de esa manera las virtudes morales y santificantes, en tanto que la virtud en latín y el heroísmo en griego, significaban actos corajudos y violentos, que por cierto no eran siempre de naturaleza tal como para fundar la canonización de sus autores.

La palabra héroe, en griego, permite aun a la lingüística una observación tan importante como poco conocida; recuerda un espíritu rudo. Y la misma palabra pronunciada con un espíritu blando, nos representa a los hombres más degradados y afeminados que la antigüedad pueda ofrecernos.

El héroe, de espíritu rudo, nos representa a Esparta. Casi la misma palabra, con espíritu blando, es Atenas en sus peores días.

No perdamos de vista nuestro punto de partida. Volvamos a **vis** y a **vir** y **virtus.**

Helas aquí transportadas a la lengua italiana, hija de la latina. Y, haciendo una excursión a la lengua francesa, producen esta palabra: un virtuoso.

Si no estoy equivocado, de acuerdo a la palabra **virtus,** un virtuoso tendría que ser un individuo de coraje, un guerrero, un héroe.

Empero, tal es la evolución de las costumbres y la transformación de las lenguas que un virtuoso es un cantor.

He aquí lo que jamás Rómulo estuvo en la posibilidad de prever. Cuando digo Rómulo, es Tácito que hay que entender, pues ignoramos por completo cómo se expresaba Rómulo. Sólo sabemos que su nombre significa Fuerza.

La palabra **vir,** la palabra **vis,** y la palabra **virtus,** después de siglos de trabajo, han compuesto la palabra **virtuoso.**

En cuanto a la potencia, que viene del griego, ha sido considerada siempre desde el punto de vista político. Se convirtió en dinastía. Se refirió a los Faraones y a los Ptolomeos.

Después, llegado el siglo XIX, en Francia, en medio de las ciencias naturales y físicas, la palabra griega se convirtió en dinamita.

Dinastía y dinamita, puestas una al lado de la otra, abrirían singulares horizontes sobre el misterio de las palabras. La lengua de un pueblo narra su historia. Las épocas transcurridas se graban en el diccionario. Allí dejan su propio sello.

Cavando el suelo terrestre, los sabios descubren restos de siglos ya idos. Los esqueletos de los grandes animales desaparecidos relatan la historia natural tal como fué en épocas pasadas.

De igual modo, el estudio de las lenguas relata la historia de los pueblos desaparecidos y de las cosas ya idas. Las lenguas humanas se asemejan a las pirámides de Egipto. El desierto guarda las tumbas de los reyes y el sepulcro de las dinastías.

La dinamita es la ciencia de las fuerzas.

Estudia el movimiento de los cuerpos sometido a la acción de las fuerzas mecánicas.

El nombre de su potencia, que viene del griego, ha tomado esta forma matemática y física.

Y esto no es todo: el hombre ha inventado la **dinamita.**

La dinamita se ha hecho célebre y no tenemos para qué insistir sobre sus efectos.

La química, mimada del siglo XIX, la química, señoreando la potencia, se apoderó de la palabra que la representaba.

Encontró la manera de hacernos saltar por los aires, y se precipitó sobre la potencia para arrancarle su nombre a fin de dárselo a la cosa que acababa de inventar.

En tanto que la dinamita otorga la potencia a la muerte, la medicina homeopática, agarrándose a la misma raíz griega, persigue el principio de vida por vía de la **dinamización.**

Aquí ya no nos metemos. Es ese el secreto de pocos sabios.

XLII

LAS DIRECTIVAS ACTUALES DE LA CIENCIA

Me parece que el orgullo es prodigioso en sus efectos. Cada vez que se coloca bajo mi mirada, creo verle por primera vez. Me parece que nunca he llegado a comprender de lo que él es capaz, que recién comienzo a intuirlo y que mañana tal vez yo lo comprenderé mejor.

Se cree vulgarmente que el orgullo consiste en la alta idea que el hombre tiene de sí mismo y que la humildad nos empequeñece. Es lo contrario lo verdadero. La humildad exalta al hombre. El orgullo le prepara todas las postraciones.

La obediencia, se ha dicho con razón, es la mejor escuela del mando, pues la obediencia es humildad y sólo el humilde se siente seguro cuando manda.

Al comprobar hasta qué grado los hombres son orgullosos, se podría creer que esos altivos y grandes personajes, quisquillosos y delicados, no soportarían de buen grado las relaciones que Darwin establece entre los monos y nosotros.

Pero, si se considera de más cerca la naturaleza del orgullo, se llega a esta conclusión: el orgullo admite gustoso la más humillante doctrina, siempre que esta doctrina sea falsa. El orgullo sólo rechaza la verdad, él se solaza con el error y se solaza allí en tal forma que al error más envilecedor es a veces al que más sonríe; pues el error envilecedor es siempre irreligioso, y el orgullo tiende ante todo y sobre todo, a ser irreligioso.

Es indispensable citar algunas frases: es necesario estudiar a Darwin en él mismo para comprender esta doctrina.

«Es notorio, dice él, que el hombre está hecho sobre el mismo tipo general, sobre el mismo modelo que los otros mamíferos. Todos los huesos de su esqueleto son comparables a los correspondientes de un mono, de un murciélago o de una foca. Lo mismo pasa en relación a sus músculos, a sus nervios, a sus vasos sanguíneos, y a sus vísceras internas. El cerebro, el más importante de todos los órganos, sigue la misma ley».

Si eso fuese del todo cierto, si el hombre presentase tal semejanza con el murciélago y con la foca, sería precisamente el caso de exaltar al alma humana, que a pesar de dichas analogías físicas un tanto desconcertantes, abre tan grandes abismos entre las creaturas.

Cuanto más la semejanza física fuese una realidad, tanto más la distancia moral resplandecería.

Sin embargo Darwin continúa:

«Vulpiano, hace la siguiente observación: las diferencias reales que existen entre el encéfalo del hombre y el de los monos superiores son muy pequeñas. No hay que hacerse ilusiones a este respecto.

»El hombre está mucho más cerca de los monos antropomorfos, por los caracteres anatómicos de su cerebro, que éstos no sólo de los otros mamíferos, sino también de ciertos cuadrumanos como los macacos».

Y bien, entonces, Vulpiano, Darwin y todos vosotros, tenéis el deber de afirmar y defender la naturaleza espiritual del alma, ya que los caracteres anatómicos del cerebro no son suficientes para explicar la diferencia esencial inmensa, la distancia inconmensurable que el alma establece.

Darwin cita un cierto número de animales que cumplieron, según sus conocimientos, actos singulares, actos reveladores, actos que probarían una cierta prudencia, una cierta habilidad. Nadie piensa negar esos hechos. Pero cuanto más reales son, cuanto más numerosos, tanto más atestiguan un cierto límite más allá del cual no pasan, y que no pasarán jamás.

Dad algunos huevos a monos. Esos monos los rompen primero con mucha torpeza, y el contenido se les escapa. Después, si se sigue la experiencia, parece como si el mono aprendiese poco a poco la manera de aprovecharlos. Golpea con suavidad la extremidad del huevo contra un cuerpo duro y saca con sus dedos después los fragmentos de la cáscara.

Y bien; aceptado todo eso, y aun cuando otros hechos más extraños viniesen a corroborarlo, el abismo que separa al hombre del animal permanecería íntegro tan enorme, íntegro tan infranqueable, como siempre se ha aceptado que es. Un simio puede estar educado y las lecciones de la experiencia aumentan su habilidad. Puede aprender a romper y a comer un huevo. ¿Pero puede tener una idea? ¿Puede concebir la verdad como verdad, el ideal como ideal? ¡Jamás!

Un perro, dice en alguna parte José de Maistre, puede saber que ha venido aquí hoy día, y ayer, y antes de ayer. No puede saber que ha venido **tres** veces.

La cifra, el número **tres** le permanece ajeno necesariamente.

Y la palabra, la palabra articulada, ese prodigioso y magnífico órgano del pensamiento espiritual, ¿no será por sí sola suficiente para terminar toda discusión, y para impedir en todo momento entre el animal y el hombre hasta la sombra de una confusión cualquiera que sea, grande o pequeña?

Sin embargo, Darwin se ha atrevido a decir:

«En lo que se refiere al origen del lenguaje articulado, yo no dudo que ese lenguaje tenga otro origen que las imitaciones, y las modificaciones acompañadas de signos y de gestos, de diversos sonidos naturales, de gritos de los otros animales y de gritos instintivos peculiares del hombre».

Esta grotesca afirmación no es solamente una hipótesis sin prueba; es la degradación absurda de la palabra humana.

La palabra no es un ensayo; es un don magnífico de Dios.

Y bien; enseñad a un orgulloso esta doctrina envilecedora; en lugar de indignarse y de ofenderse, la aceptará con una cierta complacencia.

La complacencia nacerá del error, considerado en sí mismo, porque el error es irreligioso, y el orgullo es simplemente una hostilidad del hombre contra la verdad. Por el contrario, hablad a un orgulloso de la grandeza del hombre de su naturaleza sublime, de su creación, de su redención, de su destino inmortal: el orgullo, en vez de consentir como se lo podía creer capaz, según las ideas vulgares que sobre él se tienen, el orgullo se sublevará; el hombre, nos dirá, no es tan grande como se pretende. Dios no se ocupa de él. Y por lo demás, ¿sabemos acaso algo de Dios?

Pues el orgullo, que voluntariamente se reconoce filósofo y teólogo, cuando se trata de combatir la verdadera filosofía y la verdadera teología, se excusa sin titubear desde que se trata de aceptarlas. Cuando se trata de negar, se declara competente. Pero, en cuanto se trata de afirmar, proclama su incompetencia.

Yo creería haber hecho una obra útil, si contribuyera a arrancar al orgullo esa máscara de grandeza de la cual se sirve para engañarnos.

El es el error, por tanto es el empequeñecimiento. No eleva nunca. Hunde siempre. Termina humillando.

Pero, presentadme, yo os lo suplico, si conoceis alguno, un hombre humilde. Yo entonces le propondría las ideas y los actos más elevados, yo iría y le propondría los más sublimes fines, y se que comprendería y aceptaría. ¿Por qué no creer que si no ponemos límites a la idea de nuestra real pequeñez y miseria no estaremos habilitados para no poner límites a la acción para la cual, con fundamento, podamos creernos destinados?

Cuanto más humilde aquel hombre, tanto más aspirará a las más altas elevaciones. La humildad es por sí misma y como instrumento, una ascensión hacia lo sublime.

La explicación de ese fenómeno es tan simple como inapercibida, tan interesante como olvidada.

Y consideremos también que no deben engañar las apariencias como tienen tendencia a hacerlo. Por eso es preferible a una modestia y timidez aparentes, que muchas veces encubren un embozado orgullo, una apariencia altiva y orgullosa que representa una especie de pudor de la humildad. La fuerza de la humildad le viene de que mantiene al hombre en estado de verdad.

¿Y qué es la verdad?

Es el fin primordial de la creatura.

La creatura humana, estando destinada a una participación magnífica y sobrenatural de la vida divina, cuanto más tiende a la perfección, tanto más se encuentra en la verdad.

La humildad es la respuesta al llamado de Dios, y como Dios llama a muy alto, la humildad es sublime en sus propósitos y deseos.

Voltaire humilla al hombre, recordándole a cada momento todas las deficiencias de su naturaleza, y los orgullosos, que deberían rechazarlo con desprecio como a un difamador, los orgullosos se ponen de rodillas en su presencia. Se ponen de rodillas ante él, porque Voltaire detesta a la verdad. Si humilla al hombre, no es para mostrarle su caída y su miseria, es para hundirlo allí, es para confundirlo allí, es para disuadirlo de los esfuerzos que suponen el combate y la victoria. Voltaire insulta al hombre y el orgullo aplaude, porque este insulto es al mismo tiempo un insulto al hombre y un

insulto a Dios. Y, resultando insultado Dios, el orgullo aplaude aun cuando resulta insultado el hombre.

En el discurso de la recepción de Pasteur en la Academia, Renán no tuvo inconveniente para decir:

«Yo no sé bien si soy espiritualista o materialista».

Y el orgullo aplaudió, y esta confesión, tan humillante en los labios de un filósofo, no sorprende ni a quien la dice ni a quienes la escuchan.

Es que también, en el mismo discurso, habiendo nombrado a la Providencia, explica así la palabra que acaba de pronunciar: «Yo entiendo por esa palabra —dice él— al conjunto de las condiciones fundamentales de la marcha del universo».

Esta providencia así entendida es soportable para los hombres del siglo XIX, y el orgullo aplaudió.

Un filósofo, jefe de escuela, declarando en su discurso solemnemente en la Academia Francesa, que no está seguro si es espiritualista o materialista, y las frases de Darwin por las que reconoce no saber tampoco tantas cosas que a un niño corresponde saber, esas actualidades de la **ciencia** heterodoxa, abren grandes horizontes acerca de la naturaleza humana.

¡Pobre naturaleza humana! ¡Cuánta necesidad tiene para ser grande, de llamar a la humildad en su socorro! Un antiguo emperador decía: «Sólo es grande el hombre a quien yo hablo, y en el momento en que lo hablo».

Hay que corregir esta frase y decir: «Sólo es grande el hombre a quien Dios habla, y en el momento en que lo habla».

En el momento en que Dios lo habla, el hombre es humilde, y por eso es grande; y es por esto que la Virgen María declaró al género humano que todas las naciones las proclamarían bienaventurada porque el Todopoderoso vió la bajeza de su esclava e hizo en ella grandes cosas.

XLIII

UNA MIRADA AL ORIENTE

El siglo XIX es el siglo de las contradicciones. Ofrece estos dos caracteres tan eminentemente opuestos entre sí: **quiere** la unidad y **practica** la división.

En el orden literario, en el orden filosófico, en el orden social, en el orden religioso, es posible constatar esta doble tendencia, tan perfectamente simultánea como perfectamente contradictoria.

La crítica del siglo XIX, si la miramos por un lado, se nos aparecerá como la obra maestra de la división. Si la miramos por otro lado, como la aspiración ardiente y malograda hacia la unidad.

En el siglo precedente, la literatura separaba los **géneros.**

Había el Poeta Epico, el Poeta Lírico, el Poeta Dramático, el Poeta Satírico, el Poeta Cómico.

En la actualidad sólo existe el Poeta.

Al Poeta se le exige ahora que comprenda y sienta la unidad de la Poesía. Y la Poesía, desde que se reconcilia con su unidad, la Poesía tiende a ser otra vez sinónima de creación.

La creación tiene por objeto el Universo, y la palabra **Universo,** contiene dos palabras: Unidad, Variedad.

La Poesía tiene por objeto su universo propio, que es también unidad dentro de la variedad. Y es por esto que abraza todo.

La pequeña crítica, que culminó con Voltaire, separaba todas las cosas. Separaba los géneros, determinaba los dominios de la Poesía y los convertía en estrechos y circunscriptos.

Olvidaba la unidad en el Arte, como también en las ciencias, como también en la vida.

A eso llégase con el olvido del cristianismo, cuando se alcanza lo más que se puede alcanzar.

La unidad, aun natural, escapa a las miradas del ciego.
En la primera Antigüedad, aun entre los Griegos, el común origen de las cosas habríase conservado en la memoria de los hombres. ¿Y qué decir de los Hebreos? David era a la vez el prototipo del Rey y del Poeta. Salomón, del Rey y del Sabio.
Los Hebreos no creían que un hombre cesara de ser práctico por el hecho de que fuera contemplativo e inspirado.
El siglo XVIII creyó que un hombre para nada sería bueno, si vivía cerca y dentro de la luz de la divinidad.

El siglo XIX tiene pesada la conciencia acerca de la Unidad. Y por esto la crítica ha salido de sus manos armada de pies a cabeza.
Pero esta conciencia sorda no ha producido la obra que debiera, y esta fragua en donde la Unidad se elabora, no ha visto salir de sus entrañas el fuego, el germen de vida que ella elabora, pero que no produce.
Se diría una usina inmensa en donde deben fundirse los instrumentos de vida, pero en donde se funden los instrumentos de muerte, ya que se niega a producir arados para producir cañones.

En este mundo de la crítica, la mirada del siglo XIX busca la Unidad, porque abraza al mundo, pero no la encuentra, porque no sabe donde está oculto el secreto de la Unidad, en este mundo enorme y complicado que mira sin contemplarlo. Pues, para ver, es suficiente tener los ojos abiertos. Pero para contemplar, para comprender, hay que aceptar y poseer la Luz de Vida, sin la cual todo es contradictorio y muerto, el Hombre, la Historia y la Naturaleza.
El siglo XIX desea mucho mirar a esas tres cosas, el Hombre, la Historia y la Naturaleza. Pero no desea mirarlas con la luz de la cruz, centro y foco del resplandor divino.
Y por esto, su mirada se pasea, distraída y curiosa a la vez, sin llegar a ser profunda o contemplativa. Va y viene, en vez de avanzar. Mira en vez de contemplar. Reúne todos los elementos de la contemplación, pero no los coordina. Y por esto se detiene antes de llegar a la contemplación misma.

Prepara numerosos materiales para alguien que debe venir, pero no los utiliza. De esa manera, todos los hombres tienen el aspecto de decirse unos a los otros: ¿Eres tú el que debe venir, o es necesario esperar a otro? Y, hasta ahora, habrían podido responderse los unos a los otros: Nosotros preparamos las vías para el que ha de venir.

A la Historia le ha pasado lo que a la literatura, a la crítica y a la filosofía. Ha trabajado inmensamente. Pero, también ella, ha permanecido inmóvil en presencia de los monumentos que ha elevado. Sus manos los han elevado, pero su soplo no los ha animado. El soplo es el acto de la vida. Y lo mismo que la luz falta a las pinturas, cuando no es desde la cruz que se irradia, el soplo falta a las estatuas cuando el espíritu divino no existe en el pecho de quien las hizo.
De ese modo, la Historia permanece sin conclusión. Hasta ese entonces, la historia permanecía separada, aislada con el relato de batallas y asesinatos: era la nomenclatura de fechas y sucesos, y la historia de un país parecía extraña a la historia de los otros países.
Actualmente la Historia tiene el derecho de escribirse con letra mayúscula. Su mirada se ha extendido. Se ha extendido en altura, en profundidad y en anchura. No se concreta ya a los hechos y a las fechas. Desea penetrar en las cosas y en las causas.
Desmenuza las instituciones para pedirles su espíritu. Desmenuza los acontecimientos para preguntarles de dónde vienen y a dónde van. Aún no es capaz de preguntarles por quién son conducidos.
Sólo ha olvidado una cosa, y es colocar las luces lo suficientemente alto como para iluminar los conjuntos.
Esa mirada de la historia actual descubre la solidaridad de las naciones, pero aún no ha sabido nombrar a Aquel en quien ellas son solidarias, a Aquel en cuyas manos está el gobierno de todo, a Aquel de que habla San Pablo, **in quo omnia constant.**
Como el terreno del trabajo se ha agrandado, el campo de la división también ha resultado mayor, los elementos del

conflicto se han multiplicado, y la unidad, que todavía no ha aparecido, parece más alejada que nunca.

La Unidad parece más alejada que nunca, porque los amontonamientos de materiales que la esperan son más numerosos que nunca, y como aún no ha resoplado sobre ellos, la división y el desorden aparecen por sí solos en ese conjunto enorme de piezas agrupadas, pero todavía no ordenadas. La alta antigüedad había echado miradas universales sobre las cosas y sobre el mundo.

El arte antiguo había nacido pleno de conciencia y la conciencia de un ser, constituye siempre su unidad. En Homero, la historia, como el arte, posee tendencias universales.

El Oriente y el Occidente se contemplan en «La Ilíada».

La historia antigua se abre con Elena, mujer de Menelao, que fué la chispa de la guerra de Troya.

La historia antigua termina en realidad al mismo tiempo que el mundo pagano y con otra Elena: esta se llama Santa Elena, y es la madre de Constantino.

Las relaciones de Oriente y Occidente siguieron dos veces los destinos de dos Elenas.

Las civilizaciones parecieron elevarse sobre sus tumbas.

Pues, en general, los acontecimientos históricos tienen por origen aparente un hombre y por origen más real una mujer. Pero por sobre todo tienen siempre como punto de partida absolutamente real, un espíritu.

En los momentos más vulgares de la historia humana, Oriente y Occidente parecen olvidarse.

En los momentos más solemnes de la historia humana, Oriente y Occidente se miran. En los momentos más decisivos, Oriente y Occidente se tocan.

Se golpean o se abrazan.

Constantino no estuvo a la altura de su situación. Encargado de inaugurar un mundo, faltó a la fiesta de la inauguración.

Primer emperador cristiano, no dió al mundo el ejemplo que debió darle. Su cristianismo fué exterior, incompleto, superficial, formó un mundo exteriormente, incompletamente y superficialmente cristiano. Constantinopla se convirtió en Bizancio. El Occidente y el Oriente se separaron.

En la época de San Luis, comprobamos, entre el Oriente y el Occidente un nuevo cambio de miradas. San Luis era plenamente occidental, pero era lo suficientemente grande como para no olvidar el Oriente. Pero los cruzados fueron indignos de las cruzadas y los cruzados no alcanzaron sino fines incompletos.

San Bernardo predicó la cruzada con toda la energía de su palabra. ¡Su cruzada fracasó! Hay que leer, en la correspondencia del Santo, hasta qué grado esta prueba fué terrible para él. Habiéndose opuesto la libertad humana a la actividad divina, la cruzada que anunció con la audacia de su fe soberana no tuvo el éxito que su esperanza le señalaba.

Se diría que una cierta fuerza tiende a anudar los vínculos del Occidente y del Oriente, y que otra fuerza tiende a romperlos.

Napoleón I tuvo aspiraciones hacia el Oriente. Constantinopla, decía él, es el imperio del mundo.

El cautivo de Santa Elena, refiriéndose a la expedición a Egipto, calificaba su desastre de San Juan de Acre como la mayor desgracia de su vida. «San Juan de Acre tomada, decía él, el ejército francés hubiera volado a Damasco y Alepo.

»Hubiera estado en un abrir y cerrar de ojos sobre el Eufrates. Los cristianos de Siria y de Armenia se nos habrían unido: las poblaciones se hubieran visto sojuzgadas.

»Yo habría alcanzado, añade él, Constantinopla y la India. Hubiera cambiado la faz del mundo. Hubiera tomado a Europa desde atrás. La vieja civilización europea quedó aislada.»

Y termina diciendo: «yo no cumplí mi destino».

La cuestión que une o divide a los orientales y occidentales es muy superior a una cuestión política. Es del número de las que la Providencia se ha reservado. Tiene los caracteres de un secreto, y yo diría que tiene casi las proporciones de un misterio.

En general, el análisis es más propiamente del dominio del hombre; la síntesis toca de más cerca las cosas divinas.

Las épocas ordinarias y los hombres ordinarios observan los detalles: cortan en mil pedazos los objetos que examinan. Triunfan más fácilmente, pues el campo de su acción es más limitado, y dentro del límite, el hombre se siente más fuerte; se siente en lo propio.

Los hombres extraordinarios, cualquiera que sea su teatro de actividad, en el arte, en la ciencia, en la especulación, en la práctica, aspiran a la síntesis, y su éxito es más difícil, pues el socorro divino es más inmediatamente y más visiblemente necesario.

El hombre se siente más orgulloso con un microscopio en la mano que con un telescopio ante los ojos; cuando se enfrenta con la síntesis, el hombre se siente más débil y más alejado de lo propio.

La alta ciencia y la alta antigüedad tienen íntimas vinculaciones entre sí; esas semejanzas son sobre todo evidentes, si se trata de la antigüedad santa.

He aquí una palabra antigua y esencialmente actual; ella domina la historia del mundo: «Que Dios multiplique a Jafet, decía Noé, que habite bajo los tabernáculos de Sem y que Canaan sea su esclavo».

Las tiendas de Sem, que representan aquí al Oriente, están designadas con esa palabra de tabernáculos. Es que el Oriente es el reposo y nada resulta profanado con el reposo. El reposo es un santuario; en su morada, Jafet trabaja, y no descansa. El occidente es el campo del trabajo. Jafet, que aspira siempre a dilatarse, recuerda la bendición de Noé, y los tabernáculos de Sem no se han apartado de su memoria. Piensa en ellos, aun a pesar suyo, porque está en su vocación pensar en ellos. Piensa en ellos, ora a su gusto, ora a disgusto, pero no puede casi hacer abstracción de ellos. Esta preocupación es en él, como uno de esos profundos recuerdos de infancia, de los que no es posible deshacerse y que persisten hasta la vejez, inmortales como el alma en que han sido plantados; el Occidente y el Oriente parecen tener necesidad de olvidarse a sí mismos. Su reposo consistiría, tal vez, en trasladarse el uno en el otro.

Jafet, si hiciera a las tiendas de Sem una visita amistosa y pacífica, encontraría los recuerdos de Noé, rejuvenecidos por los siglos. Los primeros días del mundo no aparecerían entonces tan lejanos.

El Occidente entraría en el reposo, el Oriente en el trabajo.

Los hijos de Noé se hallarían reunidos, de rodillas bajo la misma bendición.

XLIV

EXAMEN DE CONCIENCIA

Vosotros conoceis seguramente la historia de Esopo, encargado por su señor de presentarle en la mesa lo mejor que hay en el mundo: el esclavo jorobado le sirve una lengua, después otra lengua, después una tercera lengua. Sólo el condimento variaba; lo principal no variaba. El amo, impaciente, imagina otra cosa. «Veamos, le dice al esclavo, preséntame ahora todo lo peor que hay». Y Esopo le sirve una lengua, después otra lengua, en fin una tercera lengua.

El señor se irrita. «Y bien, dice el esclavo, ¿no es la lengua acaso lo mejor que hay en el mundo y lo peor que hay en el mundo? Es por ella que sucede todo el bien y todo el mal en la sociedad humana».

¿Y si Esopo hubiera conocido la imprenta? ¡Ah!, de seguro hubiera buscado y encontrado yo no sé qué ingenioso modo de presentar en la mesa de su señor las veinticuatro letras del alfabeto. Yo no dudo de que la pastelería ingeniosamente preparada, hubiera podido hacer ese servicio.

La lengua está limitada en su operación.

La esfera en donde ella se mueve es estrecha. Habla a pocas personas a la vez.

Esopo podía sin embargo, no habiendo otra cosa ni mejor ni peor, presentarla a su señor.

El no conoció la imprenta. Una de mis admiraciones, es la ausencia de admiración cuando consideramos esta potencia enorme. Es que también nosotros no le damos todo su valor. He aquí tal vez la explicación de nuestra tranquilidad. Nos servimos de ella; la soportamos; pero no la miramos obrar sobre nosotros y sobre los demás, con el estupor digno de su grandeza. En su presencia, estamos en actitud activa o pasiva. En ambos casos, somos negligentes.

Si la prensa luciera por primera vez, bajo nuestros ojos, su aparición en la tierra, tal vez nuestra atención se concentraría **un momento** sobre ella.

Si esta potencia saliera toda armada bajo nuestros ojos, por primera vez, de un cerebro cualquiera, tal vez un poco de temor acompañaría su entrada en escena.

Si esta soberana, que guarda entre los pliegues de su manto talar la vida y la muerte de las naciones, desplegara ante nosotros, por primera vez, sus pompas y sus obras, tal vez nos veríamos advertidos que el mundo en el futuro va a girar sobre un eje nuevo.

Pero la prensa nos ha hamacado en sus rodillas desde nuestra infancia. Ha sido la camarada buena o mala, de nuestra vida entera; ha seguido paso a paso nuestras jornadas, tal vez nuestras noches, y nos ha disimulado la enormidad de su importancia, por la frecuencia de sus visitas y la continuidad de sus manifestaciones.

Cuando la vida y la muerte penetran en alguna parte, desnudas, visibles, identificadas, armadas con sus nombres e insignias, con el aparato y la solemnidad de su naturaleza, las cabezas se descubren a su paso. Se dice:

¡Helas aquí! y cada uno, según la amplitud de su mirada, mide su esfera de acción.

Pero la prensa es otra cosa. ¡La Prensa! Ella disimula la vida y la muerte bajo las más familiares apariencias que existen en el mundo. Esas apariencias son tanto más terribles cuanto más simples, más accesibles, más discretas. La prensa oculta la vida y la muerte bajo las **especies** de una hoja de papel.

Terrible llega a ser esta hoja de papel.

Ella es tanto más terrible, cuanto menos lo parece.

Se presenta con la afabilidad de una visitante grata, que viene a relatarnos las novedades del día.

Se presenta bajo esta forma sencilla: el diario.

* * *

Un diario, ¿habrá cosa menos temible en apariencia? Es barato, a veces muy barato; casi no pesa. Se tiene doblado bajo el brazo, en la mano y se arruga y rompe sin que uno se de cuenta. Y cuanto menor apariencia tiene, más potencia suele tener. Es el amigo de la casa.

El vierte en la sangre de los hombres y de los pueblos la vida y la muerte tan suavemente que los hombres y los pueblos no sienten ni la vida ni la muerte introducirse en sus venas. Las beben sin apercibirse de ella.

La prensa insinúa la vida o la muerte y la insinuación es tanto más terrible cuanto más insensible. El pan no dice: yo soy el pan. El veneno no dice: yo soy el veneno. Todo está enmascarado: todo está oculto. Ya no se sabe ni lo que se bebe ni lo que se come.

Si yo insisto acerca de esta circunstancia que disimula a los hombres la importancia de la prensa, es porque ella posee, como la prensa misma, consecuencias enormes, incalculables y que pasan desapercibidas.

Esos hombres numerosos y prudentes, que se llaman los conservadores, y que a menudo se denominan ellos mismos los **buenos**, esos hombres de conciencia, y que reflexionan sobre muchos de sus deberes, como hay que reconocerlo con satisfacción, ¿han reflexionado lo bastante acerca de ese deber enorme, esencial, que les incumbe en lo que se refiere a la prensa?

La importancia incalculable, monstruosa, de ese deber, corre el riesgo, como la importancia de la prensa misma, de ser desconocido.

El hombre de conciencia se ocupa mucho de los deberes privados. ¿Pero se ocupa con un interés igualmente vivo y profundo, de esos deberes nuevos que la sociedad nueva en que vivimos ha creado a cada uno de sus miembros?

Y entre esos deberes se encuentran, en primera línea, los deberes frente a la prensa.

* * *

Un enorme número de personas parecen desinteresarse de la vida pública. Se esconden con una modestia vituperable, que yo calificaría de anulador orgullo embozado, tras el muro de la vida privada. Ya sea que la prensa hable bien o mal, ya sea que distribuya la vida o distribuya la muerte, se diría que nada de eso les concierne.

¡Tened cuidado! ¡El derrotismo conduce siempre a mal fin! No es posible creer que tarde o temprano no debamos sufrir las consecuencias de una política suicida.

Lo queráis o no, formáis parte de esta sociedad, a la cual le será distribuída mañana por la mañana y por la tarde, el pan o el veneno.

¡Tened cuidado! Ya sea que lo quieras o no, eres a la fuerza miembro de la humanidad, miembro de la nación, que comerá el pan o el veneno, y forzosamente experimentaréis en su hora las consecuencias de un tal alimento, o las consecuencias de su envenenamiento.

¡Tened cuidado! La solidaridad es la ley de este mundo. Os será tan imposible desinteresaros por completo de la prensa buena o mala, como el desinteresaros del frío o del calor, de la salud o de la enfermedad que circula en el aire, como el desinteresaros de vuestra vida, de vuestra muerte, de las leyes que os rigen, de los alimentos que van a alimentaros o del arsénico que va a emponzoñaros.

Alejandro Dumas ha dicho:

«Son en particular los malos libros los que causan sensación. Sucede lo que con las comidas que entorpecen la digestión; en las comidas que se digieren bien ya no se piensa al día siguiente».

Nunca estará de más citar estas palabras y meditarlas. Explican tal vez lo que hasta aquí ha permanecido sin explicación. Explican el amor de los hombres por quienes los perjudican. Explican la exacerbación voluntaria de las penas. Explican la historia moderna. Pero si esta frase explica

mucho, no justifica nada. Es espantoso comprobar cómo el mal realiza tanto mal, y el bien tan poco bien. Esta desproporción monstruosa se explica, también sin justificación alguna, claro está, por la atención profunda y durable que se otorga al mal, por el olvido fácil y rápido que se concede al bien.

¿Con qué derecho conserváis vuestra memoria íntegra para esos alimentos peligrosos y malignos que se han adherido a vuestro recuerdo, en virtud del mal que os han hecho?

¿Y con qué derecho reserváis el olvido, uno de los males más incurables, para esos alimentos reparadores que os han evitado pensar en ellos, desde que ningún malestar os han causado?

La injusticia del hombre hacia los sostenes físicos y morales de su vida cotidiana es uno de los más tristes fenómenos de nuestra naturaleza, y yo creería haber hecho una obra importante si atrajera en este momento la atención hacia tan irritante injusticia.

* * *

Hay hombres que consagran su existencia a suministrar a los demás los elementos de su vida moral. Esas existencias constituyen vidas de abnegación y apostolado; y vidas que distribuyendo veneno, darán los elementos de la enfermedad o de la muerte, y que se verán recompensados con el agradecimiento y el recuerdo de los mismos enfermos. Las miradas no serán para los primeros, serán para los otros. Se constatará su acción. Se admirará su potencia. Se los temerá siempre. Se los querrá casi siempre.

Cuando, por el contrario, los elementos de vida distribuyeron la salud, la fuerza, entonces cada uno irá a sus quehaceres particulares y se aprovechará del bien que se le ha hecho, pero poco recordará las manos bienhechoras, y los distribuidores de la vida tendrán el olvido como recompensa. Una vez más, ¡tened cuidado! Ellos no os distribuirán la misma vida, con la misma abundancia, si se ven olvidados, pues el olvido tiene su efecto: desalienta.

El olvido mata de un solo golpe a los olvidadizos y a

los olvidados. Milton decía: «El que mata un hombre, sólo mata un hombre. El que mata un libro, mata muchas veces una idea, y será necesario tal vez un gran número de generaciones humanas para que quede anulado el mal que se hizo.» Yo quisiera hacer oír esta frase a todos los hombres a la vez. Yo la siento desde el fondo de mis entrañas con una tal intensidad que quedo por debajo de la impresión que me causa. Quisiera que de ella participaran todos. Quisiera ser señor de los ecos para que resonara en el mundo entero.

Sí, es imposible, absolutamente imposible medir el mal que hace el olvido, y el bien que impide. El hombre que habla tiene necesidad de ser escuchado. Tiene también necesidad de sentirse escuchado. Su elocuencia se agrandará en la medida en que los demás se encuentren entusiasmados por él. Sólo hace mucho quien habla con entusiasmo, y el entusiasmo de la palabra tiene hambre y sed del eco.

Yo quisiera poder dirigirme a la vez a todos los que leen, o sea a todos los hombres, porque todo el mundo lee en esta hora; yo quisiera no solamente poder decir a todos los hombres, sino también hacerles comprender y sentir esta verdad, la más desconocida de las verdades, a saber, que son depositarios de un mandato sagrado del cual ignoran en casi todo momento la naturaleza y la existencia, y que en sus manos está ese mandato de justicia, para elegir entre los escritores, para alentar a los unos y para olvidar a los otros.

* * *

José de Maistre preguntó cierta vez a un general: «¿Qué representa una batalla ganada?»

El general respondió: «Es una batalla que el ejército cree ganada.»

Esta frase ingeniosa es profunda.

En la confusión, cuando los dos ejércitos están desorientados en medio del humo de los cañones, de la embriaguez de la muerte, en la batahola de la carnicería, hay un momento en que un ejército proclama: La victoria es nuestra.

Y desde ese preciso momento, este ejército se ve victorioso. La convicción no solamente constata la victoria: la otorga. Un ejército que se siente actualmente victorioso, se convierte actualmente en invencible. Lo mismo pasa en los combates del espíritu.

El escritor militante que se siente victorioso se convierte en invencible. El sentimiento de la victoria da la actitud para la victoria, y la actitud de la victoria es la victoria misma. Mas, esta actitud de la victoria, es el público quien la da al escritor, y el público es cada uno de nosotros. No es posible echar sobre los demás ese deber sagrado de alentar y sostener al escritor que se bate por la verdad. Es necesario que cada uno se diga a sí mismo, realmente y personalmente: «Yo soy el público. Me encuentro revestido con una magistratura temible. Entre los libros, entre los periódicos que se me ofrecen, yo elijo. Esa elección es un juicio, y un juicio en última instancia. Los escritores comparecen ante un tribunal sin apelación y este tribunal lo formo yo. Tal hombre, que vive a cien leguas de aquí y que no conozco, recibirá por manos de la prensa la vida o la muerte, y soy yo quien le daré la una o la otra. Pues soy yo mismo el que va a elegir el pan o el veneno que va a circular. Soy yo el que va a dar a tal o cual escritor el aliento, la energía, la elocuencia, el coraje de decir las verdades difíciles o soy yo el que va a privarlo de esas cosas. Y eso no es todo; mi mandato es más amplio.

»Yo no elijo solamente el alimento de los hombres del presente, elijo asimismo el de los hombres del porvenir. Yo voy en este momento a alumbrar o a extinguir tal foco de luz, cuyo resplandor o extinción se hará sentir en la posteridad. Yo voy a plantar árboles que serán el orgullo de los campos del mañana... **Mis bisnietos me deberán esa sombra.** O, por el contrario, quebraré en su comienzo, con mano distraída, el roble que empieza a crecer, y los gajos antes de que florezcan.»

Yo quisiera que todos los hombres adoptaran un lenguaje semejante y que la conciencia se acordase de los grandes deberes olvidados, y de las grandes faltas de la omisión.

XLV

LA PAZ

¡La Paz! No hay que confiarse mucho de esa palabra. Jamás título alguno fué más engañoso. Quiero celebrar hoy día la Paz universal, pero fijaos bien antes, yo tomo la palabra Paz, en el sentido negativo, en el sentido equivalente a ausencia de guerra.

Tomo esa palabra en el sentido dado por el Evangelio cuando dice: «Yo no he venido a traer la Paz sino la espada.» Esta Paz condenada me parece representar bastante bien el estado actual de los espíritus.

Se ha dicho mil veces que esas palabras hay que extenderlas y que no se aplican a todo el mundo. Se ha dicho mil veces que, en esta paz, que es un sueño, muchos vigilan. Existen otros que están despiertos. Existen otros que obran. Existen los que ruegan. Los que lloran. Yo duermo, pero mi corazón vela, podría decir la Humanidad. Están los que representan el corazón de la Humanidad. Estos velan en tanto que ella duerme.

Pero hablemos de los dormilones. Estos tienen ciertamente hoy día un carácter particular, y este carácter no es otro que la calma, que la parodia del reposo eterno. ¡Es la paz de la tumba! Es, en fin, una paz cualquiera, y eso es lo que quería constatar.

En otras épocas, tal vez en todas las demás épocas, el mundo intelectual ha sido un campo de batalla. En todas las épocas, el hombre ha aprovechado el permiso que le fué concedido, el día en el que el mundo quedó librado a sus disputas. En todas las épocas, por lo menos en todas aquellas que han llegado a mi conocimiento, se podría indicar, poco más o menos, el campo de batalla que era entonces el elegido para el combate de los espíritus. Toda la antigüedad ha sido una lucha filosófica. Por alto que se remonte la historia del pensamiento humano, no se recordaría haber conocido la paz en su infancia, y, menos aún, en su juventud. En todas

partes, religión contra religión y filosofía contra filosofía. En todas partes escuelas, en todas partes maestros, en todas partes discípulos. La Grecia no es otra cosa que una escuela de filosofía, formada por muchas sectas que rivalizan entre sí. Roma no es, durante mucho tiempo, otra cosa que un ejército y este ejército, que acampa en el campo de la batalla material, no tiene tiempo de entregarse a las batallas del espíritu. Pero el día en que por la victoria gozó de la tranquilidad física, Roma, no teniendo ya delante suyo pueblo alguno que vencer, entra en la escuela de Grecia y se lanza, como ella, a los combates del espíritu. Roma, un determinado día, cambia su campo de batalla. Sus dioses guerreros, a los que ella atribuía sus victorias, sus dioses familiares, ya no la satisfacieron. Se llega a desconfiar de ellos, se duda de ellos.

Roma declara beneméritos a los que pueden conocer las causas y penetrar en sus secretos. Roma declara beneméritos a los que han hollado con los pies todas las supersticiones.

Felius qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum.
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari.

Eso aconteció: He aquí la filosofía que pide su parte.

Roma es una arena en donde la controversia lo domina todo. Lucrecio va a aparecer. Pero la Roma de la loba se gozaba al vertir sangre, y cuando el Cristo eleva su cabeza, ella se saciará con la sangre de los mártires. La guerra intelectual hará correr ríos de sangre que teñirán las arenas del Coliseo.

Pasaron diez y ocho siglos. Nadie podrá contar las guerras encarnizadas que ha habido entre los creyentes, entre los incrédulos, entre verdaderos creyentes, entre falsos creyentes, semicreyentes, filósofos, entre innumerables filósofos que han sembrado con los cadáveres de su filosofía, el campo de batalla del pensamiento. Los pueblos esperaban ansiosos, en la puerta de los concilios, las decisiones que iban a salir de la augusta asamblea. Las muchedumbres se apasionaban.

La filosofía deslumbraba a las masas: En la época de San Bernardo, era un acontecimiento público la aparición de una nueva doctrina. Los hombres temblaban en presencia de una idea que aún no conocían bien. Los realistas y los nominalistas han conmovido al mundo. Hubo guerras de religión.

La ciencia del derecho apasionaba también. En vida de Dumoulin, era un verdadero acontecimiento la apertura de un curso de derecho.

La elocuencia entusiasmaba. La poesía embriagaba. La Humanidad, buscando en lo profundo de sus recuerdos, puede estar segura de encontrar al Amor. Puede encontrar allí también la Cólera. Puede encontrar allí los entusiasmos de una muchedumbre subyugada por un gran orador, por un gran poeta. Puede tal vez hallar el recuerdo del entusiasmo causado por algún gran geómetra. Puede acordarse de ese Arquímedes, que olvidaba todo, para gritar: «¡He encontrado!»

Pero son sólo recuerdos, y si la humanidad se contempla en el estado presente, se encontrará por primera vez sin luchas, ya que el liberalismo y el agnosticismo tienen la ingenua pretensión de haber triunfado para siempre, y se encontrará por primera vez sin entusiasmo. ¡Ingenua pretensión! Yo creo que no está lejano el día de una terrible conmoción de la Humanidad. ¿En qué campo de batalla, yo os ruego me digáis, está empeñado el combate intelectual? Absolutamente en ninguna parte, en este momento.

Hablad de filosofía, os recibirán con risas; hablad de literatura, se creerá que es de «Naná» que se trata. Había, aún hasta hace no muchos años, la cuestión de clásicos y románticos. Ahora está muerta, no porque los hombres hayan comprendido que la cuestión de lo Bello estaba mal planteada, sino porque ya no les interesa la cuestión de lo Bello. La cuestión de lo Bello ha quedado reducida a una cuestión indiferente. No la han resuelto, la han abandonado. Ya no se discute sobre el arte, porque el arte se ha convertido en una de esas cosas extrañas de que ya no se habla.

La historia relata que a veces las poblaciones se conmovían cuando un dogma estaba amenazado. Es necesario un

acto de fe para creer en el testimonio de esos ardores pasados, tanto nos parecen extraordinarios. El cisma que dividía la cristiandad, la herejía que la destrozaba parcialmente, son imposibles hoy día. La herejía chocaría a su derecha contra la fe, a su izquierda contra la indiferencia. Herejía quiere decir elección; mas la fe no elige, la indiferencia tampoco. La fe adopta la religión en su integridad, la indiferencia la desprecia en su integridad. La herejía que acepta un dogma para subrayar otro, supone una disposición de espíritu que ya no existe en la tierra.

El cisma que organiza una religión no católica, con otro jefe diferente del Soberano Pontífice, supone asimismo un género de extravío que ya no se encuentra.

El ex-padre Jacinto dió principio a este anacronismo; él creyó que había lugar en la tierra para la empresa que meditaba. No comprendió la **simplicidad** de nuestra situación actual, que pide la adhesión total o la rebeldía absoluta.

Tomad al hombre más irreligioso y suponed que se convierte. No se dirigirá con toda seguridad al hombre más vecino del antiguo error que acaba de abandonar. Se dirigirá al sacerdote más sabio, santo y absolutamente católico. No elegirá fragmentos de verdad. Si se arrodilla, será ante la verdad plena y entera.

Asistimos en estos momentos a la aniquilación de las doctrinas intermedias. Poco a poco vemos que desaparecen. Ya no tienen defensores filosóficos que defienden palmo a palmo un punto cualquiera de doctrina, como dos cuerpos de ejército luchan con tenacidad para conquistar el campo de batalla. En el mundo de los espíritus, el combate no se deja oír en ninguna parte de la línea.

Pronto sólo quedarán dos campos en la llanura, el **sí** y el **no**.

Las verdades se entrelazan las unas con las otras, y forman una verdad. Los errores se unen y se condensan para formar el error. Se tiende a la síntesis. Esta síntesis no es la obra científica y voluntaria del hombre. Resulta del hecho mismo que nos está demostrando esto: la fe de un lado, la indiferencia del otro.

Esta paz que señalo en los hombres que han perdido la verdad, me parece un síntoma característico de la hora actual, y que comparo a la calma que precede a los grandes huracanes. La inquietud de la búsqueda ha desaparecido, y los que no poseen la verdad, en favor de la cual pocas veces alcanzamos el grado de sinceridad que nos hace ser dignos de ella, tampoco tienen, como en otras épocas, el placer de disputarse los fragmentos de la misma o sus sombras.

XLVI

EL PAN COTIDIANO

El Pan es uno de los más grandes misterios del mundo. La cuarta petición del «Pater» parece significar algo más que un simple pedido particular. Es el grito voluntario o involuntario, consciente o inconsciente, de toda Creatura. Se pronuncia o está ya sobreentendido. Los animales dicen esa palabra inconscientes y mudos, por el hecho mismo de experimentar su necesidad. Tener necesidad es el hecho universal de la Creación.

La creatura es aquella que tiene necesidad.

De ese modo, el pedido parece ser el instinto mismo de quien viene a este mundo. La Escritura, que habla acerca de todo, habla de los pequeños cuervos, como si fuesen singularmente pobres y hambrientos: David habla formalmente de la invocación hecha por los pequeños cuervos. El agradece formalmente al Señor por haberlos escuchado.

Job pregunta: «¿Quién prepara al cuervo su alimento?» La necesidad que es, en los seres conscientes, el punto de partida de la Oración, es, en los seres inconscientes, una especie de Oración inconsciente. ¿Y quién sabe qué grito, aun en los hombres, puede salir de una llaga abierta, de una necesidad simplemente comenzada, de una ausencia puesta de manifiesto?

La voz de la necesidad parece tener una intimidad particular con toda creatura viviente, y la creatura, cualquiera que sea, llega al mundo, implorando **su** Pan. ¡El suyo!, entiéndase bien, el suyo; no el de cualquier otro.

El «Pater Noster», del cual hay que sacar una fundamental enseñanza de cada palabra que contiene, nos enseña a pedir **nuestro** Pan.

El pan de cada uno, es eso lo que necesita cada uno. El Pan se diferencia como la necesidad, como la naturaleza, como el carácter, como la aptitud, como el deseo de toda creatura. El Pan de una de ellas podría ser el veneno para otra. Ninguna hoja del bosque es idéntica a la que está a su lado. Mi Pan no es el vuestro; el vuestro no es el mío. Hay tantas especies de Pan como creaturas en la creación. Pues todas las necesidades varían siguiendo las naturalezas, y no hay dos naturalezas absolutamente idénticas. No existen en el mundo invisible dos almas que se asemejen perfectamente. El Pan Invisible, el que es necesario a las almas, varía como el otro. El hombre, tan pordiosero por su naturaleza, ese prodigioso indigente que tiene un cuerpo hambriento y un alma hambrienta, que tiene necesidad de todo, porque a todo se adhiere en su orfandad, y que suplica hacia todos lados, porque su miseria llena a la vez el mundo físico y el mundo moral, el hombre experimenta una espantosa necesidad de Pan; y el Pan que pide es espantosamente variado, múltiple y multiforme.

No vive solamente de Pan material. Cuando exclama: **Mi Pan,** esa misma palabra tiene, en sus labios, un conmovedor significado. Necesita mil y mil Panes, y que esos mil y mil Panes tengan mil y mil gustos. Necesita el Pan sustancioso; necesita el Pan supersustancioso. El primero es el símbolo del segundo. El maná en el desierto era un Pan y significaba a la vez otro Pan.

Era una realidad, y también era un símbolo. Tenía todos los gustos. Pues el hombre, que tiene tanta necesidad de Panes, tiene necesidad también de sentir sus gustos. El sabor del Pan forma parte del Pan, si por esa palabra: Pan, yo entiendo la necesidad satisfecha. Pues el sabor es la adecuación del Pan a cada naturaleza, y el sabor se sobreentiende en el estar satisfecho.

Cuanto más un hombre es grande, tanto más le es necesario el Pan para vivir, el Pan en singular, Panes en plural. Y es por eso, como ya he dicho, que los grandes Hombres son tan grandes míseros. Necesitan los grandes Hombres todos los Panes ordinarios, y después les falta, además, los Panes extraordinarios.

Cuando los grandes Hombres dicen: «**Nuestro** Pan», esa palabra, de por sí tan terrible, toma, bajo sus labios, una significación mil veces más amplia, y como consecuencia, más conmovedora. Cuanto más la necesidad se extiende lejos, tanto más es terrible.

Las conquistas entran en la sustancia del Pan de los grandes Hombres. América era el Pan de Cristóbal Colón. Pero para conquistar ese mismo pan, notad que antes que nada, hubo que suministrársele durante largos años todos los otros.

Y el desaliento dice al hombre: «Yo te conduciré a la tumba, antes de que llegue la hora de tu Pan exclusivo.» Y por eso, al pedir nuestro Pan, lo pedimos cotidiano, y lo pedimos para **hoy día**. Cotidiano, pues se renueva la necesidad todos los días; y ¡hoy! ¡Oh, sí! ¡Hoy día! ¡hoy día! Pues la necesidad no espera y de él tenemos absoluta necesidad todos los días. Mañana no sería suficiente, llegaría tarde, y la vida tiene exigencias que van implícitas en ese: hoy día.

Es necesario un Pan a los grandes Hombres.

Es necesario un Pan a los Profetas y yo no comprendo por qué el cuervo que aparece en la Escritura, como pidiendo su Pan, reaparece también, como trayéndole el suyo a Elías.

«Yo he dado a los cuervos órdenes relativas a tu alimento.» Y los cuervos le alcanzan su Pan.

El Pan cotidiano está indicado aquí con precisión y abundancia. El cuadro es de una grandeza singular y podría tentar a cualquier pintor. Elías está en el desierto, cerca de un torrente. Está garantido contra la sed por el torrente y del hambre por los cuervos. Los cuervos son exactos; le traen su alimento dos veces por día, a la mañana y a la tarde. En las Escrituras hay, por lo general, palabras que se invocan y cuando se ve aparecer una de ellas, la otra se ve venir.

Cuando el nombre de «pobre» llega, el nombre de «Dios» no está lejos. Cuando el cuervo y el Pan llegan, el torrente no está lejos. Elías se ve alimentado por los cuervos y saciada su sed por los torrentes.

Y en los proverbios, hay una maldición extraña y terrible:

«Quien ríe de su padre, y desprecia a su madre, ese tal merece que sus ojos se vean arrancados por los cuervos de los torrentes, y devorados por los aguiluchos.»

El cuervo de los torrentes alimenta a Elías; le alcanza dos comidas por día. El cuervo de los torrentes alimenta también a los aguiluchos. El cuervo arranca el ojo que ha reído, que se ha burlado, y son los hijos de las águilas quienes los devoran. El cuervo, que es el instrumento de justicia frente al burlador, se convierte en instrumento de la misericordia frente al aguilucho hambriento.

El cuervo, en todo eso, no tiene intención. Pero sirve de instrumento. Pide su Pan y lleva su Pan a los Profetas y a las águilas. Cuando encontró, después del diluvio, su Pan sobre la tierra, advierte a Noé, no regresando, que había el diluvio terminado. Y a ese Pan del cual siempre hay necesidad, el cuervo que lo halla siempre, no lo prepara nunca. Carece de previsión. Es citado en el Evangelio como el que nunca siembra.

José, en la Escritura, es el representante del Pan. Por tres palabras muy cortas, «Id a José», los siglos y las naciones, los individuos, los pueblos y las razas están invitados a dirigirse a él, y al José de la Epoca, del cual el primero es la imagen y el precursor. Las palabras de la Escritura tienen sus efectos substanciales y prolongados. Los siglos las escuchan los unos después de los otros, y su procesión las sigue.

La administración del Pan, confiada a los dos José, corresponde que tenga su lugar en la economía del universo, pues de lo contrario no habrá economía verdadera.

El rey de Egipto aparece grande, cuando nombra a José señor de los hombres y de las cosas: «Yo soy Faraón; nadie moverá, en adelante, sin tu permiso, el pie o la mano en

Egipto.» Hace un acto de soberanía, y este acto es una abdicación. «Yo soy Faraón.» Afirma con naturalidad su soberanía; toma de ella conciencia, y la proclama, y la invoca majestuosamente para traspasar el poder y colocarlo en las manos de quien posee el espíritu. Entonces, y porque lo es, se manifiesta y se prueba como Faraón, soberano señor.

El Pan está aquí presentado como la síntesis de todas las cosas: Nadie moverá el pie o la mano sin tu permiso. El señor del Pan es el señor de la vida y del movimiento.

El Pan parece representar la realidad.

Por una armonía singular, el sueño juega, como ha sido muchas veces señalado, un rol inmenso en la vida de José, el hombre del Pan.

José tiene compañero de cautiverio al Panadero mayor y al Copero mayor. Ambos tienen un sueño. El sueño y el pan se vinculan también en la persona del gran Panadero.

Un discurso notable pronunció sobre este motivo el abate Tardif de Moidré.

El abate Tardif, pensador profundo, poco conocido por los hombres comunes, fué sustraído a la admiración de sus amigos, por una muerte prematura.

Según el abate Tardif, el Pan y el Vino representaban las dos partes del sacrificio; el Pan, la muerte del Hombre pecador; el Vino, la vida del Hombre resucitado.

El gran Panadero representaba el sacrificio, en cuanto es la muerte, y la tumba del viejo Hombre.

El gran Copero representaba el sacrificio, en cuanto es la vida y resurrección del Hombre nuevo.

Y las sentencias del Faraón, confirman sus dos sueños, confirman sus dos símbolos y sus dos destinos.

La Escritura es una mesa repleta de Pan y de Vino.

Ella habla directamente de la Eucaristía sólo en pocas partes. Pero la profetiza a cada instante, y el símbolo la prepara con largueza. Belén quiere decir: casa del Pan.

Los Festines tienen, en la historia de los pueblos, un lugar inmenso, y el hambre un lugar inmenso, en la historia de sus desgracias.

¡Y en la historia de sus juicios!

«Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber.»

O por el contrario:

«Tuve hambre y no me disteis de comer», etc.

Pero para alimentar a los demás, es necesario que estemos alimentados. Dad para que nosotros demos.

Dadnos hoy día nuestro Pan cotidiano.

XLVII

LOS SUICIDIOS

¡Cuánto se oye hablar de suicidios! Suicidios de hombres, de mujeres, de niños, de viejos.

Un día, un escolar de diez y ocho años. Otro, un viejo que tenía, me parece, más de ochenta años.

En todas las edades de la vida, puede llegarse a tener aversión a la vida. Y ese fenómeno monstruoso se produce en la época misma en que se reclama con un encarnizamiento apasionado el gozo de la vida.

Se quiere gozar, y no se quieren condiciones. La vida de este mundo aparece como el teatro de todos esos placeres tan deseados. La vida de este mundo es considerada como el medio para alcanzar esos goces, los únicos deseados.

El materialismo actual la presenta como el único fin, la última meta de quien desea gozar. Es la condición de todo goce, porque es presentada como el último esfuerzo de quien la posee. Debería, en consecuencia, ser guardada con un cuidado celoso, con un encarnizamiento furioso; sería necesario

preservar esta fuente única de todo goce, sería necesario que ella corriese durante un largo tiempo y con la mayor abundancia posible.

Y sin embargo, ¿qué pasa?

Pasa que en vez de cuidarla, se la suprime.

El suicidio, es verdaderamente, en el tiempo que vivimos, una epidemia y una anomalía que bien merece algunas reflexiones.

No es fácil explicar cómo no creyendo vosotros, hombres sin fe, en la vida eterna, disipáis pronto y con ligereza, vanamente, rápidamente, en un segundo, la única existencia en la cual creéis.

¡No creéis en la eternidad! Sólo tomáis en cuenta el tiempo que se evade como agua entre los dedos, y sin embargo vosotros lo desparramáis, lo despreciáis, malgastáis esta última propiedad, y perdéis con ella todo lo que teníais para perder.

Yo no hablo en particular de cada uno de los individuos que acaban de ser víctimas de tan horrible tentación. Cada día las columnas de los diarios contienen los nombres de nuevas víctimas, víctimas voluntarias que se inmolan sin saber el nombre de la divinidad, yo quiero decir del ídolo que les pide su sangre y su alma. Yo no hablo individualmente de nadie. Yo no hablo de este pobre niño, diez y nueve años según unos, veinte y dos según otros, yo no hablo de esta pobre actriz cuyo tiro fatal acaba de retumbar muy lejos y por mucho tiempo.

Yo no juzgo a ninguna de las víctimas en particular. Constato solamente el fenómeno general, y señalo la contradicción extraña que representa frente a los anhelos de los hombres actuales. El amor desordenado a la vida, reconozcámoslo con sinceridad, no es verdadera vida.

El suicidio parece ser la actualidad en las épocas de impiedad; y los hombres actuales desechan como un fardo todo lo que no se refiere a lo terrenal. ¡Pobres los hombres actuales! Llegan a despreciar la vida que adoran. Y si no, decidme, os lo ruego, ¿no es acaso en boca de esos gozadores que a

cada rato brota la blasfemia contra la vida? Y señalemos que esos adoradores ardientes de los placeres humanos, y que degradan de ese modo sus anhelos de verdad, afrontan los dolores más espantosos para procurarse una muerte que, en el pensamiento materialista, no es seguida de ninguna felicidad posible.

Ya sea que se elija el puñal, el revólver, la asfixia, el lazo, o cualquier otro medio de suplicio, el suplicio siempre es terrible.

No solamente el suicidio va contra el sagrado don de la vida, en el cual están encerrados todos los demás, sino también se precipita en una muerte necesariamente espantosa. No retrocede ni ante su propia tortura, ni ante la tristeza de la familia y de los amigos.

El suicidio es lo más contrario que hay al heroísmo.

Es un heroísmo que se vuelve contra sí mismo.

Es la cosa con que Satán sustituye al heroísmo.

En la vida natural del hombre, existen rasgos de heroísmo. En la sobrenatural del hombre hay un heroísmo más alto que se llama la santidad.

Satán, al cual Tertuliano denomina el mono de Dios; Satán, que remeda siempre, quiere tener también su heroísmo. El quiere inspirar alguna cosa que sea la parodia del heroísmo, como él mismo es grotesca parodia de Dios. El desea que el hombre se burle de la muerte en su nombre, o en nombre del orgullo y de la impiedad que es poco menos lo mismo, a mérito de que el hombre a veces desafía a la muerte frente a otros hombres.

Entonces inspira el suicidio, lo difunde, lo hace contagioso, lo propaga con profusión sobre la tierra y el suicidio es tema de las publicaciones cotidianas.

Es que, en efecto, el suicidio es la negación total, perfectamente practicada.

El suicidio es la negación total convertida en acto.

Y la negación total, es precisamente hoy día, la pretensión de la impiedad y el mal.

Antes, se contentaba con una negación parcial. Hoy día, quiere inspirar a los hombres una negación completa.

En otras épocas, se contentaba con la herejía. Herejía quiere decir elección. Elegía entre las verdades. Sólo rechazaba algunas. Actualmente desea el ateísmo y la negación total.

Y por esto asistimos hoy al fin, a la muerte, a la exterminación lenta, progresiva, pero cierta y evidente de las cosas que conservaban un equilibrio entre la verdad completa y el error total.

Las herejías propiamente dichas ya no existen más, ya no tienen consistencia. Se evaporan. Se desintegran. Entre sus antiguos adherentes, unos se van hacia el ateísmo, otros hacia el catolicismo.

Los unos descienden, los otros suben. Pero casi nadie puede permanecer en medio del camino como antes.

El pobre M. Loyson se ha engañado completamente de época cuando pretendió separarse y, sin embargo, fundar algo sobre el terreno de la separación. Esta empresa, posible tal vez en el siglo XVI, es completamente imposible en el siglo XIX.

No tiene la creencia suficiente para ser católico ortodoxo. Le queda de ella mucho más de lo necesario para ser aceptado por los incrédulos.

A los incrédulos ninguna creencia les queda y desean que los demás lleguen hasta donde ellos han llegado.

Loyson ha pretendido adoptar una posición intermedia y en consecuencia imposible en un siglo en que las cosas se perfilan y se dividen nítidamente, en un siglo en que tanto el **sí** como el **no** tienden ambos a la plenitud.

Durante siglos, el enemigo ha mortificado a la Iglesia. Actualmente ya no anda con argumentos: actualmente la rechaza.

Durante siglos han existido controversias sobre tal o cual dogma. Actualmente el enemigo ha cambiado de táctica.

En lugar de **elegir**, como la herejía, rechaza en masa, como el ateísmo.

He aquí por qué las luchas de detalles son estériles hoy día. Ya no hay discusiones parciales. Ya no hay distintas controversias. Sólo hay una cuestión, que es la cuestión trascendental y vital de la sociedad.

Antes, la política decía: ya no hay Pirineos; España y Francia se entienden.

Actualmente la religión puede decir: ya no hay fronteras.

Ya no hay lucha local. En todos los países de Europa, y en todos los países del mundo, la cuestión es absolutamente la misma, única, invariable: Se trata de decir **sí** o **no** a la Iglesia Católica, íntegra, y a su símbolo indivisible.

La lucha entre el bien y el mal, a medida que los siglos avanzan, se hace más gigantesca.

Las verdades se militarizan. Todo aspira a la síntesis.

Los términos medios se desvanecen poco a poco, y los dos atletas van a aparecer bien pronto frente a frente, visibles y desnudos, la ciudad del bien y la ciudad del mal.

Y bien. El suicidio caracteriza exactamente la negación radical, en sus resultados materiales.

El suicidio, es la negación total que se hace visible a los ojos del cuerpo. La vida sensitiva que el suicidio destruye, representa todo lo más alto que los ojos del cuerpo pueden apreciar en la vida universal, y ambas vidas resultan atacadas por ese crimen. Destruye la vida visible y niega, rechaza y desconoce la vida invisible. Es la negación de toda vida, negación práctica y efectiva de la vida temporal, negación teórica y completa de la vida eterna.

El hombre tiene el instinto de la creencia y el instinto de la conservación.

El suicidio va contra esos dos instintos. Niega todo y rechaza la vida en block, a semejanza del ateísmo en lo que le es propio.

Mas, ese suicidio, que parecería un crimen excepcional, en cuanto da horror a la naturaleza de las cosas, está propa-

gado con una tal profusión que se ha convertido en actualidad, y como ya lo dije, en la actualidad del día y de los periódicos. Penetra hasta en las comarcas católicas, que en otras épocas lo ignoraban. Sólo hay una cuestión realmente en el mundo:

¿Queréis la vida o queréis la muerte? Si queréis la vida, vivificad a los que combaten por ella. Sostened los hombres de la vida. Yo os lo digo, y lo pido a todos los hombres, en nombre de Dios.

Se lo pido a los hombres en nombre de Dios, por la vida que les pertenece, que es la presente, y por la vida de sus hijos, que es la del porvenir, y por la Sangre de Jesucristo, y por sus palabras que abren, de par en par, las dos puertas de la eternidad.

XLVIII

EL HORIZONTE

Desde hace un tiempo, la política y la Bolsa se presentan con más influencia tal vez que de ordinario en los pensamientos y en las conversaciones.

Pero os ruego hagáis esta observación. Si en un salón en donde las preocupaciones mundanas reinan soberanas, alguien las abandona para llevar a otro terreno la conversación, un cierto alivio aparece en los rostros. Si alguien se presenta, trayendo otro motivo para la conversación, éste es el bienvenido. Es recibido con un cierto agradecimiento, implícito o explícito, como si contribuyera a calmar los nervios de los que escuchan.

Cuando se ha pasado por encima de la política y de la Bolsa para pasearse uno en otro terreno, se diría casi que se ha hecho una buena acción.

Pero si vosotros los habéis escalado para contemplar sus dominios desde cierta altura en donde la vista tiene ancho campo de exploración, sentiréis alrededor de vosotros que el alivio cambia de naturaleza. Los hombres se ahogaban y tú les habéis hecho respirar un poco de aire puro.

El aire no está contaminado en las alturas y los hombres se ahogan unos a los otros cuando permanecen en el llano conversando en conjunto.

La impresión sentida por los que conversan, los lectores también la experimentan. Cuando han devorado las novelas del día, experimentan la necesidad de devorar otra cosa. Cuando se han cansado con las cosas actuales de su ciudad, experimentan la necesidad de lanzarse sobre cualquier otro punto del tiempo y del espacio.

Mirar siempre de cerca, es convertirse en miope. Los ojos fatigados tienen necesidad de vistas amplias. Los grandes horizontes descansan las miradas. Esto es perfectamente verdadero en el orden físico y perfectamente verdadero en el orden moral.

La miopía física, tan frecuente en las ciudades, es muy rara en la campaña, porque el campo extiende el dominio de la mirada. En cuanto a la miopía moral es frecuente en todas partes.

La política es la moneda de la historia.

Pero, si absorbe todas las miradas con el hecho actual que ella presenta, en lugar de iluminar a la historia, la enmascara y la eclipsa. La política, como todo, tiene necesidad de ser contemplada desde cierta altura para que se la vea bien. Para comprender un espectáculo, es necesario dominarlo.

Los paisajes no se extienden más que ante los que acaban de trepar una altura. Su descubrimiento es la recompensa de la ascensión. En la altura, se halla ancho campo para la mirada y el aire es muy respirable. Encerrado en un hecho único y cercano, el alma se ahoga. Necesita el aire y la luz que dan las vistas de conjunto. El accidente aislado es una máquina neumática en donde el espíritu se extingue: la historia universal significaría un alivio.

Se estudia mucho la historia en el siglo en que vivimos, pero se estudia muy poco la historia universal.

Me explicaré más.

Se estudia la historia de un pueblo, después la historia de otro pueblo. Pero se piensa muy poco, sobre todo si se trata de la historia antigua, en comparar las épocas y en seguir, a través de las naciones, la marcha general de las cosas.

Sin embargo, la simultaneidad de los acontecimientos contiene importantes lecciones porque indica el concurso de las circunstancias que se agrupan para favorecer o combatir la evolución de los pueblos y de las ideas. Las grandes naciones, sobre todo en la antigüedad, se nos aparecían como separadas las unas de las otras. No son ellas las que están separadas. Somos nosotros los que, por lo general, las contemplamos separadamente. Muy ordinariamente las historias de los pueblos antiguos se nos aparecían desligadas y es a causa de que nuestro estudio de la historia universal en realidad se hace a pedazos.

Como remedio contra este mal, existe un libro excelente: es el «Atlas de Historia Universal», por el abate Courcy.

Esta obra singular contiene un cuadro cronológico y sincrónico en donde la historia general de todos los pueblos está presentada simultáneamente. El abate Courcy ha tenido acerca de la historia una mirada elevada y profundamente católica. La ha tomado en sus orígenes. Relata la creación del mundo según la gran tradición pura y las grandes tradiciones mezcladas. Después hace pasar bajo los ojos del lector, siglo por siglo y año por año, el espectáculo de las diferentes naciones que se ven unas frente a las otras y de las cuales se sigue a la vez los movimientos simultáneos.

De ese modo el lector sigue a todos los pueblos reunidos bajo su mirada en la misma época del mundo, y la historia universal se desenvuelve bajo sus ojos. Por medio de notas útiles y sabias Courcy comenta los acontecimientos que el texto indica. Esos comentarios iluminan con una luz histórica y religiosa los hechos que se desenvuelven. Los personajes

históricos que salen a figurar en el texto son relatados, discutidos, comentados en las notas filosóficas que acompañan al cuadro.

Yo creo que nadie, cualquiera que sea su grado de instrucción, dejaría de sacar gran provecho con este estudio fácil y profundo de la historia comparada.

El cuadro cronológico y sincrónico descubre en la historia universal aspectos nuevos, que la historia parcial y detallada deja en la sombra y el olvido.

Todo el mundo sabe, por ejemplo, que el imperio Asirio cayó; todo el mundo sabe que Roma fué fundada por Rómulo; todo el mundo sabe que Isaías ha profetizado.

Pero todo el mundo no vincula esos tres acontecimientos, todo el mundo ignora que son simultáneos; es el cuadro sincrónico de la historia universal el que descubre esta vinculación de tres acontecimientos que multiplican su grandeza, si la mirada los contempla en su simultaneidad. El imperio Asirio que cae, es un mundo que se desploma; Roma que se funda, es un mundo que sale de la nada; Isaías que profetiza, es la voz de la verdad eterna elevándose sobre las ruinas y sobre las cunas de las naciones.

Esta gran voz de Isaías, que domina el mundo, se eleva precisamente en esa hora solemne en que Nínive y Roma se encuentran a través de los siglos.

Nínive muere, Roma se eleva; Nínive muriendo alcanza a ver la cuna de Roma. Se diría que Nínive hace a Roma el legado de la potencia y que nada tiene ya que hacer cuando Roma viene al mundo, quedando ésta constituída como heredera, y durmiéndose aquélla con su último sueño, lleva consigo la actividad oriental, en el preciso momento en que la actividad occidental va a despertarse sobre las orillas del Tíber.

Este descenso y este ascenso recuerdan esas tertulias donde, bajo un cielo puro, se ve al mismo tiempo el ocaso del sol y la salida de la luna.

Los dos astros están suspendidos uno en presencia del otro, como si se vieran extrañados de encontrarse reunidos

en un solo instante ante la misma mirada: después el sol se oculta en el mar, la luna se eleva en el cielo.

Entre Oriente y Occidente, entre Nínive y Roma, entre el astro que se oculta y el astro que se levanta, la voz de Isaías se eleva para enseñar a la vez al Oriente y al Occidente, para iluminar el pasado y para iluminar el porvenir. En medio de los hombres y de los pueblos, en el centro de las cosas, en el conflicto de la vida y de la muerte, representado por el nacimiento de Roma y la caída de Nínive, Isaías anuncia al esperado del género humano, al Deseado de las Naciones; y como Cristo será el centro hacia el cual convergerán el Oriente y el Occidente y todas las fuerzas del mundo, la voz de su profeta se eleva entre el Oriente y el Occidente, y predice y prepara ya el lugar que más tarde ocupará.

En los tiempos modernos, vemos el descubrimiento de América y el descubrimiento de la imprenta ofrecer una coincidencia singularmente notable.

¡Dos mundos descubiertos casi a la vez! Cristóbal Colón y Juan Gutenberg abren al pensamiento humano los puertos de dos universos nuevos.

América, de la que se diría que apareció en un instante y desde el fondo del mar, entra en la historia del mundo, y el pensamiento humano, como si acabase de descubrir de pronto el rayo, toma posesión del mundo entero. Armado entonces con la imprenta, el pensamiento humano no se contenta ya con el antiguo mundo.

Le falta el mundo nuevo. Cristóbal Colón llega en socorro de Gutenberg; Gutenberg llega en socorro de Colón. El hombre atraviesa el océano; la imprenta se prepara a atravesarlo. La imprenta va a multiplicar las armas del pensamiento; el descubrimiento de América va a multiplicar los sujetos del pensamiento.

Las fuerzas del pensamiento humano se encuentran inmensamente multiplicadas por la imprenta. La voz llega más lejos. Es necesario que su dominio se extienda, que su imperio se agrande. Su dominio se extenderá; su imperio se agrandará.

He aquí a América que aparece.

En la hora actual, la imprenta, por la multiplicidad de sus usos, y la fuerza de su acción, parece casi que ha sido una segunda vez descubierta.

El diario es respecto al libro lo que el libro era al manuscrito, vale decir, una enorme multiplicación.

Cuando se mira la historia universal cuya belleza resalta en virtud de esas asombrosas coincidencias, y cuando se ve el vapor, la electricidad, el teléfono y todas las maravillas que nacen bajo nuestros pasos, me parece que es posible mirar esta civilización nueva, hija de la ciencia, como una actualidad sin par.

Los acontecimientos del orden moral que corresponden a los acontecimientos del orden científico, aún no se han producido. Los descubrimientos de la ciencia acercan a los hombres y a los pueblos. En el orden de los pensamientos o de los sentimientos, el acercamiento no se hace sentir todavía.

Ese gran acercamiento material, preparado y realizado por la ciencia, no puede carecer de una significación en el orden intelectual, de un efecto concomitante en el orden moral.

La unidad desea representar su drama sobre la tierra.

Los descubrimientos de la ciencia han colocado los marcos para ese drama inmenso.

Pero falta que el hombre moral aprenda su rol y lo cumpla. Su rol, es decir: **Sí**. En la hora presente dice: **No.** El hombre echa a perder el drama del cual es el principal actor. Es indispensable que aprenda a decir **sí, sí**, a la verdad; **sí**, a la caridad.

La gran ciencia consiste en ese **sí**. Todo lo otro era sólo una preparación; esto un coronamiento.

XLIX

LOS HOMBRES PRACTICOS

Creemos habernos desprendido de los prejuicios. Ellos nos cercan, nos comprimen, nos oprimen y nos ahogan. He aquí uno que deseo mirar aparte.

Se refiere a los hombres prácticos.

Interrogad a fondo a casi todos los espíritus. Encontraréis allí, ya sea en estado vago, ya sea en estado preciso, ya sea en la región consciente, ya sea en la región inconsciente, una impresión, que, si hablase, se expresaría en términos como los siguientes:

«Desconfiad de los hombres superiores. Los hombres superiores son peligrosos. Los hombres superiores no son hombre prácticos. Son poetas, son soñadores. No saben conducirse frente a la realidad humana. Ignoran esa realidad».

Entre los errores propagados, pocos hay tan enormes, y casi ninguno tan fatal.

Las ideas y los hechos no existen separados ni separables. Las ideas y los hechos se encadenan y se producen. No existen dos verdades contrarias entre sí.

El prejuicio en cuestión quisiera reservar la teoría a los hombres superiores y la práctica a los hombres vulgares. Desearía circunscribir los dos dominios, y condenar los hombres superiores a la teoría y los hombres vulgares a la práctica aislada.

Empero, todo aislamiento es un exilio, y todo aislamiento es una prisión. La teoría sin la práctica es un sufrimiento infecundo.

La práctica sin la teoría es un absurdo, fecunda en catástrofes. Los principios, desde el momento que son verdaderos, sólo una cosa les corresponde, y es verse aplicados.

Las acciones humanas, desde el momento que son justas, sólo una cosa les corresponde, y es realizar los principios.

¿Qué quiere decir principios? Principios quiere decir comienzo.

El principio es la base de toda operación exterior. Toda operación que no ha tenido como punto de partida un principio es un monumento sin fundamento que tiene que venirse abajo.

Los hombres superiores viven en la familiaridad de los principios. El prejuicio desea que de allí no pasen y no se ocupen de las aplicaciones. ¿En virtud de qué? Un hombre contempla los principios y vive con ellos. ¿Por qué, pues, pretendéis alejarlo de la comprobación de las consecuencias? ¿Por qué reserváis vosotros las comprobaciones de las consecuencias a quienes son ajenos a los principios?

En el orden material, si quieres ver lejos, asciendes a una torre, a una altura.

En el orden moral, por el contrario, cuando se trata de ver lejos, de inspeccionar, de preparar un campo de batalla, de organizar, de dirigir un combate, desconfías de quien está colocado en la altura y tiene una amplia mirada. Otorgas tu confianza a quien está encerrado en una cueva, y que por añadidura es miope.

El catalejo de Napoleón era célebre y temible en los campos de batalla. La Europa entera temblaba frente a él.

Pero cuando se trata del combate de la vida, en donde es tan necesario ver lejos, prever, preparar, implorar un socorro, conjurar un peligro, otorgas tu confianza a quien no tiene anteojos ni mirada.

Los hombres, cuando juzgan sobre una mirada, desconfían del águila y dan su confianza al topo.

Y sin embargo, si hay algo verdadero en este mundo, es que la mirada elevada es al mismo tiempo la mirada profunda.

Sólo puede ver el fin quien vió el principio, o sea el comienzo.

Sólo juzga bien las cosas, quien puede juzgar a los hombres encargados de esas cosas. Para el manejo de los nego-

cios propiamente dichos, el conocimiento de los hombres es indispensable.

Y el conocimiento de los hombres supone una mirada profunda.

Para el manejo de los negocios, hay que saber lo que son las virtudes humanas y los vicios humanos. Hay que tomar en cuenta las pasiones, con las debilidades, con los desalientos. Yo diría casi hay que apoyarse **sobre** los desalientos.

Para el manejo de los negocios hay que conocer la profundidad de la caída humana. Y para conocer la profundidad de la caída humana hay que verla desde muy alto. Es necesario ver al hombre desde muy alto para saber hasta qué grado el hombre puede descender.

Es necesario que el hombre vea desde muy alto y desde muy lejos para hacer elección de los objetos de su confianza y de su desconfianza. Para ver bien los efectos, es necesario haber visto bien las causas. Para calcular las probabilidades de caída, de error y de mentira, es necesario estar uno mismo sumergido en la luz y en la verdad.

No es la mirada tenebrosa la que atraviesa las tinieblas.

La mirada que atraviesa las tinieblas, es la mirada que está cargada y armada con las flechas de la luz.

La mirada que rechaza las tinieblas es la que viene de lo suficientemente alto como para aplastar, para atravesar, para dividir los obstáculos.

Y es por esta razón que la antigüedad a menudo tan profunda en su lenguaje, llamaba con igual nombre al poeta y al profeta.

La lengua francesa misma conserva una semejanza en esos dos términos. Les deja la misma inicial y les da rima. Mas, en la lengua francesa, la rima no es un producto del azar.

Es un misterio: el propio misterio de poesía. Y por esto el hombre, que es señor de la rima, se constituye en uno de los reyes de la lengua francesa.

La lengua francesa ha conservado, pues, en la forma que

le ha sido posible y en la forma que le es propia, la identidad del poeta y del profeta.

La antigüedad más familiar con la lengua primitiva, afirmaba de un modo más familiar también y más primitivo la misma identidad.

Y bien; en el manejo de los negocios, ¿cuál sería el don más útil? ¿Cuál sería el más práctico?

Sería seguramente el de la profecía. Ella os diría quién os ayudaría y quién os traicionaría.

Y bien; hay una profecía natural (y aquí no estamos en el terreno místico). Hay una profecía natural en virtud de la cual el hombre superior, el hombre teórico, el poeta, si es posible emplear esta palabra, prevé las contramarchas apresuradas, los fracasos imprevistos, las catástrofes repentinas que sorprenden a todo el mundo, menos a él. Yo he comprobado esto, no una sola vez sino muchas.

En las catástrofes de un cierto género son los hombres de negocios los estupefactos. El pensador no se ve sorprendido.

He visto muchas veces hombres de negocios equivocarse torpemente en el terreno de los negocios, porque, no conociendo a los hombres, no conocían las cosas sometidas a esos hombres, y dependientes de esos hombres elegidos por ellos.

He visto hombres superiores, hombres de penetrante mirada, que advertían a los hombres de negocios, sin ser escuchados.

Su calidad de hombres superiores y teóricos, que tenía que dar autoridad a sus palabras, los anulaba por el contrario, porque el prejuicio decía: «Vosotros no sois hombres prácticos». Y el acontecimiento, que no se refería a detalles, daba razón al hombre superior, al teórico.

En la práctica de la vida, hay mucho siempre que adivinar. La intuición juega un rol enorme.

El cálculo sin intuición engaña mucho.

En todos los campos de batalla la victoria está más a las órdenes de la intuición que a las órdenes del cálculo.

Habitualmente, la victoria no es el resultado de una larga serie de cálculos.

La victoria es una presa. Es la presa de un golpe de vista.

Y bien, yo creo que los hombres prácticos, a quienes no discuto ninguna de sus cualidades reales y útiles, dan una prueba de suprema habilidad cuando admiten cerca de ellos y le otorgan propia ciudadanía, al hombre de la intuición.

El hombre de negocios se ve muchas veces devorado por los negocios. Tiene, pues, necesidad de una cabeza que tenga tiempo de reflexionar.

El hombre que dispone de tiempo para reflexionar tiene necesidad del brazo del hombre que tiene hábito de obrar.

El uno tiene necesidad del otro.

Cada uno tiene necesidad de todos.

El aislamiento del uno y el aislamiento del otro pierde a los aislados.

La reunión del uno y del otro salvaría a los dos reunidos.

El hombre de negocios se deja llevar a menudo por un cierto desdén hacia el pensador. El pensador tiene a menudo un cierto desdén hacia el hombre de negocios.

Ese doble desdén supone, contiene y engendra una innumerable cantidad de sofismas teóricos, de errores intelectuales y de catástrofes prácticas.

Si los hombres supieran la sincera necesidad que tienen los unos de los otros, la caridad se convertiría en más fácil.

La palabra: **Amaos los unos a los otros,** parece a primera vista un consejo puramente moral y religioso. Mirad más a fondo. Veréis entonces que desde el punto de vista de la más práctica utilidad, de la más material, es uno de los consejos mayores que se puede dar, sin excluir a los hombres de negocios.

Las cosas más elevadas son al mismo tiempo las más necesarias.

Son necesarias para lo alto, son necesarias para lo bajo, son necesarias siempre. Porque son universales, son universalmente necesarias.

La verdad, la caridad, necesarias al misionero que se dispone a dar su sangre en tierra de idólatras, necesarias al orador sagrado que domina a las muchedumbres reunidas en las grandes catedrales, necesarias al teólogo que esclarece los más altos problemas del destino humano, son necesarias también al hombre político que prepara un proyecto de ley, necesarias a aquél que busca en un gabinete de trabajo la mejor solución a un caso difícil.

La verdad y la caridad son los principios elementales cuando aún no se tiene nada ensayado, y los recursos últimos cuando todo se tiene ya ensayado. Buscad en cualquier otra parte; vosotros no hallaréis otro semejante **expediente.** Esto como de la mano nos conduce a reconocer que no hay más que un solo Dios y Señor.

No hay dos dioses, sólo hay uno.

Poeta, que quiere decir profeta, en latín, quiere decir en griego **creador.**

El poeta es aquél que hace. La traducción exacta equivalente, en francés, significa: **hombre práctico.**

Si el lenguaje de la antigüedad es bello, el del cristianismo lo es más todavía, estando más vecino de la fuente de lo sublime.

Empero, cuando el cristianismo desea hablarnos de un hombre muy elevado por los dones de Dios, nos dice que ese hombre es **edificante.**

Edificante quiere decir constructor, o sea hombre práctico.

Yo sé que ese nombre de **edificante** se ha visto disminuido por empleos indignos y aplicado a nimiedades. ¡Qué importa! Restituyamos a las palabras su primitiva grandeza.

Para el cristianismo, las virtudes, aun las internas, son actos prácticos, fecundos, sin excluir lo exterior.

¿Habéis pensado en esa palabra sublime: **acto de contrición**?

Para el que no reflexiona, la contrición, que significa **quebrantamiento,** parecería ser una disminución o marchitamiento, un desgaste de fuerzas, un disolvente.

Empero, el acto de contrición, es a los ojos del cristianismo, el acto de fuerza por excelencia, aquél que abre el cielo.

El lenguaje humano y el lenguaje cristiano asombrarían nuestras miradas por sus bellezas, si el hábito no estuviera allí cerrándonos los ojos.

El hombre práctico es el hombre **edificante.**

El cimiento está en su mano.

En cuanto a los obreros de lo externo, hasta cuando parecen construir, en realidad destruyen. O cuando más, construyen sobre la arena. Los palacios y las ciudades se desploman cuando ellos los tocan.

L

EL ANIVERSARIO

Dos actualidades se presentan ante mi pluma, son dos censos: el censo que el gobierno acaba de ordenar y el censo del 25 de diciembre del año que dió comienzo a la nueva era. Este, el censo de esa fecha ya muy lejana, se celebra por medio de un aniversario que se llama Navidad en las cinco partes del mundo.

El censo del imperio romano se efectuaba hace diez y nueve siglos, y fué esa solemnidad la que llenó las casas de hospedaje de Belén, por lo cual no hubo lugar para esa mujer que se llamaba María y que buscaba un lugar cualquiera para que llegase al mundo el Niño Jesús, aquél a quien Belén negó un lugar para que naciera, y a quien Jerusalén no

concedió un lugar para que muriera. La cuna y la cruz estuvieron ambas retiradas de las dos ciudades, inhospitalaria para el nacimiento la una, inhospitalaria para la muerte la otra.

Desde hace un mes, el censo actual es la materia del comentario diario y ha provocado muchas palabras y gestos. Todo en este mundo tiene un lado serio, pero casi todo en este mundo tiene un lado festivo. Muchas personas han tomado el nuevo censo por su lado chistoso y los porteros, si se alegran de oír hablar de ellos, han debido estar muy contentos, desde hace ya un mes.

* * *

Pero me parece que el censo tiene un carácter serio y aun solemne.

Son las naciones que hacen su inventario. Me parece ver al general supremo pasando revista a su ejército. ¡Y qué ejército! Comprende a todo el mundo, y nadie está exento de ese servicio militar que se llama la vida humana.

Sí, la vida es un combate, y nadie puede dudar de ello, sobre todo en el siglo en que vivimos.

El nuevo censo obliga a cada individuo a pronunciar su nombre en presencia del género humano, cada uno de nosotros responde: «Presente». Y esta revista militar no carece de una cierta grandeza.

El nuevo censo está tan próximo al 25 de diciembre, que es imposible olvidar el recuerdo de Noel cuando pensamos en el nuestro.

El Imperio romano se contemplaba a sí mismo, Roma contaba sus súbditos y se admiraba de su grandeza. Fué ésa una época en tal forma histórica, y los documentos lo confirman y abundan, que podemos, yo creo, darnos una idea muy exacta de lo que entonces acontecía.

Había allí, como hoy día, muchedumbres que se precipitaban y algunos filósofos aislados que contemplaban a

las muchedumbres y buscaban el sentido de los acontecimientos.

Roma estaba envejecida y había perdido esa simplicidad de sus primeras épocas. Todo lo que es joven tiende a simplificarse; todo lo que es viejo, tiende a complicarse.

La administración romana funcionaba con una regularidad admirable, y sus exigencias eran numerosas. Ella asentaba en todas partes a la vez esa mano que no se parece a ninguna otra, y que es la mano del vencedor. ¡Cómo debió hacerse sentir en ese nuevo censo del que varios siglos nos alejan!

A fuerza de victorias, Roma había hecho imperar la paz en el mundo entero. Sólo veía en la tierra vencidos. Lo podía todo, pero no lo sabía todo. Ignoraba profundamente a ese Niño cuyo nacimiento lleva el nombre de Noel. El aniversario de este nacimiento otorga una singular actualidad a ese censo, que está cumpliendo ya diez y nueve siglos, pero que es y será siempre el acontecimiento más actual de género humano.

Transportémonos cerca de ese magistrado, cerca de ese funcionario romano que se domicilió en Belén. La calma habitual de la pequeña villa se ve turbada por la multitud que acude para hacerse inscribir. Tal vez en ese entonces, como hoy día, el pueblo buscaba en toda asamblea el pretexto para una fiesta cualquiera. Las casas de hospedaje se encuentran repletas. Un hombre y una mujer llegan de Nazaret. Buscan una habitación sin poderla encontrar.

Yo me imagino la profunda indiferencia con que debió inscribir el empleado romano sus nombres, sin preocuparse de sus inquietudes. He aquí una pareja sin asilo. Esta mujer está próxima a dar a luz un niño.

¿Puede ella inscribir al niño que va a nacer dentro de pocas horas? El funcionario ha debido hacerse esta pregunta, y resolverla afirmativamente. El niño que va a nacer será judío. Los judíos son los vencidos; uno más entre tantos. Es necesario que sea contado también él, como cualquier otro.

¿Qué hubiera dicho el censor si hubiera sido profeta? ¿Qué actitud hubiera tomado, si, a través de los siglos entreabiertos, hubiera visto levantarse la cruz sobre el Calvario y a las naciones haciendo de ella un estandarte? Y actualmente, después de cerca de diez y nueve siglos, los hombres cuentan a esos mismos siglos a partir del nacimiento de ese mismo niño. Los que pretenden abolir sus templos y su memoria, cuentan, sin embargo, los años y los siglos por la fecha de su nacimiento.

Tomad al incrédulo más incrédulo. Sus cartas estarán, sin embargo, fechadas como las nuestras. La fecha de sus cartas proclamará, quiéralo o no, la actualidad del santo día de Navidad. Todas las fechas de su vida atestiguarán, a pesar de él y contra los desvaríos que proclama, el acontecimiento que sucedió durante ese censo romano. Experimentará, a pesar de él, el calendario cristiano. No podrá emplear fechas paganas. Si quisiera fechar desde las Olimpíadas griegas, sus propios amigos lo harían objeto de burlas o no lo comprenderían. Les sería imposible comprenderse entre ellos si emplearan otra cronología.

El cristianismo no se impone y el hombre lo rechaza, si quiere. Pero la fecha de la era cristiana sí se impone y Babel, que quiere decir confusión, intervendría también en el lenguaje humano, si alguien pretendiera nombrar el presente año por medio de otro nombre u otra cifra que la impuesta por Noel.

* * *

El censo de nuestros días nos recuerda el censo romano de la época ya lejana. El proclama la inmortal actualidad del otro censo.

Volvamos al funcionario romano. Yo me imagino que debió interrogar a ese hombre y a esa mujer que no tenían asilo.

Veamos un poco. ¿Quiénes son ellos? Son pobres, al parecer. ¿Y lo habrán sido siempre? ¿Qué antecedentes fami-

liares tienen? Tienen prosapia real; son de familia con tradición. Es de creer que pertenecen a la raza de David. ¿Cómo, pues, hacen tan triste papel en ese momento?

Tal vez, el censor romano, si era un empleado cumplidor, inscribió todos esos datos. Después continuaría su tarea. Los negocios son los negocios, y es necesario ocuparse de las cosas importantes. Mas, ¿cuáles serán las cosas que mayor importancia tienen? He aquí lo que sin duda el censor romano ignoraba por completo: las casas de hospedaje de Belén lo ignoraban asimismo. Y los viajeros sin techo no encontraban abrigo en ninguna parte. Y eso que la hospitalidad es la virtud oriental. Pero los nombrados, a pesar de todo, no encontraron asilo en ninguna parte.

¡Había, sin embargo, muchos lugares en el mundo romano! En el Panteón romano, había lugar para todos los dioses, excepto para el Dios de Belén. En los mesones orientales, había lugar para todos, excepto para el niño de Belén. Era necesario para este niño un lugar tan inconmensurable que los panteones de los dioses y los mesones de los hombres se cerraban instintivamente, apenas él se aproximaba.

En ese mundo romano, había un mundo griego, un mundo de filósofos, de sofistas, de discutidores, que hallaban lugar como los demás en el gran mesón romano.

En ese mundo romano, había lugar para un mundo judío. Los judíos estaban vencidos, pero no estaban muertos, y entre los pueblos vencidos, ninguno como él había guardado tan fielmente la independencia interior y la resistencia de la voluntad. Estaba en la naturaleza de los judíos no confundirse con los otros pueblos. Roma, la misma Roma, no había podido nunca hacer desaparecer su carácter propio y su esencia nacional. La Grecia había conseguido consolarse de su derrota por medio de las especulaciones intelectuales; la Judea, nunca. La Judea nunca encontró ninguna distracción que le permitiera olvidar. Ella conservó sus recuerdos con celosa preocupación, y las obligaciones que el reclutamiento producía, no conseguían amortiguar las antiguas añoranzas. A ese nuevo censo, no lo ejecutaba la propia nación, eran extraños los

que lo ordenaban. Era el gobierno romano, el gobierno vencedor que lo imponía a los vencidos.

* * *

Yo me imagino fácilmente las conversaciones acaloradas y elocuentes de los viejos judíos, orgullosos de sus antiguas glorias y obligados a inscribirse entre los vencidos en un cuadro de anotaciones que no era judío, y que sí era romano. Si, como la cosa es probable, esperaban un liberador, estaban lejos de esperarlo del lado de Belén. No se preocupaban más que el funcionario romano por la presencia de ese hombre y de esa mujer grávida que estaban allí, peregrinando de puerta en puerta, buscando sin hallar un refugio y que fueron a dar a una gruta, después del poco éxito de sus solicitaciones en la villa a horas ya avanzadas. Roma en su placidez victoriosa, Grecia en la curiosidad de sus afanes intelectuales, Judea en su orgullo interno y en su tristeza rememorativa, las tres sin excepción trabajaban en el mismo sentido, las tres olvidaban con el mismo olvido a ese Niño que tenía que nacer.

Ese Niño que tenía que nacer no preocupaba a nadie. Los siglos se disponían a contarse desde ese nacimiento, y las hosterías no se disponían a darle refugio.

El censo cuenta los hombres, no los mide. Sería absurdo reprocharle esta costumbre, que no es solamente su hábito, sino también su condición y naturaleza. Además, tengo razón al mostrarle mi agradecimiento, pues provocan reflexiones y recuerdos que no están desprovistos de una cierta majestad.

SEGUNDA PARTE

LOS HOMBRES Y LOS LIBROS

CAPITULO I

VICTOR HUGO

Un pintor y un pensador viajaban juntos. El pintor, servidor fiel e inteligente, acomodaba, de rato en rato, un manto de púrpura sobre las espaldas del pensador.

Pero pronto en su corazón nació y creció el proyecto de quedar solo para ser el mejor y de despojar, con ese fin, a quien debía servir. En cierto recodo del camino, ese pintor atormentado por la ambición, deslumbrado por su maestría, se lanza traidoramente sobre el pensador, le envuelve el cuello con el manto rojo que tenía para adornarle sus espaldas, y lo estranguló, en lugar de hacerlo resplandecer.

He aquí la historia de Víctor Hugo. En él viajaban el pintor y el pensador. Ellos podrían haber dicho, como Ruy Blas:

Et le soir, devant Dieu, notre Père et notre Hôte,
Sous le ciel etoilé, nous dormions côte o côte.

Pero no fueron ninguno de ellos lo suficientemente grandes como para amoldarse, lo suficientemente potentes como para aliarse y quererse siempre. ¡Cuán grande y magnífica tendría que haber sido esa amistad! ¡Toda una obra maestra de grandeza y esplendor!

Víctor Hugo es el verso que se hizo hombre. El verso es una creación misteriosa, y es sólo culpa del hábito que no nos admiramos lo bastante. ¿Qué es la rima? En apariencia, un azar. Si nunca nadie hubiera hecho un verso, y si alguien os dijera: «Comenzad», sin duda, a no consultar más que el razonamiento, vosotros diríais que la cosa no sólo es difícil

sino también imposible. ¿Cómo esperar que la frase, sin deformar el pensamiento, hallará naturalmente al fin de cada línea la consonancia precisa, que la línea tendrá doce sílabas, que las rimas masculinas y femeninas alternarán siempre, y que esas exigencias extrañas de la forma, al parecer tan contrarias al sentido común, y que llevarían a una serie de proposiciones interrumpidas, revestirán la idea con un manto real, que ella extrañaría siempre, si por sí mismo no hubiese venido a ofrecérsele?

Si la rima es ya extraordinaria en sí misma, ¿qué decir de la rima con la cual se desposó Víctor Hugo? Ella lo convirtió en un mago. Jamás prestidigitador alguno manejó lo que toca, lo que lanza, lo que cambia, lo que oculta, como Víctor Hugo toca y maneja la lengua poética. El hace maravillas con ella. Le otorga matices que antes no conocía. El no emplea una lengua hecha; hace una que es su creación. Su lengua es su hija, y muy agradecida le resultó esa hija, y muy abnegada.

¡Con qué facilidad admirable se adapta a sus caprichos, a sus órdenes, a sus gustos, a sus personales fantasías! Las rimas se presentan al instante, como esclavas bien dichosas por el hecho de que su señor les haga el honor de emplearlas. Ellas acuden, se prodigan, se entregan con todo su amor. No, vosotros no podéis saber lo que es el amor, si no habéis estudiado el amor de la rima por Víctor Hugo. La rima embriaga a ese hombre que ella adora, le transforma su vida, lo hace vivir una fiesta continua.

Ella transforma para él todo lo que toca, y toca innumerables cosas. No desprecia ni aun el objeto más insignificante. Iluminada o extraviada, como queráis, en virtud de su amor, ella lo convierte en un cuento de «Las Mil y Una Noches». Cambia en oro todo lo que ve. Colma la naturaleza de admiración. Un niño no puede abrir la boca para decir la cosa más vulgar, sin que la rima se presente, ardiente, abundante, apasionada, rodeando a ese pequeño niño, a esa pequeña palabra, con las luces de mil diamantes, y ahogándolos en esas cataratas resplandecientes que hace surgir y que precipita.

Esta vara mágica del sol que se eleva y que se oculta, que hace resplandecer a la gota de agua, que tiñe de púrpura a la nube, que embellece a una choza, la rima la ha substraído del país de las hadas, para dársela, como regalo de boda, a Víctor Hugo.

Es maravilloso todo lo que hay de imprevisto en esta rima. La cosa en la cual se piensa menos es la que se presenta. Trae nueva luz, nuevo color, nueva actividad. Bien lejos va a buscar, aunque sea en el otro extremo del mundo, alguna cosa original para presentarla, triunfalmente, como presa sin igual a los pies de Víctor Hugo.

* * *

La rima y Víctor Hugo son inseparables. El sólo existe por ella. La desproporción monstruosa de sus versos y de su prosa indica bien cuál es, en Víctor Hugo, la importancia de esta persona augusta: la rima. Sin ella, Víctor Hugo queda desarmado, ya no existe. Cuando él habla en prosa, habla una lengua extraña. Su prosa, en él, se asemeja a una traducción que al cambiar de lengua hubiera perdido la savia del texto original. Se diría que primero que todo pensó en verso, y que en seguida lo tradujo en prosa.

La prosa tiene el aspecto de ser para él un esfuerzo singular que se ve malogrado.

La causa es que, por sobre todo, es pintor. Y la rima en el verso es lo que el color en la pintura. La imaginación de Víctor Hugo es más rica que la naturaleza... él tiene regalos para hacerle. Otorga dones a los soles, a las flores y a la primavera. Su mirada, más espléndida que el mar dorado por el sol, lo hace relucir a ese mar bajo un manto de esmeraldas más bello que el que tiene recibido del cielo.

Insisto tanto sobre la rima que temo una objeción. «Víctor Hugo —me diréis vosotros—, ¿será entonces a vuestros ojos un rimador?»

En modo alguno. Es todo un poeta. La rima, y éste es el misterio que yo deseaba constatar, la rima le entrega no so-

lamente consonancias, sino también pensamientos. El pintor, profundamente pintor, que contempla la naturaleza, ve en los colores otra cosa más profunda que el simple color. El color es para él la palabra íntima de la naturaleza. Y bien, lo que el color dice a Rembrandt, la rima se lo dice a Víctor Hugo.

* * *

¿Por qué, pues, este hombre extraordinario, teniendo una celebridad inmensa, carece de autoridad? ¿Cómo se explica ese fenómeno? Se lo admira como a un canto. No se lo obedece como a un gran hombre. Es que es el poeta de lo exterior. No penetra en el corazón de las cosas, porque su mirada es brillante, pero vaga y sin dirección.

Cuanto más el navegante es arriesgado, tanto más la brújula es necesaria. Lejos de poner límites a su carrera, la brújula la asegura y la extiende. Le otorga grandeza al darle precisión. La dirección, en lugar de encerrar el espacio, lo engrandece. Es la precisión la que abre la inmensidad.

Y es que la brújula de Víctor Hugo está enloquecida.

En lugar de dominar los resplandores de la luz, está dominado por ellos. Tendría que haber sido el rey de los colores y se convirtió en su esclavo. Está oprimido por la Imaginación. Esta hace con él lo que quiere. Lo tiraniza, le pone grillos. Limita su mirada en lugar de prolongarla. El navío sin brújula no adelanta, gira sobre sí mismo o vuelve atrás.

La naturaleza huye, llevando consigo sus misterios. Le deja, eso sí, en su huída, su manto entre las manos, su manto adornado con oro, con todos los esplendores que tiene, y aun con los que no tiene.

Víctor Hugo carece del don de lágrimas, porque las lágrimas surgen desde el fondo del corazón. El fondo del corazón es el santuario en donde él no ha penetrado.

* * *

Yo oigo decir a cada momento: «El ilustre Maestro ha variado mucho en política, en filosofía y en religión.»

Yo respondo: «Tal vez. Pero si miramos profundamente, veremos que no ha variado mucho.»

En él, el fondo es la imagen. El pensamiento no es más que un detalle. La imagen, es la substancia; el pensamiento, es el matiz.

Mas, él ha permanecido siempre fiel para con la imagen. Nunca, pues, ha variado dentro de ese fondo personal o sea en el resplandor de la pintura. Nunca tampoco ha variado en el procedimiento, que es el otro extremo de la tesis.

Víctor Hugo en realidad no ha variado nunca. Es absolutamente fiel a su verdadero amor. Es infiel, sí, cuando escribe en prosa: es entonces cuando traiciona a la rima. He ahí su adulterio.

II

Hablemos de sus novelas.

Unas están hechas en base de pinturas, otras con episodios novelescos y vulgares; están hechas éstas a menudo con sollozos. Sería una cosa terrible ser un personaje de estas novelas; los personajes se encuentran allí para ser irremediablemente pulverizados; son los juguetes de este espíritu aficionado a despedazar los corazones y que reina en esas comarcas.

Filigranas de desesperación, afiladas con todos los fuegos de la vida y de la muerte; he aquí el espíritu de sus libros, he aquí su alma.

Su cuerpo, lo constituye la pintura embargadora, a veces grandiosa, casi siempre horrible, siempre exterior y superficial, a pesar de sus pretensiones de otra índole. Es la materia empleada, mostrada, explotada, torturada, arreglada para la desesperación.

Es la sensación en lugar del sentimiento, es el tacto, es el olfato, en lugar del misterio del arte.

En esas obras, todo es exterior. Los detalles innumerables, infinitamente circunstanciados, nos instruyen acerca de todos los accidentes de figuras y costumbres, y nos permiten ignorar las almas. La figura del hombre, su gesto, su apariencia, sus hábitos, las peripecias de su vida exterior, todo eso no nos es solamente relatado sino también mostrado; el dibujo y el color abundan y sobreabundan. Los caracteres permanecen casi desconocidos; las almas completamente desconocidas.

El alma humana es un océano; no se ven aquí más que las espumas, sobreexcitadas por las tempestades; pero la profundidad no es ni mostrada ni indicada: no es ni siquiera sospechada. Cuando el pintor ha mostrado todo lo que ve, su obra está terminada. Lo que es más íntimo permanece ajeno a su mismo presentimiento.

Víctor Hugo consagraría un volumen al relato de un minuto. El acumula las circunstancias; no deja nada para que sea sobreentendido; no relata, pinta y cuando se pinta no se deja de poner ningún detalle.

El poeta puede omitir mucho, pero el pintor no omite nada. Es necesario que cada uno de los personajes tenga cinco dedos en cada mano, y, por sobre todo, Víctor Hugo es pintor.

Este pintor sólo ha visto monstruos; la retina de sus ojos parece impresionada desde su infancia por objetos desconocidos, con proporciones desmesuradas y pavorosas.

Esa tempestad de nieve, con cielo negro y mar blanco, esas sombras pálidas que se agitan en el espacio horrible, de peligros, de crímenes, de corajes y de miserias, todas esas cosas amontonadas, y en donde la menor también es enorme, todo eso parecería ser el medio natural en donde él se mueve, el teatro de su pensamiento y la patria de su alma. Se diría que un huracán furioso desencadena continuamente en ese espíritu atormentado todas las fuerzas de la naturaleza, multiplicadas por su propia furia y por la imaginación del poeta, para hacer, en presencia del cielo, de la tierra y del mar, prodigios de incoherencia.

Buscaríais en vano una cosa ordinaria; allí no existe ni tiene cabida.

Una cosa ordinaria, constituiría una gracia que el poeta haría a vosotros y a él; sus libros carecen de gracias. No hay en ellos ni piedad ni perdón. Las cosas gigantescas entre las cuales el conflicto monstruoso estalla sin intervalos no se apaciguan jamás; sin apaciguamiento, sin misericordia, ellas caen como una avalancha. Aturden, fatigan, se hinchan, se agrandan, destrozan, espantan; pero no les pidáis reposo. El reposo está por encima de ellas. El reposo está allí considerado como algo inferior. Es una confusión que se toma por un abismo.

En los mundos conocidos, existen excepciones, que se llaman monstruos. En las creaciones de Víctor Hugo sólo hay monstruos. Un individuo de una talla ordinaria no se encuentra nunca ni siquiera en el estado de extravagancia. Es el monstruo el que hace todo, el que oprime y es oprimido.

Es un mundo aparte, en el cual el mundo constituye el ser. Es lo monstruoso convertido en ley, y, en contradicción con las otras leyes, ésta carece de excepción.

Y si vosotros pretendéis descansar vuestros ojos en una pradera verde, la pradera también os traicionará; se convertirá en monstruosa.

El monstruo apreta a Víctor Hugo y no abandona su presa. Se diría que el autor no es dueño de sí mismo, que escribe bajo una presión extraña y que ha perdido la medida de las cosas.

Horror, noche, nieve, tempestad, borrasca, sombra, huracán, furor, crueldad de los hombres y de las cosas, oscuridad, naufragio, escarcha, mutilación, terror sobre terror, ferocidad sobre ferocidad, todas las cosas del huracán, todas las de la abominación, la naturaleza caída, la humanidad caída, los refinamientos de la maldad ensañándose con las mujeres y los niños, todo eso se combina con una industria sabia y grandiosa para escribir tres palabras que sintetizan en un solo horror todos los horrores vivientes o muertos:

¡Azar! ¡fatalidad! ¡crimen!

Esta fatalidad no es, como en otras partes, la fatalidad filosófica; es la fatalidad social y la fatalidad pintoresca.

En el océano de los monstruosos, hay un escollo, es lo ridículo. Este escollo abunda; V. Hugo siempre lo tiene cerca, escapa por lo general, lo roza pocas veces. Lo toca, cuando la intención de producir admiración se hace demasiado evidente. Esta intención es su ruina. Existe en todos sus libros un deplorable y eterno prurito de lanzar tantos golpes de rayo como palabras pronunciadas. Cada palabra es una detonación. Cada palabra pretende causar al lector una sorpresa y un espanto, y cada sorpresa pretende sobrepasar a la sorpresa precedente. Es un progreso de lo enorme sobre lo enorme que pretende agrandarse incesantemente. Cada palabra crea un nuevo esfuerzo para hacerse notar y desea inventar un medio prodigioso para colocarse en relieve y permanecer así.

De igual modo que no hay un personaje ordinario, tampoco hay una palabra ordinaria en esos libros.

La pequeña niña de once meses que el pequeño niño conduce sobre su espalda, tiene cien codos.

No es una pequeña niña como otra cualquiera. Parecería que el autor considerara la introducción de una persona o una cosa ordinaria como un sacrilegio cometido contra su propia inmensidad. Y es por eso que es imposible que un saltimbanqui diga una palabra cualquiera ya sea a un caminante, ya sea a un bandido, o a un niño o a un animal, sin que esta palabra pretenda encarecerse a costa de todas las palabras pasadas, presentes o futuras, por su enormidad.

Y, en su momento, ella se verá a su vez vencida por la palabra siguiente, y así siempre.

La simplicidad es tan inherente a las cosas y especialmente a la palabra humana, que su ausencia **total** es un fenómeno bastante raro.

A menudo está ausente un poco, a veces mucho. Es difícil que falte absolutamente, porque esta laguna, cuando es perfecta, produce una fatiga en virtud de la cual sucumbiría el escritor.

Pero Hugo no es de los que sucumben fácilmente; emplea su fuerza, que es enorme, para extirpar absolutamente la simplicidad hasta en sus más profundas raíces; parece desear que de ella se pierda hasta la noción, parece querer borrar el tipo y destruir el nombre. Y él soporta ese atentado con una espantosa facilidad, sin decaimientos y sin remordimientos.

Existe en sus obras un despliegue de cólera; pero no dudéis, esta cólera es exterior. Es violento, patético, atroz, imprevisto.

Lo fantástico lleva su invasión a la vida de aquellos personajes, por la puerta del espanto. Pero este furor es un furor teatral. La cólera profunda, terrible, seriamente atemorizadora, esta cólera es como el amor, plena de silencio y de ceguera. Ella posee, como todo lo que tiene profundidades, timideces que Víctor Hugo ignora.

El ignora el sufrimiento que se produce en las profundidades, y los rastros que deja en el alma. Empero, aun siendo exterior, ese furor no es menos peligroso. El lector se da cuenta desde las primeras palabras, que todos esos personajes corren hacia el abismo y que pretenden llevar hacia él.

El abismo es la cita común que se dan los unos a los otros, todas esas deformidades físicas y morales, todos esos errores, todos esos heroísmos.

En lo alto, en lo bajo, hombres, mujeres y niños, todo eso se precipita, todo eso se empuja hacia el abismo. El abismo es la fauce abierta que espera para devorarlos a todos aquéllos que el drama hace nacer. Y en efecto:

Hay uno que está ausente en esta obra íntegra, ausente del alma, ausente del espíritu, ausente de la idea, ausente de la palabra; es aquél sin el cual todo está perdido; pues es el que se llama en castellano: **Salvador**, y en hebreo: **Jesús**.

CAPITULO II

EN LOS OCHENTA AÑOS DEL ESCRITOR

En presencia del ilustre anciano a quien todo el mundo conoce, se impone ciertamente inclinarse con respeto; pero sobre todo, yo creo, hay que inclinarse con libertad, con franqueza.

Detrás del carro del triunfador, en Roma, marchaba un romano encargado de repetirle a cada momento estas palabras tan contrarias al paganismo:

«Acuérdate que tú también eres un hombre».

Si no deseamos retroceder más de tres mil años, se impone que por lo menos nos pongamos al nivel de este viejo mundo.

Si Víctor Hugo fuese un gran desconocido, un talento combatido, se impondría mostrar a plena luz su genio ignorado.

Habría que olvidar por un momento sus defectos y lanzar la luz a torrentes sobre sus cualidades. Pero sucede lo contrario. Habiendo sido la adoración extirpada de nuestras almas, la idolatría invade nuestros hábitos. Es muy necesario prosternarse; es una ley de la naturaleza. Se tiene dos rodillas que aspiran en momentos determinados a tocar tierra, y como ya no se frecuentan los enlosados de los templos, es necesario reemplazarlos por cualquier cosa. En nuestro caso está Víctor Hugo.

Cuando la idolatría se dirige a un hombre, la crítica tiene un gran deber, y es el de acudir en socorro de este hom-

bre y tomar su defensa, pues la idolatría disminuye, deteriora, inficiona todo lo que toca.

La idolatría es una agresión, es una falta de respeto.

En presencia de esta enemiga, la crítica debe levantarse en forma respetuosa, y presentar la defensa del genio ultrajado.

Y es por eso que yo debo decir hoy día, con la seguridad que viene de la libertad: «Víctor Hugo es un gran poeta» y debo añadir: «Víctor Hugo es lo contrario de un hombre político».

Víctor Hugo es lo contrario de un hombre político a causa de que tiene en cuenta al ser. Y por esto mismo se lo aplaude siempre, en calidad de hombre político. Pues un odio particular a los hombres superiores lleva a despreciar la gloria que poseen, para dirigirse a la que no poseen.

El hombre político posee, por encima de todo, la medida, el equilibrio y la ley de su actuación. El hombre político determina la calidad de los hombres y de las cosas. Los ve tales como son y las ve tales como son, con sus proporciones verdaderas. Posee el compás en la vista. Mide y juzga. Compara a los hombres, los distingue, los separa y los reúne de conformidad a sus aptitudes y disposiciones.

Víctor Hugo tiene como característica la desproporción.

Víctor Hugo no ve a ningún hombre tal cual es, ninguna cosa tal cual es. Todo lo ve ancho, enorme, monstruoso.

Todo objeto que cae bajo su mirada pierde sus proporciones convirtiéndose en sublime o abyecto. Para la mirada de Víctor Hugo, las gradas de la escala no existen. Se es siempre todo o nada.

O vosotros sois el más grande de los hombres, un héroe, un mártir, un salvador, o bien sois un monstruo colmado de vicios y crímenes.

Los animales antediluvianos desaparecidos en la naturaleza, se vuelven a encontrar en las obras de Víctor Hugo.

Digo más, se vuelven a encontrar como vistos con lentes de aumento. Víctor Hugo no ha visto nunca ratas ni lauchas. Sólo ha visto mastodontes.

Si pasea su mirada sobre las cosas, sólo encuentra colosos. Si la pasea sobre los hombres, no encuentra más que gigantes y enanos. Jamás vió él con sus propios ojos un individuo con una talla ordinaria. Las innumerables cartas que tiene escritas durante su larga vida a innumerables escritores que le remitieron sus prosas o sus innumerables versos, califican a cada uno de ellos como verdadero poeta, pensador, etc., etc.

Si elogia a Shakespeare, pierde en tal grado el sentido crítico, que admira todo en el poeta inglés y no soy yo quien lo afirma, es él mismo.

«Yo admiro todo, nos dice él, **como un bruto.**» Jamás podría yo ser más irrespetuoso con el ilustre anciano como lo fué él mismo. Y basta con lo que queda citado.

Víctor Hugo trata a Shakespeare en igual forma en que se ve tratado por sus amigos. Estos admiran todo, no como brutos, pues hay algunos entre ellos que no carecen de espíritu, pero sí como idólatras.

Víctor Hugo renuncia, en presencia de Shakespeare, al derecho de crítica. Los amigos de Víctor Hugo renuncian, frente a él, al derecho de crítica.

La idolatría, que ha germinado en Víctor Hugo en beneficio de Shakespeare, florece en los otros, en provecho de Víctor Hugo.

Víctor Hugo ha sembrado la idolatría: actualmente recoge los frutos.

Nadie podrá desconocer que hay en Víctor Hugo un gran poeta, y que tenía el derecho de preferir a la idolatría la admiración.

Víctor Hugo es poeta en grado tal vez no alcanzado por ningún otro poeta antes que él.

Es lo contrario de un hombre político, porque ha perdido el sentido de la crítica y de la proporción.

Es prodigiosamente poeta porque todo pensamiento es

para él una imagen. Todo pensamiento es para él un molde que contiene un mundo de imágenes.

Y Víctor Hugo se convierte en el creador de ese mundo. Jamás tal vez imaginación humana alguna alcanzó semejante desenvolvimiento.

Víctor Hugo aumenta, crece, incendia y transforma todo lo que toca. Es como el rey Midas: sus manos transforman en oro toda sustancia que tocan.

La riqueza y la potencia de su estilo van hacia la dirección de la magia. «Las Mil y Una Noches» son pobres y chatas al lado de esas magnificencias. Los colores del arco iris estallan bajo su paleta hasta el paroxismo. Se embriagan con ellos mismos; nos embriagan ante sí mismos. Nos hacen girar, nos hacen danzar en conjunto un vals alocado que nos precipita junto a ellos hacia el aturdimiento.

Las cualidades gigantescas de ese estilo más que oriental entrañan defectos monstruosos, y como ejemplo de defectos citaré en particular las **Contemplaciones.**

En las **Contemplaciones,** los defectos de la fantasía aparecen con un predominio casi total. Las virtudes de la poesía están ausentes.

El libro en que las virtudes de la poesía aparecen con el más puro resplandor, es el libro de la **Leyenda de los Siglos.**

En la **Leyenda de los Siglos** Víctor Hugo posee todas las cualidades, y muchos de sus defectos allí no aparecen. Muchos, digo, y no todos. Yo no me refiero aquí al espíritu del libro, que en ciertas partes es detestable. Hablo de la forma, que pocas veces decae y llega a ser magnífica.

En la **Conciencia,** en el **Aguila del Circo,** en **Pequeño Pablo,** en el **Cementerio de Eylau,** Víctor Hugo, poeta, se sobrepasa mucho a sí mismo; la imagen llega a ser pintura, la imagen hace prodigios.

Víctor Hugo es un gran poeta. ¿Será a causa de esto que es lo contrario de un hombre político? No, ciertamente. No y mil veces no.

Afirmar lo contrario supone blasfemar de la poesía.

David y Salomón eran grandes poetas: eran también hombres políticos.

Es que eran grandes poetas interiores, Víctor Hugo es un gran poeta exterior.

El gran poeta interior vive de realidades; el gran poeta exterior vive de imágenes. El gran poeta interior es el hombre de las profundidades, y en la luz, que es su morada, encuentra la verdad política lo mismo que las otras verdades. El gran poeta interior conoce a fondo la naturaleza humana. Sabe y juzga.

El gran poeta exterior es el hombre de las imágenes y de las superficies. En el gran poeta interior, y sobre todo en el gran poeta bíblico, la imagen es la vestimenta del pensamiento, vestimenta a la vez ligera y magnífica.

En Víctor Hugo, es la imagen la que juega el principal papel; el pensamiento tiene un lugar accesorio, y a veces sucumbe, aplastado bajo el manto de púrpura y oro, rico pero pesado, con que el poeta lo cubre. He aquí por qué las páginas del nuevo aniversario, que tendrían que ser blancas, como la aurora de un día eterno, no me asombran por su blancura.

He aquí por qué yo saludo a Víctor Hugo compadeciendo a Víctor Hugo.

CAPITULO III

VICTOR HUGO

Al día Siguiente de los Ochenta Años

El día de una fiesta no se llevan más que flores.

Al día siguiente está permitido llevar reflexiones.

La fiesta es alegría, pero también es cosa seria.

En el primer día la alegría domina; al siguiente día, la gravedad.

El primer día es la fiesta del día mismo. El día siguiente es la fiesta del día eterno.

El primer día pertenece a los niños.

La voz de Juana y de Jorge es la música que alegra ese día.

El día siguiente pertenece al alma.

Si ella tiene pesares y deseos, le está permitido expresarlos.

El primer día es la fiesta del hombre tal cual es. El día siguiente es la fiesta del hombre tal cual debería ser.

El primer día, se le mira.

Al día siguiente, se lo contempla.

* * *

Ya he mirado a Víctor Hugo. La actualidad me obligaba hoy a fijarme en el día siguiente, en el momento de la contemplación.

Algunas veces se juzga a Víctor Hugo según el recuerdo

cristiano de sus primeros años. Me guardaré de juzgarlo así. El cristianismo de su juventud si valía algo, era casi tan poco digno de él, como el anticristianismo de su vejez.

Era un cristianismo vago, superficial y si poético, sólo en el sentido exterior e inferior de esta gran palabra.

El cristianismo al cual sería necesario acercar a V. Hugo, sería el cristianismo profundo, radical, universal, es decir católico.

Víctor Hugo está en una situación excepcional y a la cual pocos llegan.

Este hombre asiste en vida a su inmortalidad.

No hay otro ejemplo tal vez de un hombre que como él esté rodeado, durante su vida, por los triunfos y las pompas de la inmortalidad. Sus fiestas personales son fiestas públicas. Sus penas personales son penas públicas.

El no puede decir una palabra sin que esta palabra resuene de un extremo al otro del mundo. No puede ver llegar el día de su nacimiento sin que todo el género humano venga a desearle nuevos, muchos y felices años.

Los hombres superiores, todos lo saben y lo dicen, son generalmente desconocidos durante su vida. La posteridad se encarga de indemnizarlos y de hacer resplandecer su gloria.

Lo contrario pasa con Hugo.

No solamente no es desconocido sino que ha conquistado durante su vida el prestigio de los personajes históricos, el prestigio de los héroes legendarios. La envidia que ataca a todo, no lo ataca. El desarma la crítica. Los pueblos se inclinan. Ya no se le juzga, se lo canta.

Ante esta ilustre vejez, no querría decir nada que fuese contrario al respeto, pero no querría tampoco decir nada que fuese una adulación.

* * *

Si yo quisiera adular, preferiría adular al caído. Un hombre grande y desgraciado tiene necesidad de ser animado; cierta adulación puede frente a él asemejarse a la justicia. Esta adulación aspiraría a compensar la injusticia universal.

Pero, frente a Víctor Hugo, hombre feliz hasta el extremo, la adulación se asemejaría a un insulto. La sinceridad es más necesaria aquí que nunca, aunque ella fuese severa.

Para unir la severidad al respeto, la mejor manera de hacer conocer lo que Víctor Hugo es, sería mostrar lo que él tendría que ser.

Esto es lo que voy a ensayar.

¿Qué tendría que representar, frente a los otros hombres, el hombre de genio, en su vejez?

* * *

Las ruinas tienen un deber, el de ser majestuosas. Cuando ellas llenan este deber se les perdona todo, y este perdón se asemeja más a la admiración que a la indulgencia.

El desorden de las ruinas forma parte de su belleza. Se diría que es el bosquejo de un orden superior y aún desconocido.

Este desorden se asemeja a los tanteos de una mano novel que posándose sobre un mundo destruído, se preparara a convertir los restos de una creación antigua en materiales para una creación futura.

Es por ello que las ruinas que relatan la antigüedad del tiempo conducen al espíritu hacia la eternidad.

Ellas representan una transición. Las piedras de una ruina son la tumba del pasado. Son también la cuna del porvenir.

Lo que es verdadero en las ruinas debería ser también verdadero en la vejez, si los hombres fuesen tan fieles como las cosas referentes a su destino. La enseñanza de la vejez debería ser uno de los goces de la tierra. ¿Os figuráis a un anciano no teniendo ya apegos, desligado de los asuntos personales y desligado de preocupaciones, dominando las cosas al verse libre de pasiones, mostrando en los detalles

de la vida la gravedad que da la aproximación de las cosas que no terminan? ¿Os figuráis a ese hombre alejado de las molestias y complicaciones de la vida, prestándose de antemano a lo gran desconocido y al soplo de la eternidad que pasa por entre sus cabellos blancos?

Cualquiera que viera a ese anciano, pensaría en el futuro aún más que en el pasado. En vez de ser límites, sus recuerdos serían ímpetus. Su memoria, en vez de limitarse a los días que ya pasaron, lo precipitaría hacia nuevas auroras.

Si antes hubiera conocido el desorden, si hubiera despreciado el honor de la familia, si, buscando el goce, se hubiera equivocado de camino, él llevaría el pesar de sus extravíos como una antorcha para aclarar su ruta y la de los otros. El marcharía en la vida con una solemnidad forjada a base de profundidad y de mansedumbre. El guardaría todos sus recuerdos, buenos y malos, como un avaro cuidaría un subterráneo, en el fondo del cual hubiera descubierto una mina de oro.

El escrutaría con avidez todo el pasado para arrancarle los secretos del porvenir.

Llegaría a iluminar todos los abismos con los vislumbres de eternidad que aparecerían, de tiempo en tiempo, en el horizonte, delante de sus ojos.

* * *

Este anciano que yo imagino escribiría en prosa y en verso. Su prosa sería tan poética como sus versos, sus versos tan prácticos como su prosa. Los latinos le llamarían «Vates». Los griegos lo llamarían «Creador».

Sus libros tendrían que ser abiertos con un profundo respeto.

Si uno de sus libros cayera en las manos de un joven, éste sentiríase más joven y más cerca de la Eternidad.

Si cayera en las manos de un niño, este niño, sin comprenderlo casi, sentiría algo extraordinario. Creeríase más próximo a la sabiduría, soñaría que su Angel guardián se le aproximó, daría su limosna a los pobres más respetuosamente que antes, y se arrodillaría con más respeto que antes para hacer su oración.

Si este libro cayera en las manos de una joven, ella sentiría la sensación y el ardor de la pureza, porque la pureza es algo ardiente.

Si este libro cayera en las manos de un hombre de edad, sentiría éste renacer el goce de la vida y el beneficio de la actividad.

Y si cayera en las manos de un hombre de Estado, éste vería retroceder a su alrededor los cuatro horizontes. Vería realizarse sus proyectos, crecer su destino, y abarcaría con una mirada más penetrante y más vasta la historia universal, y sus aptitudes prácticas crecerían conjuntamente con el alcance de su mirada.

* * *

El anciano del cual yo trato de trazar el carácter y la obra, sabría decir a los hombres que el bien es la única verdad, que el mal es una negación.

Este gran poeta haría comprender a las generaciones que lo bello encierra todas las formas, que la fealdad nada significa y no es más que una negación, que lo Bello es variado, siendo el Esplendor de lo Verdadero, que lo feo es monótono siendo el manto de la nada.

Este anciano sencillo y profundo se inclinaría sobre la humanidad, como una madre sobre su hijo. Llegaría a escuchar el balbuceo de la raza humana, y le enseñaría las maravillas de la palabra.

Este anciano es Víctor Hugo en su tipo, Víctor Hugo tal cual debería ser. Permitidme contemplar a este anciano en su augusta majestad.

Si ha conservado en la realidad humana el esplendor del verso francés, permitidme recordarlo. Pero si su pensamiento y su palabra no han permanecido como acabo de pintarlas, permitidme olvidarlo.

Si él ha escrito en alguna parte: «Lo bello no tiene más que una forma, lo feo tiene mil», permitidme creer que no es él quien lo escribió.

Permitidme creer que esta imaginación, tan clara como poderosa, ha elegido la montaña como morada y de allí no ha descendido jamás. Permitidme contemplarlo al gran anciano, superior a la popularidad y fiel a la gloria. Permitidme cerrar los ojos y contemplar a Hugo tal como yo deseo que permanezca siempre.

CAPITULO IV

ALFREDO DE MUSSET

¡Pobre Alfredo de Musset! ¡Qué hombre ha sido! ¡Y qué hombre hubiese podido ser!

Vosotros, los que creéis que la poesía es una fantasía que hace abstracción de todo y que vive de nada, venid a la tumba de Musset.

Sin duda, Musset ha muerto antes de su hora. El lenguaje humano dice «difunto». **Defunctus.** El difunto es el que se ha alejado de su función. Musset ha muerto, pero él no es difunto. No ha cumplido su obra.

Nadie tan dotado como él, desde el punto de vista del canto. ¡Qué pájaro! ¡Qué ruiseñor! No pudo ser águila. La cima del Monte Blanco no hubiera sido jamás su morada. Pero bien podía haber sido el encantador de la noche.

No era el hombre de pleno día. Su voz, como la del ruiseñor, hubiera podido ser la embriaguez de las tardes y de las noches. Naturaleza admirable, que no podía soportar ni concebir la vida sin el gozo.

* * *

Este hombre tan ricamente dotado ha muerto asfixiado por la duda que respiró desde su infancia.

Su ambiente hubiera sido la creencia. Ha muerto ahogado. Hay espíritus fríos que se gozan en la duda. Renán, por ejemplo. Hay almas de fuego para quienes la duda es una máquina neumática y que se ahogan bajo la campana. Musset, por ejemplo.

Toda su vida la pasó cantando a esa fe ausente, más bien con el acento de la añoranza que con el acento del deseo. El deseo lo hubiera llevado hasta ella. El recuerdo lo ha extraviado.

El no buscaba la fe como una belleza real que se puede hallar, sino como una belleza muerta, imposible ya de conocer. Extrañaba a la fe, como a una fiesta a la cual hubiera sido feliz de asistir, si por casualidad hubiera venido al mundo a tiempo de verla. Pero creía haber llegado tarde, y en vez de mirar hacia adelante, miraba hacia atrás. De allí la esterilidad de sus pesares, que en vez de ser aspiraciones no han sido más que quejas.

El no confiaba en nada, ni aun en la esperanza. Sus más bellas páginas empiezan así:

Regrettez-vous le temps...

Conocía el mal de su siglo, y proclamaba la ausencia del remedio con una desesperación particular. No se limitaba a proclamarla. Fué el tema de su canto, ¡pobre desdichado! A la poesía la hizo volverse contra ella misma. El, niño mimado de la poesía, obligó a su madre a atravesarse el corazón. ¡La obligó a cantar la duda! Y la poesía ha obedecido. ¡La poesía cantó la duda!

Ella no abandonó en ningún momento al ingrato; es el ingrato quien la ha arrojado lejos de sí.

¡Yo no creo, oh Cristo, en tu palabra santa!

exclama Musset. El la proclama santa y declara no creer en ella. Pero si ella es falsa, pobre Alfredo, si ella es falsa no es santa.

Tal es el desorden de esta cabeza extraviada, que Musset parece, no creyendo en nada, creer en las cosas más contradictorias.

El parece creer que la fe es una fuente eterna, y sin embargo agotada.

* * *

Diderot decía cuando conversaba: «Dios no existe, pero llegará a existir.»

Musset parece decir: «Dios ha existido, pero ya no existe.» No habiendo, por desgracia, vivido en la época en que Dios existía, acepta la duda y la desesperación como una de las necesidades del siglo XIX. Musset ha celebrado la resurrección de Lázaro como un hecho que existió, pero que ha dejado ya de serlo.

El parecía creer que la vida tenía un fin en otra época, pero que ahora este fin no existe; que el amor de la Magdalena encontró el corazón de un Dios, pero que habiendo dejado de latir ya el corazón de Dios, al amor de la Magdalena no le queda sino morir.

Y, sin embargo, él llama a San Pablo y sus acentos son magníficos:

¿Quién como el viejo San Pablo, arengando a los Romanos,
Deslumbrando a todo un pueblo con sus harapos divinos?

Llama a San Pablo; aún espera la anunciación del Dios Desconocido.

El discurso del Areópago sería tan necesario para él, como lo fué para Dionisio, el día en que San Pablo habló y Dionisio escuchó.

Pero hay una diferencia. Los atenienses creían que el Dios Desconocido vendría, que no había aún nacido quizás: ellos confiaban.

Musset cree que el Dios Desconocido ha muerto, y se limita a lamentarlo.

A pesar de la proclamación de diez y ocho siglos, está en retardo con relación al Areópago.

* * *

Ved cómo este cantor maravilloso, este poeta admirable, ha malgastado los tesoros que había recibido al nacer. El ha pronunciado toda su vida un discurso en verso que yo intitularía así: «La Oración Fúnebre de la Divinidad».

¡Pobre Alfredo de Musset! El estéril placer de criticarlo no me tienta. Prefiero contemplarlo en la claridad de las noches transparentes, embellecidas, iluminadas, encantadas por su voz. ¡Cuán brillante era! ¡Cuán poderosa pudo ser! La creación no se le aparece jamás en pleno día, en pleno sol. Se le aparece bajo la luz suave y temblorosa de las estrellas; claridad embalsamada con las brisas de la tarde. En esas horas más serenas, más recogidas y fieles, él respira el perfume de la noche, lo respeta y celebra su pureza. Yo hubiera querido ver sus pesares trocados en deseos, y que encontrara al fin, a través de los velos gloriosos del misterio, al Dios escondido, del cual las estrellas y los ruiseñores celebran la gloria y la suavidad.

Yo hubiera querido oírle cantar la noche del 25 de diciembre.

* * *

Si la poesía no fuese sino un sueño, si ella pudiera privarse de la realidad y de la substancia, Musset sería, en este dominio, un ser maravilloso. Pero lo bello es el esplendor de lo verdadero; por eso Musset ha muerto, porque le ha faltado la base para poder vivir. Ha muerto antes de su hora, y a causa de que ya no pudo cantar. Ha muerto porque tenía necesidad de dicha. No creyendo en nada, ha sentido escapársele la alegría, y dándose cuenta de ello, ha dejado escapar también la vida.

Si alguna vez alguien amó el canto por el canto, la armonía por la armonía, ése fué Musset, ciertamente.

Pero para que el hombre cante, es necesario que cante y alabe alguna cosa. Para que el perfume exista es necesario que la flor esté viva.

La poesía es la flor de lo invisible, pero para que la flor exista, necesitamos el tallo y también la raíz. Cuando la raíz muere, el árbol muere todo entero.

Musset ha vivido en una nube. Hubiera podido atravesar las nubes; pero no ha podido vivir en ellas.

Fué creado para la inmensidad. No cumplió su misión. ¡Jamás una garganta fué más rica! ¡Jamás un canto fué más espontáneo! ¡Qué timbre sublime de voz! No era la voz del hombre. Era la voz del pájaro. Era el ruiseñor dotado con todos sus tesoros, con todos sus entusiasmos.

¡Si a alguien le fué posible hacer abstracción de la substancia, ése fué Musset, tan rico era en modulaciones!

Pero ha muerto antes de su hora porque nadie puede apartar la realidad.

Hubiera sido, de haberlo querido, la flor de la adoración. No hubiera sido la adoración en sí misma, con toda su profundidad y majestad.

El hubiera sido la flor del árbol.

Musset no hubiera sido la profundidad sagrada de las tinieblas; pero sí hubiera sido la gracia, el encanto, la melodía de la tarde y de la sombra. Pero necesitaba la adoración para vivir, como el aire que respiraba. Habiendo sofocado la adoración en su alma, ha ahogado la poesía en su alma, y entonces, ¿para qué vivir?

* * *

¿Para qué vivir sin alabanzas, y dónde alcanzar la alabanza, sino allí donde está, en su patria, en el Oriente? ¡Pobre Alfredo de Musset! Los siglos recién nacidos han proclamado su alabanza bajo las estrellas que él amaba tanto, hacia media noche, que era su hora.

Autor dramático no hubiera sido jamás. El autor dramático es la expresión ajena. Musset no hubiera sido jamás, en ningún caso, sino la expresión fiel de sí mismo. El no hubiera cantado sino a su alma, y a su alma en la noche. Su debilidad, que es desesperante, y que ha concluido por ser mortal, hubiera sido conmovedora y fecunda, si hubiera sido templada y vivificada por la compañía de la fe.

A veces se habla de su genio. ¡No!

* * *

El hombre de genio es más grande, más solemne. Hay en el hombre de genio, algo patético, grandioso, y una majestad misteriosa que Musset no conoció. El es demasiado imaginativo, que no lo hace digno de llevar ese nombre terrible.

Pero ¡qué pájaro encantador! ¡Qué ruiseñor admirable! ¡Qué necesidad natural, ardiente, elocuente, de alabar, de admirar, de glorificar alguna cosa!

Su alabanza, que debió subir, se detuvo antes de haber hallado el cielo y cayó sobre la tierra en forma de ironía. Viéndose destituido de su gloria nativa, Musset la despreció. Su burla es un grito de dolor. Poseía la ironía del siglo XIX, que no es la del siglo XVIII.

La risa del siglo XVIII era la risa de un ciego de nacimiento que no tiene idea de la luz. La risa del siglo XIX es el reír desesperado de un ciego que blasfema de la luz porque no la ve, pero que la sospecha, la sueña, la adora quizás, en sus sueños de ciego. ¿Quién puede adivinar los sueños de un ciego?

¡Pobre Alfredo, las estrellas y las brisas de la noche debían acompañar los himnos de gloria que han muerto en tu pecho, emponzoñados por el aire que tú respirabas! ¡Si hubieran subido al cielo, tú habrías vivido! ¡Pero han muerto en tu pecho, y al morir te han ahogado a ti!

CAPITULO V

MONSEÑOR OLIER

1

Uno de los caracteres particulares de nuestro tiempo es la pretensión de cada hombre de gobernar el mundo.

Antes, la ambición era un sentimiento raro y excepcional, que por la naturaleza misma de su objeto era desconocido por la inmensa mayoría de los hombres.

Hoy sucede lo contrario. Europa está devorada por una epidemia que puede llamarse la **fiebre de figuración.** Los ejemplos valen más que los discursos; los contrastes hacen más efectos que las razones, y no es inútil tal vez oponer a la ola invasora de las mediocridades ambiciosas un nombre histórico: Monseñor Olier.

Pocos hombres han sido tan profundos, pocos hombres han llegado tan lejos en la verdad, tan lejos en el misterio. Pocos hombres se han ajustado tanto a la verdad absoluta.

Mil veces más fuerte que Bossuet, mil veces más desprendido de las cosas del mundo, mil veces más unido a lo permanente, mil veces más penetrado de todo lo eterno, Monseñor Olier aspiró toda su vida al retiro, al silencio y a la oscuridad.

Fué durante largo tiempo desconocida esta vida magnífica.

El Abate Faillon, que se consagró por completo al estudio de Monseñor Olier, ha sido quien la ha revelado.

Su estudio de Monseñor Olier contiene, además, sobre el

Cardenal de Bérulle, sobre el Padre de Condren, sobre la madre Inés, sobre María de Valencia, muchos detalles ignorados e interesantes.

Esta gran obra terminada después de la muerte de M. Faillon es verdaderamente la historia del siglo XVII.

En todo el siglo histórico hay dos siglos: el siglo de las apariencias, ruidoso, superficial, y el siglo oculto, profundo, sustancial. El primero es bullicioso y pasa; el segundo es silencioso y es el que dura.

El siglo XVII es quizás el más conocido de los siglos históricos: pero en su verdadero sentido histórico es precisamente uno de los má desconocidos. Porque la espuma que se forma en la superficie de los mares no es Océano. El Océano es el abismo.

La gran obra, por la cual M. Faillon ha glorificado su nombre y a la que dedicó su vida, es la historia del siglo XVII en su forma más ignorada.

2

Ajeno por completo a todo lo que llama la política, despreciando de un modo profundo, sincero y divino, todo lo que no es la verdad, Monseñor Olier pasó su vida en una oposición extraña y silenciosa con todas las ideas humanas comunes.

Los hombres tienen pensamientos bajos y aspiran las posiciones altas. A la ambición la toman por grandeza.

Monseñor Olier vivió en la contemplación de las cosas más elevadas y en el deseo vehemente de no alcanzar sino los más humildes triunfos.

Rehusó el episcopado. El pedía con humildad a los pobres el honor de besar sus llagas.

El relata esto y lo demás de su vida, sin considerarlo en modo alguno extraordinario. Los actos más vulgares, menos poéticos de la vida humana, son para él actos de la más sublime adoración: el nombre de la Santa Trinidad está escrito,

para él, en todo lugar: en la sociedad, en la naturaleza y en la vida humana.

Su día cristiano contiene, a propósito de las cosas más humildes, los pensamientos más grandiosos.

La salida y puesta del sol, la comida, el fuego, el uso del fuego, todas las cosas de la vida son para él los grados de esta escala simple y universal que sube a Dios. Así considerados, todos los actos de la vida son actos religiosos.

Después de su segunda conversión, que fué la oblación absoluta de sí mismo, la existencia de Monseñor Olier parece más solemne.

Las vulgaridades de la vida desaparecen bajo la altura de las intenciones y la fealdad de las apariencias se desvanece ante la grandeza de las realidades.

Su vida está expresada en esta oración que él dirigía a Dios:

"Que vuestra luz sea la simple luz que me guíe y que me haga ver todas las cosas tal cual ellas son en sí mismas."

El desapego de las ilusiones, esta reducción de la vida humana a lo que ella tiene de verdadero, de esencial y de luminoso, fué la obra de Monseñor Olier.

Uno de los rasgos de su persona es el de no asociar ningún recuerdo, a no ser el recuerdo de Dios.

El no pertenece a ningún centro, no se mezcla en ningún negocio humano, imposible atraerlo a ningún partido. Científicamente, no pertenece a ningún sistema. Pasa haciendo el bien. El ora, él llora, he ahí todo. Las cosas son para él los velos, algunas veces transparentes, de la voluntad divina. Encuentra en todos los puntos de la tierra un lugar para arrodillarse.

¿Qué desea en medio de esta grandeza? Desea la oscuridad. Tiene hambre y sed de silencio a su alrededor. La función que ambiciona en la sociedad, es la que realiza el corazón en el cuerpo humano, la función invisible.

La cabeza se ve, los brazos se ven, se ve al hombre hablar y obrar, no se ve al corazón latir ni a la sangre circular.

Sin embargo, es del corazón que depende la vida. Este centro invisible que hace todo lo que no se ve, que hace hablar, y que permanece en el silencio protegido de las miradas por la carne que depende de él, este corazón humano que podría llamarse un recogimiento substancial, el recogimiento de la vida, era el tipo sobre el cual Monseñor Olier quería modelarse a sí mismo. El aspiraba a asemejarse a este latido que está oculto.

3

Esta facultad de no ver sino a Dios en todas las cosas, se acentúa en las amistades y en las admiraciones de Monseñor Olier.

Ved cómo habla del Padre de Condren.

«Lo que en realidad era no se descubría, pues sólo una apariencia y una corteza se aparentaba, pues su interior no era sino el interior de Jesucristo y su vida sagrada; de manera que era más bien Jesucristo que vivía en el Padre de Condren, que el Padre de Condren viviendo a sí mismo. El era como una hostia de nuestros altares: por fuera se ven los accidentes y las apariencias del pan, pero en su esencia es Jesucristo.»

Llevado por el mismo sentimiento que Olier, el Cardenal de Bérulle se arrodillaba al pasar delante de la celda del P. de Condren, y cuando éste murió, San Vicente de Paúl dijo llorando: «¡Desgraciado de mí! No lo he honrado bastante cuando existía sobre la tierra.»

* * *

El admirable respeto que se guardaban estos hombres extraordinarios, nos hace recordar a los primeros días de la Iglesia.

Cercados como bestias salvajes, perseguidos como enemigos públicos, perseguidos hasta en las catacumbas, donde guardaban la majestad divina contra el furor humano, los primeros cristianos se saludaban con el nombre de Bienaventurados. Su alegría daba gloria a Dios. ¡Nadie más altivo, más libre, más lleno de transporte que los mártires! Ellos no hablaban, cantaban. La tristeza estaba del lado de los verdugos, porque eran paganos. Y los mártires cantaban porque eran cristianos, y esa Felicidad era uno de sus atributos.

Las relaciones que unían a Monseñor Olier, al P. de Condren, al Cardenal de Bérulle y a sus amigos, recuerdan las relaciones de los primeros cristianos.

El cristianismo recuerda siempre haber nacido en las catacumbas y sus más grandes personajes han vivido hasta ahora, al menos durante una gran parte de su vida, bajo tierra.

Muchos de entre ellos han permanecido allí hasta después de su muerte, y están aún relegados en las catacumbas de la historia.

4

Todos los que saben leer han leído a Boileau y a Molière. ¿Pero quién se interesa en estudiar esta historia ignorada que es la historia de las cosas sagradas?

Sin embargo, bajo todo punto de vista, ¡qué inmenso interés encierra! Es allí que el alma humana, en lugar de entretenerse en la superficie de las cosas, tiembla en sus profundidades. Es allí que el corazón humano aparece como un abismo lleno de sombra y lleno de iluminaciones.

Monseñor Olier no había visto nunca a la Madre Inés de Langeac, y hacía tres años que, advertida por una voz interior, ella rogaba por él.

«Un día, dice Monseñor Olier, estando en retiro, y cuando yo me disponía a emprender el primer viaje de la misión de Auvergne, estaba en mi aposento orando, cuando vi esta alma santa venir hacia mí con una gran majestad. Ella tenía

en una mano un crucifijo y un rosario en la otra. Su ángel guardián, de perfecta belleza, llevaba la extremidad de su manto de coro y en la otra mano, un pañuelo para enjugarle las lágrimas que le corrían sin cesar. Mostrándome un rostro penitente y afligido, me dijo estas palabras: «Lloro por ti»; esto me llegó al corazón y me llenó de una dulce tristeza. Durante ese tiempo, yo me sentía estar de rodillas ante ella, aunque yo estuviera, en realidad, sentado.»

Un día que el señor Olier se encontraba viajando, llegó hasta Langeac, se acercó al locutorio y pidió hablar con la Madre Inés. La priora fué a llamarla. Ella entró con el velo bajo, según la costumbre de su orden, y le habló como a un sacerdote desconocido. Advertido interiormente de que antes algo había pasado entre ellos:

–Madre –le dijo Monseñor Olier–, ¿no podría levantar su velo?

La Madre levantó su velo.

–Madre –replicó M. Olier–, yo os he visto en otra parte.

Inés le respondió:

–Es verdad. Me habéis visto dos veces en París, donde yo me aparecí en vuestra celda en San Lázaro, a causa de que había recibido de la Santa Virgen la orden de orar por vuestra conversión, a mérito de que fuísteis destinado por Dios para levantar los cimientos de los Seminarios del reino de Francia.

En medio de los procedimientos acerca de la beatificación de la Madre Inés, esta aparición es sólida y sabiamente discutida. Ella ha sido reconocida como verdadera. La Sagrada Congregación de Ritos la ha examinado con el prudente y necesario rigor que ella pone en esta clase de exámenes.

* * *

La unión espiritual que se formó entre Monseñor Olier y la Madre Inés pertenece a los secretos de Dios.

Cambiaban entre ellos palabras íntimas y maravillosas, al lado de las cuales las conversaciones exteriores se asemejan a los balbuceos del niño o del anciano.

Respecto a la Madre Inés, Olier escribe:

«He encontrado en ella una humildad tan profunda que no creo poderla descubrir en ese grado en otra parte. El deseo que ella tenía de ahogar toda adulación la llevaba a decir de sí misma cosas increíbles y en términos que asombraban a quienes la rodeaban... La veía a veces en tales sollozos que parecían romperle el pecho, y sus lágrimas se derramaban de sus ojos, como torrentes, durante largas horas... Ella me aseguraba a veces que temía comulgar por mí junto con sus hermanas, por temor de despreciar el bien que yo hubiese esperado de su fervor».

Es necesario abreviar. No quiero concluír este artículo sin citar un hecho contemporáneo.

La hermana María Susana Dufresne, religiosa en el Canadá, fué atacada el 27 de octubre de 1846, por una violenta pleuro-neumonia del lado izquierdo. El 9 de diciembre, un escapulario hecho de una sotana de M. Olier fué aplicado sobre el pecho de la moribunda, a quien los médicos habían deshauciado. Se puede leer en el libro de M. Faillon, la curación de la hermana Dufresne, relatada por ella misma. En este asunto las informaciones jurídicas y canónicas han sido hechas por orden del Ordinario.

M. Faillon relata muchas otras curaciones.

Claudio Chambonnet, que había conocido a Monseñor Olier, cayó enfermo, solo y sin socorro, a tres leguas de Puy. Se dirigió al que había conocido y que acababa de morir, diciéndole: «Habiendo tenido el honor de conoceros, gran servidor de Dios, y de haberos prestado algún servicio cuando viviáis en este mundo, yo os ruego que me curéis: vos lo podéis hacer si queréis.»

Este ruego fué tan poderoso como simple, y Claudio Chambonnet se vió curado.

M. Faillon, hijo obediente de la Santa Iglesia romana, somete a su autoridad todos los hechos que relata, todas las ideas que expone, todos los sentimientos que expresa.

Monseñor Olier vivió en medio de cosas sorprendentes. Entre los personajes que pasaron bajo sus ojos y estrecharon sus manos, el Abate Faillon cita a M. de Quériolet.

Las novelas que alcanzan ediciones numerosas son frías y vacías, si se las compara con esta biografía, llena de hechos singulares y extraños.

Quériolet albergaba el odio contra Jesucristo y la sed de derramar sangre humana entre otras pasiones. Pretendió hacerse turco. Se hizo protestante, después católico por interés. Maldecía a Dios y deseaba hacerle mal.

Un día, después de horribles blasfemias, se durmió. Un rayo cayó en su pieza y arrancó el techo y el piso todo hasta el dosel de su cama. Quériolet se despertó, mojado, en medio de un estrépito espantoso. Insultó al trueno, y lanzó un desafío a Dios burlándose de él. Pero el trueno no se vengó. El hombre quedó impune; aprovechó de esta impunidad para decir: «Dios no existe. Yo no he sido fulminado. No hay Dios, ni paraíso, ni infierno, ni demonio».

Un día pasaba por Loudun. Fué a ver exorcizar los poseídos, con la intención evidente y declarada de burlarse de la Iglesia y de sus ceremonias. Pero el demonio, por boca de una poseída, le recordó un voto que había hecho antes y lo había violado. «Dios es injusto —continúa diciendo el demonio—. El nos ha condenado por una falta. He aquí uno que bebe el pecado como agua y que sin embargo no ha sido fulminado». «¿Cómo me conoce esta mujer? —se preguntó Quériolet—. Parece que existen los demonios. Parece que hay un Dios.»

El que había resistido todo, fué convertido por Satanás, y sobrepasó la enormidad de sus crímenes con la grandeza de su penitencia.

* * *

San Sulpicio poseía algunos restos venerados de vestimentas de M. Olier. La comuna de 1871 los ha dispersado.

Se han perdido. San Sulpicio posee el corazón de Monseñor Olier, su lengua y uno de los crucifijos que le dió la Madre Inés.

Si queréis conocer su estilo, leed su entrevista con la madre Inés. El reconoce a la que no ha visto nunca. A la que lo ha visitado violando las leyes del espacio, en el misterio de la Bilocación, él la ve realmente como se ven las personas en la tierra y la reconoce. ¡Cuántos pensamientos, cuántas palabras, cuántos sentimientos deben agolparse y cruzarse en el alma y sobre los labios! Olier no dice nada más que esta frase: «Madre, yo os he visto antes». «Es cierto», responde Inés.

¿Se diría que esto no es muy sencillo? En efecto, la cosa era sencilla. Pero lo difícil era hallarla así, sobre todo desde el primer momento. Sin embargo, los dos interlocutores estaban colocados lo suficientemente alto como para hallarla tal cual era, simple y fácil, puesto que Dios lo había querido.

Ellos vivían bastante alto como para entrar en la familiaridad de las cosas divinas libres de asombro, por la profundidad habitual de sus pensamientos. Una idea exterior y superficial acerca del cristianismo permite siempre, frente a las cosas divinas, el asombro. Pero cuando es interior y profunda no se extraña, pues adora.

CAPITULO VI

M. DUPONT

1

Hay hombres que parecen nacidos para desafiar su siglo: M. Dupont fué uno de ellos.

El siglo XIX se caracteriza por la incredulidad, o si queréis, por la duda, y hasta cuando cree, hace concesiones. Llega a negar con un aplomo nunca conocido, pero si se inclina y cree, no hay en su creencia tanta energía como en su negación. No tiene tanto valor como audacia, porque se necesita valor para creer y audacia para dudar.

M. Dupont, de Tours, tuvo una Fe completa, absoluta, sin restricción, sin vacilación, sin concesiones de ninguna especie.

Conocéis sin duda católicos sinceros y creyentes. M. Dupont era también creyente, pero en otro sentido que el que por lo general se da a esta palabra.

Yo he tenido el honor de tener su amistad y sentarme muchas veces a su mesa.

He observado su valor y el ambiente que lo rodeaban. Era difícil, quizás imposible, verlo y oírlo durante una hora, sin sentir una impresión especial, un asombro **sui géneris,** una cierta apacibilidad. Los furores del alma se calmaban en su presencia, como las tempestades del océano ante ciertas salidas del sol. Los numerosos peregrinos que experimentaban su influencia no se explicaban la causa. Los que descendían al fondo de sí mismo para interrogarse acerca de

esto, se habrán respondido simplemente: «Este hombre posee la fe».

—Los milagros —decía M. Dupont—, ¿habrá cosa más fácil?

Antes de la curación, se asombraba de la duda, después de la curación, se asombraba del asombro.

Durante años, pasó su vida en oración ante la Santa Faz, y ante la Santa Escritura. En su aposento ardían día y noche dos lámparas, una delante de la Santa Faz, otra delante de la Santa Escritura, y entre las dos lámparas se hallaba Dupont prodigando su oración y sus consejos a los innumerables peregrinos que venían a pedírselos.

El Abate Janvier que acaba de publicar esta vida, relata hechos extraordinarios. Declara afirmar todo con una fe humana sin prejuzgar nada de las decisiones apostólicas, sin adelantar sobre los juicios de la Iglesia y sometiéndose plenamente a los decretos de Urbano VIII. Por nuestra parte hacemos en absoluto la misma declaración.

Tomada esta precaución, podemos seguirlo. El abate Janvier es un hombre reservado, prudente, preciso, exacto en sus recuerdos y en la constatación de los hechos. Sus libros se presentan al público con la aprobación del Arzobispo de Tours.

2

Los empleados del Correo debían naturalmente extrañarse al principio al recibir tantas cartas llevando esta dirección.

M. Dupont, autor de milagros. - Tours.

Otras:

M. Dupont, médico por la oración.

M. Dupont, Tours (Francia), el que cura a los hombres.

y otras, en fin:

Al taumaturgo de Tours.

El jefe del correo estaba al corriente de la situación. No se equivocaba. Y también había, a la llegada de los trenes, personas que se ofrecían en la estación, para conducir los pasajeros a la casa de Dupont.

Su nombre era pronunciado con un profundo respeto, y contrariamente a lo que pasa con las almas privilegiadas, no fué probado por la calumnia.

Yo le pregunté un día si no era atormentado y molestado por alguien.

—Cómo queréis —me respondió— que sea atormentada la nada.

Y él hacía con sus dedos el gesto de un hombre, que ensayara atrapar a un fantasma, sin poderlo hacer, pues la «nada» se escapa.

El se consideraba absoluta y sinceramente como siendo una nada. No era esa una manera de hablar por parte suya. Era la expresión sencilla de sus pensamientos más íntimos. Era de esta íntima convicción que sacaba la audacia de sus ruegos. Deseaba obtener. Se indignaba de las peticiones tímidas y vacilantes. Se indignaba de las dudas que toman la forma de la humildad.

* * *

El abate Janvier cuenta entre mil hechos más, este que sintetizo:

Una joven tenía en el pie un tumor enorme. Se hace llevar hasta la casa de M. Dupont por no poder caminar sola. Se pone en oración. La joven pedía a Dios que si era su deseo y voluntad, le imploraba que la sanara.

—No es así que hay que rogar —le dijo suavemente M. Dupont—, no tenéis la suficiente fe. Decid a Dios de una manera más terminante: «¡Señor, curadme!» Si vos queréis sanar es necesario exigírselo al buen Dios.

—Oh, eso es demasiado —respondió la niña—. Yo no puedo ordenar a Dios.

—¡Ah! no tenéis fe —dijo entonces M. Dupont—, es necesario decir así: «Yo deseo ser curada. Curadme». Es necesario, cuando se pide, tener una confianza ilimitada y no dudar.

La joven obedeció, M. Dupont le dió un poco de su valor, y ella se animó a imitarlo. Ella se vió al principio solamente aliviada. Alentada por esta mejoría, se reprochó la timidez de sus ruegos, los repitió y fué curada radicalmente. Dupont le había confiado su secreto, pedir sencillamente y firmemente.

* * *

Es notable en el libro de Janvier el relato de la curación de una niña jorobada.

Se trataba de una enfermedad terriblemente complicada. La joroba enorme se había convertido en una llaga terrible por las cataplasmas.

Una señora pasa al gabinete vecino y hace las unciones con óleo; la joroba desaparece. La joven vuelve. Los asistentes rehusan creer lo que sus ojos ven. Se llama a la madre de M. Dupont sin explicarle nada y se le dice:

—¡Ved esta pobre chica jorobada y contrahecha!

—¡Jorobada! ¡Nada de eso, tanto como tú o yo!

—Lo era, ya no lo es, nuestros ojos no nos engañan.

Los asistentes habían tenido necesidad, para creer en la realidad del hecho, de llamar una persona que no viendo la jorobada ahora, no tuviera dificultad como ellos para creer.

Hubo necesidad de prender el traje de la joven con alfileres y de ajustarlo bien, pues ahora le quedaba largo y ancho.

El legajo de los certificados llenó una parte considerable de la obra interesante del abate Janvier. Aconsejamos leerlo. Los relatos que contiene ofrecen, en general, ese carácter de simplicidad, de realidad, de ingenuidad que caracterizó toda la vida de M. Dupont. Ningún rasgo se encuentra que indique énfasis o apariencia teatral.

El carácter de M. Dupont es la connaturalidad dentro de lo maravilloso.

3

La Iglesia juzgará. La realidad de hechos numerosos y extraordinarios parece evidente, de una evidencia puramente humana hasta aquí.

Pero hay algo extraordinario: este hombre, al cual se le escribía desde las cinco partes del mundo, como a Aquél que sanaba a los hombres, este hombre no pudo jamás curarse a sí mismo.

Fué en vano que él aplicara sobre sí mismo las unciones de aceite que aplicaba sobre los otros.

El reumatismo y la gota que lo hacían sufrir tanto, rebeldes a los remedios divinos, lo condenaron a los remedios humanos, y el llamado taumaturgo partió para Bourbon l'Archambault.

No se extrañó por ello, «porque el pan de los niños no era para los perros», decía él, y se resignó a seguir un tratamiento.

* * *

Pero el pueblo, menos escrupuloso que nosotros en cuanto a la observación rigurosa del decreto de Urbano VIII, el pueblo, en Bourbon como en Tours, al llevarle sus enfermos preguntaba: «¿Podemos ver al santo?».

Una mujer del campo vino y le pidió que curara a su hijita que tenía un pie contrahecho. Dupont le explicó lo mejor que pudo que no era él quien curaba.

Sin embargo, se puso en oración, y al cabo de algunos minutos la niña, loca de alegría, bajaba de a cuatro los escalones de la casa.

—Yo creo que, por lo general —decía él—, no hacemos el suficiente uso de la fe.

Esta última frase pinta a M. Dupont todo entero.

El no comprendía las precauciones con que la mayoría de los fieles rodean a su ruego. El quería se hablara a Dios como a un hombre a quien se le obliga a cumplir su promesa sin tardanza.

Por lo general, suele pasar que es insuficiente nuestra fe porque por nuestra parte no cumplimos las promesas que hacemos a Dios.

* * *

En este siglo donde la pasión de la publicidad agita las almas grandes o pequeñas, en este siglo de la publicidad, él amó la oscuridad.

¿Era un don de la naturaleza? ¿Era un don de la gracia? No lo sé.

La naturaleza y la gracia de M. Dupont terminaban por confundirse ante las miradas, como en el horizonte, el cielo y las montañas.

En él la vida sobrenatural había de tal modo informado la vida natural, que uno buscaba ésta sin reconocerla bien, sin saber bien dónde residía, y era porque no tenía dominio propio. Ella era tributaria de la otra vida.

Hay grandes almas, santas quizás, que por el atractivo de la naturaleza, o por el atractivo de la gracia, tienen necesidad de comunicarse con las multitudes, y para quienes esta exteriorización es una condición de vida. Lo contrario le sucedió a M. Dupont. Hubiera deseado pasar su vida en una soledad absoluta, ¿y acaso no se podrá pensar que este hecho se ha realizado espiritualmente?

Los hombres lo buscaban y lo rodeaban; él no parecía distraerse, sin embargo. No creo que el pensamiento de agradarlos se le haya ocurrido, ni que haya llegado a decirse una vez siquiera en su vida: «¿Qué efecto causo yo en los peregrinos? ¿Qué piensan los que salen de aquí?».

La originalidad es una palabra que las lenguas toman a la ligera y aplican a cosas ligeras. En sí misma es seria y contiene la idea de origen, que es grave y profunda.

Si doy a la palabra originalidad la dignidad que le pertenece por derecho etimológico, yo diría que M. Dupont la poseía en sumo grado. El no se parecía a nadie, ni copiaba a nadie. No pensaba producir ningún efecto y este olvido de sí mismo, constituía sin duda, en nuestro siglo, la más extraña originalidad, la de la simplicidad. Esta simplicidad que era su arma, lo acercaba a Dios y su originalidad era un reflejo de ese origen.

—En la realidad —decía él—, cuando más nos acercamos a nuestra nada, más nos acercamos a Dios, es decir a nuestro estado primitivo, estado sublime, y dónde la voluntad divina no encuentra obstáculos que vencer.

* * *

La obra de M. Janvier es de un interés dramático. Le debemos agradecer que nos haya acercado así a este personaje extraordinario.

En general, la imaginación coloca al cristiano taumaturgo en una lejanía brumosa donde desaparece tras la niebla. La distancia borra los colores del cuadro.

El abate Janvier nos muestra a M. Dupont como su amigo y el nuestro, como contemporáneo nuestro, como vecino nuestro. La realidad de este hombre se impone a la imaginación.

Dos obreros vinieron un día a pedirle los curara. M. Dupont se da cuenta que ellos creían venir a ver un **farsante**, y perdonándoles su ignorancia, les da explicaciones y los exhorta a recibir el Sacramento de la Penitencia. A estas palabras los obreros se niegan.

—Sin embargo, no es tan duro —les replica M. Dupont—, ir a arrodillarse ante los pies de un ministro del Señor y decirle: «Padre, bendecidme porque he pecado».

A estas palabras levantándose el que estaba sentado más lejos, exclamó:

—¡Oh, claro que no es tan duro! Los hombres nos habrían hecho decir: «Padre mío, castigadme, porque he pecado». Y el buen Dios nos hace decir: «Padre mío, bendecidme porque he pecado».

M. Dupont se levanta, se aproxima al obrero y tomándole la cabeza:

—¡Dejadme —le dice—, dejadme besar esa frente en la cual el Espíritu Santo acaba de hacer nacer un pensamiento tan bello!

* * *

M. Dupont me ha dejado la impresión de haber sido el hombre más noble que haya visto jamás.

El carácter de su oración no era la violencia, era la sencillez.

«Pedid sin razonamiento y sin condición», decía él.

Y si le replicaráis: «Pero yo no soy digno.»

«¿Qué importa eso? —decía él—. Sois digno de compasión: esto basta.»

Y si dijerais: «Pero ¿si esa no es la voluntad de Dios?»

«Así —decía—, nada se obtiene. Buscáis, por esos razonamientos, dispensa a Dios para que os escuche. Lo trabáis. Los campesinos son los que obtienen más, porque ellos piden sencillamente y sin condición; estoy necesitado, dadme. Yo soy pobre, tú eres rico, dad, dad.»

Tal era M. Dupont.

La fe del que duda le entristecía. La fe del que discute le irritaba.

No quería que a Dios se le dispensase de conceder. No comprendía más que una palabra: «Tengo hambre, tengo sed. Dad, dad».

CAPITULO VII

LA MUERTE DE LUIS VEUILLOT

Salgo de la casa mortuoria. He permanecido allí tres días. La frecuentaba mucho desde el acontecimiento que asombró a París el 7 de abril. ¡París asombrado! Sin embargo, París lo esperaba, estaba preparado desde hace tiempo. Pero no se está jamás preparado a estas cosas. Aún anunciadas, el día que suceden, son siempre sorprendentes.

Durante los años de esta larga y cruel agonía, algunas personas se han sorprendido que ella durase tanto. Y sin embargo esas mismas personas se han sorprendido que Veuillot haya muerto.

¿Cómo? ¿Ha muerto? ¿Será posible? ¡El, tan maravillosamente y tan prodigiosamente vivo! ¿Es posible que haya muerto ese luchador terrible?

Ese hombre temido, a quien la vida parecía haber elegido como morada, ¿será posible que haya muerto?

Estoy obligado a responderos: ¡Sí!

Lo he visto, no me convencería antes de haberlo visto. Luis Veuillot ha muerto. Yo lo he visto.

Todo era fuerte en este hombre; el cuerpo tenía un aire de fortaleza. Era vigoroso, enérgico, formidablemente constituído. La debilidad de nuestra raza y de nuestra época no aparecían en él.

Y bien. Yo he visto ayer, yo he visto ayer ese cuerpo, reducido, extenuado por la muerte. La muerte ha afilado esas manos poderosas, esas manos que sostenían la pluma terrible.

¡Veuillot ha muerto! ¡Qué espada se rompe con él, y a la vez cuántas lágrimas corren! ¡Porque este luchador terrible era ante todo un hombre querido!

Preguntad a su hermano, preguntad a su pobre hermana, preguntadles por qué están destrozados sus corazones. Es porque detrás del atleta que ha hecho retroceder tantos soldados, había un hombre suave y tierno.

¡Oh, cuántos horizontes abre la muerte! Veuillot tenía muchos enemigos. Quizás en este momento no se encuentre ninguno.

Cuando la noticia fatal se esparció el sábado en París, París no creyó, como si hubiera sido inesperada y como si se tratara de un hombre en plena salud; encontró a París consternado, como si se tratara de un hombre rodeado de un ambiente favorable.

Es que se trataba de un hombre excepcional.

La muerte ha revelado a los vivos lo que ellos pensaban de él, sin saberlo. Los vivos sabían que existía en él un hombre extraordinario. No lo conocían, pero muchos lo temían, otros lo amaban. Todos experimentaban a propósito de él algo extraordinario.

El hombre superior es a veces desconocido, pero siempre es discutido. Luis Veuillot no era un desconocido. Su nombre estaba escrito en todas partes. Pero, como a todos los hombres superiores, no se lo reconocía como tal.

Era conocido por todos como polemista. Pero el polemista, en él, no ocupaba el primer lugar; y para ser justo, habría que decir que ocupaba quizás el último. Era de carácter suave. Y había en él un gran apologista.

Se conocía el sarcasmo de Luis Veuillot. No se conocían las alturas y las solemnidades que su palabra alcanzó algunas veces.

Era conocido como hombre de guerra, no se lo conocía como hombre de paz.

Hoy, su cadáver ha sido conducido con gran pompa a Santo Tomás de Aquino.

Ayer, yo contemplaba su rostro descubierto en su lecho de muerte. Ayer, yo rezaba el **De profundis** delante de ese rostro tan lleno de vida antes y que me trae tantos recuerdos. Y ante ese rostro, era la impresión de paz la que dominaba

en mí. La muerte había colocado sobre él, su sello de majestad. Y la paz, la paz, ¿me comprendéis?, ardiente y grave, se escapaba de esta figura inmóvil.

La polémica no es más que un accidente. Detrás del hombre de guerra, está el hombre de paz, más profundo y más íntimo. La guerra tiene su origen en las circunstancias.

Este gran luchador, que ha llenado el mundo con el ruido de sus batallas, tenía en el fondo de su ser una paz profunda.

Y era esta paz la que lo hacía en la guerra tan terrible.

Si Veuillot no hubiera sido más que un luchador, ese luchador no hubiera sido tan formidable. Lo que lo hizo así, fué la paz católica que él llevaba en sí.

Vosotros no esperéis de mí, después que yo abandono su tumba, el análisis detallado y literario de su prodigioso talento.

Hoy yo no sería capaz de eso.

¡Cosa extraña! Lo anunciaba hace algunos días; y, citando las bellas páginas que ha escrito sobre el mariscal Bugeaud, anunciaba con ese motivo la intención de estudiar al gran escritor.

Si tengo el suficiente valor, lo haré más tarde; hoy no lo haré. Pienso en este momento en el antiguo amigo, que me alentó cuando publiqué mi primer libro.

Esta figura, que he visto ayer, revestida de la muerte, es la que había visto revestida de la vida, cuando me lancé en la carrera, a la cual él fué el primero en animarme.

¡Pobre Veuillot! ¡Qué ternura me profesó en los primeros años de luchas, siempre tan difíciles, que yo sostuve y sostengo!

La vida tiene mil maneras de alejar a los hombres. No lo visité durante su última enfermedad; ¡cuánto lo lamento!

Pero el tiempo que me separa de nuestras primeras relaciones, se desvanece de golpe.

Recuerdo como si fuera hoy mi primera entrada en su gabinete. Me embargaba la emoción de un niño delante de

un hombre célebre. Y la situación de un niño que muestra un libro es siempre difícil. Pero hallé un padre, y he aquí por qué dije antes que Veuillot era poco conocido. Se le conoce como el censurador severo. No se sabe toda su ternura y admiración.

Se le veía discutir con los enemigos que están en las calles. No se le veía elevarse, como él sabía hacerlo, en el recogimiento de la soledad o en el de la intimidad.

Tiene páginas Veuillot que uno diría haber sido traducidas de los Padres de la Iglesia, suponiendo esa traducción hecha por él.

Hay alturas y serenidades, hay amplitudes, anchuras, entusiasmos; hay también gracias, ternuras y auroras. Cuando se eleva a las alturas del cristianismo, hay una seguridad notable en la penetración y en el vuelo. Tenía el secreto, el tacto, y me animaría a decir, hasta la **pasión** de la ortodoxia.

El sentido del menosprecio, que era poderoso en él, no disminuía el sentido del respeto. El respetaba, y también despreciaba, con todas las potencias de su alma. El sentido religioso estaba tan desarrollado en él, que había modelado su naturaleza toda. Amó tanto a la Iglesia que llegó a ser un símbolo de este amor.

No se hacía mucha violencia para despreciar a ciertos hombres. Era desprecio, no creáis que era odio.

Luis Veuillot no era el hombre rencoroso que uno se figura. El distinguía siempre el pecador del doctor del pecado.

Para el pecador no tenía sino indulgencia.

Para el doctor del pecado reconozco que era un enemigo terrible.

No se asombraba de la debilidad humana que algunas veces cae en el mal.

Se asombraba o más bien se indignaba de la maldad humana, que no sólo hace el mal sino que en su inconciencia llega a glorificarlo.

Perdonaba a los que hacen el mal, cuando consienten en dar al mal su nombre: el mal. Pero no perdonaba a los que

encubren orgullosamente su malicia para glorificarla con los nombres adecuados a la majestad del bien.

No era el enemigo de los débiles. Pero sí de los falsos. Para los que practicaban el mal, era indulgente.

La teoría del mal lo hallaba implacable.

¡Y qué lenguaje creó para castigar esta teoría! Porque cada gran escritor crea su lenguaje. El lenguaje de Veuillot le pertenece. Es fino, potente, mordaz. Pero también, a veces, ¡cuán suave es!

Y he aquí al Veuillot desconocido. Es aquel que yo encontré en las primeras efusiones de nuestra antigua amistad. Es el que se me aparece hoy a través de los fríos velos de la muerte. Lo vuelvo a ver tal como lo he visto.

¡Pobre gran escritor! Su mano, inmovilizada por la muerte, lo estaba ya desde antes por la enfermedad.

¡Pobre gran escritor, cuántas cosas hubieras podido decir desde hace algunos años!

¡Pobre gran escritor! ¿Será verdad que tu pluma de hierro al rojo permanecerá para siempre inmóvil?

¡Pobre gran escritor! Yo experimento delante de tu féretro, la imposibilidad de creer en la muerte.

«Yo soy para vos —me decía un día— más que un amigo.»

¡Con qué ternura decía él estas cosas!

* * *

Delante de su cuerpo inanimado, de sus manos afiladas, delante de su fisonomía tranquilizada por la muerte, todos mis recuerdos se me aparecían ayer.

Ellos son viejos y profundos.

Muchos creen que Veuillot sabía sólo atacar. Contra esos, muchas cosas tendría para responderles, pero no sería yo quien formularía esas respuestas, sería él mismo. Sería necesario hacer citaciones. Para eso no ha llegado la hora.

Conservo aún el perfume de paz que se exhala de la casa mortuoria. La hora de la discusión no ha llegado.

Es, sí, la hora de las lágrimas.

Uno las ve correr en el rostro de su hermano. Eugenio Veuillot está allí. Su hermana también. Eugenio Veuillot, el fiel compañero de largos combates, permanece en su puesto. Yo veo, yo siento, yo adivino los sufrimientos que lo embargan. Porque los dolores que se ven no son nada comparados con los que se adivinan.

La muerte, colocando sobre Veuillot su mano terrible, ha desgarrado los velos que ocultaban lo más recóndito de su corazón. Ella ha revelado, en lo profundo, todas las bondades que se sospechaban sin verlas. Los que han sentido, aunque sea un solo instante, la paz de este soldado, sienten crecer ahora ese recuerdo. Sería necesario unir a su obra pública la historia de su obra privada.

La muerte tiene un extraño poder. Rechaza las apariencias; descubre las mentiras. Inmoviliza las realidades. Las fija para siempre.

Todos los personajes tan profundamente divididos entre ellos a propósito de Luis Veuillot vivo, se ven reunidos alrededor de Luis Veuillot muerto. Alrededor de ese féretro, todos estaban unidos.

El hombre que la muerte alcanza, se vuelve estatua. La muerte absorbe y atrae hacia ella, para disiparlos, todos los pensamientos, todos los sentimientos que no eran dignos de la vida. Ella sopla sobre el polvo.

CAPITULO VIII

ENRIQUE LASSERRE Y NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

¡En pleno siglo XIX!

¡Una aparición de la Virgen, una niñita iluminada, una serie de milagros discutidos y constatados por la autoridad eclesiástica, y todo relatado por Enrique Lasserre!

Sin embargo, Lasserre no busca la circunstancia atenuante, no disimula nada. No se excusa: al contrario. Su espíritu siempre cáustico y habitualmente agresivo, se apoya sobre lo extraordinario e insiste sobre lo prodigioso. Para colmo de audacia, Lasserre interviene en el relato y después de haber contado muchas curaciones, relata la suya.

Atacado de una oftalmía incurable, se lava los ojos con el agua de Lourdes, y recobra la vista. Lo relata él mismo con buena fe perfecta; y tanta precisión realzada por los detalles hace revivir el pasado. Pues el número de pequeñas circunstancias produce un gran efecto; hace participar al lector en el hecho relatado y da al recuerdo la impresión de una realidad del momento.

Todo el mundo conoce la aparición de Lourdes, pero casi todo el mundo ignora los detalles y las pruebas.

La aparición de la Salette es más popular. La de Lourdes es más desconocida. Lasserre la hace entrar en el dominio público.

Era el 11 de febrero de 1858. Eran las once de la mañana. La hijita de un molinero, en el momento que se descalzaba para pasar un arroyo, ve aparecer a la Santa Virgen delante de ella.

Uno de los caracteres más impresionantes que presentan las cosas divinas es la falta completa de precauciones. No temen la opinión pública; no temen la burla. No se dignan tomar ninguna medida para hacerse verosímiles.

Cuando un hombre piensa en un asunto, mucho piensa en los otros hombres. ¡Con qué cuidado elige las circunstancias y los personajes más propios para inspirar a las gentes serias, la atención y el respeto!

Las cosas divinas no son así. Ellas se presentan como son, atrevidamente y con una sencillez que asombra. Eligen también; pero su elección suele ser contraria a las elecciones humanas. Eligen mal, según nuestra pequeña sabiduría. Eligen el momento más imprevisto, el lugar más ignorado, el testigo menos caracterizado.

Renán desearía que la resurrección de un muerto se hiciera en presencia de una Academia reunida para tal efecto. Esta ignorancia lastimosa haría reír mucho a un verdadero sabio.

Las cosas divinas tienen siempre contra ellas, todas las probabilidades humanas; pero basta pensar media hora seriamente para descubrir que debe ser así.

Las cosas divinas desconciertan todas las previsiones, y aun cuando dejan prever su llegada, asombran siempre, porque su manera de presentarse no es nunca la que imaginaría el hombre, y cuando una profecía se cumple, el más asombrado de todos es quizás el profeta. Pues él no había adivinado qué forma tomaría la cosa, ni por dónde vendría.

Acerca de esto no hay profecía. Todo lo contrario. La virgen se aparece. Si ella no eligió un sabio acreditado en la ciencia humana, ¿escoge al menos, un obispo, un doctor?

Ella sorprende de repente a una pequeña aldeana en el momento que sacaba sus medias para pasar un arroyo.

Diréis que esta niña, siempre preocupada por las cosas religiosas, cree ver a la Santa Virgen, por pensar siempre en ella.

La niña pensaba tanto en la Virgen como en tener delante de sus ojos a Leónidas y sus trescientos espartanos, en el desfiladero de las Termópilas.

—Yo he visto —decía ella— una cosa vestida de blanco.

—¿Y tú no sabes el nombre de esa señora? —le preguntó seriamente el Sr. Cura de Lourdes, que tenía o simulaba incredulidad.

—No —respondió Bernardita—. Ella no me ha dicho quién era.

—Los que creen en lo que tú dices —responde el Padre— se imaginan que es la Santa Virgen.

—Yo no sé si es la Santa Virgen, señor Cura, pero yo veo la visión como lo veo ahora, y me habla como usted me habla ahora. Y yo vengo a decirle de su parte, que ella quiere que se levante una capilla en las rocas de Massabielle, donde se me apareció.

¿Se podía decir que es demasiada audacia y demasiada ingenuidad?

¿Qué dirán los que creen que las apariciones exteriores son sólo las manifestaciones del pensamiento interior que toma forma en virtud de la imaginación?

La niñita pregunta varias veces su nombre a la Señora vestida de blanco de la cual asegura la presencia, e ignora su filiación, y la Señora responde:

«Yo soy la Inmaculada Concepción».

Entonces, la niña, ignorando a la vez el sentido y la palabra, ponía todo su empeño, al volver a Lourdes, para no olvidar el nombre extraño de esta Señora vestida de blanco.

Fué sin pérdida de tiempo al presbiterio, y para repetir fielmente el nombre de la Señora al Sr. Cura, ella repetía a cada momento:

«Inmaculada Concepción, Inmaculada Concepción».

Esta palabra le era tan desconocida, que temía olvidarla en cualquier momento, y la pobre criatura repetía continuamente esta lección tan corta, y sin embargo difícil, para recordarla y poderla decir delante del Sr. Cura.

Ved, pues, qué gran teóloga había elegido la Aparición y no diremos que Bernardita estaba versada en pensamientos místicos... Y es a esta criatura particularmente ignorante del asunto y de la persona que la Aparición le pide se le levante una iglesia y le encarga dar fe de ella a los pueblos.

El desdén de lo verosímil, de lo probable, de las posibilidades y del pensamiento humano es tan grande cuando se aproxima Dios, que se diría que él ignora estas cosas.

Y las ignora en el mismo sentido que dice a los condenados: Yo no os conozco. Esta diferencia de ciencia y de poder que hay entre una pequeña aldeana y el más grande de los sabios o personajes de la tierra, es quizás tan pequeña a las miradas del Infinito, que parece no verla. La diferencia que hay entre él y las creaturas es tan inconmensurable que las diferencias que hay entre las creaturas entre sí parecen nada comparadas con aquéllas.

El entendimiento del más esclarecido de los hombres es una ceguera tal comparado a la gloria absoluta, que cuando ésta trata de revelar un secreto o de elegir un testigo, parece preferir la ceguera pura y simple de la ignorancia total.

Dios parece estar más cerca de las cosas evidentemente pequeñas y mirar de más lejos las cosas relativamente elevadas.

No vamos a relatar aquí la historia de los hechos de Bernardita.

Para esto basta recurrir al libro de Enrique Lasserre que ha dado a todo ese drama, muy íntimo aunque público, el interés vivo de una novela verdadera.

La sencillez de Bernardita, colocada en medio de complicaciones superiores a ella, desconcierta a los malpensados.

La inocencia posee una sabiduría que desconcierta a los más hábiles y se encuentra turbada. La simplicidad es imperturbable; pero posee el don de perturbar.

El relato podría haber sido escrito por dos hombres muy diferentes; el escritor podía ser sencillo como la heroína, o fino y burlón.

En el primer caso, hubiera habido más lágrimas, en el segundo caso, que es el realizado, hay más sonrisas. M. Lasserre ha sabido manejar la ironía para sus fines.

Se necesitaba una habilidad necesaria y difícil: era necesario burlar los burlones y restituir a la incredulidad esa

fisonomía grotesca que es su propia fisonomía y que ella trata de atribuir a los demás.

Pero M. Lasserre, gentilmente, la caracteriza tal cual es.

La Iglesia es la prudencia misma, y cuando la voz pública le muestra hechos milagrosos en realidad o en apariencia, esta prudencia parece redoblarse. La autoridad eclesiástica, convencida de la gran responsabilidad que pesa sobre ella y del daño inmenso de una afirmación ligera, no se pronuncia sino cuando está hasta cierto punto, obligada a hacerlo por la evidencia de los hechos. No se apresura jamás. Ordena una lenta y seria encuesta. No se decide a hablar sino cuando el deber la obliga a hacerlo.

Monseñor el Obispo de Tarbes, frente a los acontecimientos de Lourdes, fué completamente fiel a esa prudencia tradicional que es el carácter permanente y secular del clero y del episcopado. El nombró una comisión y ordenó una encuesta y rodeó todos estos actos con las formalidades solemnes que las circunstancias requerían.

Empero, era imposible verificar todo. La Comisión sometió treinta curaciones a este examen profundo, escrupuloso, temible, como acostumbra hacerlo la Iglesia. Los católicos lo saben y los otros lo ignoran. Estos creen que la conciencia católica está pronta y con facilidad admite lo maravilloso; es esa una de sus innumerables ilusiones. La Iglesia conoce a sus enemigos; pero éstos no la conocen a ella. Ellos poco saben acerca de ella; pero lo que ignoran sobre todo, es su severidad.

En el informe que pasó la Comisión a Monseñor Laurence, obispo de Tarbes, de acuerdo con los médicos, dividió en tres categorías los hechos examinados.

La primera categoría comprendía las curaciones que permitían admitir, como probable, una explicación natural. Estas eran seis.

La segunda categoría comprendía las curaciones delante de las cuales la explicación sobrenatural parecía la más probable, sin ser indudable.

«Se encontrará quizás, decía la encuesta médica, que excluyéndolos obramos con demasiada reserva y que mostra-

mos una conciencia demasiado severa. Pero lejos de quejarnos por este reproche nos felicitamos de ello, porque estamos convencidos de que en semejante materia la severidad es ordenada por la prudencia».

La tercera clase comprendía las curaciones que presentaban el carácter sobrenatural con una evidencia auténtica. De ésta había quince. Estando listas todas las cosas, el obispo de Tarbes dió su decisión solemne.

He aquí el artículo primero.

«Nos juzgamos que la Inmaculada María, madre de Dios, ha realmente aparecido a Bernardita Soubirous el 11 de febrero de 1885 y días siguientes en número de diez y ocho veces, en la gruta de Massabielle, cerca de la ciudad de Lourdes; que esta aparición reviste todos los caracteres de la verdad, y que los fieles pueden con fundamento creerla cierta.

»Nos sometemos humildemente nuestro juicio, al juicio del Soberano Pontífice que está encargado de gobernar la Iglesia Universal.»

Entre el informe de la Comisión y el juicio del Prelado, se habían pasado tres años.

Sería necesario citar todo, y especialmente el relato de las curaciones, cuyo carácter milagroso fué reconocido.

Pero como un artículo es más corto que un libro, nos limitaremos a mencionar la curación del autor mismo.

Sin opinar en ningún modo sobre esta curación que no figura en el informe de la Comisión y que hasta le es posterior, podemos y debemos hacer constar el gran interés que ofrece la curación del Sr. Lasserre contada por el mismo.

Los nombres propios son continuamente citados en su obra. Algunos lectores pensarán tal vez que son demasiado repetidos.

A esta objeción daremos una respuesta sacada de las circunstancias en medio de las cuales aparece el libro.

Sin desconocer lo que ella presenta de especioso y quizás aun de justificado, diremos que la particularidad a la cual

ella se refiere, ofrece a la crítica un nuevo y valioso medio de examen y control.

Cualquiera, como Lasserre lo dice en su prefacio, puede volver a hacer el trabajo que él hizo y verifica todo lo que él anota.

Pide, además, ser desmentido y deshonrado si no ha dicho la verdad. Su inmensa buena fe se goza de ser juzgado por el público. Otros hubieran desistido de relatar su propia historia temiendo profanarla al hacerla pública.

Pero la gracia, como la naturaleza, tiene instintos diversos.

Lasserre ha creído un deber publicar su propio secreto. No abramos juicio ni sobre la curación misma ni sobre la audacia con que la publica.

Pero su sinceridad y gran talento están dentro de la competencia de nuestra crítica y tenemos el derecho de admirarlos.

El libro de Enrique Lasserre está lleno de cosas, lleno de hechos, lleno de substancia. ¿Diremos que está lleno de espíritu?

Sería superfluo; el nombre del autor, contiene sobre este particular, los antecedentes más completos. Habría pleonasmo al decir que M. Lasserre ha hecho un libro espiritual. Pero no es superfluo constatar las medidas que ha tomado para que este libro fuera concluyente.

El autor ha reunido todos los documentos que el asunto requiere y estos documentos son numerosos. El no se ha limitado a oír decir; el ha querido certificar todo. Ha atravesado Francia de un extremo al otro para ver de cerca una persona curada.

Ha reunido los testimonios, las pruebas, después las ha examinado, criticado, comparado, corroborado las unas con las otras. Todo está en relieve, todo está mostrado y a la vista. El sol aclara por igual todos los rincones del paisaje. Ningún detalle ha quedado en la sombra. Todos los personajes viven una vida tan real que el lector cree conocerlos desde hace mucho; cada uno de ellos está pintado con mano maestra, y a todos los personajes del cuadro se los ve actuar.

El narrador ha entrado en todos los detalles; sin dejar de ser artista, se ha hecho juez de instrucción para examinar, buscar, constatar, discutir las circunstancias de tiempo, lugar, luz, territorio, atmósfera, temperatura que han acompañado las apariciones o los acontecimientos a los cuales han dado lugar. Algunos dicen que ha exagerado la necesaria exactitud, que se ha ajustado demasiado a la crítica y muy poco al sentimiento, y que ha exagerado su examen y llevado demasiado lejos la perfección de su proceso verbal. Si esta crítica puede aparecer fundada, apresuremos a dejar constancia que el defecto que ella ataca, presenta aquí, no solamente una justificación sino también una ventaja.

Si el relato del milagro hubiese sido más sobrio, de una sencillez más perfecta, en el siglo en que vivimos, muchos hubieran cerrado el libro, y hubieran pronunciado sobre él este reproche lleno de desdén y de malicia: **Es un libro piadoso.** Pero esta multitud de notas tan humanas y un tanto curiosas, hechas en el marco natural de este hecho maravilloso, quita a los hombres de mala voluntad, el recurso fácil de despreciar a un entusiasta.

Todo lo relativo al país y sus habitantes, se encuentra en la obra de M. Lasserre, hasta el análisis químico del agua maravillosa. Análisis perfectamente detallado y hecho en términos científicos.

El autor ha interrogado lentamente, con paciencia, sucesivamente, y científicamente todas las cosas naturales para comprobar que son extrañas al acontecimiento.

Ha dedicado su libro a los incrédulos. Ha tomado en la naturaleza y la humanidad todas las armas de su combate. Ha seguido muy de cerca a los médicos y a los químicos. Los ha obligado a explicar lo inexplicable.

Ha arrancado a las personas y a las cosas humanas, la confesión de su impotencia. Ellas no han podido producir el hecho, ni explicarlo, y Lasserre las obliga a comprobarlo en su propio lenguaje y demostrarlo en términos técnicos. Esto es lo que da interés a su libro y su éxito en el mundo incrédulo. El autor lanza un desafío. Si la ciencia incrédula no recoge el guante, es porque se declara vencida, y si lo recoge, ¿cómo hará para eludir o para debilitar las pruebas que ella misma proporcionó?

Era necesario una época como la nuestra para que esto se llevara a cabo, época de incredulidad suprema y de misticismo profundo.

La obra de Lasserre se parece algo a una memoria que facilitará los anales del siglo XIX. Esta obra servirá para la historia de nuestro tiempo.

Es un estudio de costumbres muy curioso y muy mordaz que pinta un cuadro donde las cosas divinas aparecen. Es el choque extravagante de las cosas profanas con las cosas sagradas, sin sospechar su presencia; es el encuentro y el conflicto de los elementos más heterogéneos relatados por uno de los hombres más espirituales que existen; sin embargo, este hombre, eminentemente hombre de mundo y católico muy sincero, se ha colocado convenientemente, él mismo, para ver lo que pasa en los dos campos. Su libro es un libro encantador e histórico, muy serio y muy divertido que gustará a los espíritus más opuestos y encontrará lectores, más aún, amigos militantes de campos opuestos.

Todos los siglos han visto batallas, pero nuestro siglo ve la batalla universal, y nuestra Señora de Lourdes, es uno de los episodios del inmenso combate.

Las naciones han perdido la fe.

Sin embargo, de pronto, un paisano, una pastora, un niño que no sabe ni el nombre de las personas y de las cosas de quien habla, se halla arrojado en la escena del mundo, y encargado de hablar a los hombres sin saber de qué habla.

Los otros están armados de pie a cabeza, fuertes, hábiles, astutos.

El niño no tiene sino una palabra inocente.

Alrededor de esta palabra no sabe ni agrupar los hechos ni las explicaciones. El no tienen ningún arma, ni la del lenguaje.

Sin embargo, la cosa sigue su camino, lenta, desconocida, perseverante, burlada, resistente, tenaz, suave e invencible. Resiste las tempestades que abaten los grandes árboles.

Se dobla pero no se rompe. Ve a sus amigos y a sus enemigos combatir alrededor suyo, pero ella guarda la tranquilidad de la infancia en la cual confía.

Las mujeres y los niños juegan siempre, en los asuntos divinos, un papel importante. Aquel que los dirige tiene la costumbre singular de armar a los soldados enemigos y de desarmar a los suyos.

¡Cuántas cosas y cuántas personas se han agitado alrededor de Bernardita! Pero ella no se ha perturbado en ningún momento.

M. Lasserre ha pintado soberbiamente, pues su libro es un cuadro, esta confusión de los hombres ante la paz obtenida de una pequeña niña que no comprende ni los asombros ni los enojos que causa. Ella no discute, no prueba; no enseña; no sabe nada; sólo afirma una cosa, y es lo que ella ha visto.

CAPITULO IX

ENRIQUE LASSERRE

«Episodios Milagrosos de Lourdes»

1

He aquí el segundo volumen de **«Nuestra Señora de Lourdes».**

Yo me pregunto si no sería mejor detenerme aquí.

Certificar la aparición del segundo volumen, es evocar el recuerdo del primero. Lo he anunciado y analizado.

He sido el primero en elogiar a ese primer volumen. Este elogio se ha escuchado bien lejos. Ha despertado muchos ecos.

El éxito de **«Nuestra Señora de Lourdes»** ha sobrepasado las proporciones de un éxito literario. Ha llegado a ser un acontecimiento. Este acontecimiento ha crecido como la semilla caída en buena tierra. El grano de mostaza ha obedecido a su ley; pero la ley se ha visto sobrepasada más que nunca. El éxito, después de alcanzar las proporciones esperadas, las ha sobrepasado.

Este éxito se ha asemejado a algo más que un simple éxito. Ha avanzado como alguien que tuviera intenciones, o si queréis, instrucciones, órdenes. Ha caminado con pasos de gigante. Ha desafiado todas las circunstancias de tiempo y de lugar.

Se ha levantado ante la faz del siglo XIX, como David frente a Goliath.

Ha desafiado al espíritu público. Ha despreciado burlas,

en un mundo incrédulo, y ha insultado todas las burlas, todas las incredulidades.

En un mundo incrédulo, fascinado por una ciencia atea, Enrique Lasserre ha afirmado lo maravilloso y lo maravilloso contemporáneo. ¡Contemporáneo! ¡Qué circunstancia agravante!

El prodigio es ya por sí mismo odioso, cruel, insoportable. Su intromisión desagrada a la ciencia moderna. Ella tan segura de su progreso, ella que cura siempre, tan bien, fiel, rápida, segura y tan radicalmente todas las enfermedades, ella encuentra muy mal, que el prodigio, este intruso, se mezcle en una causa que es la suya, sin que se pueda alegar ninguna objeción.

Sin embargo, cuando el prodigio está lejano, se le hace más soportable a la ciencia que le da carácter de una leyenda. La leyenda es una circunstancia atenuante. Con tal que se contentara con ser relegado bien lejos en el pasado, lo maravilloso sería en rigor soportable y podría, en cierto modo, ser tolerado.

«Si tenéis el gusto por lo maravilloso, tened al mismo tiempo el amor a los libros antiguos. Removed el polvo de las bibliotecas. Interrogad las tradiciones. Remontad hasta los siglos bárbaros; y allí, cuando hayáis descubierto algún hecho extraño, inexplicable, escondido en la noche de los siglos, no seremos nosotros los que os prohibiremos, Enrique Lasserre, desarrollar con tal motivo vuestras facultades. Los siglos de ignorancia están llenos de hechos maravillosos. Os atrae lo maravilloso: a todo pecado misericordia. Yo os perdono, Enrique Lasserre», diría la ciencia moderna.

Y tal vez añadiría por lo bajo: «Yo no soy, no, enemiga de la poesía. Cantad, Enrique Lasserre, las epopeyas religiosas de las primeras Iglesias, ¡cantad, cantad! No prohibiré tampoco a los pueblos por mí gobernados acompañar vuestros cantos. Es necesario distraerse un poco de los trabajos serios y de los estudios pesados que yo impongo a mis discípulos. Durante seis días ellos me pertenecen, ocupados con asuntos serios. Yo te los confío el domingo: divertidlos, contadles historias antiguas».

Sí: pero ved por dónde las cartas se confunden.

Enrique Lasserre carece de gustos moderados. No se contenta con los antiguos prodigios que el tiempo ha cubierto con su manto.

Toma lo maravilloso y lo impone bruscamente en pleno siglo diez y nueve, en nuestra sociedad sabia y despreocupada. Faltando el respeto a nuestro tiempo, le cuenta prodigios «contemporáneos».

Imaginaos la audacia de un hombre que asegura en Francia haber visto prodigios; haberlos visto con sus propios ojos, esos ojos, restituídos ellos también, a la luz del día, por un prodigio; y que los ha visto, ciertamente visto, lo que se llama visto.

El no invoca la circunstancia atenuante de la distancia, de lugar o de tiempo. No sólo ha palpado y visto hechos extraordinarios en el siglo diez y nueve; sino en la misma Francia, en el país donde florece el Instituto.

El ha visto la antorcha encenderse en Lourdes y alumbrar hacia todos los lados. El mismo ha sido curado, no en Lourdes, pero sí por el agua de Lourdes y mucho más cerca del Instituto.

Lo dice, se atreve a decirlo, y las risas se preparan para tapar su voz. Sin embargo, no la tapan, todo lo contrario. Su voz cubre las risas. Se extiende; esa voz singular y audaz. Se extiende; se hace escuchar, se impone, se multiplica. París la escucha: Francia la escucha; Europa la escucha; el mundo la escucha.

El relato de las maravillas, en vez de sucumbir bajo las burlas del primero que llega, ese mismo relato obtiene la atención del mundo.

Este libro, este primer volumen, parecía una violenta paradoja. Monseñor Peyramale, quien no era aún monseñor, me colmaba de agradecimientos, porque yo me había atrevido a anunciar el libro con tanta decisión, y con un estilo franco que había sido muy de su agrado.

Era una audacia, una valentía, atreverse a constatar la salida del libro, atreverse a dar una forma tal, a ese proceso verbal de las maravillas.

Y bien; el libro ha partido, ha caminado al principio, ha volado después, y los ecos adormecidos se han despertado

entre ellos; Francia se ha conmovido, Europa después y el mundo entero se han conmovido.

Pueblos enteros se han estremecido y confiando en la palabra de Enrique Lasserre, han venido desde sus montañas, al pie de los Pirineos; han querido ver los lugares citados en la descripción, y no se han limitado a ver, han querido arrodillarse, y la Gruta ha sido demasiado pequeña para recibir a todos los devotos que se han amontonado entre sus piedras, y ha sido necesario impedir que los hombres se aplastaran en la entrada de la roca de Massabielle.

Y ahora, después de muchos años, lo que parecía una extraña paradoja, ha llegado a ser un hecho histórico.

El libro audaz que había arrojado un desafío al respeto humano, ha sido traducido a todas las lenguas. Esta propagación asombrosa de la palabra por medio de la imprenta, jamás ha sido tan rápida; el libro ha vencido al tiempo y al espacio. Ha estado en todas partes, ha hecho prodigios de velocidad; el movimiento lo ha llevado en un torbellino prodigioso, después él ha llevado a los hombres en ese movimiento y en todas partes a su paso los hombres participaban de sus efectos.

El libro, nacido en Lourdes, ha llevado a las multitudes al lugar de dónde había salido. Lasserre ha hablado, los peregrinos han respondido.

Contrariando un dicho conocido, las peregrinaciones están de actualidad. Y notadlo bien, cuando M. Thiers dijo lo contrario, tenía razón. Las peregrinaciones ya no existían. Pero ahora existen: han vuelto a la voz de Lasserre.

Del dominio privado, las peregrinaciones y su emoción, han pasado al dominio público.

El siglo XIX se llama el siglo de la incredulidad. Sin embargo, hay algo muy particular y que vale la pena de señalarlo; nadie podría en adelante escribir la historia de este siglo incrédulo sin relatar la historia de Nuestra Señora de Lourdes.

Este acontecimiento ha tenido repercusión en el siglo diez y nueve como para imponerse al historiador. Sea o no él creyente, no le es permitido pasarla en silencio. Ella se impone, aún como hecho humano.

Porque, notadlo bien, es desde el punto de vista humano que yo me coloco.

No pretendo prejuzgar las decisiones de la Iglesia y pronunciar en mi nombre la palabra «milagro». La Iglesia solamente es competente para pronunciar esta palabra sagrada y terrible.

Yo me limito a mirar los acontecimientos de Lourdes en su aspecto exterior e histórico, por el lado humano y evidente. Además, ese aspecto humano y evidente constituye por sí solo un hecho histórico de los más extraños. Este peregrinar enorme que nadie pone en duda es uno de los aspectos más evidentes y admirables que nos haya ofrecido hasta aquí el siglo XIX.

Yo no prejuzgo nada, absolutamente nada, en cuanto al carácter divino y milagroso de los hechos observados. No los discuto, me concreto a ver el espectáculo humano de Lourdes, y me siento sinceramente impresionado por este hecho extraño.

2

Este segundo volumen es continuación del primero, no solamente en el modo ordinario de los segundos volúmenes; él sigue al primero como el efecto sigue a la causa.

Es la emoción producida por el primero la que ha determinado los hechos relatados en el segundo. Es el primero el que ha llevado a los personajes hacia los actos, las oraciones, y las aventuras relatadas en el segundo volumen. El primero ha creado al segundo, en el orden de las ideas y de los hechos.

Ejemplo: En julio de 1871, un carpintero de Lavaur, llamado Macary, padecía horriblemente a causa de una enfermedad en las piernas: las várices, nudosidades y úlceras habían reducido a ese hombre a la imposibilidad absoluta de trabajar y de moverse. No sabiendo ya qué hacer, ni cómo pasar el tiempo, pidió un libro cualquiera, pero en vez de darle un libro cualquiera que podía haber sido una novela de Eugenio Sué, o una edición popular de las obras de Renán, se le dió para que leyera «Nuestra Señora de Lourdes»,

por Lasserre. Se eligió este libro, con preferencia a cualquier otro.

El libro le interesa al principio, le conmueve en seguida, hasta el punto de hacerle correr las lágrimas. Y, con éstas, aparece la plegaria. Macary quiere ser curado, como lo fueron los que cita el libro. El lo desea vivamente.

Es el primer volumen de «Nuestra Señora de Lourdes» que le inspira el deseo, el plan y la voluntad de ser uno de los héroes del segundo volumen.

Los héroes del primero lo han llevado a Macary a figurar como uno de los del segundo volumen. Quizás él inspire a otros para que sean citados en un tercer volumen. Existen, como aquí, golpes y contragolpes, choques y nuevos choques. Hay como corrientes de electricidad que se comunican a través del mundo.

«Macary —dice Lasserre— nos relata su historia con un bello entusiasmo, con un lenguaje extraordinario y una emoción comunicativa. El cura Peyramale; el abate Pomian, catequista de Bernardita; el abate Peyret, vicario de Lourdes y hoy cura de Aubareda; el señor Ernesto Hello y su esposa estaban con nosotros. Todos estábamos bajo el encanto de esta palabra cristiana, pintoresca y vibrante.»

Recuerdo perfectamente, todos estábamos allí y escuchábamos. El tal Macary hubiera podido ser un orador popular. El acento meridional daba a esta narración familiar un encanto especial, una audacia amable y ardiente, una vibración física y moral. Yo me acuerdo del tono con el cual Macary pronunció esta frase: «No, no, me decía yo a mí mismo; Macary, tú no puedes vivir más así. Tú no puedes ya trabajar: sufres día y noche. Es necesario que la Santa Virgen te cure o revientes.» Macary no disimulaba nada, no conocía el respeto humano, y las obligaciones que éste impone a sus esclavos. Hablaba como un hombre del pueblo que habla bien y como un hombre del Mediodía.

* * *

Otro ejemplo: Juana de Fontenay estaba enferma; después de la guerra se agrava su estado. Incapaz de caminar y

de trabajar, pasaba largas horas sola, desocupada, dolorida, cavilando.

Un libro, entre muchos que tuvo entre sus manos, llamó su atención. Ya lo habréis adivinado: era «Nuestra Señora de Lourdes». Trataba de curaciones inesperadas. ¿Pero acaso esas dichas raras estaban hechas para ella? ¿Eran el privilegio de almas muy santas? ¿Podía creerlas dignas de ella, realmente, en la actualidad?

Macary, que juraba de la mañana a la noche, Macary, a quien Lasserre llama «el buen blasfemador», creyó ser oído pronto, porque era sencillo. Las almas sencillas esperan confiadamente; es un privilegio de la simplicidad no creerse jamás indigna.

Juana de Fontenay, que no blasfemaba, era tal vez menos sencilla que Macary. Se sintió llamada, pero dudó. Sin embargo, el libro había depositado en ella un germen que debía, más tarde, florecer y dar frutos. Ese libro era el primer volumen de «Nuestra Señora de Lourdes» que se divulgaba cada vez más para buscar, a través de su jira, la materia para el segundo volumen.

Este primer volumen no se sentía satisfecho. Tenía hambre y sed de continuación. No quería estar solo, corría por todas partes, a derecha y a izquierda, buscando motivos para multiplicarse. Pedía, pero daba; pedía la materia y la forma de un segundo volumen, pues traía esperanzas, ofreciendo curación.

Juana de Fontenay, con un poco más de dificultad que Macary, iba como él a figurar en el segundo volumen.

Hay mil maneras de relatar. Se puede contar los hechos, se puede relatarlos mal o bien. Además, se puede penetrar en el espíritu que los produce y los anima. La manera de presentar estos hechos es la que caracteriza a Lasserre. El no se limita al hecho, pero tampoco lo descuida. Lo estudia en sí mismo minuciosamente, escrupulosamente, exactamente. Pero no se detiene su análisis allí.

Compenetrado de su personaje, nos lo hace conocer. Nos hace asistir, no sólo al hecho, sino al acto: porque el hecho es el efecto material, el acto es la operación que produce y determina el hecho. Lasserre nos introduce en el santuario

donde pasa el drama íntimo, antes de mostrarnos el resultado visible de las luchas internas, de las cuales tiene el secreto. De ese modo, su proceso verbal no es más que el desenlace. Pero ya estamos iniciados en las intimidades soportadas por el alma que va a aparecer delante de nosotros, libre de las molestias de una enfermedad física. La curación que nos cuenta no es más que la conclusión de una historia secreta, profunda y verdaderamente instructiva que se desarrolla poco a poco delante de nosotros.

Asistimos a las preparaciones, vemos combinarse los elementos del drama, y vemos los efectos de la fe como también los efectos de la duda.

Vemos a los que creen caminar sobre las olas, y a las olas vacilar, hundirse, entreabrirse y amenazar a los que dudan, amenazándoles con tragarlas. Vemos los actos del alma arrojar sus reflejos sobre las cosas de la vida, y vemos la influencia del pensamiento y de los sentimientos en el destino de los individuos.

Bajo este punto de vista, la curación de la señorita Fontenay debe ser leída y estudiada con particular interés. En los hechos se ven dibujadas las líneas de su pensamiento. Ella está mal, o mejor, está peor, está curada, y se diría que las alternativas de su estado físico siguen visiblemente y directamente las vicisitudes de su estado moral.

La historia de Juana de Fontenay es particularmente interesante porque la debilidad humana aparece en ella y alrededor de ella.

En la historia del Sr. Musy, uno se asombra de encontrar todos los personajes casi perfectos. Un hombre de gran valor los encontraba demasiado perfectos. Le parecía que el relato, de ser menos admirable, hubiera resultado más verosímil.

Pero el episodio de Juana de Fontenay presenta temas más variados, más humanos.

Ella tiene momentos de duda, de vacilación, de ansiedad. Ella no es tan de una sola pieza. Juana había sido casi deshecha por un coche, y también tuvo una caída de caballo. Los dos accidentes, y otras causas quizás, le habían originado una serie de dolores y de desórdenes graves. La joven pasó

varios años atendida por los médicos, que la hicieron sufrir mucho.

Vedla, al fin, en Lourdes: le vuelven las fuerzas. Inicia algunos pasos y después de la novena, el 3 de junio, ella se dirige a pie a la Gruta, sigue una procesión. Se vuelve a la ciudad.

Pero, en vez de una exclamación, yo digo: Ella se dirige a la Gruta y vuelve a la ciudad, y termino mi frase sin signo de admiración. Es que Juana no se cree curada. No sólo soporta los médicos, sino también los cirujanos. Prueba las aguas minerales. Por el relato de Lasserre, vemos la desolación de la familia.

Asistimos a esta enfermedad que la madre hubiera querido ocultar, en lo posible, a los ojos indiferentes. ¡Una enfermedad causa tantos sufrimientos! Hay algunos evidentes, otros más secretos, unos que se muestran y otros que no, unos se adivinan y otros se dejan adivinar.

De un tratamiento en otro, Juana arrastra su pobre persona y su enfermedad. Pero el primer volumen de «Nuestra Señora de Lourdes» estaba allí. El mismo debía cambiar este estado de cosas; era él quien debía ir a buscar a Juana en su lecho. Era él que iba a todas partes, buscando leños secos para alumbrar los fuegos del otro volumen.

El Cura Peyramale la vió caminar y esta exclamación se le escapó de sus labios:

–¡En fin, estáis libre de vuestros siete años de dolores y enfermedades!

–Pero, señor Cura, yo no podría dar prueba de que estoy curada.

El Cura le recordó todo lo que había pasado a ella misma.

–¿Tuvísteis alguna dificultad para caminar?

–Ninguna.

–¿Sufrís algo?

–No.

Es este un pasaje extraordinario.

El señor Cura se esfuerza en convencer a la enferma de ayer que está hoy curada. La enferma se pone de acuerdo sobre los hechos que constituyen su curación, pero no acepta la curación misma.

Ella ha sentido la desaparición del mal; pero no ha sentido la aparición del bien.

No se siente feliz, la alegría le falta, no cree en la curación. La unión del alma y del cuerpo, tal como lo afirma la doctrina de Santo Tomás, recibe en este caso una singular y misteriosa confirmación. Juana duda, y no duda sólo de su curación futura, también duda de su curación anterior.

No sólo no cree antes de ver, sino que no cree aún después de haber visto. Ella sobrepasa al apóstol Tomás.

Encuentra que algo le falta.

—¡Pero es vuestra enfermedad la que os falta! —responde el Párroco de Lourdes.

En fin, la incrédula Juana vacila moralmente cuando no vacila ya físicamente.

—Lo que está enferma es vuestra fe —le dice el R. P. Peyramale.

Yo me imagino muy bien al Párroco de Lourdes, con su terquedad, retando a Juana por su timidez.

—Id, pues —le dice—, id a dar gracias a Paray-le-Monial.

Pero Juana dudaba, la señora de Fonteney dudaba. Todo el mundo dudaba. No se podía creer en la curación.

La prudencia —yo no quiero escribir aquí esta palabra con mayúscula—, no, no era verdaderamente la Prudencia, era verosímilmente la prudencia que luchaba contra la alegría y que terminó venciéndola. A Dios rogando...

No vamos a Paray-le-Monial, vamos a Aix-les-Bains. La acción natural de las aguas terminará la curación.

Se dirigen a Aix-les-Bains.

Decidido, pero al día siguiente por la mañana, Juana de Fontenay se reagravó. Impotencia total en las piernas. La curada de ayer no podía estar de pie.

No, no me pertenece determinar el carácter milagroso de los hechos; pero todos pueden encontrar algo muy extraordinario en este relato.

Lasserre lo hace preceder por una página del Evangelio. Nos muestra a San Pedro caminando sobre las aguas. San Pedro cree, las aguas lo sostienen; San Pedro duda, las aguas ceden bajo sus pies. La previsión exacta, la correspondencia rigurosa entre el alma y el cuerpo, sometidos o rebelados ambos en Juana de Fontenay, traen forzosamente el recuerdo de San Pedro, creyendo o dudando. ¡Obediencia de las olas que sostienen! ¡Negativa natural de las olas que no sostienen!

Entre el espíritu y la materia hay, sin duda, relaciones íntimas que nosotros no sospechamos quizás.

Catalina Emmerich fué una persona muy extraordinaria, pero yo no pretendo pronunciarme sobre el carácter más o menos maravilloso de su estado. La Iglesia no ha dicho sobre ella su palabra decisiva. Sea como se quiera, es indudable que su libro es uno de los más interesantes que existen.

Habla de San Goar, ermitaño que vivía en las orillas del Rhin. Este santo, injustamente acusado, se presenta ante su Obispo para defenderse. Parece que tenía un abrigo, ningún ermitaño tenía esta prenda.

Entrando en casa del Obispo, él busca dónde colgar su abrigo, que quiere sacarse. Pero si San Goar tenía un abrigo, el Obispo no tenía percha.

No encontrando ni un clavo donde colgarlo, San Goar, por distracción cuelga descuidadamente su abrigo... ¿Sobre qué? Sobre un rayo de sol, que entraba allí por casualidad.

Según Catalina de Emmerich, ese rayo de sol recibió la virtud de sostener, virtud que no estaba en su propia naturaleza, pero recibió esa virtud a causa de la fe de San Goar. La fe y la simplicidad, dice Catalina Emmerich, dan el ser y la substancia a las cosas sobre las cuales obra.

Si vos me alegáis que habéis tenido fe sin alcanzar un tal resultado, no tengo nada que responder, sino que me limito a certificar lo que han dicho otros. No soy ni abogado ni juez, soy historiador. No alego ni afirmo; expongo las cosas tal cual son.

Compruebo la relación que hay entre las palabras de Catalina y las de San Pablo.

Según la primera, la fe y la simplicidad dan el ser y la substancia a las cosas.

Según el otro, la fe es la substancia de las cosas **esperables.**

Pido perdón por esta palabra inusitada, pero la creo necesaria, porque la frase regular: «la fe es la substancia de las cosas que hay que esperar» es árida y vulgar.

De cualquier forma que sea el neologismo que uso, la fe nos es afirmada por San Pablo, como siendo la substancia misma, y no solamente como la fórmula de las verdades. Siendo una substancia, no es de asombrarse que ella obre sobre las substancias; y Catalina en este caso habría sacado, sin dudas, una consecuencia.

Pero ella no dice solamente: **la fe;** dice: la fe y **la simplicidad.**

La simplicidad sería, pues, el motivo que excita a la virtud latente contenida en la fe.

La fe conteniendo la substancia, como la piedra contiene el fuego; quizás, la simplicidad es la fuerza que hace brotar la chispa de la piedra.

Pero ¿cómo alcanzar la simplicidad? Lasserre, en la primera página de su libro, se encomienda a las oraciones de sus lectores. Hace muy bien; yo querría que en esta ocasión me hiciera participar de ellas.

¡Oh! Si la sencillez da la fuerza y la eficacia; si ella comunica a los justos deseos la virtud de realizarse, yo pido a todos los lectores, conocidos y desconocidos, que pidan para mí la simplicidad. En vez de razonar sobre ella, quiero experimentar sus resultados. Prefiero poseerla que definirla.

Volvamos a Juana de Fontenay.

Después de nuevos sufrimientos, Juana llega a tener una nueva mejoría.

Las piernas y la llaga interior están ya curadas. Pero sufre aún dolores de cabeza, jaquecas y neuralgias. ¿Por qué estas molestias no han desaparecido como las otras?

Juana de Fontenay cree poder responder a esta pregunta. Cuando fué sumergida en la piscina de Lourdes, no quiso mojarse la cabeza a causa de su gran cabellera. Los cabellos muy largos son difíciles para secarse, y ¿quién sabe si una inmersión tal no causaría un reuma o una fiebre?

En fin, se sumergió el cuerpo y no la cabeza.

El cuerpo se curó. La cabeza, no.

Yo oigo vuestra objeción. ¿Cómo, me diréis, una aplicación material y natural, es posible que curando lo que toca, no cure lo demás? Pero, tratándose de Lourdes, ¿tendrá que ser la persona enteramente sumergida? Si el agua de Lourdes posee una virtud, ¿es que esta virtud, sujeta y dependiente, se detiene en el lugar que ella toca materialmente? ¿No puede ella obrar a la distancia y operar aun sobre los puntos que no toca físicamente? Sin duda, y si la omisión de la cabeza hubiera sido hecha por casualidad, Juana no explicaría quizás sus neuralgias por un olvido involuntario.

¡Pero el olvido era voluntario! Fué por prudencia y no por olvido que **evitó** sumergir la cabeza. De ese modo, según ella, **impidió** la curación de la cabeza. La omisión de la cabeza no fué sólo material, fué intencional, deseada espiritualmente.

Después de la primera curación, la recaída general fué atribuida a una falta general de fe.

Después de la segunda curación, la recaída parcial es atribuida por Juana a una falta parcial de fe.

He ahí, pues, patentes las oscilaciones que señalan la curación de Juana de Fontenay.

* * *

Ved ahora las oscilaciones que señalan la curación del mismo Lasserre.

Los dos acontecimientos y las incertidumbres que los acompañan, exigen a mi parecer ser acercados. El volumen que los detalla no puede relacionarlos suficientemente. Pero el artículo que se limita a señalarlos, puede poner estos hechos frente a frente.

Lasserre, muchos años antes que Juana de Fontenay, había recobrado la vista. Acababa él de leer ciento cuatro páginas, él, que según él mismo, veinte minutos antes no había podido leer tres líneas.

Pero cinco días después de la curación, nuestro amigo se dirige, restituida ya su vista, a visitar a una persona.

Esta visita le ofrece la ocasión de la confesión pública que él hace aquí.

Un mal pensamiento le sube, dice él, desde el fondo del corazón, y se tienta y pronuncia algunas palabras indignas, sintiendo a la vez una orden interior que se lo impide. ¡Pero él no renuncia! Las dice. Cede a la tentación.

Al día siguiente, después de algunas horas de sueño, siente bajo el arco de las cejas y el arco de las pupilas, una pesadez que sin ser la enfermedad misma, era sin embargo uno de los síntomas de la terrible enfermedad de la que acaba de librarse. «Mi buen amigo, se dijo a sí mismo, lo tienes merecido».

Hemos visto, en Juana de Fontenay, una recaída total que seguía a la falta de fe; después, una imperfección en la salud recobrada que seguía a una imperfección en la fe encontrada.

En el caso Lasserre vemos aparecer una amenaza después de la curación, seguir al desfallecimiento de la voluntad, porque no fué la fe de Lasserre que vaciló, fué su voluntad. No me admiro por esto. La fe, en él, es algo magnífico.

Algunos días después Lasserre se dirige a Tours. Visita a Dupont. Le cuenta su situación.

Es conocido el resto. No fué en ese instante, en Tours, pero sí al día siguiente en París que toda pesadez había desaparecido. La curación era un hecho.

La relación entre las variaciones y los accidentes que caracterizan estas dos curaciones, ¿no es algo verdaderamente extraordinario?

Se diría que las cosas físicas nos hacen ver, en los dos casos, el reflejo material de las cosas morales, y que el mundo visible nos descubre, por el choque de sus accidentes, el mundo invisible, que es el teatro secreto del drama al cual nosotros asistimos.

3

Dupont era verdaderamente uno de los hombres más extraordinarios del siglo diez y nueve.

La curación de Lasserre parece el mayor desafío contra el espíritu escéptico.

Lourdes primero, Dupont después. Este impresionaba a primera vista. No voy a hacer su retrato, admirablemente hecho en el libro que nos ocupa. Pero no puedo pasar cerca de él, sin saludarlo, porque el respeto acompaña a su recuerdo; no puedo pasar cerca de él sin ver su carácter original, excepcional, su **ausencia total del respeto humano.**

Digo total. Una ausencia de respeto humano se ve algunas veces. Una ausencia total se ve muy raramente, tanto que ante ella uno se siente tocado por un sentimiento singular y nuevo.

Las cosas completas son muy raras en este mundo.

La fe **completa** es un espectáculo que pocas veces nos es dado ver. Aun la fe podría ser completa, y no estar exenta de esta turbación exterior que se llama **«respeto humano»**. La fe interior podría ser completa, y no querer o no atreverse a manifestarse con un lenguaje digno de ella.

Todos respiramos el aire que nos rodea. Vivimos en una atmósfera cuyas propiedades son disolventes.

Un hombre del siglo XIX respira la duda desde que nace. No es una hazaña proclamarse católico y creyente, en el sentido general de la palabra. Pero es singularmente difícil no hacer alguna concesión, aunque sea exterior y aparente, alguna concesión pequeña al espíritu general de duda que enerva a todas las almas y a todas las inteligencias.

Una cosa es decir en tesis general: «Yo creo». Otra cosa es afirmar esta creencia en todos los actos de la vida en los cuales se encarna, y afirmarla así delante de testigos y en toda ocasión.

Es así que esta ausencia total, radical, de respeto humano, caracterizaba a Dupont.

La atmósfera del siglo XIX se desvanecía al llegar a su puerta. Otra atmósfera reinaba allí dentro. Se diría otro ambiente, otro siglo, otro mundo. En su casa se hablaba el lenguaje de la fe, sin restricción.

Todo hombre vive dos vidas contradictorias: la una para él solo, la otra para los otros hombres.

Dupont no tenía más que una vida. Vivía de la fe. Pensaba como él vivía. Hablaba como pensaba. La sinceridad absoluta, en su atrevido valor de decirlo todo, era el atractivo de su lenguaje.

Esta ausencia total de respeto humano es una hija noble de la humildad.

El amor propio nos invita a tomar mil precauciones. El las decora con mil nombres: es la conveniencia, es la prudencia, dice él, que las aconseja. En realidad, es él, el amor propio, el que las impone.

Dupont no conocía estas precauciones. La valentía de su fe no le permitía esos rodeos que paralizan generalmente al hombre que va a expresarse con osadía.

Dupont no sabía que él era audaz. Era un hombre extraordinario sin saberlo. Se consideraba con la mejor fe del mundo, como una nada culpable. Entonces ¿para qué pensar en sí mismo?

Un día, los convidados de Dupont hablaban de cosas sin importancia. Por su parte, él no hablaba casi nunca sino de aquello que constituía el único objeto de su pensamiento. De repente exclamó, dirigiéndose a nosotros: «Yo veo que vosotros coméis como los perros o los gatos, sin pensar en Aquél que os ha creado. La vida es demasiado corta para que hablemos de otra cosa que no sea de El. La vida, mis amigos, es lo más corto que conozco.»

Estas palabras, en boca de otro hombre, hubieran sorprendido a todos, con toda razón. Pensad que un señor que ha reunido en su mesa a un grupo de sus amigos les dirige de repente este cumplido: «¡Parece que vosotros coméis como los perros o los gatos!» La sorpresa hubiera llegado al colmo.

Pero en casa de Dupont nadie se asombraba jamás de nada.

Hay hombres que tienen el derecho de decir todo: son aquellos que no piensan nunca en ellos mismos. El orgullo de los otros, se ha dicho, nos disgusta sobre todo porque choca con el nuestro.

Nada más verdadero. Así, el hombre que nos habla resueltamente y sin orgullo, puede decirnos todo sin disgustarnos.

El orgullo en Dupont no existía. El lo había arrojado lejos de su casa.

Confesad que Lasserre había tenido la suerte de encontrar en Dupont justamente el hombre que necesitaba ver.

Dupont llega tan oportuno en su relato, que hace pensar que todo es habilidad del narrador. Y, sin embargo, el hecho es exacto.

El hombre que ha tenido tantos éxitos, no hace más que relatarlos.

Cuando Lasserre llegó a Tours no pensaba en Dupont. Otro motivo lo había llevado a Tours, pero él se acuerda de pronto del célebre número 10 de la calle Saint-Etienne y Dupont recibe esta visita inesperada y **fortuita.**

Una combinación particular de satisfacciones rodeaba a Lasserre.

Es lo contrario de lo que sucede en las novelas y los dramas. Es lo contrario de la fatalidad: la buena suerte lo conduce de la mano.

4

En presencia de estos hechos morales y materiales que se corresponden con tanta exactitud, yo no pretendo, como lo dije, afirmarlos como milagrosos.

Pero cuando pienso en nuestra época, realmente me admiro por la oportunidad, por la utilidad, por la armonía en general del milagro con el siglo en que vivimos.

Cualquier parecer de la Iglesia respecto a estos hechos u otros análogos, nosotros lo aceptamos ya, sin prejuzgar. Pero lo que es evidente, es la armonía del milagro con nuestras necesidades actuales, con las necesidades universales de los últimos siglos.

La adoración de la materia es la característica propia del siglo XIX. El siglo XIX es el siglo del orgullo.

He aquí una ley general. Toda creatura que quiere engrandecerse por el orgullo, se envilece rápidamente y se inclina ante la materia.

La materia y todo lo que se relaciona a ella, deslumbra los ojos de aquellos que no miran hacia la luz eterna. Las rodillas que no se doblan ante ésta, se doblan ante los hechos materiales.

Yo no diré que el siglo XIX se asemeja al apóstol Santo Tomás; porque no se asemeja a ningún santo este pobre siglo.

Pero, sin embargo, en algo se relaciona con Santo Tomás. El desea lo visible, lo tangible, el hecho real.

Sin embargo, el remedio siempre tiene cierta semejanza con la enfermedad. Siempre va a buscarla para atacarla en el lugar que ocupa. La combate siempre con armas contrarias y a la vez análogas a las suyas.

Los tres Magos, porque eran astrónomos, recibieron por medio de una estrella, la noticia que esperaban: fueron los astros los que les predicaron el Evangelio.

San Pablo, el hombre de la violencia, San Pablo el viajero, fué fulminado en el camino.

San Agustín, el hombre intelectual, se vió cambiado por una voz que le dijo: «Toma y lee». **Tolle, lege.**

Un instante antes de la caída, un instante antes de la Redención, un ángel habla a una mujer. Eva dice: «Sí». María dice: «Sí».

El primer Adán se sirve de un árbol para perder al género humano. El segundo Adán se sirve de un árbol para salvar al género humano.

La Redención emplea todos los instrumentos de la caída.

La Vida tiene la virtud de pedir prestados a la muerte sus instrumentos para convertirlos, y de cambiar para su beneficio el destino de las cosas que toca.

Ahora, pues, en la gran infidelidad de los hombres, que se vuelven hacia lo material, y que llegan a adorar la materia, sumergidos únicamente en los torbellinos, que llevan, que arrastran, que transportan su ídolo, una sola palabra puede llegar hasta sus oídos: es la palabra del milagro.

Porque el milagro es la conversión de la materia.

El espíritu humano se ha vuelto sordo y ciego para las cosas puramente espirituales. Extranjero para sí mismo, ha dedicado toda su actividad, todo su deseo, todo su ardor, en favor de lo material.

Las luces puramente espirituales pasarían delante de las miradas de los hombres como un rayo de sol ante los ojos cerrados de un ciego. Ellas pasarían y caerían, hasta ser abandonadas, despreciadas, inútiles.

¡Inútiles! ¿Serían ellas solamente inútiles y no serían perniciosas? Expuestas a las blasfemias de los hombres, ¿quién sabe si ellas no aumentarían, cayendo sobre ellos, el peso de sus crímenes?

Es necesario, pues, que la Omnipotencia, si quiere salvarnos, nos salve por el lado de la materia.

Es necesario que quedemos obligados a ver.

Porque la materia tiene por misión dar testimonio.

Y esta verdad es particularmente cierta en cuanto a vosotros: porque nosotros no podemos o no queremos aceptar otro testimonio que el suyo.

La materia ha sido dirigida por Satanás hacia el lado de la muerte.

La materia no es mala en sí misma como algunos lo han creído. Pero ella ha sido puesta al servicio del mal.

Si el bien consiente en salvarnos, es necesario que sea por medio de la materia. Es necesario que el hombre, que se ha vuelto sordo a las enseñanzas espirituales, vaya a buscar a la materia y le diga: Yo escucho tu testimonio, yo que no he escuchado el otro.

El hijo pródigo, después de haberse entregado a los excesos y humillaciones de su orgullo, ha deseado el alimento de los animales. Llegó a tener vacío su estómago.

Es necesario que el hombre llene el vacío, causado por su orgullo, y que lo reemplace con el testimonio sensible, proporcionado por la materia reconciliada.

Bossuet ha hablado de estas cosas; pero nosotros, devorados por la duda, estamos en mejores condiciones que los del siglo XVII para comprender las cosas tangibles y palpables. Los ecos de nuestro mundo incrédulo pueden recordar la palabra de Bossuet.

¡Escuchad, tierra y ceniza, y regocijaos en nuestro Señor!

Es necesario que la tierra y la ceniza se regocijen, para que el hombre desolado y con su espíritu enfermo, pueda alegrarse en adelante. Es necesario que el espíritu humano, enceguecido por la culpa, sea iluminado ahora por medio de la materia. Es necesario que él vea lo que él no ha creído.

Es necesario que lo palpe y lo toque. Es necesario que diga a la faz de la tierra y ante este testimonio material: «¡Verdaderamente este lugar es grandioso y yo no lo sabía!«

Creyentes o incrédulos, los lectores del nuevo volumen que ofrece Lasserre, cuando hayan abierto el libro, no lo cerrarán probablemente antes de haberlo concluído.

Los diferentes dramas que lo componen, semejantes en su desenlace, son muy variados en sus escenas y en sus actos. Los detalles que Lasserre enumera dan vida íntima a los personajes que hace desfilar delante de nuestros ojos. Los conocemos a todos cuando cerramos el libro. Cada uno de ellos se nos aparece con los incidentes físicos y morales que han caracterizado su curación y determinado la enseñanza que contiene.

Porque cada relato es una enseñanza y las enseñanzas son varias como los hechos, como los individuos, como los episodios que contienen.

Tal es el nuevo Libro de Lasserre.

Llevado por los hechos que relata, por su importancia e interés, he olvidado hacer el elogio del libro. El autor ha hallado el modo de interesarnos de tal manera en sus relatos que uno se olvida de admirar su talento.

Asistimos a todas las escenas tan visibles y precisas; seguimos tan bien paso a paso sus personajes, estamos tan pendientes, tan penetrados de ellos, que no tenemos el tiempo ni la tranquilidad de admirar al narrador.

Lasserre ha sabido olvidar su participación para hacer sentir los resultados.

Yo me callo, he terminado, me detengo... Si fuera a detallar los méritos de la obra y las habilidades del estilo, sería tal vez indiscreto.

CAPITULO X

JUAN BAUTISTA VIANNAY

Cura de Ars

Juan Bautista Viannay, Cura de Ars, ha muerto el 4 de agosto de 1859. Su vida está escrita ya por los continuadores del Padre Giry.

La gloria es a veces rápida.

Yo no voy a relatar su vida: muchos otros lo han hecho ya. Sus numerosos biógrafos han dicho en alta voz después de su muerte, lo que se decía en voz baja durante su vida. Ellos han tomado las precauciones que se tienen respecto a aquellos que la Iglesia no ha aún inscripto en el catálogo de los santos. No han invocado la autoridad divina, desde que el Santo Oficio no ha hablado todavía, pero han constatado, en nombre de la historia los hechos conocidos.

Yo no los repetiré aquí: nuestros lectores conocen el libro del Abate Monnin. Ensayaré buscar solamente en la vida del Cura de Ars, un síntoma de la historia contemporánea.

El Abate Monnin, ha hecho notar ya la semejanza material de los dos cráneos: el de Voltaire y el del Cura de Ars.

El Abate Monnin ya ha hecho notar que el siglo XVIII se dirigía a Ferney y que el siglo XIX se dirigía a Ars.

No sería imposible pensar que entre la naturaleza de Voltaire y la naturaleza del Cura de Ars, Dios hubiese permitido ciertas semejanzas, a fin de que la inmensidad del contraste hiciera resaltar el abismo cavado por la libertad y por la gracia. La diferencia más notable que puede existir

entre dos seres es quizás la que rompe dos moldes algo semejantes entre sí, para hacer surgir dos fisonomías radicalmente contradictorias.

La antigua semejanza rota aparece en toda su miseria: la admirable desemejanza brilla entonces con toda su gloria.

El cura de Ars, en efecto, no había recibido dones naturales extraordinarios, y las cualidades naturales de su inteligencia se notaban más en las iniciativas del espíritu que en las iniciativas del genio. Si su alma no hubiese recibido dones tan excepcionales, hubiese sido un hombre fino, caústico, ligero, tal vez burlón.

En general, en estos estudios, yo me pregunto cuál es el carácter efectivo del personaje que estudio, y cuál hubiese sido, de haber permanecido fiel a su carácter **posible** con el fin de contemplar en la vida al que, muy a menudo, me aparece en la muerte.

El Cura de Ars me obliga a una labor contraria.

Habiendo sobrepasado los límites en los cuales su naturaleza propia parecía haberlo encerrado, me obliga, para encontrar un contraste, mirar no a lo alto sino a lo bajo.

Su gloria fué la luz.

Si en lugar de subir, hubiese descendido, si hubiera marchado hacia la negación, si se hubiera dirigido hacia las tinieblas: hubiera sido tal vez otro Voltaire.

Cuando el Espíritu Santo descendió sobre San Pablo, sobre San Dionisio, sobre San Agustín, encontró fundamentos sublimes.

Cuando descendió sobre el Cura de Ars encontró un hombre común. Sin embargo, notad este síntoma.

Este hombre, que era por su natural un hombre ordinario, ha tenido en el siglo XIX ese privilegio que no se define jamás y que se llama el **prestigio.**

Voltaire tenía para los hombres del siglo XVIII prestigio.

El Cura de Ars tenía prestigio para los hombres de fines del siglo XIX.

Para estudiar la significación de este hecho, es necesario precisar el sentido exacto y misterioso de esta palabra.

¿Cuál es el hombre que tiene prestigio?

El prestigio puede tener sus raíces en la verdad o en la

ilusión. Es un ascendiente involuntario e irreflexivo, en virtud del cual los hombres exclaman en presencia de otro hombre:

He aquí al que nosotros buscábamos.

El prestigio revela el pensamiento fijo del que lo ejerce, el anhelo habitual del que sufre su acción. Porque el hombre que ejerce el prestigio tiene siempre un pensamiento fijo, así como el hombre que lo sufre tenía un deseo conocido e ignorado por él mismo. Por tanto, el prestigio, que es la indicación de una revelación, varía como los términos de esa relación. Tal hombre gozará de prestigio para vos y no lo tendrá para mí, y recíprocamente.

Mostradme un gran capitán; él será un hombre de prestigio para sus soldados porque responde a la fe puesta en él, pero no significará nada para mí porque no es a él a quien yo invoco en mi interior.

El prestigio que un hombre ejerce sobre nosotros, es la respuesta que él da a nuestra convicción íntima.

El pensamiento de Voltaire, si la palabra pensamiento puede aplicarse aquí, era suprimir lo que hay de más grande; el fin que perseguía era la destrucción de toda grandeza natural o sobrenatural. Odiaba el cielo, el mar y las montañas. Por esto mismo, fué la expresión más completa de su siglo.

El siglo XVIII tuvo un gusto especial; el gusto del mono. Voltaire se hizo mono, en la medida de lo posible, y ejercitó este prestigio sobre sus contemporáneos que venían a Ferney, a contemplarse en él, como en un espejo, puesto que él respondía a sus deseos ocultos, a sus deseos de rebajar al hombre.

Pero, ¿qué iban a buscar en el desierto los peregrinos que iban a Ars? ¿Era acaso un hombre que respondía a los infames deseos que todos los hombres tienen? ¿Era acaso un hombre que respondía, por la sublimidad natural de su genio, a los deseos nobles que los hombres tienen? No, no era ni el adulador de nuestras miserias ni el esplendor humano soñado por las aspiraciones que arden en los corazones de veinte años. No era ni el hombre que se busca cuando se quiere hacer el mal para acallar los llamados de la

conciencia, ni el hombre que se busca cuando se evoca en el fondo de sí, la imagen del hombre, que posee la plenitud de los dones naturales.

Si el hombre que se buscaba en el desierto no era el objeto natural de los deseos naturales de los hombres, ¿era acaso porque estaba adornado, transfigurado por la magnificencia de la naturaleza y por las pompas de la civilización? ¿Es que pronunciaba oráculos en un lugar histórico? ¿Acaso era que nuestra imaginación estaba llena y penetrada toda desde la infancia por el eco de las voces repetidas de siglo en siglo en el mismo santuario?

No, ningún atractivo humano poseía esta pequeña aldea sin belleza, sin celebridad, para la cual no habían contribuído ni la naturaleza ni la historia, y que ha conquistado sus títulos de nobleza ante Dios y ante los hombres, pues es ahora un santuario.

El Espíritu sopla donde quiere.

Un día las miradas de la Paloma eterna se han detenido en el campanario de Ars. ¡Pobre capilla! Dios mío, decidme, os lo ruego, ¿qué es la gloria? ¿Quién atrae a ese dardo de fuego? Espíritu de paz, espíritu de gozo, tú que lanzáis la sabiduría donde queréis y ante el más pequeño de vuestros rayos hacéis palidecer todas las luces vistas o soñadas, ¿cuál es la potencia que alcanza vuestro favor?

Pero yo creo que la respuesta está dada desde hace mucho tiempo.

Hace diez y ocho siglos que María, Madre de Dios, ha revelado este poder que atrae las miradas de la Paloma, este poder cuyo nombre es siempre secreto, aunque el secreto haya sido publicado: **Respexit humilitatem.**

He ahí por qùé las cinco partes del mundo saben el nombre de esta aldea ahora histórica. Dios no ha cambiado. Ahora como antes, **Respexit humilitatem.** La humildad ha atraído sus miradas.

Los hombres a su vez han mirado al hombre humilde. Si este hombre se hubiera llamado Isaías, Daniel, David, Salomón, San Juan, San Bernardo, Santo Tomás, vosotros podríais, deslumbrados por la luz, estar engañados sobre la razón del atractivo. Pero Dios había despojado al Cura de Ars de todas

las semejanzas que pudieran ilusionaros, y haceros pensar en un atractivo humano.

Escuchad este hecho.

«Hace algunos años —dicen los continuadores del Padre Giry—, la curiosidad condujo hacia él a un hombre ilustrado que no tenía otro culto que el de los sentidos y el de la razón.

Cuando este filósofo, acostumbrado a juzgar sólo por las apariencias, vió al Cura de Ars, pobremente vestido, bajando humildemente los ojos, hablando muy sencillamente, y dotado de una fisonomía que no tenía otra distinción que la que proviene del sello misterioso de las virtudes sacerdotales, sintió gran decepción y no le fué posible dejar de exclamar, con irónico desprecio:

—¡No es esto! Yo esperaba ver... ¡Si hubiese sabido!...

El Cura de Ars salía de la Iglesia. Como vió al pobre filósofo fastidiado por haber dado tanto crédito a la fama, creyó deber suyo dirigirle una palabra de consuelo:

—Oh, señor —le dijo en un tono apenado y afectuoso—, estoy molesto por vuestro engaño y porque habéis hecho inútilmente un largo viaje. Ciertamente, no era necesario venir de tan lejos para ver al más miserable y al más ignorante de los hombres.

Estas pocas palabras produjeron un verdadero cambio en el alma del incrédulo, quien exclamó, ya convertido y admirado:

—¡He aquí al hombre que buscaba!»

El visitante tendría que haberle dicho: ¡Este es el Dios que yo buscaba! Porque la respuesta dada por el Cura de Ars, a su desagrado interior, no le revelaba las cualidades naturales que él había deseado ver, pero sí la presencia de un don superior a todo lo que él esperaba.

Este hombre había llevado a Ars una necesidad más profunda que su deseo.

Su deseo buscaba al hombre, su necesidad a Dios.

Y Dios se le apareció bajo la simplicidad extrema. El prestigio ilusorio que él había deseado, estaba reemplazado por el prestigio de la verdad, del cual tenía hambre, sin saberlo.

El prestigio del Cura de Ars, ejercido sin embargo sobre un incrédulo, soportado por un incrédulo, se parecía, pues, al don sobrenatural, al don sobrenatural solo y puro sin mezcla alguna aparente.

El literato, que había sido sorprendido dos veces, al verlo primero, y después de verlo, no constituía una excepción sino la regla general.

¿Creeréis que el ascendiente del Cura de Ars, porque era únicamente sobrenatural hubiese sido raro y restringido en sus efectos?

Escuchad a los continuadores del Padre Giry:

«Desde 1834, se había organizado, para el uso de los visitantes, un servicio de coches que iban de Lyon a Ars, cuya distancia es de siete a ocho leguas.

Ocho o diez grandes coches no bastaban por día para la afluencia de los peregrinos; la administración había tenido que ocuparse de esta concurrencia, y los caminos impracticables en su origen, se vieron transformados en grandes rutas.

En los últimos años, la compañía del Ferrocarril de Lyon creyó también un deber ocuparse de Ars, y proporcionó condiciones particulares a los peregrinos. Al término de su viaje, éstos hallaban una Iglesia pobre y una pobre aldea cuyas casas estaban transformadas en hosterías o en negocios con objetos de piedad.»

Es interesante ver los coches y los trenes sacudirse, para conducir a una aldea desconocida, tantos hombres que buscaban a Dios.

Las administraciones mismas se preocuparon, tan evidente y notoria era la multitud.

Y al cabo de esta ruta, antes impracticable y vacía, ahora fácil y compacta, la multitud no pensaba buscar ni un paisaje, ni un museo, ni una piedra famosa, ni una antigüedad, ni una curiosidad cualquiera. La multitud buscaba a Dios, y ella iba a confesarse: el hecho es demasiado extraordinario para ser tratado ligeramente. Esta multitud tan compacta y continuada, para la que había sido necesario mejorar

para ella la ruta ignorada de una aldea, esta multitud iba a confesarse.

Todos esos hombres del siglo XIX iban a esperar su turno, para arrodillarse a los pies de un viejo sacerdote destituído de todos los atractivos naturales, y algunas veces ellos esperaban muchos días y muchas noches.

He aquí el Hecho, patente, incontestable, los testigos están allí: los peregrinos relatan; los registros de los coches públicos hablarían a falta de los hombres. He ahí el hecho, que es un hecho histórico. ¡Qué síntoma para estos tiempos! ¡Qué signo! ¡Qué carácter! Ciego el que no lo veía.

Entre las diversas formas de la costumbre, hay una que vuelve a los hombres fastidiosos, indiferentes, sin diferencias unos de los otros, sin ascendiente entre ellos y se llama el respeto humano.

El respeto humano es una concesión hecha a la nulidad, en virtud de la cual el hombre que quiere asemejarse un poco a los otros hombres, teme afirmar la verdad íntegra valiéndose de ardides.

Hasta entre los mejores, el respeto humano tiene un alcance a menudo inapercibido, pero casi siempre muy profundo que ataca la integridad del hombre.

Algunas veces las heridas que ocasiona son groseras y evidentes; otras, son tan delicadas e imperceptibles que nadie las siente, excepto la luz que disminuye en el alma. Por la más ligera complacencia de esta naturaleza, el hombre traiciona a Dios y se traiciona a sí mismo. La gloria se ve traicionada por el amor propio.

Una de las potencias que más admiración causa en los hombres es la ausencia «radical» de respeto humano. Esto fué, yo creo, una de las causas del ascendiente que poseía el Cura de Ars; los hombres admiran y se dejan convencer cuando un hombre no hace ninguna concesión a sus errores. Ellos temen a quien no les teme.

El Cura de Ars no hacía acepción de personas. El confesó la verdad de todas maneras y ante todo el mundo, con el pensamiento, con la palabra, con la vida, con todas las formas del lenguaje.

Decía continuamente a Dios, a sí mismo y a todas las

creaturas el nombre de Dios y el nombre del hombre, con toda sencillez.

Toda su vida interior y exterior, decía a todos los que lo veían: «Deus meus es tu: ui manibus tuis sorbes meae».

Todos sus procederes indicaban que él era un hombre que sabía el nombre de los seres. Había en su manera de abordar las personas y las cosas una cierta iluminación.

La relación continua del hombre y Dios, que es olvidada en algunos y que pasa desapercibida en otros, era visible en él.

Todos los relatos nos muestran a este augusto personaje viviendo bajo la mirada de Dios y sólo bajo la mirada de Dios, como si ninguna otra mirada estuviera sobre él.

Era Juez: ante él comparecían las personas y las cosas, despojadas de sus pretensiones y reducidas a su realidad. La oración de Monseñor Olier parecía ser escuchada en su favor; hablando de la luz de Dios, Olier pide:

«Que ella sea la simple luz, que me conduzca y me muestre todas las cosas tal cual son en sí mismas.»

La idea continua de Dios omnipresente y omnipotente aparecía en las cosas más grandes y en las más pequeñas. De la misma fuente que acabo de citar saco una anécdota muy insignificante en apariencia, pero de mucho valor en realidad:

«Las mujeres que rodeaban su confesonario discutían de manera que le impedían oír a su penitente y ser oído.

¿Qué hace en esta fastidiosa molestia?

Se levanta tranquilamente de su tribunal de misericordia, atraviesa silencioso el bullicioso gentío, y va a arrodillarse a los pies del altar de Santa Filomena, para rogarle que apacigüe el tumultuo.

Apenas había empezado su oración, cuando las indiscretas habladoras se callaron, avergonzadas de ellas mismas.»

Ved al Cura de Ars; para obtener el silencio no dice una palabra a las que hacen ruido, va directamente a Santa Filomena. El culto especial del Cura de Ars hacia esa Santa, casi desconocida hace treinta años, tiene raíces profundas. El culto de los santos se desarrolla históricamente según ciertas armonías, Dios quiere que el siglo XIX conozca y celebre el

nombre de Santa Filomena (**Filia luminis,** hija de la luz). Yo espero algún día hacer conocer a nuestros lectores esta figura histórica y divina.

El Cura de Ars no mentía jamás, ni siquiera en el sentido que las personas honestas mienten de continuo. Llamaba las cosas por su nombre. Mostraba sin doblez los defectos del hombre y sus grandezas, sin pretensión y sin cautela. Aplastaba el amor propio. Nadie se sentía con valor en su presencia para ningún engaño.

El juzgó al mundo y no fué juzgado por nadie. Una de las glorias del siglo XIX es de haber ido en multitud a arrodillarse ante el juez que amaba y no adulaba.

El lenguaje del Cura de Ars es sencillamente crudo; el amor propio miente siempre, aun cuando no crea mentir. Porque si dice la verdad no la dice como ella es.

El Cura de Ars decía las cosas como son. El poseía la franqueza porque poseía la humildad, y la luz lo iluminó. No seducía jamás. Afirmó y ordenó.

Quizás alguno de los que lean esta página digan: **«Pero esto no es extraordinario».** Reflexionad y preguntaos cuántas veces, a partir de esta misma mañana, traicionasteis vuestras más íntimas convicciones y vuestras más caras esperanzas.

Generalmente, los hombres cierran la puerta a los profetas. Y cuando los reciben no los reciben en su **calidad de profetas.**

Dar un nombre a una cosa es, en cierto sentido, tomar posesión de ella. El que se atreviera a llamar a todos los seres por su nombre, sería el amo del mundo, en un sentido más real que lo que yo pueda expresarlo. Así se explica el ascendiente del Cura de Ars. Este imperio yo mismo lo experimento en este momento. Padre: yo escribo ésto por vuestra orden: tú habéis pronunciado mi nombre.

INDICE



TERMINOSE DE IMPRIMIR
EL 4 DE JUNIO DE 1943, EN
LA IMPRENTA ROETZLER
CALLE LAVALLE Nº 1521
BUENOS AIRES